

A woman in a long, flowing white dress is captured in a graceful, almost ethereal pose against a dramatic sky. The sky transitions from a deep purple and magenta at the bottom to a bright, glowing yellow and white at the top, suggesting a sunset or sunrise. The woman's arms are raised, and her dress billows out, creating a sense of movement and light. The overall mood is serene and majestic.

DIOSA

JOSEPHINE ANGELINI

TMOTB

Agradecimientos

El presente documento ha sido elaborado sin fines de lucro para fomentar la lectura en aquellos países en los que las publicaciones son escasas. Cabe destacar el trabajo de las transcriptoras, correctoras, revisora, moderadora y diseñadora de TMOTB.

¡Disfruta de la lectura!



Índice

Sinopsis4

Capítulo 16

Capítulo 228

Capítulo 348

Capítulo 462

Capítulo 578

Capítulo 693

Capítulo 7108

Capítulo 8128

Capítulo 9150

Capítulo 10162

Capítulo 11187

Capítulo 12205

Capítulo 13224

Capítulo 14248

Capítulo 15266

Capítulo 16283

Capítulo 17300

Epílogo318

Agradecimientos323

Sobre la autora.....324



Sinopsis

Después de que Helena liberara accidentalmente a los dioses cautivos en el Olimpo, tiene que encontrar la manera de devolverlos a su cautiverio sin que ello suponga comenzar una guerra devastadora. Pero los dioses están enfadados y su sed de sangre ya ha empezado a causar las primeras víctimas. Para empeorar las cosas, el Oráculo revela que un tirano diabólico se oculta entre ellos, lo que abre una brecha en el sólido grupo de amigos. Mientras los Dioses utilizan a los vástagos como armas para enfrentarse entre ellos, la vida de Lucas pende de un hilo y Helena — que aún no está completamente segura de si le ama o no— debe tomar una decisión, porque la guerra está a punto de llegar a las orillas de la isla.



A mi marido, Albert.

Todo esto ha sido por tu culpa.



Capítulo 1

Helena alcanzaba a ver un río a su izquierda e intuía que se trataba del Estigia. Era un torrente de agua que arrastraba varios icebergs. Ninguna persona en su sano juicio osaría atravesar aquellas aguas a nado. Se sentía encallada en aquel lugar, pero, aun así, consiguió dar media vuelta cojeando. Un rápido vistazo al horizonte sirvió para cerciorarse de que no había nadie más en aquella llanura estéril.

—Maldita sea —renegó entre dientes y con la voz entrecortada. Todavía no había recuperado toda la movilidad en las cuerdas vocales. Hacía menos de una hora, Ares había intentado degollarla y, aunque todavía le dolía cuando hablaba, soltar alguna que otra maldición le hacía sentirse algo mejor—. Qué típico.

Le había hecho una promesa a su amigo Zach. Mientras moría entre sus brazos, Helena le había asegurado que bebería de las aguas del río de la Alegría en el más allá. El joven había sacrificado su vida para ayudarla y, justo antes de su último aliento, le había dado la clave para matar a Automedón, y salvar así a Lucas y a Orión.

Estaba decidida a cumplir su promesa, aunque tuviera que cargar con Zach hasta los Campos Elíseos y llevarle a la orilla del río de la Alegría ella misma, con varias costillas rotas y arrastrando una pierna. Por algún motivo, la forma en que solía navegar por el Submundo no estaba funcionando. Hasta la fecha, lo único que debía hacer era decir en voz alta lo que quería y, por arte de magia, ocurría.

Era la Descendiente, lo que significaba que pertenecía a un grupo muy reducido de vástagos capaces de descender al Infierno en cuerpo y alma. Incluso, hasta cierto punto, podía controlar el paisaje. Pero, tal y como era de esperar, cuando más necesitaba ese talento, se evaporaba. Era algo muy propio de los griegos. De hecho, uno de los aspectos que más molestaba a Helena de ser un vástago era la cantidad de ironía que había en su vida.

Apretó los labios amoratados en un gesto de frustración y, con la voz ronca y rasgada, gritó dirigiéndose al cielo:



—¡He dicho que quiero aparecer junto al espíritu de Zach!

—Tengo su alma, sobrina.

Al girarse, se encontró con Hades, *el Señor de las Tinieblas*, unos metros detrás de ella. Estaba envuelto de multitud de sombras que se retorcían como hilos de niebla. El Yelmo de la Oscuridad y la gigantesca capucha ensombrecían la mayor parte de su rostro, pero la joven pudo entrever la boca y una barbilla cuadrada. A primera vista, parecía que se había puesto la toga negra de prisa y corriendo, como si hubiera decidido vestirse en el último momento. Su torso suave y fuerte estaba al descubierto, al igual que los brazos y las piernas. Helena tragó saliva y, con los ojos hinchados por los golpes de Ares, trató de enfocar la visión.

—Siéntate, por favor. Antes de que te caigas —invitó en voz baja. De forma repentina, aparecieron dos sencillas sillas plegables. Ella se acomodó con sumo cuidado sobre una mientras Hades se sentaba sobre la otra—. Sigues lastimada. ¿Por qué has venido hasta aquí cuando deberías estar descansando para sanar tus heridas?

—Tengo que guiar a mi amigo hacia el Paraíso, donde debe estar.

Su voz temblaba por el miedo, aunque, a decir verdad, Hades jamás le había hecho daño. A diferencia de Ares, el dios que la había torturado horas antes, Hades siempre se había mostrado amable y bondadoso. Sin embargo, seguía siendo el Señor de los Muertos, y las sombras de su alrededor musitaban los susurros de los fantasmas.

—¿Qué te hace estar tan segura de dónde debe estar el alma de Zach? —preguntó.

—Fue un héroe... Quizá no al principio, cuando se comportaba como un cretino, pero en los últimos momentos de su vida sí, y esa es la parte que más cuenta, ¿verdad? Y los héroes van a los Campos Elíseos.

—No pongo en duda el valor de Zach —puntualizó el dios, con cariño—. Te lo preguntaré de otra forma: ¿por qué crees que eres tú quien debe juzgar su alma?

—Yo..., ¿eh? —espetó ella, bastante confundida. Había recibido demasiados golpes en la cabeza la noche anterior y una lección de semántica era lo último que necesitaba—. Mira, no he venido aquí a juzgar a nadie. Hice una promesa, y lo único que deseo es cumplirla.

—Sin embargo, soy yo quien toma las decisiones aquí abajo. No tú.



Helena no pudo rebatirle. Era el mundo de Hades. Lo único que podía hacer era mirarle con gesto suplicante.

El dios esbozó una sonrisa algo distante, dando a entender que consideraría el comentario de Helena.

—La manera en que liberaste a las furias demuestra que eres una persona compasiva. Es un buen comienzo, pero me temo que la piedad no es suficiente, Helena. Careces de entendimiento.

—Entonces, ¿todo el asunto de las furias solo fue una prueba?

No pudo esconder una nota acusatoria en su voz tras recordar todo lo que había padecido junto a Orión durante su última misión en el Submundo. Y se enfadó todavía más al acordarse del sufrimiento al que fueron sometidas las propias furias. Si aquellas chiquillas habían sido atormentadas durante miles de años únicamente para demostrar que Helena era una persona compasiva, había algo en el universo que andaba muy mal.

—Una prueba —repitió Hades con gesto amargo al pronunciar la palabra, como si pudiera leer los pensamientos de Helena y estuviera de acuerdo con ella—. Si la vida es una prueba, ¿quién crees que tiene el poder de evaluarla?

—¿Tú? —supuso.

—Sigues sin entenderlo. —Suspiró—. Ni siquiera comprendes qué es esto —dijo señalando el terreno que los rodeaba, refiriéndose así al Submundo—. O quién eres. Te llaman la Descendiente porque eres capaz de entrar y salir de aquí a tu antojo, pero tu capacidad de entrar en el Submundo es la mínima demostración de tu poder. Al no entender quién eres, no estás preparada para juzgar a los demás.

—Ayúdame, entonces.

El dios parecía tan triste, tan decaído por la vida que le había tocado vivir que Helena no pudo reprimir las ganas de mirarle a los ojos. Se acercó a él y agachó la cabeza para mirar por debajo de la tela que le oscurecía el rostro.

—Quiero entender.

Las sombras volvieron a envolverle mientras murmuraban los lamentos de los muertos. La muchacha se estremeció. Las palabras de la profecía del Tirano resonaron en su mente: nacido del rencor. Apoyó la espalda en el respaldo de la silla.



—Maestros de sombras —susurró—. ¿Obtienen su poder de ti?

—Hace mucho tiempo, existió una mujer conocida como Morgan La Fey. Pertenece a la casta de Tebas y gozaba del mismo talento que tú. Podía venir al Submundo siempre que quisiera. Me dio un hijo, Mordred, y desde entonces mi carga persigue la casta de Tebas —explicó con cierto pesar en la voz. Después, se puso en pie y ofreció una mano a Helena, que no dudó en aceptarla para levantarse—. Ahora debes irte. Ven cuando quieras, sobrina, y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte a entender.

El dios ladeó la cabeza y sonrió para sí, dejando ver unos incisivos con forma de diamante.

—Por esa razón he permitido que tú y todos aquellos que han gozado del mismo don entréis en mi reino: para que descubráis quiénes sois en realidad. Pero en este momento estás malherida y debes reposar.

Justo entonces Helena notó que la gigantesca mano de Hades la sacaba del Submundo para dejarla sobre su cama.

—¡Espera! ¿Qué hay de Zach? —preguntó.

Cuando el dios la soltó, oyó un susurro al oído:

—Zach bebe del río de la Alegría, te lo prometo. Ahora descansa, sobrina.

Alargó la mano para espantar las sombras de su rostro, pero Hades ya se había marchado. Se sumergió en un sueño profundo y reparador mientras su cuerpo roto y fracturado trataba de sanarse.

Después de encerrar a Ares en el Tártaro y sellar la gigantesca grieta del suelo, Dafne cogió el cuerpo golpeado y magullado de su hija para dirigirse al complejo de la familia Delos. La seguían muy de cerca Cástor, con Lucas entre sus brazos, y Héctor, que no dudó en llevar a Orión. Dafne empezó a correr con todas sus fuerzas y, a los pocos metros, se percató de que Helena se había quedado dormida. Por un momento, se preocupó por la vida de su hija. Las heridas eran espeluznantes, algunas de las más horribles que jamás había visto, pero cuando percibió el latido de su corazón, se tranquilizó. Era un latido lento pero constante.

Llegaron a la isla de Nantucket al amanecer. Con la luz del alba colándose por las ventanas, Dafne subió la escalinata de los Delos, cruzó el pasillo y



entró en la primera habitación que encontró libre. Contempló con tristeza el hermoso edredón de seda que el cuerpo mugriento y ensangrentado de su hija estaba a punto de arruinar. Qué importaba eso ahora. La casta de Tebas había atesorado una enorme fortuna, así que no les costaría reemplazarlo. Esa fortuna, hacía mucho tiempo, había pertenecido a la casta de Dafne y Helena, la casta de Atreo.

Tántalo podía gritar «bendita guerra» y repetir que había llegado «el turno de los vástagos» para gobernar el mundo tantas veces como quisiera, pero jamás conseguiría engañar a los herederos de las otras castas. Hacia dos décadas, se había producido una purga que no solo sirvió para aprovecharse de las riquezas de las demás castas, sino también para alcanzar la inmortalidad.

La profecía que originó esa purga aseguraba que, cuando las cuatro castas se unieran, tras duros enfrentamientos y ríos de sangre, Atlantis resurgiría. Las palabras exactas que Dafne había memorizado afirmaban que, en la nueva Atlantis, los vástagos podrían hallar la inmortalidad. La profecía no prometía que los vástagos la lograrán; solo decía que podrían encontrarla allí. La madre de Helena no era lo bastante optimista como para creer que la inmortalidad era algo seguro. Pero Tántalo opinaba lo contrario, así que había utilizado la profecía para congregarse a los Cien Primos de Tebas y convencerlos de que era necesario eliminar a las demás castas.

Por lo que a Dafne respectaba, todo aquel asunto no era más que una sarta de mentiras. Una farsa que había santificado con palabrería barata el último oráculo, el cual, por cierto, había enloquecido después de adivinar su primera profecía. Pero había funcionado.

Muchos vástagos abandonaron sus extensas propiedades para hacerse pasar por muertos y evitar así una masacre, como Dédalo y Leda, los padres de Orión. O como la propia Dafne. Evidentemente, la casta de Tebas no perdió la oportunidad de saquear sus casas y hacerse con incontables botines. Pero a ella jamás le había importado el dinero. De hecho, no tenía reparo alguno en cogerlo cuando lo necesitaba. Sin embargo, otros vástagos, como Orión y sus padres, no se atrevían a robar por cuestiones morales y se habían visto obligados a vivir veinte años en la pobreza mientras la casta de Tebas estaba rodeada de grandes lujos. Al recordarlo, Dafne colocó a Helena en la cama y «estropeó» el bonito edredón con una pícaro sonrisa.

Antes de que Dafne pudiera ir a buscar agua para empapar unas gasas y limpiar las heridas de su hija, Helena desapareció y la habitación quedó sumida en un frío helador. Supuso que había descendido al Submundo.



Ahora, cada minuto era importante.

Esperó y esperó, pero su ansiedad crecía por momentos. Siempre había creído que los viajes al más allá eran instantáneos, que el tiempo no avanzaba. Pero los minutos pasaban y Dafne empezaba a preguntarse si debía despertar al resto de la casa. Y justo en ese instante, Helena reapareció. Su cuerpo desprendía el mismo olor que el aire estéril del Submundo.

Dafne castañeteó los dientes, pero no por el frío, sino por los aterradores recuerdos que le traía aquel olor. Había estado tantas veces al borde de la muerte que era capaz de adivinar qué parte del inframundo había visitado su hija.

Sin duda, no había estado en el sequer al y, a juzgar por los restos de barro que colgaban de los pies de Helena, supuso que había caminado por la orilla del río Estigia.

—¿Helena? —murmuró acariciándole el cabello.

La batalla con Ares la había dejado destrozada, pero su madre sabía que, si las heridas hubieran sido incurables, a estas horas ya estaría muerta. Sin duda, la muchacha había utilizado su capacidad de descender al Submundo a propósito, probablemente para buscar a aquel amigo suyo que acababa de fallecer, al envidioso al que, por desgracia, Automedón había esclavizado.

En más de una ocasión, la propia Dafne había emprendido viajes similares para buscar a Áyax, pero no gozaba del mismo don que su hija, que podía entrar y salir del Submundo a su antojo. Después del asesinato de Áyax, Dafne perdió toda ilusión de vivir, pero sabía que el suicidio no le reuniría con su amado marido. Tenía que perecer en una batalla, al igual que Áyax, o jamás acabaría en la misma parte del Submundo que él. Los héroes iban a los Campos Elíseos. Los suicidas... ¿quién sabe dónde acababan? Había librado todas y cada una de las batallas honorables y respetables que había podido encontrar. Trató de localizar a todos los vástagos que habían optado por el anonimato para pasar desapercibidos y, de una forma temeraria, defendió a los débiles y a los más jóvenes, tal como había hecho por Orión cuando no era más que un niño. En varias ocasiones estuvo a punto de perder la vida en el campo de batalla y cuando iniciaba el viaje al Submundo, siempre buscaba a su marido junto al río Estigia.

Pero al único al que conseguía encontrar era a Hades. Al implacable y enigmático Hades, que no estaba dispuesto a arrebatar la vida de Dafne para entregársela a su marido, por mucho que ella se lo suplicara o tratara de



llegar a un acuerdo. El Señor de los Muertos no hacía tratos ni negociaba. No quería que su hija descendiera con la esperanza de poder revivir a su amigo. Era una misión inútil; al menos, por ahora. Dafne llevaba trabajando en ese asunto casi dos décadas, para lograr cambiarlo.

—No te veo —murmuró Helena flexionando los dedos, como si intentara agarrar algo.

Dafne entendió el gesto de inmediato. Ella también había ansiado contemplar el rostro de Hades y, para ello, había intentado quitarle el Yelmo de la Oscuridad en más de una ocasión. Al final, después de haber estado a punto de morir suficientes veces como para pagar todas sus deudas de sangre y deshacerse de las furias, Hades le había mostrado el rostro.

Tras reconocerlo, Dafne puso en marcha su plan. El mismo plan que había roto el corazón de su única hija al separarla del muchacho al que amaba.

—Oh. Lo siento —se disculpó Matt desde el umbral. Las palabras del joven sobresaltaron a Dafne, que enseguida se secó las lágrimas. Al girarse, lo vio sujetando a Ariadna, que yacía sobre sus brazos sin fuerzas, con la tez grisácea y apenas consciente. Curar a Jerry la había dejado exhausta—. Quería dormir en su habitación.

—Estoy convencida de que caben las dos —respondió señalando la cama doble. No sabía adonde debía llevar a su hija.

—Por lo visto hay una persona herida en cada rincón de esta casa —contestó Matt mientras colocaba a Ariadna junto a Helena.

«Es un chico fuerte», pensó Dafne sin apartar la mirada del amigo de su hija.

—De todas formas, será más fácil cuidar de ellas si están juntas —propuso, sin dejar de observarle.

Se había puesto en forma desde la última vez que le había visto, pero, con todo y con eso, Ariadna era una chica rolliza y cualquiera se hubiera cansado trasladándola por el pasillo. Sin embargo, Matt respiraba con normalidad.

Cuando él se apartó, Ariadna balbuceó algo incomprensible y arrugó el rostro en un gesto de protesta cuando dejó de acariciarle el cabello. Dafne casi podía oler el amor que emanaba de Matt y perfumaba la habitación. Le recordaba al aroma de un bizcocho dulce y delicioso haciéndose en el horno.

—Volveré pronto —susurró.



Ariadna pestañeó y enseguida cayó en un sueño profundo. El joven le rozó la mejilla con los labios, regalándole así el más pequeño de los besos. Después se giró hacia Dafne y echó un vistazo a Helena.

—¿Necesitas algo?

—Tranquilo, puedo ocuparme de las dos. Vete. Haz lo que tengas que hacer.

El muchacho le dedicó una mirada de agradecimiento eterno y Dafne le observó mientras cruzaba la habitación a zancadas, con la espalda erguida y los hombros cuadrados.

Como un verdadero guerrero.

Helena se reconoció a sí misma corriendo por una playa desierta. Se dirigía hacia el faro más grande que jamás había visto.

Al principio le resultó extraño. No conseguía explicarse cómo demonios podía verse a sí misma como en una película. No parecía un sueño. De hecho, no recordaba haber tenido un sueño que fuera tan real a la vez que lógico. A pesar de no entender lo que estaba ocurriendo, aquella escena dramática enseguida la envolvió y se dejó llevar.

La Helena del sueño llevaba un vestido blanco muy vaporoso que le llegaba hasta los pies. Un fajín con delicados bordados adornaba la cintura del vestido. Se le habían soltado algunas horquillas del pelo y, mientras corría, el velo ondeaba tras ella como una estela blanca. Parecía asustada.

A medida que se acercaba al descomunal faro, observó a su *alter ego* reconocer una figura apoyada sobre la base octogonal. Distinguió un destello de color bronce cuando el desconocido se desabrochó las hebillas del cuello y de la cintura, y dejó caer la coraza pectoral sobre la arena. Se vio a sí misma llorando de felicidad mientras aceleraba aún más el paso. Tras despojarse de la mitad de su armadura, el muchacho se dio media vuelta y salió a su encuentro. Los dos amantes se fundieron en un tierno abrazo. El joven apretaba a Helena contra su pecho sin dejar de besarla mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos y le devolvía el beso. La Helena del sueño se separó de su amante para poder besarle en una docena de sitios distintos, como si quisiera cubrir cada centímetro de su rostro con un dulce beso. La mente de Helena se aproximó a la pareja, aunque no le costó adivinar a quién estaba besando su *alter ego*.



Lucas. Iba vestido con ropa extraña y de su cadera colgaba una espada. Llevaba sandalias y tenía las manos envueltas con tiras de cuero raído y protegidas con unos guanteletes de bronce. Pero no le cabía ninguna duda: era él. Incluso la sonrisa que esbozó mientras la otra Helena le cubría de besos era la misma.

—¡Te he echado de menos! —exclamó la otra Helena.

—Una semana es demasiado tiempo.

No hablaban en inglés, pero Helena los entendió sin problema. El significado de aquellas palabras retumbó en su cabeza al tiempo que una sensación de alivio le recorría el cuerpo, como si fuera el suyo el que estuviera abrazando a Lucas. De repente, cayó en la cuenta de que, realmente, era su propio cuerpo, o lo había sido, hacía ya mucho tiempo. Había hablado ese idioma, y también había sentido ese beso. No era ningún sueño. Era un recuerdo.

—Entonces, ¿vendrás conmigo? —le preguntó con cierta urgencia mientras le sujetaba el rostro con las manos, para obligarla a mirarle. Sus ojos brillaban de esperanza—. ¿Lo harás?

La otra Helena desvió la mirada.

—Dime, ¿por qué siempre me hablas del mañana? ¿No podemos disfrutar del presente?

—Mi barco zarpa mañana —replicó. El joven la soltó y se apartó, mostrando su dolor.

—Paris...

—¡Eres mi esposa! —gritó mientras caminaba en círculos y se tiraba del pelo. Un gesto que también hacía Lucas cuando se sentía frustrado—. Entregué a Afrodita la manzana dorada. Escogí el amor, te escogí a ti por encima de todo lo que me ofreció. Y tú me aseguraste que me amabas.

—Te amaba. Y te sigo amando. Pero mi hermana no es buena en el terreno político. Afrodita no pensó que era importante mencionar ese detalle porque creía que cuidabas ovejas. No eres un pastor, tal como tenía entendido, sino el príncipe de Troya.

La otra Helena dejó escapar un suspiro exasperado por su hermana y sacudió la cabeza, rindiéndose.

—Las manzanas doradas y las tardes robadas no importan. No puedo acompañarte a Troya.



La joven ofreció la mano a Paris y, aunque al principio parecía querer resistirse, al final la aceptó. Tomó su mano y tiró de ella hacia sí, como si no pudiera soportar la idea de rechazarla, incluso cuando estaba furioso.

—Entonces huyamos. Empecemos de nuevo. Abandonemos la realeza y seamos pastores.

—Nada me haría más feliz, Paris —respondió ella con cierta nostalgia—, pero, allá donde vayamos, seguiremos siendo lo que somos: una hija de Zeus y un hijo de Apolo.

—Y si quisiéramos tener hijos, uniríamos la sangre de dos olímpicos —dijo Paris con voz discordante por la impaciencia. Por lo visto, ya habían tenido esta discusión muchas veces—. ¿De veras crees que eso basta para crear al Tirano? La profecía dice algo sobre mezclar la sangre de cuatro castas descendientes de los dioses. Lo que sea que eso signifique.

—Yo tampoco entiendo las profecías, pero la gente teme cualquier unión de sangre divina —admitió. Y, en voz muy baja, añadió—: Nos perseguirían hasta los confines de la Tierra.

Paris pasó la mano por el vientre de Helena y lo acarició con suavidad.

—Podrías estar embarazada, ya lo sabes.

Con expresión de tristeza y, durante un breve instante de desesperación, la hija de Zeus le cogió ambas manos.

—Es lo peor que nos podría pasar.

—O lo mejor.

—Paris, por favor —dijo con voz firme—. Con solo pensarlo, se me parte el corazón.

Él asintió y acercó la frente a la de su amada.

—¿Y si tu padre adoptivo, el rey de Esparta, intenta desposarte con alguno de esos bárbaros griegos, como Menelao? ¿Cuántos reyes están deseando pedir tu mano? ¿Diez? ¿Veinte?

—Me da lo mismo. Los rechazaría a todos —respondió. Un segundo más tarde, soltó una risita—. Además, nadie puede obligarme.

Paris no pudo reprimir una carcajada.

—No. Aunque reconozco que me gustaría ver a alguno intentarlo. Me



pregunto si los griegos huelen mejor tras recibir una descarga eléctrica. Aunque, para ser sincero, no creo que puedan oler peor.

—Nunca mataría a nadie con mis rayos —confesó entre risas y con los brazos envolviendo su cuello—. Solo los chamuscaría un poquito.

—¡Oh, entonces no lo hagas, por favor! Estoy convencido de que un griego chamuscado huele muchísimo peor que uno frito —bromeó con una amplia sonrisa. De repente, el buen humor se vio eclipsado por una nube de pena—. ¿Cómo voy a zarpar por la mañana sin ti?

La Helena del sueño no tenía respuesta a eso. La pareja de amantes se besó apasionadamente, mientras Paris le acariciaba el cabello, tal como solía hacer Lucas.

Le añoraba tanto que le dolía el alma, incluso en sueños. El dolor era tan insoportable que se despertó y, al darse media vuelta en la cama, no pudo contener un gruñido de sufrimiento al notar un exceso de presión en los huesos.

—¿Helena? —llamó Dafne en voz baja. La habitación estaba a oscuras, pero la joven intuyó que su madre estaba al lado de la cama—. ¿Necesitas algo?

—No —respondió antes de volver a cerrar los ojos, amoratados e hinchados. Si hubiera sabido el sueño que la esperaba, habría optado por quedarse despierta, a pesar de las heridas.

Una mujer aterrorizada forcejeaba contra una monstruosa zarpa que le oprimía la cintura. El gigantesco pájaro batía sus enormes alas, ambas recubiertas de plumas, mientras la elevaba hacia el cielo nocturno. Pudo distinguir fugazmente la silueta de la ciudad de Nueva York en el horizonte.

Helena vio al pájaro ladear la cabeza para echar un rápido vistazo a la mujer que tenía atrapada entre las garras. Durante un segundo, el ojo amenazador del águila empezó a redondearse, hasta adoptar la misma forma que el de un humano. Tenía una mirada de color ámbar, aunque en el centro de la pupila titilaba un relámpago de color azul. El águila soltó un alarido que congeló la sangre de Helena y le provocó escalofríos, a pesar de estar dormida.

De pronto, apareció ante ellos el Empire State. Helena dejó de soñar.



Orión estaba gritando a pleno pulmón.

Helena se levantó con un respingo, apartó de un empujón a su madre y echó a correr por el pasillo, que seguía sumido en la oscuridad nocturna. Entró en la habitación sin llamar y se topó con Lucas, que también había acudido a los gritos de Orión. Y en ese instante, los dos vástagos procesaron la situación y se quedaron inmóviles.

—¿Qué diablos? —bramó Héctor desde la cama plegable que habían dispuesto junto a la de Orión. Y encendió la luz.

Orión estaba de pie sobre el colchón, en calzoncillos, señalando una diminuta figura que parecía estar agazapada entre las dos camas. Era Casandra, que se había acurrucado sobre el suelo de madera con un cojín y una manta.

—¿Qué estás haciendo ahí abajo? —reclamaron varias voces a Casandra.

Cástor, Palas y Dafne se habían congregado detrás de Helena y Lucas, en el umbral de la habitación.

—¡Me has mordido! —aulló Orión, que seguía de pie sobre la cama, un tanto asustado.

Noel, Kate y Claire, que acudían a paso humano, llegaron poco después.

—¡Lo siento! —se lamentó Casandra—. ¡Pero me has pisado!

—Pensé que eras un gato hasta..., ¡hasta que estuve a punto de arrancarte la cabeza! ¡Podría haberte matado! —respondió enfurecido Orión, haciendo caso omiso al resto de la familia—. ¡No vuelvas a acercarte con tanto sigilo!

De repente, Orión se llevó la mano al pecho y empezó a retorcerse de dolor. De forma instintiva, Héctor saltó para sostenerle y evitar que se desplomara. Sin embargo, todos los presentes vieron las dos heridas abiertas, una en el pecho y otra en el estómago, a causa de su pelea con Automedón. Mostraban un rojo ardiente, pero parecían estar cicatrizando rápido y quizás al cabo de unos días desaparecerían por completo, sin dejar marca alguna. Pero lo que captó la atención de todo el mundo no fueron precisamente esas heridas, sino las señales que deslucían su hermoso físico.

Un corte en el pecho y otro en el muslo izquierdo. Al desplomarse sobre Héctor, tras flaquearle las fuerzas, todos pudieron ver la peor de las cicatrices en su espalda. Helena se quedó mirando detenidamente la señal



blanca que le recorría la espalda, como una línea paralela a la columna vertebral. A primera vista, daba la sensación de que alguien había intentado partirla en dos, de arriba abajo. Lucas la cogió de la mano y Helena se la apretó con fuerza.

—¡Todo el mundo fuera! —ladró Héctor al percatarse del silencio y las miradas clavadas en las viejas heridas del joven vástago. Movi6 los hombros en un intento de ocultar el cuerpo de Ori6n—. Tú tambi6n, bichito —le indic6 con suma dulzura a Casandra, que seguía acurrucada en el suelo.

—No —protest6 la pequeña. Llevaba el cabello atado en una gruesa trenza que, de repente, empez6 a deshacerse y a despeinarse. El rostro de Casandra se había convertido en una máscara de testarudez y rebeldía, con la tez de alabastro, los ojos oscuros y los labios carmesí—. Voy a quedarme aquí. Es posible que me necesite.

Héctor asintió con la cabeza, dando a entender que estaba de acuerdo, y coloc6 el cuerpo d6bil e inconsciente de Ori6n sobre la cama.

—Salid de aquí —orden6 por encima del hombro al resto de los presentes, esta vez en un tono m6s controlado.

Y todos se fueron marchando sin poner m6s objeciones.

Una vez en el pasillo, y despu6s de la descarga de adrenalina de aquel 6ltimo episodio, Helena y Lucas volvieron a notar el dolor de sus heridas y necesitaron apoyo externo. Pero en vez de dejar que los dos se ayudaran entre sÍ, Palas agarr6 a Lucas, y Dafne se encarg6 de levantar a Helena del suelo.

—¿Sabías que tenía esas cicatrices? —pregunt6 Lucas antes de que Dafne y Palas los guiaran en direcciones opuestas.

—No. Jam6s le he visto sin ropa —contest6 de forma categ6rica. Había visto a Morfeo medio desnudo cuando adopt6 el fisico de Ori6n, record6, pero no era 6l.

Lucas asintió con la cabeza, preocupado.

—A la cama, Helena —orden6 su madre severamente, y la oblig6 a darse la vuelta.

Se acost6 junto a Ariadna sin rechistar. Cerr6 los ojos para intentar dormir, pero entonces oy6 a Noel y C6stor en la habitaci6n contigua. Durante un instante, trat6 de hacer oídos sordos y darles asÍ un poco de privacidad, pero

la perentoriedad de sus voces no habría pasado desapercibida ni al oído humano.

—¿Cómo se hizo esas heridas, Cástor? —preguntó Noel con voz temblorosa—. No he visto cosa igual en mi vida. Y he visto infinidad de ellas.

—Debió de sufrir las heridas antes de alcanzar la mayoría de edad, solo existe esa explicación —respondió Cástor, procurando no alzar la voz.

—Pero nuestros hijos se peleaban constantemente cuando eran niños. ¿Acaso no recuerdas cómo Jasón atravesó a Lucas con la jabalina y lo dejó clavado en el techo? Y ninguno de los tres tiene cicatrices —espetó Noel, que estaba demasiado afectada como para que no se le alterara la voz.

—Sí, pero siempre tenían montañas de comida y un lugar limpio y seguro para curarse después de romperse todos los huesos.

—¿Acaso Orión no? ¿Es eso lo que estás diciendo? —preguntó Noel con la voz entrecortada.

—Sí, seguramente no tenía un hogar.

Helena distinguió el sonido de la tela arrugándose y varios sollozos, como si Cástor estuviera abrazando a Noel.

—Le hicieron esas heridas cuando no era más que un niño. Y, si suponemos que no tenía nada que llevarse a la boca, debió de pasar un verdadero infierno para curarse. No debía de tener a nadie que le cuidara. Noel, nunca has visto cicatrices como esas en un vástago porque la mayoría de ellos no sobrevivirían.

Helena apretó los dientes y hundió el rostro en la almohada. Sabía que todo el mundo había escuchado la conversación entre Noel y Cástor, y que, en esos momentos, todos estarían juzgándole, compadeciéndose del pobre niño abandonado y maltratado que una vez fue.

Orión se merecía algo más que eso; se merecía amor y cariño, y no lástima ni compasión. Sabía que Dafne la estaba observando para ver su reacción. Intentaba no llorar de pena por ese chiquillo, aunque no consiguió reprimir las lágrimas. No quería que su madre la viera lloriquear, así que se tapó la cara con las sábanas.

Dafne dejó que su hija llorara hasta dormirse.



En sus sueños, una multitud enfurecida le daba una paliza a su *alter ego*. El vestido de la otra Helena estaba destrozado, roto, cubierto de mugre y manchado con los restos de la comida podrida que le habían lanzado. Tenía un corte muy profundo en la cabeza, del que brotaba sangre a borbotones, aunque también le sangraba la boca y los talones. Además también tenía sangre en las manos, pues cada vez que se caía al suelo, se arañaba las palmas. El gentío empezó a congregarse a su alrededor, recogiendo piedras de la calzada a medida que se acercaba.

Un tipo rubio, que le doblaba en edad y estatura, se abalanzó sobre ella para golpearla con los puños, como si su ira necesitara una válvula de escape más inmediata que arrojar una piedra. Daba la impresión de que aquel señor necesitaba usar su propio cuerpo para hacerle daño y quedar satisfecho.

—¡Te amé más que a nadie! ¡Tu padre adoptivo te entregó a mí! —gritaba sin dejar de golpearle. Los ojos se le salían de las órbitas y escupía saliva con cada palabra—. ¡Te arrancaré ese hijo aunque sea a golpes, y te seguiré amando!

Helena podía oír a la multitud murmurando:

—¡Mátala, Menelao!

—¡Ha engendrado al Tirano! ¡No puedes perdonarla!

Su *alter ego* no oponía resistencia, ni siquiera intentó utilizar sus relámpagos para defenderse contra Menelao. Helena ya había perdido la cuenta de los golpes y observaba cómo aquella jovencita se levantaba tras cada asalto. Oía los puñetazos en la espalda y los gruñidos de aquel tipo tan detestable, pero la otra Helena no lloraba; ni siquiera le rogaba que parara. No producía ningún sonido; solo jadeaba cuando recibía impactos en el pecho y se quedaba sin aire.

Helena sabía cuánto dolían esos golpes, incluso cómo olía Menelao mientras le pegaba. Lo recordaba.

Por fin, Menelao se derrumbó sobre sus rodillas, incapaz de seguir golpeándola un segundo más. La Helena del sueño era demasiado fuerte para fallecer a manos de ese monstruo, aunque era obvio que su único deseo era morir.

Cuando le arrojaron la primera piedra, no se acobardó; de hecho, ni siquiera trató de esquivarla. Siguieron lloviendo más, hasta que la muchedumbre se



quedó con las manos y los bolsillos vacíos. Pero, aun así, la otra Helena no perdió la vida. Asustadas, todas las personas congregadas empezaron a retroceder.

Mientras observaban el espectáculo mórbido y espantoso que habían creado, se quedaron en silencio. Aún viva, la Helena del sueño se dejó caer sobre la pila de piedras. Tenía la piel contusa, incontables arañazos y varios huesos rotos. Empezó a tararear una melodía en voz baja, desesperada por ocupar la cabeza con otras cosas que no fueran el insoportable dolor que estaba padeciendo. Se balanceaba como si estuviera ebria; se sentía incómoda en cualquier postura que adoptaba, pero se mecía mientras canturreaba para consolarse. Helena recordaba ese dolor, aunque habría deseado haberlo olvidado.

De repente, la multitud comenzó a susurrar:

—Decapítala. Es el único modo. No morirá a menos que le cortemos la cabeza.

—Sí, coged una espada —rogó Helena con un hilo de voz y escupiendo sangre—. Os lo ruego.

—¡Que alguien se apiade de ella y la mate! —exclamó una mujer con desesperación. Y de inmediato todos los presentes prestaron atención a la súplica—. ¡Una espada! ¡Necesitamos una espada!

Un jovencito, casi un niño, emergió de entre la multitud. Al ver a la otra Helena, no pudo contener el llanto. Desenfundó su espada, la giró sobre su cabeza y se dispuso a dejarla caer sobre la mujer ensangrentada que yacía a sus pies.

Un esbelto brazo evitó que la espada alcanzara su objetivo.

Pertenecía a una mujer que irradiaba un resplandor dorado. Aquella desconocida cambiaba su aspecto constantemente. Era anciana y joven al mismo tiempo, robusta y esbelta, con la tez negra como el carbón y blanca como la nieve. En cuestión de segundos, podía convertirse en cualquier mujer del mundo. Fuera cual fuera su aspecto, siempre era hermosa. Al azar, o eso creyeron todos, la extraña adoptó una apariencia muy similar a la de Helena.

—¡Mi hermana! —exclamó apenada mientras recogía a la muchacha de entre los escombros. Entre sollozos, Afrodita acunó a la otra Helena entre sus brazos, limpiándole la sangre de la cara con el velo.



La muchedumbre retrocedió varios pasos mientras la diosa lloraba; la magia de Afrodita cautivó todas las emociones de los presentes. Helena observó cómo adoptaban expresiones de pena y compasión, como si sus corazones se hubieran roto con el de la diosa.

—Deja que me vaya —suplicó la otra Helena.

—Nunca —prometió Afrodita—. Preferiría ver la ciudad reducida a cenizas antes que perderte.

Intentó rebatirle, pero Afrodita acalló su réplica y se puso en pie, sin dejar de acunarla, como si fuera un bebé. La diosa del amor se colocó frente a la muchedumbre y la miró con detenimiento. Con los ojos centelleando y con voz ensordecedora, les lanzó una maldición:

—Abandono este lugar. Ningún hombre sentirá deseo, y ninguna mujer engendrará vida. Todos pereceréis sin ser amados y sin hijos.

Helena podía oírles implorar clemencia mientras notaba cómo se elevaba hacia el cielo, junto a la diosa. Al principio, el gentío parecía un tanto confuso por lo que acababa de ver. Pero, en cuanto empezaron a darse cuenta de la maldición que los perseguiría hasta la muerte, las súplicas se convirtieron en lloros. Afrodita sobrevoló el agua con su querida hermana en brazos, dejando atrás aquel lugar maldito.

A lo lejos, en el horizonte, se advertía el mástil de una majestuosa embarcación; una embarcación troyana, recordó Helena. Afrodita emprendió el vuelo hacia el mástil, con las dos Helenas a su lado.

Matt observaba pensativo el horizonte. La brisa marina se sentía fresca, y en el cielo centelleaban tantísimas estrellas que parecía una ciudad suspendida en el aire. Habían sido los dos días más largos e intensos de su vida, pero no estaba cansado. Al menos, no físicamente. No notaba los músculos cargados y caminaba con soltura, sin arrastrar las piernas. A decir verdad, jamás se había sentido mejor en su vida.

Echó un vistazo al antiguo puñal que sostenía en la mano. Se trataba de una daga de bronce que, a pesar de haberse fabricado miles de años atrás, seguía afilada como el primer día y muy bien equilibrada, desde la punta hasta la empuñadura. Matt colocó aquel hermoso objeto sobre la palma de su mano y descubrió que se acomodaba a la perfección sobre ella; daba la



impresión de que aquella arma había sido creada a medida para él. O quizás al revés, pensó con amargura.

A pesar de haber limpiado las manchas de sangre de Zach, Matt todavía se imaginaba las gotas deslizándose por los bordes. Alguien a quien había conocido desde pequeño había muerto con ese mismo puñal clavado en el pecho antes de legárselo a él. Pero antes, mucho antes, le había pertenecido a otro maestro; a un maestro más famoso, sin duda.

Los griegos creían que el espíritu de los héroes permanecía en sus armaduras. La *Iliada* y la *Odisea* relataban historias de guerreros que estaban dispuestos a morir en combate por una armadura. Hubo quienes, dejando a un lado su honor, iniciaron batallas para conseguir las espadas y las corazas de los héroes más reconocidos para así absorber su alma y sus talentos. Áyax el Grande, uno de los guerreros más venerados y admirados del bando griego en la guerra de Troya, no dudó en masacrar y arrasarse pueblos con el único propósito de hacerse con la armadura de Héctor. Cuando se despertó de ese arranque de locura, le horrorizó de tal manera cómo había mancillado su buena reputación que decidió quitarse la vida con su propia espada. A Matt siempre le había intrigado ese capítulo de la *Iliada*. Nunca habría librado una batalla por una simple armadura, aunque eso implicara convertirse en el mejor guerrero de la historia de la humanidad. No le interesaba la gloria.

El mar estaba algo revuelto aquel día y, sin apartar la mirada del horizonte, Matt arrojó el puñal con todas sus fuerzas. La daga pasó volando por encima de las olas durante un largo rato. El muchacho vio que se alejaba a una velocidad imposible de calcular. Varios segundos más tarde, y a pesar del rugido del oleaje, oyó que se hundía en el agua.

Era humanamente imposible lanzar un objeto a esa distancia, y más aún percibir que se sumergía en el mar. Man siempre había utilizado la lógica para solucionar sus problemas, y la lógica le decía que algo tan increíble no podía ser lógico de ningún modo.

No se lo había confesado a nadie, pero en más de una ocasión había deseado que aquello ocurriera. Aunque no de ese modo. No si aquel era el papel que debía interpretar. Matt ni siquiera lo entendía... ¿Por qué él? Había aprendido a luchar y a defenderse para ayudar a sus amigos, no para hacer daño a los demás. Lo único que había querido era proteger a los desamparados. No era un asesino. No tenía nada en común con el primer hombre que empuñó la daga.



Una ola salpicó los pies de Matt, dejando a su paso un objeto brillante y reluciente. No fue necesario recogerlo para saber qué podía ser. Era la tercera vez que tiraba el puñal al océano, y la tercera que regresaba a él con una rapidez inimaginable.

Las parcas habían clavado sus ojos en él, y no había lugar en el mundo donde Matt pudiera esconderse.

Las velas del barco eran cuadradas y blancas. Sobre el mástil más alto, ondeando al compás del viento, se distinguía una bandera triangular con el fondo rojo y un sol dorado en el centro. Los remos de la trainera sobresalían de ambos lados de la embarcación. Incluso desde el aire, Helena podía oír el sonido rítmico de un timbal que marcaba el ritmo de los remeros.

Las aguas que surcaba aquel barco no eran las del océano Atlántico, oscuras y peligrosas, sino que eran más bien tranquilas y de un azul claro precioso; el mismo azul zafiro de los ojos de Lucas. «Azure», pensó Helena. Su *alter ego*, que aún no había recuperado del todo la consciencia, gimió en los brazos de Afrodita cuando la diosa la dejó sobre la cubierta del barco.

En cuanto Afrodita se posó, se oyeron varios gritos de espanto. Desde el puesto de mando, tras el timón, un tipo corpulento dio un paso al frente. Helena le reconoció al instante.

Héctor. Era clavado a él, menos por el pelo y la forma de vestir. Aquel Héctor llevaba la cabellera más larga que el que había conocido en Nantucket e iba vestido con una tela de lino ceñida alrededor de la cadera con un cinturón de cuero. Llevaba unas correas de piel atadas alrededor de las muñecas y un collar de oro macizo. Incluso medio desnudo, parecía un miembro de la realeza.

—Eneas —llamó Héctor por encima del hombro. Tenía la mirada fija en la mujer ensangrentada que había traído Afrodita en brazos. No daba crédito a lo que estaba presenciando. Y entonces apareció un tipo que enseguida se puso en posición de firmes junto a Héctor. Era la viva imagen de Orión, pero sin las cicatrices del pecho y la espalda—. Baja a las cubiertas inferiores y despierta a mis hermanos.

—Date prisa, hijo mío —le murmuró Afrodita a Eneas—, y trae miel.

El joven asintió a su madre en un gesto de respeto y se marchó a paso de



soldado. Sin embargo, no fue capaz de apartar la mirada del cuerpo de la otra Helena. Su mirada reflejaba una tristeza infinita.

—¡Agua! —bramó Héctor.

De inmediato, varios de sus hombres le obedecieron. Un segundo más tarde, Paris apareció en la cubierta superior, con Jasón un paso por detrás de él. Al igual que las versiones antiguas de los hombres que conocía, Jasón tenía el mismo aspecto, sin tener en cuenta la ropa, por supuesto.

Paris no pudo reprimir un grito ahogado cuando vio el cuerpo de su amada. Corrió hacia ella como pudo, pues las piernas apenas le respondían. Le temblaban las manos cuando la cogió de los brazos de Afrodita y el joven empezó a palidecer.

—Troilo —indicó Héctor a Jasón, señalando con la barbilla a su hermano menor, que acababa de llegar con un cubo de agua.

Cuando Paris trató de mojarle los labios con unas gotas de agua, la otra Helena le apartó la mano.

—¿Qué ha ocurrido, señora? —preguntó Troilo a Afrodita cuando se dio cuenta de que Paris no podía articular palabra.

—Menelao y toda su ciudad se volvieron contra ella cuando descubrieron que había un embarazo —explicó la diosa.

Paris alzó la cabeza y abrió los ojos, incrédulo. Héctor y Eneas se miraron durante un breve instante, ambos con ademán preocupado, y acto seguido desviaron la mirada hacia Paris.

—¿Lo sabías, hermano? —preguntó Héctor sin rodeos.

—Tenía la esperanza de que estuviera embarazada —admitió, emocionado—. Me mintió.

Todos excepto Paris agacharon la cabeza, como si entendieran la elección de Helena.

—El Tirano.

No fue más que un susurro, apenas audible, pero era evidente que en la cabeza de todos los presentes retumbaba esa palabra.

—Madre, ¿cómo averiguó Menelao que Helena estaba embarazada?

Con una ternura indescriptible, Afrodita rozó el hombro de su media



hermana con las yemas de los dedos.

—Helena esperó a que zarparas, y después se lo confesó.

El cuerpo de Paris empezó a temblar.

—¿Por qué? —le preguntó a la otra Helena, con lágrimas en los ojos.

La joven pasó una mano magullada y ensangrentada por el pecho de Paris, para calmarle.

—Lo siento —murmuró, y después se puso una mano sobre la barriga—. Lo intenté, pero no pude hacerlo. No pude matarnos a las dos.

Troilo se agachó junto a su hermano y le ofreció su apoyo mientras todos los demás contemplaban a Helena con una mezcla de admiración y consternación.

—No te lamentes, Paris. Tu hija sigue con vida —dijo Afrodita—. Crecerá y se parecerá a nuestra hermosa Helena, y su hija también crecerá y se parecerá a su madre, y así seguirá siendo mientras la línea perdure. Me aseguraré de que así sea y, después de que mi hermana mortal haya fallecido, siempre me reflejaré en el rostro que más adoro en este mundo.

El resplandor dorado de la diosa se iluminó de forma inesperada, y Afrodita miró uno a uno a todos los soldados de Troya. Su voz sonó como un trueno en la distancia.

—Debéis jurarme que protegeréis a mi hermana y a su hija. Si Helena muere, desaparecerá su línea de descendencia, y entonces no habrá nadie sobre la faz de la Tierra capaz de amar.

La diosa miró a su hijo Eneas con expresión de disculpa, aunque enseguida endureció el gesto. Dolido ante el comentario de su madre, el muchacho bajó la cabeza. Afrodita se giró hacia Héctor.

—Mientras mi hermana viva y su línea de descendencia perdure, habrá amor en el mundo. Lo juro sobre el río Estigia. Pero si permites que mi hermana muera, Héctor de Troya, hijo de Apolo, abandonaré este mundo y me llevaré todo el amor que habita en él.

Héctor cerró los ojos durante un momento para asimilar el alcance de la sentencia de la diosa. Cuando los volvió a abrir, parecía derrotado. ¿Qué elección tenían? Echó un vistazo a sus hermanos y a Eneas. Todos se mostraron de acuerdo en silencio, pues no podían negarse, a pesar de las consecuencias que esa decisión conllevaría.



—Lo prometemos, señora —anunció Héctor

—No, hermana. No lo hagas. Menelao y Agamenón han firmado un pacto con los demás reyes griegos. Vendrán a Troya con todos sus ejércitos —protestó Helena.

—Es verdad, vendrán. Y los estaremos esperando —rebatió Paris con la mirada ensombrecida, como si los buques de guerra enemigos ya estuvieran alcanzando la costa troyana. Levantó el cuerpo de Helena de la cubierta y la joven se retorció de dolor entre sus brazos.

—Lánzame al mar y deja que me ahogue —rogó—. Por favor. Acaba esto antes de que empiece.

Paris hizo caso omiso a aquellas palabras y se limitó a trasladarla a las cubiertas inferiores, en concreto a su camarote. Al fin, su *alter ego* perdió el conocimiento y la visita de Helena a aquella horrible pesadilla, visión, o lo que fuera, acabó de repente. Después, se dejó llevar por un sueño mucho más tranquilo.



Capítulo 2

Con la esperanza de que explotara, Andy tenía la mirada fija en el metrónomo que había sobre el órgano que estaba tocando. Pero no lo hizo. Inspiró profundamente, esperó un compás y volvió a sumergirse en la música de Bach. Diez oscilaciones del péndulo más tarde, la joven empezó a gruñir con la mandíbula apretada y a sacudir los puños en el aire para evitar golpear las teclas. Lanzar improperios a un instrumento era una ofensa imperdonable para ella. Pero los metrónomos eran harina de otro costal...

—Tienes suerte de ser una antigüedad —le dijo al órgano, como si quisiera informarlo de lo cerca que había estado de convertirse en una montaña de astillas.

Dejó la mente en blanco y volvió a empezar.

Esta vez permitió que Bach hiciera todo el trabajo y, durante varios compases, disfrutó del arte escondido entre la complicada matemática de la fuga.

Aquello era felicidad pura. Disfrutó de ese momento de éxtasis hasta que el ruido de un cronómetro la interrumpió. Andy deslizó los dedos sobre el teclado causando un estruendo que tan solo un gigantesco órgano de más de cien años podía producir.

—¿De verdad? —musitó hacia el suave resplandor de la ventana Tiffany, que estaba por encima de su cabeza.

Ni siquiera aquel hermoso mosaico de colores, que le iluminaba el rostro de una forma celestial, fue suficiente para calmarla. Justo cuando estaba a punto de conseguirlo, había tenido que parar.

Se contuvo las ganas de soltar palabrotas en una iglesia y echó un vistazo al reloj. Ya eran las ocho de la mañana. Caray. Su hora de ensayo había terminado y, para colmo, tenía que ir caminando a su primera clase del día.

Hacía un frío glacial. Los primeros rayos de sol empezaban a despuntar por el horizonte, más allá del campus universitario. Andy se tapó con todas las



capas de franela y lana que solía llevar para ocultar su espectacular figura y se dirigió hacia los matorrales cubiertos de hielo que marcaban el inicio de su «atajo». A decir verdad, era un atajo bastante largo, pero estaba alejado del camino habitual y, por lo tanto, no había posibilidad de encontrarse con nadie. No buscaba amigas porque le gustaba estar sola. De hecho, eso no era del todo cierto. Detestaba la soledad, pero confiaba más en ella que en la gente.

—Te he visto tocando —comentó un jovencuelo con voz musical.

A Andy se le escapó un grito y enseguida se dio media vuelta. Se topó con un chico hermoso, alto, fuerte y con el cabello rizado, cuya tez parecía centellear bajo la luz de la fría mañana de noviembre.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó sin perder la calma.

Deslumbrada por el sol, parpadeó varias veces para escudriñar los alrededores en busca de otra persona. Wellesley College era una universidad femenina situada en la zona más aristocrática, tradicional y conservadora del estado de Massachusetts. A menos que fuera un profesor o un guardia de seguridad, no le estaba permitido adentrarse hasta allí sin una placa de visitante.

—Tienes mucho talento —añadió, acercándose un poco más.

—Así que me has visto, ¿eh? —dijo dando un paso hacia atrás, pues no se sentía cómoda con la situación que estaba viviendo—. ¿Cómo has podido verme en la capilla? Estaba sola.

El desconocido soltó una sonora carcajada que quedó suspendida en el aire como si de una campanada se tratara.

—No estaba en la capilla, por supuesto. Te vi a través de ese ventanal.

—¿A través de la vidriera de colores?

—Eres preciosa, te encontraría en cualquier lugar, da igual donde te escondas. Desprendes una luz radiante; tanto que incluso apostaría a que brillas en la oscuridad.

A juzgar por su expresión, no parecía estar mintiendo. No la miraba de forma lasciva ni grosera, pero seguía aproximándose poco a poco, lo que intimidaba a Andy. Además, era evidente que prefería mantener una distancia prudente. Cuando estuvo lo bastante cerca, se percató de que había algo extraño en la mirada de aquel chico, algo claramente animal. Recordó el resplandor que se



colaba por la vidriera e imaginó cómo la había visto. Ahora sabía a quién o, mejor dicho, a qué se estaba enfrentando. Le invadió una sensación de miedo que la obligó a recular varios pasos.

—¿Piensas huir de mí? —preguntó el joven, abatido, como si ya le hubiera sucedido infinidad de veces en el pasado.

—¿Me perseguirías? —contestó Andy utilizando una voz seductora e hipnótica que enloquecería a cualquier mortal. Necesitaba ganar tiempo, quizá si le convencía para que la siguiera por el camino se encontraría con alguien dispuesto a ayudarla.

—Por supuesto que sí —susurró con los ojos ardientes. Había despertado su interés, pero, por desgracia para ella, no estaba hipnotizado—. Solo aquellos que huyen de mí merecen que les dé caza.

«¿No se da cuenta? —pensó con esa hilaridad que solo ocurre en las circunstancias más desesperadas—. Me he pasado toda la vida atemorizada por tentar a un chico, y acabo aquí, en una universidad para chicas, asaltada por un desconocido.»

La luz matinal volvió a bañar a la extraña criatura, cuya silueta se veía demasiado real a contraluz, como si fuera una imagen en cuatro dimensiones. Andy sabía que ese efecto óptico no se debía al sol de otoño. Su madre la había advertido de la posibilidad de algo parecido, pero ella jamás creyó que pudiera llegar a pasar.

—¡Hola, Andy! —la saludó una compañera.

Era una chica sumamente alegre que había conocido hacía, más o menos, un mes, en la presentación de los estudiantes de primer curso. Y, desde ese mismo día, había tratado de evitarla. Guiñó el ojo a Andy y al chico que la acompañaba. La seguía un grupito de chicas charlatanas que se quedaron mudas al ver que Andy estaba con un chico.

—¿Vienes a clase?

—Hola... ¡Susan! —exclamó, recordando el nombre de su compañera en el último momento—. ¡Quiero ir con vosotras!

El hermoso joven dedicó una triste sonrisa a Andy mientras el puñado de universitarias se acercaban para recogerla. Entonces se dio media vuelta y salió disparado hacia el lago Waban.

—¿Adónde ha ido tu amigo? —preguntó Susan, perpleja.



—No es mi amigo —contestó Andy, mucho más tranquila, mientras cogía de la mano a Susan—. Tenemos que avisar a la seguridad del campus ahora mismo.

—¡Puedo darle una descripción! —graznó una de las chicas de la pandilla de Susan, con el cabello oscuro y reluciente y la tez canela. Después, añadió—: ¡Debía estar helándose, porque solo llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta de manga corta!

—Tenía el pelo rubio y rizado, y estaba muy bronceado. Como un surfista de las playas de Malibú —añadió otra, más regordeta y con la cabellera lisa como una plancha. Soltó el comentario como si no pudiera contener su exuberancia.

—Parecía tener la piel muy suave. ¡Como un delfín! —bromeó la chica de piel canela a su compañera. Y entonces las dos empezaron a desternillarse de la risa mientras seguían babeando por el tipo que había asaltado a su compañera.

Andy puso los ojos en blanco. Siguió oyendo comentarios del mismo estilo por parte del resto de las testigos, a las que también podía llamar «*groupies*», a juzgar por la forma de describir al asaltante. Y entonces cayó en la cuenta de que no podían dar otro tipo de respuesta. Solo eran humanas.

Después de pasar dos horas con el equipo de seguridad, relatando varias veces la experiencia y tras guiar a los guardias hasta el punto exacto donde había sido acosada, Andy había aceptado de buen grado un dispositivo de control remoto que podía llevar en el llavero. Tenía un acosador oficial, un tipo que había logrado entrar en el campus sin un pase de visitante, y los guardias no estaban dispuestos a permitir que deambulara por el campus sin tomar ciertas precauciones. El control remoto funcionaba como un botón del pánico: si lo apretaba, el cuerpo de seguridad de la universidad acudiría en su busca al instante. Si por casualidad volviera a ver a su asaltante, tenía que pulsar el botón para pedir ayuda. Andy se preguntaba si, llegado el momento, apretaría el botón, lo que pondría en peligro a toda la universidad, o si se enfrentaría a él a solas.

Aunque Susan y su grupo de amigas habían corroborado su historia, parecían algo confusas. Andy había repetido palabra por palabra todo lo que el extraño le había dicho, pero aquellas chicas parecían dispuestas a



entregar un riñón a cambio de que un bombón como ese les dijera algo parecido.

La muchacha no podía sincerarse y decirles que aquello no era un romance. Los hombres siempre le habían dedicado ese tipo de palabras, pero nada tenían que ver con el amor. A lo largo de su vida, había asistido a colegios católicos solo para chicas y siempre había intentado huir de todo hombre que quisiera perseguirla, aunque eso no parecía detenerlos. También había escapado de muchísimas mujeres que, cegadas, la acosaban día y noche. Después de aquel horrible episodio en séptimo curso, cuando su mejor amiga había tratado de besarla en medio de la clase de Historia de la hermana Mary Francis, jamás había vuelto a tener amigas.

Se había impuesto la norma de mantenerse alejada de la gente. Lo hacía por su propio bien. Los de su especie eran demasiado peligrosos para los mortales.

Después de varias clases, logró zafarse de Susan y de su séquito. Sin embargo, cuando Andy dejó claro que prefería estar a solas, Susan la miró con una mezcla de preocupación y añoranza, lo cual la hizo sentir un tanto culpable. Aquella era una chica guapa y popular, que, además, parecía buena persona. Precisamente por ese motivo Andy no tenía más remedio que cortar esa relación de raíz. No quería hacer daño a una persona tan fantástica como Susan por el mero hecho de tener una amiga. Se merecía algo más que eso.

Pasadas las nueve de la noche, Andy salió de su clase de Astronomía y se dirigió al colegio mayor, situado más allá del estanque Paramesium. Le picaba la nariz. Sacó la mano del bolsillo, soltando el control remoto por un segundo, y de repente notó un brazo fuerte y robusto contra el pecho.

—Corre —le susurró al oído—. Me encanta acecharte.

En el sueño, Helena nadaba entre delfines. Sin embargo, no se trataba de una emocionante inmersión en el mundo marino. El delfín en cuestión no daba volteretas ni chapoteaba con las aletas. Iba a la caza de una chica de su misma edad. La joven del sueño pretendía huir del delfín a nado, pero el cetáceo no cesaba en su intento de ahogarla, golpeándola con las aletas y la cola hasta verla sangrar.



Intentaba nadar hacia una boya que se mecía en mitad de la nada. El mar estaba algo revuelto y, abriéndose camino entre las olas, la jovencita no dejaba de llorar y jadear. El delfín reemprendió su ataque, pero esta vez mostró dos brazos humanos en vez de aletas, que utilizó para inmovilizar a su presa.

Helena abrió los ojos de golpe y se despertó con la respiración entrecortada. Sentía como si alguien le hubiera clavado un tornillo en mitad del pecho. La habitación estaba a oscuras.

Se preguntaba cuántos días llevaría perdiendo y recuperando el conocimiento. Estaba algo confundida, pero recordaba a su madre limpiándole la sangre seca y el barro con una esponja húmeda, a Kate ofreciéndole sopa con una cuchara y a Claire compartiendo una naranja con Ariadna, que tenía la piel amoratada. Durante esos días no había podido olvidar la imagen de las cicatrices de Orión y, al volver a pensar en ellas, sintió una punzada en el corazón.

También le venían a la memoria otros recuerdos. Se acordaba de cosas que jamás le habían ocurrido, como atarse una toga (chitón, rectificó mentalmente; los griegos llevaban chitón, y los romanos, toga) o cardar lana. Helena Hamilton estaba convencida, sin miedo a equivocarse, de que jamás se había atado una toga ni había cardado lana en toda su vida, pero recordaba cómo hacerlo.

Esas extrañas «visiones» de Helena de Troya se confundían con recuerdos y, ahora que estaba despierta y consciente, estaba segura de que eran justamente eso, recuerdos. Pero ¿cómo era posible que avocara los recuerdos de otra persona? No conseguía explicárselo. Esas reminiscencias ajenas le resultaban estremecedoras, y lo único que deseaba era adivinar de qué forma podía deshacerse de ellas.

—¿Lennie? —murmuró Claire.

Helena bajó la mirada y descubrió a su amiga asomando la cabeza por encima del diván que Ariadna tenía a los pies de la cama. Por norma general, la joven dejaba la ropa tirada encima de aquel sofá, de modo que siempre había creído que era un lugar destinado a acumular ropa en vez de un asiento.

—¿Estás despierta de verdad o estás de visita momentánea? —preguntó Claire. Incluso bajo la luz débil de los primeros rayos del día filtrándose por la ventana, Helena se percató de la preocupación que se reflejaba en el rostro de su amiga.



—Estoy despierta, Risitas —confirmó Helena, incorporándose en la cama—. ¿Cuánto tiempo llevo desaparecida?

—Un par de días.

¿Solo dos días? Se le habían hecho eternos. Miró a Ariadna, que seguía durmiendo y preguntó:

—¿Se va a poner bien?

—Claro —contestó Claire—. Y Jasón también va a recuperarse en un periquete.

—¿Orión? ¿Lucas?

—Están todos bien; les dieron una tremenda paliza, pero mejoran día a día —la tranquilizó. Y en ese instante, apartó la mirada y frunció el ceño.

—¿Mi padre?

—Se ha despertado alguna que otra vez, pero solo unos segundos. Ari y Jasón están haciendo todo lo que pueden.

Esa no era la respuesta que habría querido escuchar. Asintió, con un nudo en la garganta. Su padre no era un vástago, así que estaba a merced de la muerte. Le costaría muchísimo recuperarse y volver a ser el mismo. Helena apartó de su cabeza la idea de que su padre jamás lograra recuperarse, y volvió a la conversación con Claire.

—¿Y cómo estás tú? —quiso saber.

Su amiga de la infancia la miraba desolada, triste.

—Hecha polvo. ¿Y tú?

—Muerta de hambre.

Helena apartó las sábanas y Claire enseguida se levantó para ayudarla. Tambaleándose, las dos amigas bajaron las escaleras para asaltar la nevera. Aunque era consciente de que debía comer todo lo pudiera para ayudar a su cuerpo a reconstruirse mientras se curaba, no podía quitar los ojos de Claire.

—¿Qué pasa, Risitas? —preguntó en voz baja, después de tragar una cucharada de sopa de pollo—. ¿Es por Jasón?



—Es por todos vosotros. Esta vez todos habéis salido heridos. Y sé que no es el final —aclaró Claire, que seguía triste—. Se acerca una guerra, ¿verdad?

Helena dejó la cuchara sobre la mesa.

—No lo sé, pero los dioses son libres de abandonar el Olimpo y volver a la Tierra. Y todo gracias a mí.

—No es tu culpa —la defendió Claire—. Te engañaron.

—¿Y qué más da? Me engañaran o no, fracasé —dijo con total naturalidad—. Dejé que Ares me acorralara, aunque ya me habían avisado varias veces de que algo iba a ocurrir.

Se sentía fatal, pero sabía que no podía permitirse el lujo de hundirse en la culpa, así que dejó la autocompasión a un lado. Si algo le habían enseñado sus viajes al Submundo era que ser pesimista, por muy justificado que estuviera, jamás ayudaba a solucionar ningún problema. Dejó a un lado esa idea, junto a otras que habían surgido de las conversaciones con Hades, y reanudó la charla con Claire.

—¿Los dioses han aparecido en algún sitio? ¿Han hecho algo?

De pronto, la imagen de un hermoso caballo pasó como un rayo por la mente de Helena. Tenía las patas delanteras manchadas de sangre. Aquella visión le estremeció.

—No hemos oído nada —comentó Claire encogiendo los hombros—. Al menos, nada que pueda relacionarse con la cólera de los dioses.

—¿Qué ha visto Casandra?

—Nada. No ha avanzado ninguna profecía desde que os trajeron a los tres a casa.

Helena frunció los labios, perdida en sus pensamientos. Justo cuando los vástagos más necesitaban un oráculo, este se quedaba mudo. Así era como funcionaba el drama griego. Sabía que las cosas eran así, pero no podía evitar sentirse molesta. Tenía que haber una razón que explicara por qué Casandra no podía predecir el futuro. «Porque es irónico» había dejado de ser una respuesta válida para Helena.

—¿Len? —la llamó Claire, un tanto espantada—. ¿Puedes detener a los dioses?



—No lo sé, Risitas —admitió mirando a su mejor amiga. Estaba pálida, seguramente por el miedo, y era obvio que no había pegado ojo en toda la noche—. Pero si alguno intenta hacernos daño, me enfrentaré a él con todas mis fuerzas.

Claire sonrió y por fin pudo relajarse un poco.

—Acábate la sopa —la amonestó de repente.

Helena se rio disimuladamente y obedeció sin protestar. Sabía que esa era la forma de Claire de asumir su habitual papel de jefa, así que, de modo diligente, cogió la cuchara sin dejar de pensar en los dioses. Quizá no estaban destruyendo ninguna montaña, pero eso no significaba que no estuvieran merodeando por la tierra. Después de miles de años encerrados en una cárcel, estarían ansiosos por regresar a este mundo, pero ¿dónde estaban? Los vástagos se sentían débiles, necesitaban recuperarse después de los últimos días, y, por si fuera poco, estaban repartidos por toda la Tierra. Si los dioses querían enfrentarse a ellos, ahora era el momento idóneo para atacar. ¿A qué estaban esperando? Helena seguía tomando sorbos de sopa cuando se percató de que su amiga la miraba atentamente.

—¿Qué pasa? —preguntó con la boca llena.

—No has cogido la cuchara —respondió Claire sin pestañear—. Has alargado la mano y se ha deslizado hacia ti.

Helena echó un vistazo a la cuchara e intentó recordar cómo la había cogido. Solo se acordaba de haber extendido la mano, de nada más. Dejó de nuevo la cuchara sobre la mesa y extendió la mano. Pero no ocurrió nada.

—Creo que deberías volver a acostarte, Risitas —aconsejó con una sonrisa dubitativa.

—Sí, puede que tengas razón —acordó Claire, aunque no parecía muy convencida.

Cuando Helena por fin se acabó aquel copioso desayuno, su amiga la acompañó hasta el cuarto de baño para darse una ducha. Mientras se limpiaba los restos de sangre y barro, Claire se quedó sentada sobre la bañera, embadurnándose de crema hidratante las piernas. No quería dejar a Helena a solas, por si volvía a marearse o perder el conocimiento.

—¿Estás segura de que no necesitas ayuda? —preguntó por enésima vez.



—Sí, estoy segura —respondió con una sonrisa mientras se secaba con la toalla—. Francamente, me siento muy bien.

—En realidad eres la más fuerte, ¿verdad?

Helena rehuyó la mirada de su amiga. Aunque Claire y ella se habían duchado juntas millones de veces después del entrenamiento y ninguna jamás había mostrado el más mínimo gesto de timidez, de repente Helena se sintió desnuda. No quería que Claire la considerara una especie de..., en fin, una semidiosa. Era más que su mejor amiga. Era como su hermana, y odiaba que le recordaran que había una diferencia abismal entre ambas.

—¿Por qué dices eso? —preguntó algo tensa.

Claire apretó los labios antes de contestar.

—Deberías echar un vistazo a los chicos en cuanto acabes.

—A mi padre el primero —confirmó Helena.

Claire la ayudó a vestirse y después dejó que Helena se apoyara en ella para cruzar el pasillo. La puerta estaba abierta, así que enseguida atisbó el cuerpo de Jerry en la cama, y a Kate sentada en una silla, a su lado. Los dos estaban adormilados. Su padre había perdido tanto peso que se negaba a creer que era él. Se repitió varias veces que debería estar agradecida porque seguía con vida, pero el aspecto enfermizo de Jerry le impedía sentir cualquier otra cosa que no fuera miedo.

Avanzaron varios pasos hasta llegar a la habitación de Héctor. Desde el pasillo, Helena oyó varias voces masculinas al otro lado de la puerta. Daba la sensación de que todos estaban allí dentro. Llamaron a la puerta y, al entrar, comprobaron que Héctor había trasladado a Jasón y a Lucas al cuarto donde descansaba Orión.

De repente, Helena tuvo otra visión, o recuerdo, o lo que fuese. Todos los hombres dormían en una tienda en mitad de un campamento polvoriento, justo a los pies de la gran muralla de Troya. Sacudió la cabeza y la visión se esfumó.

—¿No sois un poco mayorcitos para una fiesta de pijamas? —bromeó Claire.

A los chicos les hizo gracia la broma.

—Estaba harto de correr pasillo arriba y abajo para comprobar que estaban de una pieza, así que decidí mover todas las camas a esta habitación —reconoció Héctor con las mejillas sonrojadas.



«Héctor, *el Protector*», pensó Helena. No podía soportar estar lejos de sus hombres cuando estaban heridos, ya fueran generales imprescindibles, como Eneas, o simples soldados de infantería. Por esa razón, todos los hombres de su ejército le veneraban y estaban dispuestos a seguirle hasta la muerte.

Movió de nuevo la cabeza y pestañeó varias veces para olvidar aquellos recuerdos. Ni siquiera eran suyos.

—No puedo creer que estés caminando —dijo Orión a Helena.

Los gritos de pánico de Orión habían provocado un arranque de energía momentáneo. Tanto Lucas como él seguían confinados en la cama, recuperándose. Aún se sentían muy frágiles, a diferencia de Helena, y el esfuerzo de salvar a Jerry había consumido a Jasón. Ninguno de los tres era capaz de sentarse sin sentir un dolor indescriptible.

—Solo he venido a ponerlos los dientes largos, chicos —se burló Helena.

Quería disimular lo preocupada que estaba por todos ellos. Claire se acercó a Jasón y, de forma automática, Helena se encaminó hacia la cama de Lucas. En el último momento se dio cuenta de lo que estaba haciendo y cambió de dirección para sentarse junto a Orión. Lucas la observaba con una expresión tensa, contenida. Era evidente que intentaba ocultar sus verdaderos sentimientos. Helena tragó saliva y esquivó su mirada. En esta vida eran primos, se recordó una vez más, a pesar de lo que había visto en sus sueños.

Tomó la mano de Orión y empezó a sentirse mejor. El vástago le sonrió con ternura, y Helena no pudo evitar sentir un hormigueo en el estómago. Quería a Orión, pensó mientras la invadía una agradable sensación de calidez. ¿Qué importaba que se mareara cada vez que estaba cerca de Lucas?

De todas formas, no podía pasarse la vida sintiendo vértigos cada dos por tres.

—¿De qué estabais hablando? —preguntó con tono animado.

Tenía la esperanza de que algún día Lucas no se pusiera pálido cada vez que la veía cogiendo la mano de Orión. Por un segundo, le pareció ver un destello de algo tóxico y verdoso bajo la piel de Lucas. Parpadeó y acto seguido apartó la mirada. Deseaba que hubiera sido una mala jugada de su ojo amoratado.



—Charlábamos de estrategias. Los vástagos necesitan un plan, y rápido —respondió Héctor, con gesto serio—. Estamos débiles. Divididos. Es el momento perfecto para atacarnos.

Helena suspiró y dejó escapar una risa amarga.

—Estaba pensando justo lo mismo.

Héctor la miró con aprobación. Quizá, después de todo lo ocurrido, el vástago había instruido a otro soldado para sus filas.

—Pero no nos han llegado noticias. Hasta donde sabemos, los dioses siguen en el Olimpo —repitió Claire, que tenía el ceño arrugado de preocupación.

Desde la cama, Jasón la estrechó entre sus brazos.

—Matt ha averiguado algunas cosas. Ahora vendrá a contárnoslas —informó Jasón, y, dirigiéndose a su hermano, añadió—: Por cierto, ¿dónde está?

—Con Ariadna —contestó Héctor. Por su tono de voz, parecía algo irritado, pero enseguida cambió—. Va a verla quince veces al día.

—No son quince veces —objetó Matt mientras entraba en la habitación. Con un brazo sostenía el cuerpo débil de Ariadna y bajo el otro llevaba su iPad—. Diez. Como máximo.

Helena tuvo que mirarle dos veces para reconocerle. Durante los últimos meses, le había visto ponerse en forma. También se había dado cuenta de que su inocente amigo de la guardería se había convertido en un tipo popular por el que todas babeaban, aunque ella jamás podría mirarle con esos ojos. La simple idea de verlo así le resultaba asquerosa. Pero esto era distinto. Estaba electrizante.

—¿Cómo estás, hermanita? —le preguntó Héctor a Ariadna, pero ni siquiera él era capaz de dejar de observarle de arriba abajo.

Fuera cual fuese el cambio, Héctor también lo había notado, sin duda.

—¡Puaj! —gimió cómicamente antes de dejarse caer sobre su hermano mayor—. Como una mierda.

—¿Una mierda? —repitió Orión, como si no pudiera creerse que Ariadna hubiera pronunciado la palabra.

—Masticada, tragada, vomitada y de nuevo masticada —aclaró con una sonrisa de oreja a oreja.



—¿Cómo estás? —murmuró Matt, dirigiéndose a Helena, mientras el resto se reía a carcajadas por la burda analogía de Ariadna. Y entonces, como si alguien hubiera chasqueado los dedos, Matt volvió a ser el de siempre.

—Estoy bien —respondió dándole unas suaves palmaditas en la mano.

—¿Seguro? —insistió.

Helena supuso que se estaba refiriendo al ojo magullado. La confrontación con Ares le había dejado una cicatriz azul en el iris del ojo derecho. Le habían asegurado que parecía un relámpago, pero aún no había tenido tiempo de comprobarlo. Había tenido que ocuparse de asuntos más importantes y urgentes que mirarse al espejo.

—Sí, estoy bien —aseguró una vez más—. Aunque estaría mucho mejor si Ari dejara de darme patadas mientras duermo.

—Eh, al menos yo no ronco —bromeó Ariadna al escuchar la queja.

—¡Las dos roncáis! —intervino Claire, que se moría por meter baza en la conversación—. Es como compartir habitación con un par de tíos.

Todos se rieron a costa de Ariadna y Helena. A esta le llamó la atención que el mero hecho de estar juntos pudiera hacerles tan felices; se sentían a salvo y cómodos en compañía de los demás, como si lo hubieran hecho miles de veces.

Pero nadie podía ignorar por qué estaban allí, así que el ambiente festivo y alegre enseguida se disipó.

—Bueno, ¿y qué has descubierto sobre los dioses, Matt? —preguntó Orión, siempre tan sensible a los cambios de humor—. ¿Te has enterado de algo?

—Sí. Se han producido algunos... ataques —respondió el joven a regañadientes.

—¿Qué significa eso? —preguntó Claire.

Matt encendió el iPad y empezó a deslizar hábilmente los dedos por la pantalla. Todos se agruparon a su alrededor para leer los titulares de los periódicos.

—Hace un par de días, encontraron el cuerpo de una mujer en la cima del Empire State, en Nueva York. El cadáver mostraba cortes propios de garras gigantescas. Y esta mañana han hallado a una joven pisoteada por un



caballo en una playa del Cabo Cod. A las dos las habían violado antes de asesinarlas.

Héctor le arrebató el iPad para cerciorarse de la información.

—Es un periódico sensacionalista —dijo con cierto recelo—. Según el artículo, los testigos de Nueva York aseguraron haber visto a un enorme pájaro que sobrevolaba la ciudad con una mujer en sus garras.

—Un águila. Era un águila —corrigió Helena en voz baja, conteniendo un escalofrío. Todos se quedaron mirándola, atónitos, como si esperaran una explicación—. Es solo una corazonada, pero últimamente he tenido sueños muy raros, una especie de visiones extrañas, por decirlo de algún modo —admitió. Se encogió de hombros en un intento de quitar hierro al asunto de los recuerdos. Hasta que entendiera el mensaje de las visiones, prefería restarle importancia.

—¿Cuándo empezaron? —preguntó Lucas, alarmado.

Helena se estrujó los sesos para recordar cuándo había sido la primera vez que los había visto con armadura.

—En Halloween —respondió al fin. Miró a Orión y añadió—: ¿Recuerdas que me olvidé de todo durante un segundo después de tocar el agua de aquel río? —Quería evitar pronunciar el nombre del río Leteo, por pura superstición. Lo último que deseaba era volver a olvidarse de todo.

—Ajá —respondió Orión con una sonrisa. Helena no pudo ocultar una risita algo nerviosa al recordar cómo se habían abrazado después de olvidar quiénes eran. La dulce mirada de Orión le hizo suponer que él también estaba recordando ese momento. Pero, de repente, su rostro se ensombreció—. Ni siquiera recordabas tu propio nombre.

—En fin, cuando recuperé la memoria, sentí que tenía la cabeza demasiado llena —suspiró Helena, frustrada—. No puedo explicarlo, pero, ahora, en cada sueño aparecen imágenes inverosímiles.

—¿Y viste un águila? —preguntó Matt.

—Sí, ¿por? ¿En qué estás pensando, Matt? —dijo señalando con la barbilla el iPad y los artículos sobre las mujeres asesinadas.

—Sé que estos artículos parecen palabrería sensacionalista, pero la mitología griega contiene historias de mujeres llevadas por dioses disfrazados de animales. Creo que el águila es Zeus, y el caballo, Poseidón —aclaró él.



—Matt, yo también puedo transformarme en un caballo —intervino Orión con gesto de disculpa—. Todos los miembros de la casta de Atenas pueden.

—¡Anda ya, Orión! —exclamó Helena.

—¿Qué pasa? Yo puedo convertirme en un delfín —dijo Jasón como si tal cosa.

—¡Tú alucinas! —gritaron Claire y Helena al mismo tiempo.

Jasón no pudo reprimir una ruidosa carcajada.

—Algunos vástagos pueden modificar su forma humana hasta el punto de adoptar el cuerpo de los avatares animales de sus dioses —aclaró Héctor, a quien sorprendió que Helena no conociera ese talento—. ¿Cómo es posible que no lo supieras?

—Nadie me lo dijo, ¡y nunca he sido capaz de hacer eso! —chilló. Y, girándose hacia Orión, preguntó—: ¿Por qué no me lo contaste?

—No es que sea un talento especialmente útil —se disculpó con los hombros encogidos—. Piénsalo un poco. ¿Cuántos caballos ves trotando por las ciudades hoy en día?

—Tiene razón —dijo Jasón con una risa ahogada—. Y, para colmo, cuando recuperas tu cuerpo, estás desnudo. Intenta explicar eso, ¡ja! He de reconocer que ser un animal es una gozada, pero no es muy práctico, la verdad.

—Sí, pero... —balbuceó Claire—. ¡Oh, Dios mío!

—Qué injusto. A mí me tocan los talentos más deprimentes, como descender al Infierno o tener unas pesadillas indescifrables, y tú puedes convertirte en un delfín —protestó Helena con un mohín antes de lanzar un cojín a Jasón.

—Bueno, bueno —terció Matt. Levantó las manos para captar la atención de los demás y volver a centrarse en el asunto que los ocupaba—. Pero ¿cuántos vástagos pueden convertirse en un águila tan grande como para llevar a una mujer?

—Ninguno —espetó Héctor—. De acuerdo, Matt. ¿Qué crees que está ocurriendo?

—En mi opinión, los dioses están actuando tal y como solían hacer antes de encerrarlos en el Olimpo: corretean de un lado a otro y, por el camino,



abusan de mujeres mortales. La única diferencia es que ahora no dejan a ninguna víctima con vida.

—Ajá... —murmuró Héctor, satisfecho con la explicación—. No quieren correr ningún riesgo.

—No, no esta vez —respondió Matt.

—¿De qué riesgos estáis hablando? —exigió saber Ariadna.

—En cada capítulo en que un dios aparecía con apariencia de toro, de cisne o como una lluvia dorada ante una mujer, nueve meses después nacía un vástago —explicó Héctor, señalándoles a todos—. Nunca fallan.

Lucas ignoró por completo el comentario algo subido de tono de su primo y miró a Helena.

—¿Qué más había en esas visiones?

—¿Te refieres a otros animales? —titubeó ella—. Siempre nos veo a nosotros, ¡y estamos casados!

Se le había escapado la última frase, pero, afortunadamente, se había callado a tiempo. Sin embargo, la torpeza de Helena no le pasó desapercibida a Lucas, que la miraba con ojos entrecerrados. Sabía que Lucas la sometería a un interrogatorio incómodo y vergonzoso.

—He visto un águila, un delfín y un caballo —continuó antes de que Lucas pudiera lanzar la primera pregunta.

Le conocía como la palma de su mano y sabía que lo único que había conseguido era retrasar el interrogatorio. Lucas no se olvidaría de ese tema tan fácilmente y, puesto que era un descubremientiras, solo tenía dos alternativas: o contar la verdad, o quedarse callada. Mentirle no era una opción, lo que le molestaba sobremanera.

—Y el delfín es Apolo, ¿a que sí? —adivinó Claire, tras levantar la vista de la pantalla del iPad.

—El delfín, el lobo, el ratón y el cuervo eran avatares animales de Apolo —contestó Ariadna.

Claire les mostró el artículo que había estado leyendo sobre el extraño asalto en Wellesley College. Todos agacharon la cabeza para leerlo. Una chica, cuyo nombre no aparecía en el periódico, había sufrido graves heridas tras el ataque de un jovencito rubio la noche anterior. Al parecer, la chica no se



amilanó y se enfrentó al asaltante hasta que la seguridad del campus respondió a la alarma silenciosa que, entre golpes y puñetazos, logró activar. El agresor se escapó bajo circunstancias «sospechosas». El Departamento de Policía de Wellesley estaba buscando pistas y consideraba al atacante como una persona extremadamente peligrosa.

Al parecer, varios testigos del equipo de seguridad aseguraban haber visto al agresor salir volando al percatarse de que estaba rodeado. La chica se estaba recuperando en un hospital local.

—Os presento al delincuente oficial. —Claire deslizó los dedos por la pantalla táctil del iPad para mostrar un dibujo a lápiz del agresor. Era una copia casi exacta de Héctor.

—Oh. Lo que faltaba —dijo Héctor con cara de póquer.

—¿Qué significa esto? —preguntó Ariadna, muerta de miedo—. No vendrán a buscar a Héctor, ¿verdad?

Pero nadie sabía la respuesta.

—Conozco varios lugares donde podrías esconderte unos días —ofreció Orión—. No son muy agradables, pero la gente que vive allí no tiende a recordar las caras.

Aturdida, Helena escudriñó el rostro de Orión mientras se preguntaba de qué lugares estaba hablando. Y, en ese preciso instante, todo tipo de imágenes sórdidas le vinieron a la mente. Por más que lo intentara, no conseguía imaginarse a Orión viviendo en un cochambroso albergue para vagabundos o en un cuchitril repleto de ladronzuelos. Aunque, en realidad, era la única persona a la que había conocido que había estado familiarizada con ese mundo. Una vez más, se quedó pensando en la infancia tan horrorosa que había sufrido el pobre Orión y en si alguna vez abriría su corazón y le explicaría algo de esa época. No pudo evitar preguntarse cómo se había hecho esas cicatrices.

—Gracias, hermano. Pero no pienso abandonar a mi familia otra vez —respondió Héctor, agradecido.

Orión asintió con la cabeza mientras que Ariadna empezó a sacudirla con vehemencia.

—No, Héctor. No —dijo con una nota de pánico en la voz—. Acabas de regresar. No estoy dispuesta a permitir que alguien venga a casa y te arrastre hasta una cárcel miserable.



—No pasa nada —respondió él. Se acercó a su hermana y le dio unas suaves palmadas sobre el hombro—. Nadie sabe que estoy en la isla. Todos creen que sigo estudiando en Europa. Me esconderé aquí, en casa. Y todo irá bien.

Ariadna pareció creer las palabras de su hermano, pues enseguida se calmó y le regaló un tremendo abrazo. Al mismo tiempo, Matt y Héctor intercambiaron una mirada de complicidad; Matt le estaba prometiendo en silencio que cuidaría de su hermana si le ocurría algo.

Por alguna razón que desconocía, Helena pudo percibir todas las emociones que irradiaban Matt y Orión. Parecían tan reales como las pinceladas de colores sobre un lienzo. Nerviosa, parpadeó varias veces para deshacerse de esas imágenes.

—Pero ¿qué diablos...? —exclamó Orión de repente. Dio un respingo y sacó a Helena de su aturdimiento. Al darse media vuelta descubrió que Casandra se había subido a hurtadillas a la cama y, tras reconocerla, se relajó.

—¿Has estado ahí todo el tiempo? —preguntó Claire, un tanto incrédula.

La pequeña se encogió de hombros, pero no musitó palabra.

—Me da unos cinco sustos de muerte al día. Os lo juro, es como un gato, no hace ningún ruido —dijo Orión. Y después, girándose hacia Casandra, añadió—: Sigue así y no tendré más remedio que ponerte un cascabel alrededor del cuello, como a un gato desobediente —amenazó con una mirada severa. Acto seguido, en vez de apartarla o sugerirle que se fuera, la cogió en brazos y la acomodó sobre las almohadas para incluirla en la conversación.

—Bueno, una cosa está clara: alguien debe ir en busca de esa chica y traerla aquí lo antes posible —apuntó Orión, refiriéndose a la víctima citada en el artículo.

Todos asintieron.

—Esperad. ¿Por qué? —preguntó Helena sin ocultar su sorpresa.

—Esa chica ya no está a salvo en el mundo mortal. Apolo todavía no ha acabado con ella —respondió Jasón.

Helena miró a su amiga en busca de una respuesta más detallada, pero Claire, que parecía igual de perpleja que ella, no tenía ni idea.

—Apolo nunca permite que una de sus víctimas se escape —intervino Lucas. Al parecer, detestaba admitir que descendía de alguien tan despreciable y



repugnante—. Cuando deseaba a una mortal, la perseguía, a pesar de que ella le rechazara. Allá donde huyera, la seguía. No era capaz de rendirse y dejarla marchar.

—A menos que la chica suplicara a una diosa que la convirtiera en un árbol, o en un cuerpo de agua, o en cualquier cosa que Apolo no pudiera violar —agregó Matt, irritado—. ¿Nunca te has preguntado por qué la casta de Tebas, descendiente de Apolo, tiene tantos miembros?

—Todos los dioses eran unos malditos violadores que no mostraban piedad por sus víctimas —soltó Héctor con una mueca—. Por eso tenemos que encontrar un modo de encerrarlos. Otra vez.

Orión, Lucas y Helena intercambiaron miradas afligidas; los tres eran conscientes de que la liberación de los dioses se había producido por su culpa. De manera fortuita, se habían convertido en hermanos de sangre en el enfrentamiento contra Ares, uniendo las cuatro castas.

—Esperad un momento, no os estaba echando la culpa —empezó Héctor en un intento de disculparse, pero Orión esbozó una sonrisa y posó una mano sobre el hombro de su nuevo amigo.

—Ya lo sabemos.

—Pero, aun así, fue culpa nuestra —recordó Helena—. Los dioses siempre nos han acorralado para obligarnos a escoger entre lo malo y lo peor, pero somos nosotros quienes caemos continuamente en sus trampas. No permitiré que vuelva a ocurrir.

Lucas la miró preocupado, pero antes de poder enumerar por enésima vez todos los peligros que implicaba un orgullo desmedido, Helena cambió de tema.

—Y bien, ¿quién quiere venir conmigo a buscar a esa chica?

—Tú no irás —espetaron Lucas y Orión al mismo tiempo.

—Sí, sí iré —respondió Helena—. Vosotros dos no podéis ni manteneros en pie, y Héctor no debe mostrarse en público. ¿Quién más puede ir?

—Te acompañaré, Len —intervino Claire, adelantándose a Lucas y a Orión—. No os preocupéis, chicos; no le quitaré ojo de encima. Si le da un síncope y se desmaya, me pondré debajo para que no se parta la crisma.

—Y yo —añadió Ariadna.



—Todavía estás muy débil —rió Jasón, que miraba a su melliza con desaprobación.

—Y anoche un dios atacó a esa pobre chica. Estoy convencida de que las heridas son tan profundas y salvajes que no podrá moverse sin un sanador. Supongo que ahora mismo lo último que quiere es que un tipo le ponga las manos encima, así que no podemos contar contigo —replicó Ariadna a su hermano.

—¿Así que Larry, Moe y Curly se ocuparán del rescate? —dijo Héctor rascándose la frente, como si le doliera el cerebro, y refiriéndose al grupo cómico de Los Tres Chiflados.

—Muy gracioso —opinó Helena, que se sintió insultada.

Héctor la miró con ademán serio.

—¿Qué tal tus rayos?

Helena extendió la mano y, casi de inmediato, creó una esfera de energía. La bola crepitaba por la energía comprimida en su interior y, tras unos segundos, empezó a desprender olas de calor en la habitación.

—Mejor que nunca —contestó con la ceja levantada—. Casi no tengo que esforzarme para reunir toda esa energía.

—Bien —acordó Héctor. Ahora que sabía que Helena podía depender a sus acompañantes, por fin se relajó—. Seguramente, Apolo estará merodeando alrededor del hospital, así que tened los ojos bien abiertos.

—Lo haré, aunque no creo que se atreva a acercarse demasiado a mí después de lo que le hice a su hermanastro —presumió.

Helena echó un fugaz vistazo a la bola de energía eléctrica y recordó cómo, tras momentos de salvaje tortura, había electrocutado a Ares antes de encarcelarlo en el Tártaro. Le tranquilizaba saber que había vencido a un dios. Cuando por fin levantó la vista, se percató de que todo el mundo la observaba con detenimiento.

Cerró la mano y sofocó el rayo.



Capítulo 3

Las calles de las afueras del pueblo no avisaban del desastre del centro. Helena contemplaba por la ventanilla del Mini de Ariadna los escaparates destrozados con un nudo en el estómago. Durante la noche de Halloween, los disturbios causaron graves daños en la zona que rodeaba el instituto público y la cafetería de Kate, incluidas las calles más céntricas.

Los cristales de todos los comercios estaban rotos; las aceras, atestadas de coches abollados; e incluso en algunos puntos había restos de incendios y pequeños fuegos aún encendidos. Las casas de vecinos y compañeros de clase de Helena, casas más antiguas que el propio país, estaban hechas trizas, con las fachadas cubiertas de pintadas vandálicas chamuscadas. Sentía curiosidad por averiguar cuánta gente había resultado malherida o había fallecido durante los tumultos. ¿Cuántos de sus amigos habrían sufrido la misma suerte que su padre?

—¿Claire? Además de Zach, ¿conocemos a alguien más que...? —empezó Helena, sin saber muy bien qué palabras escoger. Pero no tuvo que decir nada más. Su amiga enseguida adivinó a qué se refería y asintió.

—Hergie —informó Claire con la voz temblorosa—, por inhalación de humo. Estaba en la biblioteca, tratando de evitar que algunos libros se quemaran.

No pudo decir nada. El señor Hergeshimer no era familia directa, ni siquiera un amigo, pero Helena le tenía aprecio a aquel abuelo cascarrabias. Y ahora que había muerto, sentía que había cerrado una puerta. Nantucket jamás volvería a ser la misma.

Tragó saliva y se concentró de nuevo en el cometido que tenía entre manos. Debía enfadarse, pero sin caer en el error de ponerse histérica y perder los nervios. Eris y Terror, los pequeños dioses que habían provocado los altercados, seguían ahí fuera. Helena cerró los puños y se repitió una vez más que debía ser paciente. Tarde o temprano, se le presentaría la ocasión perfecta para acabar con ellos.



Durante el largo viaje en ferry desde el puerto de Nantucket a tierra firme, en Hyannis, las tres amigas pudieron planear qué hospitales visitar primero. Se acomodaron en una mesa situada en el centro de la embarcación, justo al lado de un puesto de comida, y utilizaron el iPad de Matt para abrir varios mapas. Cuando el transbordador atracó en el puerto, las tres jóvenes habían elaborado una lista bastante larga de posibilidades.

Los dos primeros hospitales, a pesar de ser los más cercanos a Wellesley College, resultaron ser callejones sin salida, pues no había ni rastro de la chica en cuestión. Cuando llegaron al tercero, ya había pasado gran parte del día. Mientras aparcaban, Claire señaló un coche de policía estacionado junto a la entrada.

—Está aquí —dijo con seguridad—. La están vigilando, por si el agresor vuelve a por ella.

Ariadna apagó el motor y, en cuanto cruzaron la puerta del hospital, se separaron, para ahorrar tiempo. Helena fue directa hacia la sala de traumatología. Se percató de la presencia de un agente de policía uniformado. Parecía estar custodiando una habitación, justo al final del pasillo, y envió un mensaje de texto a Ariadna y Claire para avisarlas.

Helena necesitaba que aquel hombre la dejara entrar en la habitación. Caminó con paso firme hacia él y le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Hola —saludó con voz cálida. En cuanto oyó su voz, el policía se giró hacia ella y la contempló con la mirada perdida.

Había visto a multitud de hombres mirarla de aquel modo, como si estuvieran ante un deslumbrante anillo de diamantes que los cegaba a la vez que les parecía inalcanzable. Por mucho que lo odiara, sabía que, mientras la miraran así, tenía cierto poder manipulador sobre ellos. Había jurado que jamás utilizaría ese talento, pero las reglas del juego habían cambiado; necesitaba todas las armas que tenía a su alcance para proteger a su familia. Tenía que dejar de ser tan mojigata y delicada, o los vástagos no tendrían la más remota posibilidad frente a los dioses.

—Un chico atacó a una amiga mía anoche —continuó Helena—. Creo que me necesita. ¿Puedo pasar?

—Tenemos órdenes explícitas de no dejar pasar a nadie, jovencita —respondió el agente. No paraba de moverse, inquieto, como si se arrepintiera de haberle dicho que no.



Aquel hombre quería ayudar. Y Helena podía verlo con la misma precisión que veía su placa de policía sobre el pecho. También vislumbró su ira y compasión en forma de una pelota de colores vivos que giraba en el interior de sus costillas. Se fijó en que llevaba un anillo de casado que el paso del tiempo había deslustrado y, de repente, lo supo.

—Está bien, no pasa nada —canturreó Helena. En ese momento llegaron Claire y Ariadna. Las dos se quedaron quietas, sin saber muy bien cómo actuar, hasta que Helena les indicó que se acercaran—. Puede dejarnos entrar a las tres. Vamos a cuidarla. Usted tiene una hija de nuestra edad, ¿me equivoco?

El agente de policía la miró con desconfianza. Se preguntaba cómo podía haberlo sabido y, por fin, asintió lentamente.

—Entonces sabrá que nos necesita. En su corazón, sabe que es lo correcto —insistió Helena con una encantadora sonrisa. Él, que seguía mirándola embobado, también sonrió.

—Tienes razón, es lo correcto —accedió por fin, y, de inmediato, les abrió la puerta para que pasaran.

—Gracias —contestó Helena con amabilidad, y empujó a Claire y Ariadna hacia la habitación.

—¿Cómo has...? —empezó Claire, pero Helena enseguida la cortó con un gesto de impaciencia.

Las tres se volvieron hacia la chica que yacía en la cama. Estaba despierta y tenía la mirada clavada en ellas. Era hermosa, aunque tenía varios cortes en la cara, el brazo izquierdo escayolado y los labios hinchados y amoratados. Helena echó un vistazo al informe médico y encontró su nombre.

Andy Faiakes.

—Oh, mierda —gruñó Andy al fijarse en Helena, como si estuviera harta de este tipo de situaciones—. ¿Y qué diosa eres tú?

—No soy una..., espera. —La volvió a observar, pero esta vez prestó un poco más de atención—. ¿Qué eres tú?

—Tú primero —respondió Andy con la voz más melodiosa que Helena jamás había oído. Sentía el estómago revuelto, pero se aguantó las ganas de vomitar.



—Tienes una voz única —musitó con los dientes apretados. Debía admitir que estaba tentada de responder la pregunta de Andy.

—Y tú un rostro único —replicó Andy, cuya voz seguía resonando en la mente de Helena—. ¿Qué eres? —repitió, amplificando la calidad seductora de su voz.

—Vástago. —A Claire se le escapó la palabra, y enseguida se llevó una mano a la boca. Abrió los ojos de par en par y, sin apartar la mano de los labios, balbuceó—: Lo siento mucho, chicas. No sé por qué he dicho eso.

—Porque eres completamente humana —aclaró Andy con una sonrisita. Después miró a Helena y Ariadna—. Pero ellas no.

—¿Y qué eres tú? —instó Ariadna con cautela.

—Humana.

A pesar de haber utilizado su preciosa voz hipnótica, la palabra sonó discordante en la cabeza de Helena.

—Mentirosa —declaró de inmediato, meneando la cabeza.

Se produjo un momento de silencio, mientras Andy estudiaba a Helena.

—Y mitad sirena. Por desgracia —admitió de mala gana. Era innegable que a Andy le incomodaba admitir que era una criatura cuyos cantos condenaban a la perdición—. Y bien, ¿qué estás haciendo aquí? —quiso saber.

—Sabes tan bien como nosotras quién o, mejor dicho, qué te atacó anoche, ¿verdad? —preguntó Ariadna sin andarse por las ramas. De inmediato, Andy tensó los hombros, asustada. Y, cuando dijo que sí, suavizó el tono y se acercó a la cama, mirándola con compasión—. Entonces también sabrás que regresará a por ti. Hemos venido para llevarte a casa, con nuestra familia, para poder protegerte.

—No podéis protegerme —protestó Andy, con voz temblorosa. Empezó a llorar desconsoladamente y abandonó esa pose de chica dura que minutos antes había adoptado—. No de los dioses. Ningún vástago es lo bastante fuerte como para detenerlos.

Helena entendía mejor que nadie la desesperación de Andy. Comprendía que tuviera la certeza absoluta de que acabaría muriendo en manos de un monstruo sobrenatural. Helena también había perdido toda esperanza en la cueva, después de que Ares la hubiera maniatado. En aquel momento creyó que perdería la vida allí. Recordó la paliza y los abusos de Ares, que había



disfrutado al verla indefensa. Mirándola a los ojos, sabía que Andy había pasado por algo parecido.

Y entonces no pudo evitar enfurecerse. Una telaraña de energía eléctrica envolvió a Helena e iluminó la habitación con el resplandor azul de un relámpago.

—Díselo a Ares. Oh, perdona, no puedes. Porque yo misma me encargué de enviarlo al Tártaro.

Las chispas de energía resbalaban de la punta de sus dedos, rebotaban en el suelo y se partían en dos. Al romperse, soltaban una especie de purpurina que quedaba esparcida por todo el suelo. No se había dado cuenta de que había alzado la voz, pero al parecer no era capaz de contenerse. Solo podía pensar en Hergie, envuelto en llamas, mientras intentaba rescatar algunos volúmenes.

Y todo por culpa de los dioses.

—Ejem... ¿Len? —interrumpió Claire con un hilo de voz.

Fue en ese instante cuando advirtió que las tres chicas la estaban mirando boquiabiertas. Se sentía avergonzada, así que se frotó las manos para deshacerse de las chispas eléctricas, se aclaró la garganta e intentó explicarse.

—Mira, voy a ser sincera. No podemos prometerte que estarás completamente a salvo —dijo—, pero sí podemos asegurarte que, si Apolo viene a por ti, tendrá que enfrentarse a todos nosotros. Dime, ¿no crees que nuestra oferta es mejor que estar aquí tumbada, a la espera de que aparezca en cualquier momento y te lleve a quién sabe qué lugar como a una doncella vulnerable de un mito griego?

—Ajá. Sí —respondió Andy, sin parpadear.

Helena se dio cuenta de que estaba asustando a la pobre chica, así que forzó una sonrisa para relajar el ambiente. Miró de reojo a Claire y captó un atisbo de miedo en sus ojos.

Consiguieron sacar a Andy del hospital sin levantar sospechas y salieron del aparcamiento sin problema alguno. Durante el viaje a Hyannis, la pobre chica estaba tan agotada que se durmió. Helena iba al volante. Ariadna



había quedado muy débil después de curar la pierna rota de Andy, justo antes de salir del hospital, y de sanar otras heridas mientras atravesaban la carretera estatal 495. Cuando embarcaron en el ferry, estaba igual de pálida que Andy. De hecho, las dos tenían un aspecto enfermizo.

Ni Andy ni Ariadna tenían fuerzas como para salir del coche, lo que, en opinión de Helena, era positivo. Aunque ya había anochecido y la oscuridad jugaría a su favor si tenían que esconderse, las heridas y contusiones de Andy no pasaban desapercibidas. Helena y Claire las dejaron acostadas en el asiento trasero y salieron a comprar algo para comer.

—Se sobrepasó con ella, ¿verdad? —preguntó Claire con la voz entrecortada, de camino al puesto de comida.

Helena solo fue capaz de asentir con la cabeza. La cara de su mejor amiga reflejaba una preocupación desmesurada, pero no se le ocurrió nada que pudiera consolarla.

Notaba que Claire la observaba de reojo mientras introducían monedas en la máquina expendedora, como si le suplicara una explicación. Sin embargo, Helena no encontraba las palabras adecuadas para contarle lo que estaba sucediendo.

—¿Qué? —preguntó en tono defensivo cuando se hartó de las miraditas de Claire.

—Nada —respondió esta con los labios apretados.

Se produjo un silencio tenso entre ambas que aumentó todavía más la frustración de Helena.

—Suéltalo ya, Claire.

—Has cambiado. —Claire recogió su cena del cajón inferior de la máquina y se dio media vuelta, ofendida. Helena la cogió por el brazo y la frenó.

—He cambiado porque no he tenido otra opción —respondió—. No bastaba con ser tal como era. No para esto, al menos.

—¿Y cuánto más vas a cambiar?

—Lo necesario para ganar.

—¿Eso también incluye manipular a agentes de policía? —preguntó con vehemencia—. Por cierto, ¿qué le hiciste?



Se sentía culpable por haber utilizado al policía, aunque tampoco entendía muy bien cómo lo había hecho. No le gustaba la idea de anular la voluntad de las personas y jugar con ellas a su antojo. No sabía mucho más, pero no estaba dispuesta a admitirlo delante de Claire.

—Hice lo que tenía que hacer. ¿O piensas que debería haberle matado para entrar en la habitación?

Abrió la boca para contestar, pero enseguida se arrepintió y se dio media vuelta. De camino al coche, Claire tomó la delantera alejándose ligeramente de su amiga.

Tenía miedo; no le asustaban las chispas de energía, sino su amiga de la infancia. Helena sabía que debería decirle algo que la tranquilizara, pero no había encontrado las palabras. Una parte de ella estaba enfadada con Claire por no ser más comprensiva. Aunque no tenía ni pies ni cabeza, le molestaba que le tuviera miedo.

—No sé si te has dado cuenta o no, pero esto ya no solo afecta a nuestros amigos y familia —dijo Helena, El rencor era casi palpable—. Y no tengo que darte explicaciones de mis decisiones ni pedirte permiso para usar mis poderes.

—Estás en lo cierto —respondió Claire—, no tienes que darme explicaciones de nada. Solo espero que puedas explicárselo a tu conciencia.

No cruzaron más palabras. Despertaron a Ariadna para hacerle comer una barrita de cereales que habían comprado en la máquina expendedora y para que bebiera un poco de agua. Después, Helena volvió a ponerse al volante. Dejó a Claire frente a la casa de sus padres y quedaron en verse al día siguiente a primera hora. Tras las despedidas, entre balbuceos y miradas esquivas, Helena condujo hasta el recinto de los Delos.

Ya era de madrugada cuando llegaron. Helena estaba tan cansada que apenas tuvo fuerzas para subir a las chicas a la cama de Ariadna. Un segundo después, se desplomó sobre el sofá y se quedó dormida.

Estaba sentada frente a una chica idéntica a ella en el interior de un carruaje de caballos. El compartimento estaba a oscuras. La única luz se filtraba entre las tablillas de una diminuta ventana. Sentía curiosidad por saber cómo había entrado allí, puesto que no veía ninguna puerta. Supuso



que la ventana era lo suficientemente grande como para poder colarse por ella..., si no había barrotes, por supuesto.

Esa Helena que tenía sentada enfrente no era la espartana de los otros sueños. Llevaba un vestido tejido con materiales bastos y ásperos. Tenía cintas teñidas de color añil entrelazadas con mechones rubios, y sobre el asiento se apreciaba una pila de pieles suaves y cueros curtidos. Distinguió unas florituras azules tatuadas en el dorso de la mano; supuso que eran de origen irlandés. La palabra «celta» asomó en la mente de Helena, y aunque esa descripción no fuera muy precisa, sabía que se acercaba a la realidad.

De la cadera de la otra Helena colgaba un puñal. Se aferraba a él cada vez que escuchaba un sonido por el agujerito que hacía las veces de ventana de aquella especie de prisión-carruaje. Esa Helena tenía un aspecto salvaje y, por lo visto, la trataban como a un animal enjaulado. Se preguntaba si aquella otra *alter ego* era peligrosa.

—¡Mi señora Ginebra! —gritó una voz familiar.

Era la voz de Lucas.

Ginebra corrió el postigo de la ventana y, de inmediato, Helena descubrió por qué esta versión de sí misma estaba tan aterrorizada. En cuanto Ginebra y el otro Lucas se cruzaron la mirada, las furias empezaron a llorar lágrimas de sangre en una esquina del carruaje.

Él avanzaba sobre un gigantesco caballo negro que trotaba junto al carruaje. Iba vestido con una capa de lana negra y piel oscura que le llegaba hasta los pies. Llevaba una especie de sable atado al cinturón. Tenía un aspecto fiero, y también hermoso.

—¿Necesitáis hacer aguas menores? —preguntó en un idioma extraño y cantarín que Helena entendió a pesar de no haberlo oído jamás.

—Mi madre me enseñó a hablar latín perfectamente, como vos bien sabéis —respondió Ginebra en una lengua distinta. A pesar de no haber escuchado una palabra antes, también lo entendió, y asumió que era latín—. No era una romana indecente y asquerosa como vos, sino del este.

—No soy romano. No me insultéis —replicó el otro Lucas con un brillo temerario en los ojos—. Sir Lancelot bastará.

Se miraron con el ceño fruncido durante un buen rato. Las furias empezaron a gemir lamentos mientras Ginebra y Lancelot procuraban controlarse. Helena sabía que, sin los barrotes de la ventana, se habrían atacado.



Lancelot examinó la infinita fila de soldados que se extendía a ambos lados del carruaje. La presencia de tantos testigos le impediría cometer una estupidez.

—¿Por qué no me matáis ya, sir Lancelot? —propuso entre dientes. El hecho de que hablara en voz baja hizo entender a Helena que también sabía que había otra gente observándolos, gente que no entendería el odio irracional que se profesaban.

—Ese placer prefiero dejárselo a Arturo, mi primo y nuestro rey —contestó Lancelot con rigidez, casi a regañadientes, como si hubiera algo que le molestara—. Una vez que os caséis con él y aseguréis la lealtad de vuestro pueblo, estoy seguro de que estará encantado de mataros con sus propias manos.

—Y os atrevéis a llamarnos bárbaros a nosotros —espetó Ginebra.

Cerró la ventana de golpe y se dejó caer sobre la montaña de pieles. Helena adivinó o, mejor dicho, recordó que las pieles formaban parte de la vasta dote que entregaba el padre de Ginebra. Era el cabecilla del clan y había enviado un sinfín de obsequios junto a su hija en aquel viaje de bodas. Todos los presentes eran una ofrenda de paz destinada a los invencibles invasores del este, y ella era el último botín de guerra. La joven más hermosa de la isla era entregada como regalo al gigantesco guerrero rubio de tierras lejanas y remotas. Era su última esperanza, y rezaban día y noche para que aquella chica le agradara, porque, de lo contrario, el rey Arturo los masacraría sin piedad.

Ginebra sabía que, a pesar de sus modales groseros, su padre la quería. Jamás se hubiera imaginado que estaba enviando a su hija predilecta a una muerte segura. No era como esos guerreros del este ni como su difunta madre. Era el líder del clan, pero también era un mortal que creía estar honrando a su hija sobre las demás al entregarla al nuevo y joven rey supremo que, según todo el mundo, era de una belleza indescriptible. Ginebra no tenía razones para oponerse.

Su padre tenía todo el derecho de entregarla en matrimonio a quien él escogiera y, a menos que estuviera dispuesta a revelar su secreto, el mismo secreto que el de su madre, no tenía otra alternativa que obedecerle.

De repente, se le llenaron los ojos de lágrimas, de rabia y desesperación. Helena comprendía a la perfección esa impotencia porque, una vez, ella también la había sentido.



—No habéis contestado a mi pregunta —gritó Lancelot a la ventana cerrada—. Lleváis ahí encerrada más de un día. ¿Necesitáis hacer aguas menores, princesa?

Ginebra se secó las lágrimas con orgullo, se alisó el cabello y abrió la ventana.

—¡No! —aulló, y volvió a cerrar la ventana.

Lancelot ladró una sola carcajada de sorpresa. Tras unos momentos de tensa indecisión, su negro corcel empezó a brincar y a hacer cabriolas junto a la ventana del carruaje, como si se negara a alejarse de ella. Al final, chasqueó la lengua hacía un monte, y ambos se fueron trotando.

Ginebra apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados y trató de no pensar en cuánto necesitaba orinar. Un segundo más tarde, alzó la cabeza, alarmada. Se oían gritos y extraños aullidos desde detrás del convoy nupcial. Y, en la lejanía, alguien chillaba de agonía. Como si se tratara de un acto reflejo, se puso de pie de un salto y desenvainó el puñal, gruñendo como buena pagana que era.

De pronto, el carruaje frenó en seco, y Helena oyó a varios hombres gritando a su alrededor. Algo se estrelló contra el costado del carruaje y Ginebra se desplomó sobre una de las paredes. Cuando por fin hubo recuperado el equilibrio, recibió otro inesperado empujón que hizo voltear el coche de caballos. El interior de aquella jaula estaba completamente a oscuras, puesto que la única entrada de luz estaba apoyada en el suelo.

—¡A la princesa! —ordenó Lancelot a lo lejos—. ¡Rodead el carruaje!

Ginebra oyó el crujir de las hojas e intuyó que varios hombres se Aproximaban para protegerla. Advirtió el estruendo de espadas y sables colisionando a su alrededor mientras otros hombres correteaban por encima de la calesa. Por todos lados, había soldados que resoplaban, gritaban, aullaban y morían. Oía el ruido sordo de los cuerpos al caer sobre el carruaje y sobre el suelo, y no podía ignorar el último aliento de los hombres moribundos.

Decidió golpear repetidamente el costado del carruaje con el hombro en un intento de volcarlo y así poder mirar a través de la ventana, pero lo único que conseguía era balancear aquella mole de hierro y roble. Desesperada, soltó un gemido de exasperación.

—¡Señora Ginebra! ¿Estáis herida? —preguntó Lancelot con voz estridente desde el otro lado de su cárcel.



—No —respondió sin titubeos—. Dejadme salir para poder luchar con vos.

Lancelot emitió un sonido frustrado.

—Se han replegado entre los árboles.

—¿Pictos? —acertó Ginebra. Lancelot no musitó palabra, seguramente porque no conocía a los asaltantes y, por lo tanto, no podía responder a la pregunta—. Regresarán con más guerreros cuando anochezca —prometió—. Por favor, creedme. Quizás hayan retrocedido, pero no se han rendido.

—Ya lo sé. No puedo verlos, pero puedo percibir su aroma desde aquí.

—¡Debéis dejarme salir! —rogó Ginebra—. Es a mí a quien quieren. Las riquezas que transportamos no les importan.

—¿Y cómo lo sabéis? —preguntó Lancelot, aunque sospechaba que estaba diciendo la verdad.

—Es uno de los clanes más antiguos. Los pictos llevan años transmitiendo historias de nuestro clan, sir Lancelot, el suyo y el mío. Son más inteligentes, y no se enzarzarán en una batalla cuerpo a cuerpo. En vez de eso, intentarán engatusarle para que los persiga y a mí me dejarán aquí, encerrada sin comida ni agua. Esperarán hasta que esté tan débil que no tenga fuerzas para enfrentarme a ellos. No quieren matarme. Quieren... —Se quedó callada un instante antes de continuar—: Quieren que engendre un hijo suyo para fortalecer todavía más su clan.

Lancelot pronunció una maldición indecible. A pesar de la pared que los separaba, Ginebra oía la respiración entrecortada y jadeante del primo del rey.

—Pero si os dejo salir... No sé cómo reaccionaré; no me imagino lo que soy capaz de haceros, señora. ¿Estáis segura de que no es peor?

—Prefiero perder la vida en una batalla respetable con vos que ser utilizada como una yegua de cría. Al menos, concededme la dignidad de luchar —rogó con voz estrangulada—. No dejéis que mi vida acabe así.

—Si os libero, es posible que intentéis matarme.

—Por favor —insistió. Estaba desesperada, pero no quería llorar—. Por favor, no me abandonéis encerrada aquí. Sé que me despreciáis, pero no dejéis que sufra un destino tan terrible.

Lancelot resopló.



—Apartaos—ordenó.

Las paredes del carruaje temblaban tras cada golpe que Lancelot propinaba con su espada. Trataba de desbaratar la parte inferior del suelo, que estaba reforzada con una placa metálica. Cuando la primera espada quedó destrozada, cogió otra, que pertenecía a un hombre caído, y reanudó la tarea.

Tras unos minutos, el suelo estaba cubierto de restos de hasta cinco espadas distintas, pero al fin sir Lancelot pudo abrir un agujero lo bastante grande como para que Ginebra pudiera salir. Una vez libre, los dos se observaron. Contuvieron la respiración y trataron de controlar el miedo, la ira y otro sentimiento que todavía no habían descifrado.

—Me habéis salvado la vida —susurró Ginebra, anonadada por el riesgo que Lancelot había corrido al liberarla—. Ahora, yo salvaré la vuestra.

Miró a su alrededor y descubrió decenas de cuerpos sin vida esparcidos por el suelo. Varios cadáveres de hombres armados del este se amontonaban sobre los cuerpecillos manchados con pintura azul de los pictos, que solo llevaban pieles animales y armas de piedra.

Había muchísimos muertos, y los supervivientes habían huido. En ese instante, Helena se dio cuenta de que Lancelot había sido el único que se había quedado para defenderla. Le cogió de la mano y le arrastró hacia los árboles para alejarlo de aquel campo de batalla tan sangriento.

—¡Era una trampa! —rugió, intentando soltarse de la mano de Ginebra—. ¡Queréis llevarme con ellos!

—No. Creedme, no se acercarán a vos mientras estéis conmigo —explicó sin perder la calma—. Mirad. —Alzó la mano que tenía libre y creó un globo de electricidad que enseguida empezó a contraerse en su palma.

Lancelot pegó un brinco, pero luego se acercó a aquella pelota mágica, hechizado por aquella demostración de poder.

—¿Por qué no lo habéis utilizado para salir del carruaje? —preguntó. Era tan inquisitivo como Lucas.

—El metal soldado sobre la madera formaba arcos, así que mi poder se habría extinguido en el suelo —explicó. Al ver la cara de confusión de Lancelot, meneó la cabeza y añadió—: Os lo explicaré algún día, os lo prometo. Pero ahora debo ocuparme de ellos.



Ginebra sostuvo la mano en alto y, dirigiéndose a las ramas más gruesas, gritó:

—¿Veis esto? —Utilizó una tercera lengua que, por lo visto, Helena también conocía—. Si os atrevéis a lanzarnos una sola flecha a mi compañero o a mí, convertiré vuestro bosque sagrado en cenizas. ¿Me habéis escuchado bien? Quemaré a vuestra diosa madre como a la yesca seca, ¡y los dioses del Cielo gobernarán esta isla para siempre!

Sumidos en una neblina nocturna, los pictos se fueron alejando entre murmullos, rasgando las cortezas de los árboles y haciendo susurrar las hojas de las copas. Lancelot ladeó la cabeza y se quedó inmóvil durante un buen rato. Quería prestar toda la atención posible a lo que estaba sucediendo.

—Se han ido —dijo al fin. Era evidente que estaba aliviado.

—Sí —suspiró Ginebra—. Se han marchado todos.

—Me habéis salvado la vida.

Lancelot y Ginebra se miraban con asombro. Por fin los pictos y las furias habían desaparecido de sus vidas.

Y entonces ese odio acérrimo que sentían él uno por el otro desapareció y otro tipo de fuego, más dulce y tierno, ocupó su lugar.

Las hojas empezaron a cubrir el suelo con un manto verdoso. El sol se desplazó en el cielo e iluminó los ojos azul zafiro de Lancelot. La brisa ondeaba la cabellera dorada de Ginebra, arrastrándola hacia Lancelot como hilos de seda perfumados. Los dos se acercaron, ansiosos por abrazarse.

De forma inesperada, los dos se detuvieron.

—Oh, no —balbuceó Lancelot, que ahora parecía más espantado que en el fragor de la batalla.

—Vuestro rey... —continuó Ginebra. Empezó a mirar frenéticamente a su alrededor, como si estuviera buscando una salida—. Héctor... Arturo —titubeó, como si quisiera pronunciar tanto el nombre tradicional en latín del nuevo rey supremo del este como la aproximación británica de ese mismo nombre.

—Los clanes jamás aceptarán que Arturo reine, a menos que tome a una mujer de su especie como esposa. Necesitan estar seguros de que sus hijos serán, al menos, medio británicos —dijo Lancelot sacudiendo la cabeza—.



Nunca abandonarán la lucha si vos decidís no casaros con él. Pensad en todos los que morirán.

No podían apartar la mirada el uno del otro. Ginebra seguía con los ojos como platos, pues se negaba a creer lo que estaba sucediendo.

—Tengo una hermana pequeña, una hermanastra. Ahora solo es una niña, pero dentro de unos años...

—Dentro de unos años, miles de personas habrán muerto —finalizó Lancelot. Miró hacia otro lado y añadió—: Debéis casaros con Arturo, o se desencadenará una guerra.



Capítulo 4

Helena se dio un golpetazo contra el suelo.

—¿Qué ha pasado? —exclamó Ariadna, asustada y levantándose de la cama de un respingo.

—He sido yo —dijo Helena desde el suelo mientras se frotaba el chichón que empezaba a crecerle en la frente—. Me he caído.

—¿Te has caído del sofá? —preguntó Andy, incrédula—. Tenía entendido que las semidiosas eran bastante ágiles, que habían sido creadas a partir de gotas de rocío, capullos de rosas y no sé qué estupidez más.

—Te equivocas, esas son las hadas —rectificó Ariadna—; menos la parte de la estupidez, por supuesto. —Se rio con disimulo, y Andy no pudo contener la risa.

Todavía en el suelo, Helena miró por encima del colchón y vio que sus compañeras de habitación se desternillaban a su costa.

—De acuerdo, está bien. No ha sido tan divertido —refunfuñó mientras se ponía en pie para acercarse a Andy. Aún le costaba caminar con normalidad—. Me muero de hambre. Comamos algo.

Helena se colocó entre Andy y Ariadna para ayudarlas a levantarse. Estaban todavía muy débiles, pero el delicioso olor a panceta y magdalenas que venía de la cocina era demasiado tentador, así que, arrastrando los pies y con suma lentitud, se dirigieron hacia allí.

—Eres nueva —saludó Kate en cuanto entraron en la cocina, con la misma alegría de siempre.

—Ejem..., sí —admitió Andy, con los ojos clavados en el suelo—. Vinieron a buscarme —farfulló refiriéndose a Helena y Ariadna.

—Es la chica a la que atacaron —aclaró Ariadna—, se llama Andy.

—Déjame echarte un vistazo —intervino Noel. Dejó sobre el mármol la bandeja de magdalenas de salvado que acababa de sacar del horno y miró a



Andy detenidamente. Su gesto, hasta entonces algo duro y severo, pareció suavizarse, y sacudió la cabeza—. Estás muy cerrada en ti misma. ¿Sabes?, soy una experta en reconocer a la gente, pero me está costando ubicarte.

—No es un vástago, tía Noel —dijo Ariadna—. Es mitad sirena.

Andy parecía avergonzarse y evitaba la mirada de Helena, como si el hecho de decirlo en voz alta provocara algo terrible.

—¡Ay, no! —exclamó Noel, que fingía estar horrorizada por la noticia—. ¡No una de esas sirenas asesinas, por favor! —Después de soltar alguna que otra carcajada, se dio media vuelta para retirar las magdalenas de los moldes—. Sentaos, chicas, antes de que os desmayéis.

Helena enseguida notó que a Andy le había confundido el comentario y se había puesto rígida, así que, sin previo aviso, la empujó para que se sentara en el banco de madera, entre ella y Ariadna.

—¿De verdad no hay ningún problema? —preguntó Andy mientras Ariadna se servía huevos revueltos—. He aparecido aquí, sin más. No tenéis que darme de comer ni nada.

—¡Ja! Intenta negarte a comer —bromeó Helena. Después miró a Andy con los ojos abiertos y gesto serio y, sin pronunciar las palabras exactas, articuló: «No lo hagas».

Ariadna sacudió la cabeza enérgicamente, y las tres se echaron a reír en silencio.

—Helena, tu padre ha estado despierto unos segundos esta mañana —informó Kate. Un segundo más tarde, apartó la sartén caliente del fuego y la llevó a la mesa para servir la panceta.

De repente, a Helena se le secó la boca.

—Subí a verle ayer, justo antes de marcharme...

—No pasa nada —interrumpió Kate con suma dulzura—. No te estaba acusando de nada, solo quería que supieras cómo estaba.

—¿Alguien le ha contado qué ocurrió? —Helena no tenía ni idea de cómo abordar el tema. ¿Sabía que su hija era un vástago? ¿Debía lanzarse y averiguar si Jerry ya se había enterado de que no era su verdadero padre? ¿Acaso Kate conocía la verdadera historia, o seguía ignorándolo?—. ¿Dafne ha...?



—Han cruzado cuatro palabras, pero no sé de qué han hablado —contestó Kate, que rápidamente se dio media vuelta y se alejó de la mesa—. No ha estado despierto el tiempo suficiente para mantener una conversación, pero es consciente de que Beth ha vuelto.

Helena asintió. Beth era el alias que Dafne había utilizado en la época en que había embaucado a Jerry para después huir y abandonarle con un bebé de pocos meses de edad. Se preguntaba cómo llevaría su padre el hecho de volver a verla.

—¿Está por aquí? —preguntó—. Me gustaría hablar con Dafne.

—No. Se ha ido hace unos minutos porque tenía unos asuntos de que ocuparse —contestó Kate con los labios apretados.

Y justo cuando pronunció la última palabra, Helena vio cómo una docena de figuras distintas se movían en el interior de Kate. Ira, tristeza, preocupación y resentimiento. Era como una especie de calidoscopio de emociones que deslumbraba y cambiaba constantemente. Al final, tuvo que cerrar los ojos durante unos instantes para no marearse. Aquello no era normal y empezaba a inquietarla.

—¿Helena? —Noel la estaba contemplando—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió ella. Cuando volvió a mirar a Kate, los colores se habían suavizado, así que no le costó ignorarlos—. Estoy un poco atontada. ¿Qué pasa con esas magdalenas?

Noel abrió un paquete de pasas bañadas en sirope de melaza y lo vació en un cuenco que enseguida llevó a la mesa.

—No os queméis —avisó.

Pero en vez de seguir su consejo, las tres chicas se abalanzaron sobre la bandeja de magdalenas.

Ariadna y Andy empezaron a hacer malabarismos al notar lo calientes que estaban los bizcochos hasta que consiguieron dejarlos sobre el plato. En cambio, Helena dio un mordisco a su magdalena con cierto aire de suficiencia. Andy se quedó alucinada.

—Soy incombustible —masculló con la boca llena de migas—. Pensaba que las sirenas tenían alas.

—Algunas sí —comentó Andy con timidez—, aunque la especie de mi madre no. Somos criaturas más acuáticas, más cantarinas.



—¿Puedes respirar debajo del agua? —cuestionó Kate, que parecía emocionada ante tal revelación. Andy se ruborizó y asintió con la cabeza—. Increíble.

—¿Y dónde está tu madre, Andy? —preguntó Noel en un intento de no parecer demasiado brusca.

—No estoy segura —respondió con la mirada fija en el plato.

Tras su respuesta, se produjo un silencio algo incómodo.

—Y bien, ¿nunca has tenido ganas de ahogar a alguien? —preguntó Ariadna.

—¡No! —contestó Andy, horrorizada.

—Solo te está tomando el pelo —la tranquilizó Helena—. Ahora hablando en serio: ¿y de estrangular a alguien?

—¿Te refieres a si he tenido el impulso de estrangular a alguien más aparte de a vosotras dos? —preguntó con una sonrisa juguetona.

—Vas a adaptarte la mar de bien, Andy —murmuró Noel mientras las tres se reían a carcajadas.

—Risas femeninas —dijo Héctor casi arrastrando las palabras mientras entraba en la cocina—. Mi sonido favorito.

La reacción de Andy fue inmediata y desesperada. Arrojó el tenedor directamente a la cabeza de Héctor con un grito ahogado. Pero este cazó al vuelo el tenedor y volvió a dejarlo en la mesa. Parecía sorprendido. Después, atrapó la magdalena, el vaso de agua vacío y la servilleta que siguieron al tenedor. Andy seguía lanzando todo lo que tenía a su alcance hacia Héctor mientras intentaba, sin conseguirlo, levantarse de la mesa.

—Pero ¿qué diablos pasa? —preguntó Héctor. Colocó todo lo que había cogido sobre la mesa de la cocina y alzó las manos en un gesto de paz mientras se acercaba a Andy.

Se sentía inmovilizada en el banco, así que decidió golpear los muslos contra la parte inferior de la mesa y así volcarla. Andy se dejó caer sobre el suelo y, gateando como un bebé, se fue alejando de Héctor, que no dejaba de perseguirla para ayudarla a levantarse.

—No, no, oh, por favor, no, ¡otra vez no! —farfulló, histérica.

—Héctor, para —ordenó Helena, que enseguida se levantó del banco y se colocó entre ambos. Aún confundido, Héctor seguía aproximándose a Andy,



pero Helena enseguida le frenó—. ¡Cree que eres Apolo, estúpido! —le gritó en la cara—. ¡La estás asustando!

De pronto, Héctor pareció entender lo que estaba ocurriendo y, todavía tenso y rígido, se quedó inmóvil. Ariadna echó una mano a Andy para que se levantara del suelo e impidiera que saliera corriendo por la puerta lateral. Mientras, Héctor la observaba con una mirada glacial.

—¡Tienes que calmarte, Andy! Aún te estás recuperando; es posible que tu cuerpo no pueda soportar esto. —Ariadna la sujetaba por las muñecas para evitar que se hiciera daño en las costillas.

Entre jadeos y con la misma mirada que un animal salvaje, por fin Andy dejó de forcejear entre los brazos de Ariadna.

—¡No pasa nada! No es Apolo. Es mi hermano, Héctor. No va a hacerte daño —prometió.

Andy echó un fugaz vistazo a Héctor. Tenía los ojos hinchados y respiraba con dificultad.

—Lo siento —se disculpó Héctor desde la otra punta de la cocina—, no quería asustarte.

De pronto, una luz carmesí que brillaba en su pecho captó la atención de Helena, que se quedó mirándola, estupefacta. Aquel punto de luz se fue extendiendo como una telaraña dorada por todo su cuerpo. Era la imagen más asombrosa y seductora que jamás había visto.

—Aléjate de mí, Héctor —espetó Andy—. ¿Lo has entendido?

De inmediato, aquel bello resplandor empezó a temblar. Helena miró a Héctor. El chico que ella conocía, y a quien normalmente quería patearle el culo, habría hecho un comentario hilarante y se habría ido de la cocina. Habría sonreído a Andy de aquella forma tan propia que tenía, y la pobre Andy se habría quedado con ganas de darle un puñetazo o de besarle. Sin embargo, el nuevo Héctor aceptó la petición de Andy sin rechistar. Miró por última vez las heridas, arañazos y moratones de la chica y se marchó sin musitar palabra.

Justo cuando Héctor llegó a la puerta se topó con Orión y con Lucas. Helena se quedó de piedra: Orión también se había fijado en el pecho de Héctor y lo observaba impactado.

—Hemos oído gritos —se disculpó, algo aturdido.

Héctor los apartó de un empujón para poder salir de la cocina. Orión enseguida localizó a Andy, que continuaba con aquella mirada asesina. El pecho de la chica era un nido brillante de miedo e ira. Helena vio que Orión agachaba la mirada, y supo que él también había comprendido lo que pasaba.

—Vaya, la alegría de la huerta. ¿Qué te pasa, Héctor? —le gritó Lucas a su primo.

Sin embargo, la única respuesta que obtuvo fue un portazo. Miró a todos los demás en busca de una explicación.

—Ya te lo contaré luego —susurró Orión, que parecía más que preocupado.

Helena conocía muy bien a Lucas y sabía de su impaciencia, así que se adelantó a comentarios del tipo: «No, cuéntamelo ahora».

—Chicos, os presento a Andy.

Los dos sonrieron y la saludaron educadamente. De forma sutil pero evidente, Andy no podía dejar de mirar a aquellos chicos tan guapos y atractivos. No habría sabido con cuál quedarse. Helena no pudo evitar reírse, pues entendía perfectamente el aprieto en el que se encontraba Andy: ¿los ojos de Lucas o los labios de Orión? Incluso a ella le había costado decidirse.

Sin querer, Helena resopló. Fue un impulso descontrolado y extraño. Por lo visto, era la única que podía vislumbrar las emociones que bailaban a su alrededor. Bueno, no la única. Espantada por aquel nuevo talento, miró a Orión de reojo y articuló la frase: «Tenemos que hablar». El asintió con la cabeza.

—El desayuno se está enfriando —dijo Noel, firme.

—Quizá sea mala idea —repuso Andy meneando la cabeza—. No debería estar aquí.

—¿Tu familia puede protegerte? —preguntó Lucas sin rodeos.

Andy clavó la mirada en sus pies.

—No —contestó—. No tengo una familia, como vosotros. Tengo un abogado y una cuenta bancaria. Las sirenas no son muy maternas que digamos.

—Entonces te quedarás aquí, con nosotros. Ahora siéntate y come algo —dijo Noel, que utilizó su incontestable tono para poner punto final a cualquier discusión.



Todos se acomodaron en el banco y en las sillas que rodeaban la mesa y empezaron a pasar platos llenos de comida. Sin darse cuenta, Helena se sentó entre Orión y Lucas, pero no fue incómodo ni embarazoso.

Recordó que a los tres los unía un vínculo que sobrepasaba el respeto mutuo o la atracción. Ahora, Orión, Lucas y ella se habían convertido en hermanos de sangre. Ese lazo era más fuerte que cualquier hermandad, como si hubieran estado juntos desde antes de nacer.

Lucas le palpó la pierna por debajo de la mesa. De inmediato, notó un agradable calor que se filtró por la tela vaquera de los pantalones hasta acariciar su piel. No se atrevió a mirarle a los ojos, pero respondió con el mismo gesto.

Fuera un error o no, sabía que, al final, siempre encontraría el modo de tocar a Lucas por debajo de la mesa, o de rozarle la mano cuando se encontraran en el pasillo. Todavía no había superado su ruptura. De hecho, deseaba a Lucas con más intensidad que semanas atrás, cuando estuvo a punto de besarle en la cama, la primera noche después de caerse del cielo.

Y, de forma inesperada, le vinieron a la mente los recuerdos de las otras Helenas de la historia, recuerdos de sufrimiento y dolor por culpa de su unión. Eran horribles, pero ni siquiera esas evocaciones de muertes y destrucción disuadían a Helena, que seguía dejando que Lucas la acariciara a escondidas.

Aparecieron otros recuerdos en forma de película que alguien, con la ayuda de un mando a distancia, hacía avanzar rápidamente. Helena y Lucas habían estado casados durante décadas. Se habían conocido hacía apenas un par de meses. Se besaban por primera vez. Él la hacía reír. La hacía llorar. Charlaban con ternura. Discutían con amargura. Las imágenes se sucedían como gigantescas olas tras los ojos de Helena. Cuando el rollo de película se acabó, lo vio todo con perfecta claridad, como una playa después de una tormenta.

El vínculo que los unía era como una tela que, después de cortarla, volvía a tejerse. Las circunstancias cambiaban, pero Lucas y ella siempre conseguían volver a entrelazarse. La diferencia era que, en esta vida, eran primos. Eso jamás había ocurrido en el pasado, lo cual extrañaba mucho a Helena. Ninguno de ellos, ni Lucas, ni Paris ni Lancelot, ni ninguno de los demás, había sido nunca su primo. Siempre compartían un amor maldito y a la vez predestinado, pero en ninguna ocasión habían sido familia. ¿Qué había ocurrido esta vez para que las circunstancias fueran tan extravagantes?



«Ya no me importa que sea mi primo.»

Al pensarlo, recordó la maldición de Afrodita. En el caso de no engendrar una niña, el amor abandonaría el mundo terrenal. Ariadna también la había advertido de que los hijos de familiares cercanos, como primos, nacían locos. Puesto que estaba bastante segura de que Afrodita no estaría dispuesta a olvidar un juramento de tres mil trescientos años y de que Helena nunca condenaría a una niña inocente a la demencia, Lucas y ella no tenían ninguna posibilidad. Apartó la pierna e inclinó las rodillas hacia el otro lado, hacia Orión, quien, al percibir su desazón, la miró preocupado.

Dejando de lado su predilección por Lucas, debía admitir que Orión era el tipo más atractivo del planeta. Le sonrió y él respondió con un suave pero juguetón empujón. Después los dos siguieron devorando la comida que les habían servido.

Más tarde, cuando por fin Helena apartó los ojos de su plato, se dio cuenta de que Jasón y Claire también se habían sentado a la mesa. Ella estaba leyendo el periódico.

—Ha encontrado algo —anunció Jasón en tono serio.

—No es bueno —avisó Claire. Dobló el periódico y les mostró el titular de un artículo—. Anoche, tres volcanes entraron en erupción en Europa.

—No es lo habitual —opinó Kate.

—No, no lo es —añadió Jasón—, sobre todo si tenemos en cuenta que uno de ellos llevaba apagado miles de años.

—¿Hefesto? —propuso Andy.

—Eso creemos —dijo Claire, mirando a Jasón.

—Pero ¿por qué haría entrar en erupción a esos volcanes? ¿Solo porque tiene ese talento? —insistió Andy.

—No. Para poder forjar armas para el Olimpo —contestó Lucas.

Las reacciones no se hicieron esperar: todos empezaron a hablar al mismo tiempo. En ese momento de conmoción, Helena halló la oportunidad de poder charlar a solas con Orión, así que le hizo un gesto con la barbilla para indicarle que la siguiera.



Cuando se levantó del banco, sintió la mirada de Lucas clavada en ella. La observaba como si fuera el propio cielo, inmenso y de color añil, y presenciara cómo se desvanecía.

En cuestión de segundos, Helena distinguió un punto brillante en el interior de Lucas. Entornó los ojos para ver cómo ardía entre llamas hasta convertirse en hollín. El dolor del chico se materializó en una especie de neblina que le envolvió. Aquella peculiar bruma ensombreció el ambiente y provocó un fuerte escozor en los ojos a Helena.

Apretó la mandíbula y se encaminó hacia la puerta principal de la casa. Orión la cogió del brazo y, cuando por fin llegaron al colgador de abrigos del vestíbulo, le dio media vuelta para poderla mirar a los ojos.

—¿Qué está pasando? —murmuró—. Juraría que acabas de ver...

—¿De ver el qué? ¿Las entrañas de Lucas quemándose y traspasando su piel? ¿O te refieres a Héctor, que se puso a brillar como una luciérnaga cuando se enamoró de la chica que le desprecia? Porque he visto cómo ocurrían ambas cosas —susurró, frenética—. Es como si los sentimientos salpicaran las entrañas de todo el mundo, ¡y puedo verlo! ¡Y no debería ser así!

Orión dio un paso hacia atrás, momentáneamente desconcertado, y después asintió con la cabeza. Helena le miró, suplicante.

—¿Qué demonios me ocurre? —chilló—. Puedo ver el amor, Orión, y está empezando a perturbarme.

—Sí, el amor suele hacer eso —dijo, distraído.

Helena se puso de puntillas, ansiosa por oír algún tipo de explicación, o consuelo, o cualquier cosa... Orión puso las manos sobre los hombros de la chica y apretó de forma reconfortante.

—Estás visualizando las emociones. Es completamente normal... para los miembros de la casta de Roma.

—Noticia de última hora. No pertenezco a la casta de Roma.

—Y ese es el problema, ¿me equivoco?

—Lucas me contó que los vástagos nacen con todos sus talentos. ¿Alguna vez has oído hablar de algo parecido?



—¿De qué? ¿De que un vástago reciba una paliza de muerte y se despierte con un nuevo don? La verdad es que no. —En un gesto de consuelo, Orión le acarició los hombros y la envolvió en un fuerte abrazo—. Tiene que haber una explicación. Y la encontraremos.

—Pero no quiero encontrar una explicación —gruñó, aunque las palabras quedaron ahogadas en el pecho de Orión—. Prefiero averiguar cómo deshacerme de ese talento, por llamarlo de alguna manera. —Se apartó un poco para poder mirarle a los ojos—. ¿Cómo puedes soportarlo? A duras penas soy capaz de manejar y controlar mis propios sentimientos, ¿cómo se supone que voy a hacerlo con los de todo el mundo?

—Te acostumbrarás —contestó.

Helena le miró dubitativa, como si no acabara de creerse a Orión.

—De acuerdo, no te acostumbrarás nunca —reconoció al fin—, pero sí conseguirás aislar esas sensaciones.

—¿Sabes qué? Esto me pone furiosa. Ahora ya había empezado a cogerle el tranquilo a mis talentos —dijo alzando las manos, como si se rindiera—. Y, de repente, me despierto con un montón de trucos de magia bajo el brazo, pero sin ningún libro de instrucciones que me explique cómo volver a meter al conejo en la chistera.

—¿A qué te refieres? ¿Qué más está pasando? —preguntó Orión, que tamborileaba el dedo índice sobre la nariz de Helena.

—No lo sé —contestó ella, frustrada e impotente—. Francamente, estoy tan confundida que ya no sé qué pensar.

Orión esbozó una sonrisa y se apoyó en la pared, pensativo. Helena le miró con detenimiento varios segundos. Disfrutaba de su compañía y le reconfortaba saber que estaba allí, con ella. No. Mejor que eso. Estaba allí por ella.

Le había salvado el pellejo en más de una ocasión y había escuchado todos sus lamentos y penurias sin protestar. La había seguido hasta el mismísimo Infierno y, aun así, parecía no estar harto de ella. El agradecimiento que sentía hacia él, y hacia la fuerza que le había puesto en su vida, era infinita, abrumadora. Orión intuyó el flujo de emociones y alzó la mirada, sorprendido.

—Hay algo que debo enseñarte —musitó.



—Claro —respondió Helena, algo preocupada.

Aquella mirada triste y asustada la inquietaba. Pero aún más desconcertantes eran los colores que hervían en su interior. Antes de que Helena pudiera definirlos, se retorcieron. Estaba tratando de esconderle sus sentimientos.

Sabía que Orión había tenido una vida dura, difícil. Con todas las cosas que tenía en la cabeza, a veces lo olvidaba. Orión era un vástago granuja. Sus padres eran los herederos de dos castas opuestas, la casta de Roma y la casta de Atenas. Al nacer, la de Atenas le reclamó, de forma que la de Roma le despreció hasta el punto de quererle muerto, aunque ya había heredado el título de mayor autoridad de la casta de Roma. La casta de Atenas, a su vez, también le rechazó porque había nacido con el talento de provocar terremotos. En principio, a todos los que poseían ese don se los abandonaba al día siguiente de su nacimiento, pero el padre de Orión se había opuesto a esa norma.

Cuando los demás miembros de la casta de Atenas se enteraron de que Orión seguía con vida, trataron de matarlo, a pesar de que solo era un crío. Para defender a su hijo, Dédalo mató a un familiar de su propia casta, convirtiéndose así en un paria, lo que significaba que durante muchos años, hasta que se solucionara el asunto de las furias, Orión no podría acercarse a Dédalo sin notar la presencia de las tres hermanas y el deseo irreprimible de asesinar a su propio padre.

Y, por si todo eso fuera poco, a todos les aterraba la idea de que Orión se transformara en el malo de la película, es decir, en el Tirano. La profecía vaticinaba que el Tirano nacería de la unión de sangre de dos castas, y Orión era hijo de dos familias diferentes. Todos daban por supuesto que el Tirano sería capaz de reducir todas las ciudades mortales a escombros. Así que, gracias a su habilidad para causar terremotos, Orión también encajaba en esa descripción.

Antes de la guerra de Troya, todos los vástagos albergaban cierto miedo por la figura del Tirano. Tal y como Helena recordaba, esa guerra no se había desencadenado por una esposa infiel que huyó a los brazos de un príncipe hermoso, sino porque el resto del mundo creía que Helena y París habían creado al Tirano. Los vástagos estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por matar al Tirano, entonces y ahora. La única razón de que Orión siguiera vivo era porque no se había podido demostrar que fuera el verdadero Tirano. Y eso molestaba sobremanera a Helena. En general, las parcas solían ser crueles con todos los vástagos, pero es que a Orión le habían perseguido,



desatendido, rechazado y temido desde niño. Y eso que jamás había hecho nada a nadie. Daba la sensación de que, al nacer, hubiera sacado el palito más corto y hubiera pagado el pato. Las parcas se habían encargado de poner al mundo en su contra. A Helena, tanta adversidad le parecía forzada, poco natural, incluso para un vástago, ¿Qué había hecho para merecer las torturas por las que había tenido que pasar? Estaba convencida de que le habían martirizado, literalmente. Recordó las espeluznantes cicatrices, y se le volvió a romper el corazón.

Orión desvió la mirada hacia el pecho de Helena. En su interior brillaba una luz de ternura sin límites. Estar tan expuesto a alguien era algo íntimo a la par que emocionante.

—Esta noche —dijo Orión con voz grave. Con suma discreción, apartó la mirada, como si de repente Helena se hubiera quitado la camiseta. En cierto modo estaba desnuda, y los dos lo sabían. Ruborizada, ella se cruzó de brazos. El joven se acercó lentamente. Helena se quedó de piedra al cerciorarse de la envergadura de Orión. Quizás esa fuera otra razón de por qué todo el mundo parecía tenerle pavor. Era enorme—. Quiero llevarte allí esta noche. Antes de volver al instituto.

Helena estuvo a punto de echarse a reír. Y entonces recordó que los disturbios de Halloween habían demolido su escuela, no la de Orión. Después de todo, tenía que seguir fingiendo que era un adolescente normal y corriente que asistía a clase, llevaba al día los deberes y hacía oídos sordos a lo que los demás opinaran de él. Parecía una ridiculez, pero nadie podía asegurar qué ocurriría en el futuro. Orión tan solo estaba tomando precauciones.

Se suponía que todas las castas celebrarían una reunión en los días venideros. Después de eso, Orión tendría que volver a esconderse. Y, con mucha probabilidad, Lucas y ella tendrían que hacer lo mismo. Los tres eran responsables de haber roto la tregua, y existía la posibilidad de que tuvieran que ponerse a salvo si los demás vástagos se volvían en su contra. O, de lo contrario, se verían obligados a enfrentarse a los dioses.

—¿Adónde vais?

Orión y Helena se sobresaltaron al oír la pregunta. Cassandra apareció de entre las sombras y se acercó sigilosamente, sin hacer ruido. Miraba a Orión, a Helena y a la puerta principal sin parpadear.

—¿Te marchas? —le preguntó a Orión.

El vestíbulo estaba en penumbra, así que los ojos de Casandra se veían enormes y centelleantes, como dos profundos estanques en mitad de un bosque sombrío. A Helena le distrajo un extraño resplandor que iluminaba el pecho de la pequeña Delos. Se trataba de una esfera plateada, como la luna llena en invierno, que desprendía una luz azul fantasmagórica.

«Tan solitario como una piedra en el espacio —pensó Helena sin dejar de contemplar el orbe—. Ese es su corazón.»

Esperaba que Orión también tuviera la mirada clavada en fulgor plateado que irradiaba del pecho de Casandra, así que se quedó de piedra al comprobar que el muchacho sonreía de oreja a oreja. Por lo visto, esa luz era invisible a los ojos de Orión.

—Hola, gatita —saludó Orión.

Casandra no se quejó del apodo que le había puesto. De hecho, parecía gustarle, lo que desconcertó a Helena. Tras regalarle una sonrisa, el resplandor plateado se fue extendiendo por todo su cuerpo, hasta iluminar la punta de las dos trenzas.

—Dijiste que te quedarías unos días. —Casandra tenía los ojos clavados en él—. Dijiste que me regalarías un cascabel.

Orión echó la cabeza hacia atrás y soltó unas carcajadas.

—Ya lo tengo, pero no te obligaré a llevarlo si no quieres.

Y entonces sacó un cordón de seda púrpura del bolsillo. Tenía cosidos varios cascabeles más pequeños que las semillas de girasol. A Casandra se le iluminó la mirada.

—Me gusta —dijo con entusiasmo.

—Nunca me había encontrado con que a un gato le gustara llevar cascabel —soltó Orión con una mueca cómica.

Hizo una gesto con la barbilla para que Casandra extendiera el brazo y de inmediato empezó a enroscar el cordel alrededor de su muñeca, formando un guantelete que tintineaba al mínimo movimiento.

—Es precioso, de veras —exclamó Helena mientras Orión ataba con un nudo la pulsera. Los materiales eran sencillos, pero el resultado era elegante y moderno. Quería que Orión le hiciera uno especialmente para ella—. ¿Cuándo lo has hecho?



—Oh, ya sabes. En mis ratos libres —respondió con una misteriosa sonrisa—. Solía hacer joyas artesanales para turistas cuando andaba por la India y el Tíbet. Solo para ganar dinero rápido. Al final aprendí a hacer cositas como esta en poco tiempo. —Acabó de atar el nudo y soltó la muñeca de Casandra.

—¿Cuándo estuviste en el Tíbet? —preguntó Helena, maravillada y un tanto envidiosa. Siempre había soñado con ir allí.

Orión la atravesó con la mirada, pero no dijo nada. Ella desvió la mirada hacia su pecho, pero él enseguida reaccionó y empezó a alterar los colores para impedir que Helena reconociera sus emociones.

—Te lo contaré esta noche, cuando salgamos a dar un paseo —dijo al fin.

—De acuerdo, pero si no me enseñas a hacer ese truquito de ilusionismo no pienso ir contigo a ninguna parte —murmuró señalándole el pecho—. Estoy en desventaja, y lo sabes.

—Entonces, ¿te marchas? —insistió Casandra, algo ansiosa—. ¿Tenéis una cita?

—No exactamente —respondió Orión. Miraba a Helena con una sonrisa enigmática. No tenía la menor idea de qué le tenía preparado, así que se limitó a encogerse de hombros.

—No estaréis fuera mucho tiempo, ¿verdad? —insistió la pequeña.

—Qué va —aseguró Orión. Con ademán juguetón, le cogió la mano para hacer sonar todos los cascabeles de su nueva pulsera—. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

—Bien —dijo Casandra, algo más aliviada. Se percató de que Helena la observaba con detenimiento y se puso derecha—. Héc..., Héctor opina que debemos estar todos juntos. Y cre..., creo que tiene razón.

Helena jamás había visto a Casandra tartamudear, así que empezó a preguntarse si habría anticipado alguna desgracia relacionada con Orión. ¿Quizá salir del recinto de los Delos era demasiado peligroso? Entonces recordó que el oráculo no había vaticinado ninguna profecía desde hacía varios días. «Desde Halloween», se dijo.

Antes de que Helena pudiera plantearle alguna pregunta, Casandra se dio media vuelta y se marchó.



—Hablando de Héctor —dijo Orión, que ni se inmutó ante el extraño comportamiento de Casandra—, creo que iré a buscarle. Debería estar en la cama descansando, en vez de deambulando por ahí como alma en pena.

—Sí —farfulló Helena, que seguía pensando en la pequeña. Si Orión podía visualizar el corazón de los demás, ¿cómo era posible que no se diera cuenta de lo distinta que era Casandra cuando estaba cerca de él? Helena llegó a la conclusión de que eran solo imaginaciones suyas.

—¿Estás bien? —preguntó Orión, rozándole el brazo.

Su preocupación por ella demostraba que estaba en lo cierto; si Orión no notaba cambios en la forma de actuar de Casandra, era porque no existían. Tan solo era una niña extraña y, sin duda, Helena había malinterpretado sus emociones.

—Sí, supongo que sí —contestó con una sonrisa—. Ve a buscar a Héctor. Arrastra a ese tarugo hasta aquí.

—Seguramente estará en la playa. Le gusta dar unos largos en el mar cuando está triste. No tardaré mucho. —Volvió a mirarla fijamente—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí. No te preocupes por mí.

Orión esbozó una tímida sonrisa.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. —Se inclinó hacia delante y la besó en los labios—. Estaré de vuelta enseguida —susurró.

Se marchó tan rápido que Helena no pudo devolverle el beso.

Matt intuía que sus guerreros estaban cada vez más cerca. Al estar unidos por juramentos de sangre, podían notar la presencia de los demás, como si fueran extremidades distintas de un mismo cuerpo.

Al cabo de pocos días, sus tropas llegarían a la playa en barco, repitiendo el mismo viaje que habían emprendido miles de años atrás para reclamar a Helena de Troya. Matt buscaba el mástil en el horizonte. Los vestigios de su gran ejército habían iniciado el viaje en el mismo instante en que el puñal cayó en la mano escogida. Puesto que estaban esparcidos por todos los rincones del mundo, tardarían bastante en alcanzar la playa.



Por fin, después de tantos milenios, podrían reunirse con su recién nombrado capitán. Y con el puñal al cual habían entregado su vida.

Gracias a esa daga, un regalo mágico que Tetis, con pies argénteos, había entregado a su único hijo, estaban destinados a vivir eternamente. Solo morirían en una batalla, luchando por su gloria y honor.

No habían tenido suerte.

Su capitán, un ser casi indestructible, había fallecido. No habían tenido la oportunidad de combatir por él y perecer en el campo de batalla. Pero sus promesas los mantenían unidos. No podían morir de viejos, ni a causa de una enfermedad. Por muy mal que la vida los tratara, tampoco podían morir de pena. Solo podían perder la vida en la guerra, y así lo había hecho la mayoría. Únicamente habían sobrevivido los más fuertes, los más valientes, los más salvajes, los más comprometidos con la promesa de su capitán: matar al Tirano.

Sumaban treinta y tres en total.

Pero Matt sabía que treinta y tres mirmidones de tres mil trescientos años de edad bastaban para incendiar el mundo.



Capítulo 5

Helena estaba sentada junto a la cama de su padre. La respiración de Jerry era constante, aunque fatigosa. Los mellizos le habían asegurado que habían sanado todas y cada una de sus heridas, pero por alguna razón perdía el conocimiento una vez tras otra. Era como si estuviera agotado. Quizá solo necesitaba descansar, o eso opinaban Ariadna y Jasón, pero eso no explicaba que Jerry no fuera físicamente capaz de estar despierto más de unos segundos cada vez que abría los ojos.

Quería definir sus sentimientos, sus percepciones respecto a su padre, pero cada vez que se preguntaba cómo se sentía al verle postrado en una cama y en un estado de inconsciencia, su mente empezaba a divagar.

Le distraían multitud de dudas y pensaba en cómo estarían Luis y sus hijos después de que Automedón se los llevara por delante, en cómo habría quedado la cafetería tras los disturbios o en si alguien habría pasado por su casa para comprobar que no la habían asaltado. Era lógico que le rondaran este tipo de preguntas por la cabeza, pero no debería estar pensando en ellas cuando la vida de su padre pendía de un hilo.

Se revolvió en el sillón que había arrastrado junto a la cama. ¿Qué diantres le estaba ocurriendo? ¿Cómo podía distraerse en un momento tan delicado como ese? Entonces se dio cuenta de que estaba moviendo la pierna con nerviosismo, así que puso la mano sobre la rodilla para intentar mantenerla quieta, pero no funcionó. Histérica y preocupada, se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación.

—Unos pasos más y agujerearás el suelo —murmuró Lucas desde el umbral.

Helena se dio media vuelta y, al verle, cerró los puños. No estaba de humor para un encuentro emocional y, por una vez, deseó que Lucas se marchara.

Apoyado en el marco de la puerta, el chico la atravesó con la mirada. Con una media sonrisa, hizo un gesto con la cabeza, invitando así a acompañarle.

—Vamos —dijo con la voz entrecortada.



—¿Adónde? —desafió Helena. Se cruzó de brazos y le miró con los ojos entornados.

—A la sala de entrenamiento —espetó. Por lo visto, la mirada de Helena no le había intimidado en absoluto. Acto seguido, se acercó a ella muy lentamente y, cuando estuvo lo bastante cerca, le rodeo las muñecas y le deshizo el cruce de brazos. Ahora, tan solo unos centímetros los separaban—. Necesitas dar unos golpes a algo.

Helena abrió la boca para discutir, pero de inmediato la cerró. Lucas tenía razón. Ver a su padre tan enfermo la hacía sentirse impotente e inútil. Se había acostumbrado a participar en todas las batallas, pero esta vez todo dependía de su padre. Era la lucha de Jerry, y no podía hacer nada para ayudarlo.

Necesitaba aporrear algo, o a alguien. Sabía que debía de desahogarse, liberar toda esa tensión que había acumulado mientras su padre se debatía entre la vida y la muerte. Y Lucas lo sabía porque la conocía bien. Al fin, Helena relajó los brazos. Movié los labios hacia un lado, como si quisiera retarle.

—Vamos —dijo con una voz que resonó en lo más profundo de su pecho.

Lucas apretó los dientes y tensó los músculos de la mandíbula. Un calor abrasador se filtraba por cada poro de su piel, como si le hirviera la sangre. Helena podía olerle: pan recién horneado y nieve recién caída, calor y frío, luz y oscuridad. Eran aromas opuestos que, en teoría, se anulaban entre sí, pero que, por alguna razón, se las arreglaban para convivir dentro de Lucas. Helena cerró los ojos, abrió las aletas de la nariz e inspiró descaradamente.

Lucas se apartó de inmediato y tiró fuerte de su brazo para romper el hechizo. Le fastidiaba que la mangoneara de esa manera, y no le cabía la menor duda de que él también estaba al corriente. Con un movimiento ágil, liberó las muñecas, que hasta entonces seguían atrapadas entre las manos del chico, y le empujó hacia las escaleras. Helena salió corriendo detrás de él y, tras atravesar varias estancias de la casa, llegaron al cuadrilátero.

Cuando bajaron al sótano empezaron a quitarse la ropa. En aquella jaula estaba prohibido entrar con ciertas cosas, como zapatos, joyas, cinturones o cualquier objeto punzante o afilado. Ninguno de los dos se molestó en ponerse ropa más cómoda para el entrenamiento. A medida que se quitaba cada pieza de ropa, Helena solo podía pensar en cuanto ansiaba darle una paliza.



Los recuerdos de las «otras» Helenas solo empeoraban la situación. A todas sus *alter ego* les habían negado la felicidad de estar con el amor de su vida, como si fuera algo inalcanzable. Estaba tan frustrada que no necesitaba a las furias para desear matarle. Lucas se desgarró la camiseta, en vez de quitársela por la cabeza, y arrojó el cinturón al suelo como si fuera un látigo. Por lo visto, estaba tan harto de aquella situación como ella.

Cuando llegaron al cuadrilátero, ya estaban sudando. Así pues, ni se tomaron la molestia de cerrar la puerta de la jaula antes de empezar el combate.

Helena tomó la iniciativa. Lanzó un derechazo que fue directamente hacia la cara de Lucas, quien, en el último segundo, consiguió esquivar el golpe y trató de hacerle perder el equilibrio para trasladar el duelo en el suelo, que era su especialidad.

Ella rodó y se puso de pie de un brinco, para impedir que él la inmovilizara, y, al mismo tiempo, le asestó otro puñetazo. Lucas alzó los brazos para bloquear el golpe y dejó que le aporreara para acercarse a ella y empujarla contra la valla metálica. Entonces le pegó con el hombro en el esternón y, aprovechando que se había quedado momentáneamente sin aire, le inmovilizó las manos.

—¿De qué habéis estado hablando Orión y tú en el vestíbulo, después de desayunar? —le siseó al oído.

—¿Quién ha dicho que estuviéramos hablando? —dijo a propósito para desconcentrarle.

El sucio ardid le funcionó. Lucas se quedó inmóvil, con expresión triste y afligida, y Helena aprovechó la oportunidad para soltarse una mano y atizarle un puñetazo en el estómago. Tras un gruñido de dolor y rabia, arremetió contra ella y la agarró por la pierna. La arrojó sobre la esterilla y trató de inmovilizarla en el suelo mientras se colocaba a horcajadas sobre ella. Pero Helena no estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente, así que rodeó su cintura con ambas piernas y apretó con todas sus fuerzas para dejarle sin aire en los pulmones.

—Os he oído charlar —rugió con la mandíbula rígida. Estaba utilizando toda su fuerza sobrehumana para clavar los brazos de Helena en la estera—. Y, no nos engañemos, es un poco difícil hablar cuando tienes la lengua ocupada.

Helena lo fulminó con la mirada, pero no respondió a su pregunta.



—¡Dime lo que le has dicho, Helena! —le gritó a pocos centímetros de su cara.

Si aquel hubiera sido un combate de artes marciales mixtas, el contendiente posicionado sobre el otro habría empezado a aporrear a su rival. Sin embargo, Lucas no la golpeó ni una sola vez. De hecho, a pesar de tener un ojo amoratado y un corte en el pómulo del que no paraba de brotar sangre, todavía no le había tocado ni un pelo. Estaba haciendo aquello por ella, para que pudiera dar rienda suelta a su impotencia y frustración. Al fin y al cabo, estaba intentando ayudarla.

Cuando se percató de ello, Helena se quedó quieta y toda su ira se evaporó. No le hizo falta echar un vistazo al pecho de Lucas para saber cuánto la quería. Lo demostraba día tras día.

—Puedo ver emociones, como cualquier miembro de la casta de Roma, y no tengo ni idea de por qué —admitió con un suspiro exasperado. Lucas la miraba con perplejidad, atento a cada una de sus palabras—. Y todavía no se lo he dicho a Orión, pero creo que también soy capaz de controlar el corazón de los demás.

—Continúa —la animó cuando Helena hizo otra pausa.

—Manipulé al agente de policía que vigilaba la habitación de Andy para que nos dejara entrar, y ni siquiera nos pidió identificación. Al principio, pensé que le había disuadido por ese asunto del «rostro que hizo zarpar mil barcos a la guerra». A veces tiene ese efecto en los hombres. Pero cuantas más vueltas le doy, más me convengo de que no fue por eso. Hice algo con su corazón. Y nadie se merece eso.

—Ya.

Al fin, Lucas la soltó y se quedó sentado sobre sus rodillas, con el ceño fruncido. Helena se incorporó y se frotó las muñecas, doloridas y enrojecidas. No quería presionar a Lucas, pero estaba deseando escuchar su opinión.

—Mírame —dijo, de repente. Se acercó a ella y la miró directamente a los ojos—. Eres la única chica a la que he besado.

—Mentiroso —rebatió con tal rapidez que a punto estuvo de interrumpirle.

—¿Cómo sabes que estoy mintiendo?

—Lucas, sé muy bien que has besado a muchas otras chicas, y no solo besado; has llegado mucho más lejos con ellas. Aparte de eso, había algo extraño en tu voz, creo. Es como si...

—Como cuando pierdes algo y necesitas encontrarlo.

Helena asintió; no habría podido explicarlo mejor. Con la tez pálida, la observó detenidamente durante un momento.

—Eres una descubrentiras, Helena. Eres capaz de oír y distinguir los engaños.

—Pero ¿cómo?

—Por nuestra sangre —respondió—. Cuando Orión, tú y yo nos convertimos en hermanos de sangre, absorbiste algunos de nuestros talentos a través de la sangre. No he notado ningún cambio en mis habilidades, y creo que Orión tampoco; de lo contrario lo habría mencionado durante los días que hemos estado recuperándonos. Pero todo apunta a que tú si has absorbido parte de nuestros dones. Has asimilado el talento de Orión de controlar corazones y mi capacidad de reconocer mentiras. —Ladeó la cabeza, pensativo—. Quizás hayas aprendido algo más que eso —susurró para sí, como si todavía estuviera meditándolo.

Helena le miraba con los ojos como platos.

—¿Por qué? ¿Por qué me está pasando esto a mí? —Preguntó con una voz que destilaba miedo—. Lo último que necesito son más poderes.

—No lo sé, pero lo averiguaré —prometió.

—Tú siempre lo averiguas todo —murmuró—. Fuiste tú quien averiguó de qué río debían beber las furias. No yo.

—Sí, pero tú me ayudaste. Siempre lo haces.

Tan solo unos centímetros de aire frío los separaban, pero eran suficientes para enervar a Helena, quien decidió aproximarse a él, a pesar de que ambos estaban en ropa interior.

El giró sus hombros desnudos hacia Helena y bajo la barbilla a la altura de su boca. Gracias a su nuevo talento, ella distinguió unas nubecillas doradas que danzaban sobre la piel de Lucas y un fuego cálido y agradable que ardía en su interior. Se acercó todavía más, con los labios entreabiertos y los ojos cerrados.



Y entonces él paró. Aquella espléndida bruma dorada que cubría su cuerpo quedó durante un segundo sostenida en el aire, como congelada, y, en un abrir y cerrar de ojos, se desmoronó sobre el suelo en un millón de esquirlas. El brillo azul zafiro de la mirada de Lucas se fue oscureciendo mientras una sombra envolvente apagaba su luz interior.

—Y por eso deberías venir a hablar conmigo siempre que estés confundida, Helena —dijo en voz alta, mientras se apartaba—. Pase lo que pase entre Orión y tú, siempre estaré aquí para ayudarte a solucionar tus problemas. Aunque eso implique que me patees el culo durante un buen rato.

Apartó la mirada hacia el cuadrilátero y se palpó el corte que tenía en el ojo.

—¿Te duele? —Helena tragó saliva y, con gran esfuerzo, reprimió las ganas de alargar la mano y tocarle la herida. Aunque, en realidad, lo que más le apetecía era acercarse a él y abrazarle con fuerza.

—No —contestó, negando con la cabeza—. No es nada comparado con el resto.

Helena se quedó sentada en el cuadrilátero después de que Lucas se marchara. Empezó a tener frío, lo cual no era raro, teniendo en cuenta que iba en paños menores, así que cuando empezó a tiritar no tuvo más remedio que levantarse a buscar la ropa. Encontró los vaqueros enseguida; mientras rebuscaba en cada rincón de la sala de entrenamiento su camiseta, oyó que alguien abría la puerta.

—¿Por qué estas prácticamente desnuda? —grito Héctor desde lo más alto de la escalera.

Helena ni se inmutó y, más extraño todavía, no se ruborizó. Solo era Héctor, que venía a buscarla en el momento menos indicado, como siempre. Por fin había comprendido que relación mantenía con él: beligerante pero a la vez muy afectuosa. Sin embargo, tampoco era la típica relación de hermanos.

Había estado casada con él en una ocasión y, a juzgar por los vagos retazos que podía recordar, ninguno de los dos fue feliz. Hicieron todo lo posible para que el matrimonio funcionara, pero no lo lograron y, por mucho amor que se profesaran, discutían demasiado.

—Lucas y yo nos hemos peleado —respondió. Prefirió decírselo alto y claro, en vez de someterse a un incómodo interrogatorio.

Mientras Helena se ponía los vaqueros, el empezó a bajar las escaleras.



—Ajá. ¿Y qué ha pasado? ¿Tu ropa ha salido corriendo por patas, o qué?

No pudo evitar reírse.

—No. Al final decidimos darnos una paliza física en vez de emocional; ya sabes, para cambiar un poco. —Señaló el cuadrilátero con la barbilla y se subió la cremallera.

—Es gracioso, pero no parece que te hayan molido a palos. Un poco despeinada, es verdad, pero bastante entera —dijo. Alzó una ceja y le ofreció una sudadera negra con el cuello en forma de V. Helena prefirió ignorar la provocación de Héctor y aceptó la prenda.

—¿Cómo estás? —preguntó, mordaz.

Él se encogió de hombros, se dio media vuelta y se encaminó hacia uno de los sacos más pesados.

—Bien, no entiendo por qué Orión y tú estáis tan nerviosos por Andy.

—Menos humos, ¿eh? —cortó Helena, aunque el comentario no sonó grosero. Le siguió por la sala de entrenamiento hasta colocarse detrás del saco y sujetarlo mientras él lo aporreaba—. Estas escondiéndote aquí abajo, como yo.

Héctor empezó a golpear el saco con los puños, pero con desgana, sin mucho entusiasmo, aunque poco a poco fue aumentando la intensidad. Helena bailaba tras el saco, moviéndose, para encajar los golpes mientras se fijaba en la expresión de Héctor. Se le había endurecido el rostro y adoptó el ademán de un verdadero luchador.

«No, más que eso: es un guerrero de leyenda», pensó.

Entonces el porte de Héctor perdió toda ferocidad, y adoptó un semblante más vulnerable y triste.

—No se atreve ni a mirarme, Helena. Es la Única chica que ha conseguido llamar mi atención. Y le aterrorizo. —Dejó caer los puños y se apoyó en el saco para poder mirar a Helena a los ojos—. Podría soportar que me tomara por un idiota o por un cerdo, porque, al fin y al cabo, tendría la oportunidad de demostrarle que no soy así. Pero ¿miedo? —Sacudió la cabeza—. No tengo ni una posibilidad. No puedo perseguirla; él se dedicó precisamente a eso. Lo único que puedo hacer es alejarme de ella, como bien ha dicho. El problema es... que no se si seré capaz de hacerlo.

—Ya, ya sé a lo que te refieres —respondió Helena con tono afligido, abrazada también al saco.

—Oh, la ironía. ¿Verdad? —bromeó. Y, de repente, frunció el ceño—. Pero tú tienes otras posibilidades.

—¿Y tú no? —Contestó con una carcajada—. ¿Qué pasa? Acaso ya te has acostado con todas las chicas atractivas del mundo?

—Hablo en serio —dijo Héctor, sin sonreír—. ¿Sientes algo especial por Orión o solo le ves como un amigo, como a Matt?

—No, no tiene nada que ver. —Entonces recordó lo que Morfeo le había revelado: en ciertos asuntos, deseaba más a Orión que a Lucas—. Orión me gusta, me atrae.

—¿Y te importa?

—Muchísimo.

—Entonces atrévete, Helena. —Héctor hablaba con toda franqueza—. Los dos están esperando a que tomes una decisión. Y ninguno podréis continuar con vuestra vida hasta que te decidas, Helena. Eres tú quien debe elegir.

Ella quería gritar el nombre de Lucas, pero se imaginó la cara de disgusto que iba a poner Héctor por anteponer a su primo sobre Orión, y finalmente decidió tragarse sus palabras.

—Ya la he tomado —dijo con más convicción de la que sentía—. Ya la he tomado —repitió.

Héctor le sonrió con aires de superioridad

—La primera vez que lo has dicho ha sonado bastante creíble. Pero ¿la segunda?

—¿Que voy a hacer? —gruñó. Deja caer la frente sobre el saco de boxeo y añadió—: Me siento como una pelota de pimpón.

—Creo que deberíamos salir de aquí y hacer algo útil. —De repente, la agarró por el cuello en una llave típica de un combate cuerpo a cuerpo y la llevó hacia las escaleras—. Vamos, princesa. Vamos a comprobar si la tienda de tu padre sigue en pie.

Cargaron algunos trastos viejos del cobertizo en el remolque de la furgoneta de Héctor, además de una caja de herramientas y una bolsa llena de clavos de distintos tamaños. Helena no quería que Héctor se arriesgara a que



alguien le viera paseando por el pueblo, pero tras una breve discusión, llegó a la conclusión de que si no salía de la casa donde Andy estaba refugiada, empezaría a correr por las calles gritando a pleno pulmón. Así que, al final, acabo por aceptarlo. Sin embargo, no cedió sobre quien conduciría. Helena se puso al volante y Héctor se escondió en el asiento trasero. Pasó por delante de su casa para asegurarse de que seguía entera, y después condujo hacia la tienda.

Héctor se quedó en el interior del local, barriendo los cristales rotos y los escombros de los disturbios. Mientras tanto, Helena cogió la escalera de la despensa y se dedicó a clavar unas tablas de madera para tapar las ventanas. Era un trabajo desolador. Cada vez que miraba a su alrededor se entristecía. Podían reconstruir la tienda, desde luego, pero jamás volvería a ser la de antes. Subida en un peldaño, empezó a cubrir el escaparate frontal con paneles de cartón. Había ciertas cosas que, incluso después de arreglarse, seguían rotas. Sumida en sus pensamientos, ni siquiera notó la presencia de una persona justo detrás de ella.

—¿Sabes?, si esa tabla estuviera un poquito más torcida podría ser una flecha —dijo Orión desde la acera, como si le sorprendiera la tosquedad del trabajo de Helena—. ¿Estás borracha?

Ella se echó a reír.

—¡No! ¡Nunca había puesto una tabla!

—Ni que lo jures. —Orión esbozó una tierna sonrisa y le indicó que se bajara de la escalera. Aún entre risas, Helena obedeció—. ¿Todavía conservas los pulgares? —preguntó mientras le inspeccionaba las manos. Le quitó el martillo enseguida, como si fuera a morderle, y continuó—: Mejor dejemos esto en manos de un profesional.

—Un profesional, eh? —Helena no lo dudaba. Cuando le robó la chaqueta y la cartera por accidente, no había podido resistir la tentación de echar un vistazo a su carné de conducir, así que sabía perfectamente que podía manejar maquinaria pesada.

—He trabajado en un par de obras y he construido algunas casas —dijo. El comentario fue demasiado cauteloso, lo que indicaba que había hecho mucho más que eso.

—Joyero, carpintero..., estás hecho todo un manitas —observó.

—Sí, pero como aprendiz, así que no ganaba mucho —añadió con cierta timidez.



—Eh, eres un hijo de Afrodita. Podrías haber tomado el camino fácil. Podrías haberle hecho morritos a cualquier ricachona para que se enamorara perdidamente de ti y te regalara una mina de diamantes, o algo por el estilo.

—A Helena le encantaba que Orión restara importancia a sus talentos—. Pero preferiste tomar otra vía: trabajar para ganar tu propio dinero.

—A cinco dólares la hora —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Puede que con un sueldo honrado no puedas comprar muchas cosas, pero siempre será mejor que ganarse la vida de forma fraudulenta, o aprovechándose de los demás —respondió con tono serio. Orión era como su padre, un hombre hecho a sí mismo. Y respetaba esa cualidad sobre las demás, porque la dignidad era algo con lo que uno no nacía, sino que se ganaba a lo largo de la vida.

—¿Eres tú, Orión? ¡Anda, ponte unos pantalones, échatela a los hombros y llévatela como un hombre, por el amor de Dios! —gritó Héctor desde la trastienda.

Orión sintió vergüenza ajena por el comentario.

—Se acerca el hombre de las cavernas —le susurró a Helena, como si se tratara de una conspiración—. No es mi estilo, la verdad,

—Ah, Héctor. Nuestro adorable zopenco —le respondió al oído.

—¡Beso! ¡Beso! ¡Beso! —coreó Héctor, que los espiaba a hurtadillas por entre los listones de madera de la ventana.

—¿Puedo llevarte a todas mis citas? —preguntó Orión en tono de burla.

—¡Claro que sí, colega! Te diré lo que tienes que hacer en cada momento —contestó Héctor con una sonrisa pícar—. Primero coges a la chica y la agarras por el...

—Cómo me alegro de que la testosterona no sea una enfermedad contagiosa —exclamó Helena para interrumpirle.

Empujó a Orión hacia la escalera para que arreglara el estropicio que había hecho y después entró en la tienda para echar una mano a Héctor con la limpieza. Tras soltar varias payasadas más, por fin consiguieron tapiar todas las ventanas, barrer el suelo y tirar toda la mercancía podrida. De vez en cuando, entre los escombros, Helena encontraba algo personal, como una escultura de macarrones donde se leía QUIERO A MI PAPÁ, que había hecho



en primaria, o una horrenda maceta que pesaba como un muerto y que le había regalado a Kate y los restos de trofeos de plata de atletismo.

Sin embargo, lo peor eran las fotografías. Le rompía el corazón ver los marcos rotos y los cristales hechos añicos. Todas las instantáneas estaban destrozadas. Algunas de ellas llevaban en la tienda desde que era una niña. Las había visto cada día y, mientras las arrojaba a la bolsa de basura, se dio cuenta de que no volvería a verlas nunca más.

Cada vez que se topaba con algún objeto que le recordaba tiempos pasados, tanto Héctor como Orión soltaban una broma o hacían cualquier tontería para distraerla y levantarle el ánimo. Sabía que lo hacían con la mejor intención, pero, en vez de animarla, solo conseguían emocionarla todavía más.

Sabían que no se trataba únicamente de un puñado de cosas inservibles. Lo cierto era que las bobadas de Orión y Héctor la despistaban de aquello que realmente la inquietaba; su padre no parecía mejorar. Perder aquellas fotografías, o la escultura de macarrones, o el espantoso intento de maceta, no era nada comparado con el miedo que sentía cuando se imaginaba a su padre tumbado en la cama. ¿Por qué no podía despertarse?

Quería darles las gracias por haberla ayudado con la tienda, pero los conocía demasiado bien, así que prefirió no decir nada. Si decidía sincerarse, ya sabía cuál sería la reacción de Héctor: se burlaría de ella durante un buen rato. Y, por otro lado, Orión ya sabía lo agradecida que estaba, porque podía verlo, literalmente hablando. Así que decidió archivar todas las horas que habían dedicado a remover su infancia a sabiendas de que jamás podría devolverles el favor.

—Entonces...., Héctor irá en el asiento de atrás —dijo Orión, interrumpiendo los pensamientos de Helena—. Solo.

—Eh? —dijo Helena, como si no hablara su mismo idioma—. No. Héctor no debería conducir. No puede verle nadie.

—Y no me verán. Ya ha anochecido. Nadie podría reconocerme —protestó—. Además, si algún coche me ilumina con los faros, puedo jugar con la luz y borrar mi imagen.

Helena miro a su alrededor y se dio cuenta de que tenía razón. Había estado tan concentrada arreglando la tienda que ni siquiera se había fijado en que ya había anochecido. Además, no había ni un alma por la calle. Desde los



disturbios, muy pocos vecinos se aventuraban a salir de casa. La isla de Nantucket se había convertido en una especie de pueblo fantasma.

—De acuerdo, supongo que tienes razón. Gracias por la ayuda de hoy —le dijo Helena a Héctor mientras le abrazaba. No quería ponerse melodramática, porque estaba segura de que a Héctor le parecería imperdonablemente sentimental.

—Pásatelo bien esta noche, princesa —respondió. Miro a Orión y asintió con la cabeza. Después, se dio media vuelta sin murmurar una burla ni un comentario socarrón, lo cual era bastante impropio de él.

Helena cogió la mano de Orión con timidez. Sabía que Héctor les acababa de entregar el equivalente al permiso de Hergie. Podían hacer lo que les viniera en gana esa noche; Héctor no pondría reparos.

—Y bien —dijo mirando a Orión. De repente, se le secó la garganta—. ¿Querías enseñarme algo?

—Sí —contestó, mordiéndose el labio inferior, como si se arrepintiera de haberlo dicho—. Pero has tenido un día duro. Y lo que quiero mostrarte no es muy inspirador que digamos.

—Bueno, ahora es un buen momento —rebatía Helena antes de señalar la tienda con un brazo extendido—. No puedo ser la única que tiene un desastre de vida.

Orión se rio y mostró su dentadura blanca y brillante. Arrastró a Helena hacia sí y la acunó en su pecho. Las risas se ahogaron cuando la besó en la sien, rozándole la frente con los labios. Helena sabía que la había abrazado por dos razones: porque deseaba estrecharla entre sus brazos, pero, sobre todo, porque, mientras lo hacía, ella no podía ver las luces que iluminaban su corazón.

—Confía en mí. No eres la única con una vida desastrosa —susurró con la voz entrecortada.

Fue entonces cuando Helena recordó lo mucho que Orión se entristecía cuando alguien mencionaba a su padre, Dédalo. Sabía que escondía una historia oscura y estremecedora.

—Ah. Tu padre.

—No —dijo. Acto seguido la soltó y miró hacia otro lado, ansioso—. Quizá no sea buena idea.



—Eh, ¿alguna vez has volado? —preguntó enseguida. Orión estaba desconcertado, que era exactamente lo que ella quería—. No en un avión, claro —matizó—. ¿Alguna vez has volado como yo?

—No. Nunca.

—¿Te apetece?

—¡Esto es lo más alucinante que he sentido en mi vida! —exclamó Orión con una sincera sonrisa.

—Chis —le reprendió Helena, que seguía con los ojos cerrados—. Deja de moverte, por favor. Eres peor que Claire. —La alegría de Orión era palpable y, por mucho que lo intentara, no podía permanecer seria. Cuando se emocionaba, aquel chico era un verdadero encanto. Tenía que distraerle para poder concentrarse—. ¿Viene alguien?

Todavía abrazado a Helena, Orión echó un rápido vistazo a ambos lados de la callejuela que rodeaba la tienda de Jerry.

—Está despejado —anunció.

Al darse la vuelta, ella notó el aliento de Orión rozándole la frente. Seguía con los ojos cerrados, pero la sensación era dulce y cálida. Conocía su cuerpo al milímetro y sabía la proporción exacta de piel, sangre y huesos que contenía. Apretó un poco más los ojos y se concentró en abrazarle mientras utilizaba ese nuevo sexto sentido, el que liberaba los cuerpos de toda gravedad.

—¡Me haces cosquillas! —exclamó entre risitas.

—¡Chis! —repitió, concentrándose al máximo. Y entonces lo notó. Todas las medidas que había calculado encajaron en su mente—. Te pillé —susurró con aire triunfante.

Una vez averiguados el peso y la hechura, a Helena no le costó desprenderse de su gravedad. Abrió los ojos para poder ver la cara de Orión mientras alzaban el vuelo. Por nada del mundo quería perderse su expresión al deslizarse entre nubes violetas y blancas. Tenía un rostro muy particular, que nunca dejaba de sorprenderla. Cuando por fin creía haberse acostumbrado a aquella belleza deslumbrante, se fijaba en un nuevo gesto, en un nuevo detalle. Y entonces su sistema nervioso se paralizaba.



—Y bien, ¿adónde vamos? —le preguntó. La voz sonó más firme de que había imaginado—. Antes me has dicho que querías mostrarme algo.

Orión, que hasta entonces parecía embobado con lo que veía, adoptó un gesto serio, casi triste.

—Helena —empezó a decir, consternado.

—No. Hablo en serio, Orión —le interrumpió—. ¿Aceptas acompañarme a volar a sabiendas de que solo lo he probado con otro pasajero y no estás dispuesto a revelarme tu gran secreto? ¿Qué significa eso? ¿Me confías tu vida, pero no tu pasado?

—No es eso —se disculpó.

—¿Crees que cambiaría mi opinión sobre ti si supiera por lo que has pasado? ¿Piensas que voy a ser tan crítica contigo?

—No! No es por lo que puedas pensar de mí. Al menos, no solo por eso. —Las palabras parecían atragantársele en la boca—. Me duele volver allí.

—Y te seguirá doliendo mientras lo mantengas en secreto —rebatió Helena en tono conciliador—. Sé quién eres, Orión. Puede que tu infancia no haya sido la más deseable, pero puedes confiar en mí — Helena se puso delante de él para obligarle a mirarla a los ojos—: el resultado es espectacular.

Orión se rio tímidamente entre dientes. Se había ruborizado por el comentario, pero, al pensarlo de nuevo, volvió a entristecerse.

—Además —continuó Helena con determinación—. Sabes que no me rendiré hasta conseguir lo que quiero.

—De acuerdo, tú ganas..., como siempre —gruño—. Dirección norte.

—¿Adónde quieres que te lleve? —preguntó con entusiasmo.

—A Newfoundland. La isla donde nací.

A juzgar por la indiferencia con que pronunció su lugar de origen, Helena intuyó que no se dirigían hacia lo que consideraba un hogar. No intentó distraerle ni gastarle una broma como solía hacer cuando lo veía melancólico y abatido. En lugar de eso, concentró toda su atención en volar lo más rápido que se atrevía.

Tras unos minutos y varios ajustes en la ruta, llegaron a lo que a simple vista, parecía una roca arrasada por las tormentas. Aquel peñasco abandonado estaba situado en las «aguas» más gélidas del océano Atlántico.



Sobre la cima de un escarpado acantilado se vislumbraba una casita. Era una noche oscura, y apenas titilaban estrellas en el cielo. La niebla se arremolinaba entre las olas y ocultaba la luz de la luna. En el interior de aquel diminuto hogar brillaba una única luz.

Orión suspiró y asintió con la cabeza, como si estuviera asumiendo la culpa de un desafortunado acto de vandalismo.

—Es allí. Allí es donde viven mis padres.

—¿Tus padres? —repitió Helena, algo confundida—. Creía que tu madre había muerto. ¿Tu padre se volvió a casar?

—Ya lo verás por ti misma. —Eso fue lo único que dijo.

Orión le indicó que aterrizaran en el jardín, justo al lado del círculo de luz que se proyectaba desde el interior.

Sin salir de la penumbra, Helena asomó la cabeza. Lo primero que apreció fue a un hombre corpulento sentado en un sillón, leyendo un libro. Llevaba unos pantalones vaqueros desgastados y una camiseta ajustada y negra. Tenía el cabello oscuro, aunque distinguió unas mechas en las sienes. Era mayor que ella, debía de rondar los cuarenta y cinco, pero, aun así, se veía atractivo y en forma. Los rasgos aquilinos y el bronceado dorado le recordaron a Lucas. Incluso la forma de sus manos le resultaba familiar, lo cual era inquietante. Ver a un hombre con las manos de Lucas la trastornó.

Los Delos habían mencionado varias veces que Lucas guardaba cierta semejanza con los hijos de Poseidón. Basándose en aquel parecido tan llamativo, Helena adivinó que estaba observando a Dédalo, heredero de la casta de Atenas, el descendiente directo de Poseidón: el padre de Orión.

Lo segundo que vio fue a su propia madre, Dafne, dormida en el sofá.



Capítulo 6

Helena se apartó de la ventana. Notó una sensación de estrangulamiento en la garganta y acto seguido perdió el equilibrio. El suelo desnivelado del acantilado no contribuía. Aquella imagen la había dejado aturdida. Orión trató de agarrarla, pero ella rechazó su ayuda con aspavientos. Impertérrito, volvió a intentarlo y, cuando logró sujetarla, le tapó la boca con una mano.

—¡Tranquila! No es lo que estás pensando —le siseó al oído.

Orión la alejó todo lo que pudo de la casita antes de darle cualquier explicación, pero la cima del acantilado no era especialmente extensa, así que tan solo caminaron unos pasos.

—Dafne ayuda a mi padre a tratar con mi madre cuando le lanza uno de sus hechizos. Por eso debe estar aquí esta noche, porque mi padre tiene que acudir a la reunión de las cuatro castas. Mi madre odia a todas las castas, incluso a la suya. —Hizo una pausa en mitad de aquel razonamiento apresurado para comprobar que Helena estaba siguiendo el hilo de la historia—. Hubo una guerra de vástagos antes de que nacióéramos —dijo.

Con la mano de Orión todavía silenciándola, Helena por fin relajó los músculos y asintió con la cabeza como respuesta a la pregunta tácita sobre la guerra, pero también para asegurarle que no irrumpiría en casa de su padre ni empezaría a gritar. Le quitó la mano de la boca. Ella sabía que se había producido una especie de confrontación final entre las castas de vástagos hacia unos veinte años, y que había sido un baño de sangre, o eso había creído entender.

—Mi madre era la líder de la casta de Roma, y cometió infinidad de asesinatos. La guerra le afectó muchísimo. Y ahora no soporta que le diga nada sobre las castas. —Intentó continuar, pero no pudo. Unos segundos más tarde, apretó los dientes para controlar la voz y añadió—: En realidad, no soporta la que le hablen de nada. Está enferma, Helena.



No hacía falta que dijera nada más. Helena sabía que los vástagos solo podían padecer una enfermedad. Orión tan solo estaba tratando de decirle que su madre, Leda, había perdido el juicio.

Teniendo en cuenta que Dédalo necesitaba la ayuda de Dafne para controlar a Leda, Helena intuyó que la madre de Orión no solo era una mujer fuerte, sino también peligrosa. La casa donde vivían estaba completamente aislada, a kilómetros de la civilización. Solo podía pensar en todos los gritos y alaridos que debían acompañar a los «hechizos», tal y como Orión los había denominado. Se preguntaba si él se habría criado en esas circunstancias y hasta qué punto le habría afectado.

Orión la soltó y se dio media vuelta. De repente, se abofeteó una mejilla, y Helena corrió hacia él para cogerle la otra mano. Esperó pacientemente, mientras él ponía todas las ideas en orden. Le observó con detenimiento hasta que por fin se giró hacia ella y asintió con la cabeza, dándole así a entender que ya se había recuperado. Después, la guió de nuevo hacia la casa.

—Me dijiste que había muerto —susurró Helena.

Él negó con la cabeza.

—Tú asumiste que había muerto cuando te dije que era el cabecilla de la casta de Roma. Pero debes saber que la muerte no es el único motivo para que una casta nombre a un nuevo líder—explicó. Apartó la mirada, algo avergonzado, y añadió—: En aquel entonces no te conocía lo suficiente. Me daba demasiada vergüenza contártelo...

Helena asintió. No era necesario que le diera más explicaciones.

—Está bien —dijo en voz baja.

De pronto, alguien encendió otra luz y los dos se giraron bruscamente para averiguar qué estaba ocurriendo.

Helena vio a una mujer con el cabello castaño bajar las escaleras de forma precipitada. Iba descalza y todavía llevaba el camisón. A juzgar por lo despeinada que iba, imaginó que acababa de despertarse. A decir verdad, su aspecto desaliñado la hacía aún más atractiva. Debía de tener alrededor de cuarenta años, pero seguía teniendo la figura de una chica de calendario. La espesa cabellera marrón con destellos pelirrojos danzaba a su alrededor como si de una nube de rizos sedosos y gruesos se tratara. La mayoría de los mortales no tendrían más remedio que utilizar un rizador o unas tenazas para conseguir ese efecto. Eran las mismas ondas de Orión, sin duda. Lucía



unas piernas largas y torneadas que podrían perfectamente ser la envidia de cualquier mujer. Tenían unas proporciones exactas, como las de él.

El camisón le iba demasiado ceñido y le marcaba todas las curvas del cuerpo. Helena imaginó que, aunque aquella mujer se cayera de culo por las escaleras, seguiría pareciendo seductora. Era la versión femenina de Orión y, como tal, era la tentación más irresistible para el sexo opuesto. Todo apuntaba a que era Leda, una hija de Afrodita, y la madre de Orión.

—¡Está aquí! —gritó con voz ronca.

Corrió hacia la ventana. En un acto reflejo, Orión apartó a Helena del círculo de luz. En ese mismo instante, Dédalo se levantó de un brinco del sillón y sujetó a Leda, para impedir que pudiera echar un vistazo al exterior. A pesar de estar bastante lejos, Helena pudo vislumbrar la mirada salvaje de Leda. Tenía los ojos tan abiertos que parecía que se le fueran a salir de las órbitas en cualquier momento. Helena no pudo evitar estremecerse.

—No hay nadie más aquí, amor mío —la calmó Dédalo, que parecía cansado. Tomó a Leda por los hombros y la alejó de la ventana.

—¡Adonis! ¡Puedo olerte ahí fuera! —gritó. Estaba histérica, descontrolada, y forcejeaba con su marido para intentar soltarse—. ¡No permitiré que mates a mi bebé!

Dafne se había levantado del sofá y sujetaba a Dédalo por los hombros. Así, con sus cuerpos, entre los dos, formaban una especie de jaula alrededor de Leda. La apretaban con fuerza, y utilizaban todo su peso para inmovilizarle los brazos e impedir que se arrancara el pelo o se arañara la cara. Helena estaba convencida de que Dédalo y Dafne estaban acostumbrados a ese tipo de espectáculo. Habían reaccionado de una forma amable, casi clínica, ante el brote psicótico de Leda.

—¡Te mataré si intentas hacerle daño a mi bebé! —aulló entre lágrimas. Los chillidos de la madre de Orión destilaban locura pura—. ¡Te mataré, lo juro!

—¡Adonis está muerto, Leda! ¡Tu hermano está muerto! —chilló Dafne.

Y, por fin, Leda dejó de resistirse y empezó a calmarse.

—Mi hermano pequeño —dijo Leda, confundida—. Mi pequeño. Mi hermano pequeño. Pero ¿quién es quién? Sé que maté a uno de ellos. ¿A cuál escogí?

Leda empezó a balancearse, con la mirada perdida. Después, empezó a canturrear:



—Mi pequeño. Mi hermano pequeño.

Repetía esas palabras una y otra vez, mientras Dédalo y Dafne trataban de tranquilizarla. Cada vez que volvía a entonar ese mantra lastimoso, alzaba un poco más la voz.

—Sácame de aquí, Helena —susurró Orión, temblando. Había estado llorando en silencio.

De inmediato, ella lo abrazó y los dos salieron disparados hacia el aire, dejando atrás los lamentos inconsolables de Leda. Orión enterró la cara en el cuello de Helena. Notaba sobre su piel el calor de las lágrimas que, a medida que ganaban altitud, se volvían gélidas.

Tiritando de frío, ambos sobrevolaron el océano sin separarse un milímetro. Orión parecía haberse quedado mudo. Helena imaginó que, tras años de práctica, se había convertido en un experto cuando se trataba de llorar en silencio. Ni siquiera podía distinguir su diafragma, tan solo el rápido latido de su corazón. Le estrechó aún más entre sus brazos y le alejó de aquella pesadilla, aunque sabía que no podría llevarle lo bastante lejos como para olvidarlo.

Estaban bordeando la costa, en dirección sur. Helena decidió aterrizar en una preciosa cala en algún rincón del cabo Ann, en Massachusetts. Se sentaron en la arena y, mientras Orión observaba el mar, Helena contempló su perfil.

—Estaban muy unidos. Mi madre y Adonis —dijo al fin—. Se adoraban, se querían muchísimo. Hasta que Leda se enamoró de mi padre. Ninguna casta permite que vástagos de castas distintas tengan hijos por miedo a que engendren al Tirano. La casta de Roma es especialmente estricta con esa norma, así que cuando mi madre se quedó embarazada. Adonis vino a asesinarme. Supongo que también quería matar a mi madre, porque aún me tenía en el vientre. Al final fue él quien murió.

Helena apoyó la cabeza en el hombro de Orión y se quedó mirando las olas que rompían en la orilla. Desde el principio había supuesto que había sucedido algo así, pero tenía la corazonada de que había algo más. Los colores apagados que se intuían bajo el pecho de Orión estaban cargados de culpa y arrepentimiento.

—Lo peor vino después —continuó Orión con voz forzada—. Sabes que los miembros de cada casta comparten ciertas características físicas, ¿verdad? Es cierto que pueden producirse algunas variaciones, como Lucas, o Jasón y



Ariadna, que no se parecen al resto de los miembros de su casta. Pero, en general, los vástagos de Tebas son rubios e idénticos al padre de Lucas. — Helena asintió con la cabeza—. ¿Sabes que cada generación posee un puñado de rasgos específicos que se repiten a lo largo de la historia? Son réplicas casi exactas de los héroes que lucharon en la guerra de Troya. Cuando uno de estos personajes muere, nace otro vástago para ocupar su lugar.

—No, no tenía ni idea —reconoció Helena, mordiéndose el labio. Le constaba procesar tanta información—. Y creo que los Delos tampoco lo saben, porque, de lo contrario, me lo habrían explicado.

—La casta de Atenas lo descifró hace mucho tiempo, pero es posible que la casta de Tebas aún no lo sepa. El linaje tebano siempre ha tenido muchas alteraciones, así que les costará adivinar el patrón. Tu casta, la de Atreo, es la única excepción. Se transmite el arquetipo de Helena de madre a hija. Pero en el resto de las castas es imposible, no pueden existir dos copias del mismo personaje.

—Del mismo modo, las parcas tienen que cambiar el reparto de la obra cuando uno de los personajes principales muere —dijo Helena, pensativa—. Eres clavadito a Eneas, ¿Lo sabías?

—Sí. Me acuerdo de que Automedón se dirigió a mí como «general Eneas» justo después de que lo electrocutaras —contestó. Al recordar el episodio sonrió. Y, de repente, cambió el gesto—. Espera. ¿Cómo puedes saber qué aspecto tenía Eneas?

—Es una larga historia —dijo—. Acaba la tuya primero.

—Bueno, además de Eneas, ¿hay alguien más a quien me parezca mucho?

—A tu tío Adonis.

Helena no tuvo que pensar mucho para adivinar la respuesta. Sabía lo desalmadas que eran las parcas, aunque, por alguna razón, parecían ser especialmente crueles con Orión. Daba la impresión de que se la tuvieran jurada. Y justo entonces supo el porqué. Eneas fue uno de los pocos supervivientes de la guerra de Troya. Consiguió escapar a su destino. Se las había ingeniado para zafarse de la fortuna que le deparaba. Helena se preguntaba cómo demonios había logrado hacerlo, pero decidió que meditaría sobre ello más tarde; ahora debía prestar atención a la historia de Orión.



—Mientras fui un bebé, las cosas marcharon bien. Pero cuando crecí un poco más, mi madre empezó a confundirme con su hermano. —Hizo una pausa y tragó saliva—. Comenzó a verme como un enemigo. No he podido acercarme a ella desde que cumplí los ocho años. Y, como bien has visto, mi padre no puedo dejarla sola mucho tiempo. Así que pasé la mayor parte de mi infancia solo.

Por mucho que intentara no alterar el tono de voz, sus palabras desprendían amargura, resentimiento. Una idea cruzó la mente de Helena y, de inmediato, se le pusieron los pelos de punta. Al hablar, le tembló la voz.

—¿Tu madre te hizo esas cicatrices, Orión?

—No —espetó él—. Fue el primo de mi madre, Corvos. Mi madre había perdido la cabeza y era incapaz de encargarse de dirigir una casta. Él no quería que fuera su sucesor. La casta de Atenas me reclamó, y muchos de mis primos siguen sin estar de acuerdo en que sea el heredero de la casta de Roma. Corvus vino a buscarme cuando tenía once años, y perdió.

Helena vislumbró un fuego oscuro quemando en el interior del pecho de Orión. Unas llamaradas negras le envolvían el corazón. «Mató a su primo», pensó. Tan solo tenía once años cuando cometió su primer asesinato. Sacudió la cabeza y decidió centrarse en el único tema que podía comprender: su madre.

—¿Alguna vez tu madre intentó, ya sabes..., matarte? —preguntó con la máxima delicadeza.

Orión seguía con la mirada clavada en las olas y, tras unos segundos, asintió. Helena volvió a apoyar la cabeza en el hombro de Orión y miró hada el mar. Quería hacerle más preguntas sobre las cicatrices y acerca de su primo Corvos, pero sabía que él ya había rememorado bastantes capítulos dolorosos por una noche. Además, no sabía si podría soportar escuchar más historias como esas.

—¿Sabes lo que me asusta a mí? —preguntó tras un largo silencio—. El océano.

Orión se rio en voz baja.

—¿Y el Tártaro no?

—El Tártaro me da miedo —aceptó Helena—, pero el océano me aterroriza.



—¿Y qué te parece todo lo que acabas de oír? —quiso saber—. ¿Eso también te asusta?

—No —contestó enseguida. Reflexionó sobre su historia, sobre cómo su padre le había abandonado cuando no era más que un niño, sobre cómo el tal Corvus trató de matarle y acerca de cómo habría crecido sin recibir una sola muestra de amor y cariño de las personas que, supuestamente, debían cuidarle y mimarle—. Aunque reconozco que me saca de quicio.

Compartieron un silencio cómodo mientras cada uno pensaba en sus propias cosas.

—Gracias —susurró Orión tras una larga pausa. Y entonces empezó a desatarse las botas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Helena, que lo miraba incrédula.

—Primero, me parece patético que hayas crecido en una isla y que te dé tanto pánico el agua —respondió. Después, se puso de pie y se quitó la chaqueta—. Y segundo, creo que ha llegado el momento de que dejemos de tener miedo. —Le ofreció la mano para ayudarla a levantarse de la arena—. Te enseñaré a nadar.

—¿Ahora? Espera —se quejó ella mientras tiraba del brazo—. No creo que sea capaz de hacerlo.

—Pues claro que sí —la animó él con una amplia sonrisa. Volvía a ser el muchacho juguetón y dulce de siempre—. Para empezar, desnúdate.

Helena soltó una carcajada, pero cuando él se quitó la camiseta y volvió a verle las cicatrices del pecho, se le pasaron las ganas de reír. Acto seguido, aclaró sus pensamientos y se levantó de un salto.

—¿Por qué no? —dijo. Se descalzó y se quitó la camiseta—. Maté a un mirmidón monstruoso. ¿Qué es un tiburón comparado con eso?

—Esa es mi chica —la felicitó Orión mientras se bajaba los pantalones.

Helena hizo lo mismo y, de inmediato, empezó a tiritar a causa del frío.

—¿Moriré de hipotermia?

—No, si estás conmigo. Cuando te metas en el agua te parecerá un baño de agua caliente —le prometió. La cogió de la mano y añadió—: ¿Preparada?

—¡No puedo creer que vaya a hacerlo! —gritó Helena con júbilo.



Y entonces los dos echaron a correr hacia la oscura orilla de la playa. Justo antes de que Helena avistase la primera ola, se detuvo. Al quedarse quieta, casi arranca el brazo de Orión. Empezó a saltar sobre las puntas de los dedos.

—Ni de broma. ¡No puedo hacer esto! —gritó.

La ola, que cada vez estaba más próxima, se partió en dos y los rodeó, como cuando Moisés partió las aguas del mar Rojo.

—Gracias —le dijo, aliviada—. Me he acobardado.

Al no oír una respuesta, se giró hacia Orión y le descubrió con la cara pálida y los ojos como platos.

—No lo he hecho yo —reconoció. Estaba pasmado mientras observaba cómo la ola regresaba al océano sin tan siquiera rozarles los pies—. Lo estás haciendo tú.

Helena dejó de empujar el agua mentalmente y, en vez de eso, se imaginó su roce. El amparo invisible que, hasta el momento, los había protegido del frío del agua se desvaneció y la siguiente ola mojó a Helena y a Orión hasta la cintura.

Estaba avergonzada y no sabía cómo pedirle perdón.

—Sí... Se me olvidó mencionarte que absorbí algunos de vuestros talentos cuando Lucas, tú y yo nos convertimos en hermanos de sangre —se disculpó—. Al menos eso es lo que Lucas opina.

—Diría que tiene razón —respondió Orión, alegre.

—Aunque todavía no ha averiguado por qué —continuó, mordiéndose el labio—. ¿Alguna teoría?

—¿Que explique por qué eres tan poderosa? —preguntó, distraído—. Ni idea. Pero sospecho que las parcas tienen algo que ver.

—¿Qué? —inquirió, prudente—. ¿Estás enfadado conmigo?

—No. Pero poseo un talento que no le desearía a nadie —murmuró. Una tercera ola los dejó mojados de pies a cabeza—. ¿Puedes provocar terremotos, Helena?

—No lo sé. ¿Dónde los notas? —preguntó.



Sabía que entendería a qué se estaba refiriendo. Sentía los relámpagos en la parte inferior del vientre y notaba la gravedad en lo más profundo de cada célula de su cuerpo, así que supuso que los terremotos también tendrían un efecto sensorial. Orión se acercó a ella con ademán serio.

—Aquí —dijo. Acto seguido le acarició el interior de los muslos desnudos con las manos—. Como si montaras un caballo del tamaño de un continente —añadió. De repente, a ella le flaquearon las piernas y tuvo que agarrarse a los hombros de Orión para evitar caerse—. Eso es un sí —farfulló.

Helena rozó con los dedos la cicatriz que le deslucía el pecho. Orión bajó la cabeza y la besó. Con Helena entre sus brazos, el joven empezó a dejarse caer sobre la arena mojada.

Estaba tan abstraída devolviendo el beso de Orión que ni siquiera se inmutó cuando las olas le pasaron por encima. Ni siquiera cayó en la cuenta de que estaba respirando bajo el agua mientras le acariciaba los hombros y le agarraba con fuerza por la nuca. Aquel momento era mágico. Y solo podía pensar en eso. Mágico e increíble. Pero algo no andaba bien.

De repente, Orión se apartó. Helena abrió los ojos y, a pesar de estar sumergidos en las profundidades del océano, vislumbró una mirada de absoluta tristeza. Sabía que había estropeado ese momento tan bonito. Por una vez que tenía la oportunidad de ser feliz con otro chico, alguien que era casi perfecto, lo echaba a perder. Fue detrás de él, con la esperanza de haber dejado atrás su ridícula fijación por Lucas. Confiaba en que, si pasaba la noche con Orión, por fin podría olvidarse de él.

Pero Orión esquivó su abrazo, con la mandíbula apretada. La tomó de la mano y nadó hacia la superficie, arrastrándola tras él.

Hasta entonces, Helena no se había percatado de que se habían alejado tanto de la orilla. Aunque ahora era capaz de controlar el océano, seguía sin saber nadar. Pero eso no importaba mucho. Tras un par de brazadas, Orión alcanzó la orilla. No musitó palabra durante todo el trayecto. En cuanto pusieron un pie sobre la arena, él dejó su mano y se dirigió directamente hacia donde habían dejado la ropa.

—Orión. Lo siento, yo... —dijo Helena, que trataba de seguirle el paso.

Sin embargo, él ni se inmutó y siguió caminando. Se apresuró para alcanzarle, pero lo único que consiguió fue que Orión caminara aún más rápido.

—¿Puedes esperarme, por favor?



—¿Por qué? —espetó—. ¿Qué ha cambiado entre los dos en cinco minutos? ¿O qué va a cambiar en cinco años? Podría esperarte toda mi vida, y tú seguirías enamorada de Lucas.

—Pero yo te quiero, Orión —tartamudeó Helena.

—Lo sé —contestó—, pero no como le quieres a él. —Se sentó en la arena.

Helena prefirió quedarse de pie junto a él, retorciéndose las manos con ansiedad e impaciencia.

—Puede que no sea igual, pero eso no significa que al final...

Se quedó callada porque sabía perfectamente que no habría ningún final. Las aguas del río Leteo le habían hecho olvidar su propio nombre, pero no a Lucas. Nunca podría olvidarle. Estaban predestinados.

Orión le indicó que se sentara junto a él y suspiró.

—Mis padres son como vosotros, ¿sabes? Se adoran, se aman de forma incondicional. Es un amor que no tiene principio ni fin. Desde siempre me he preguntado qué se siente cuando te quieren así. —Miró a Helena a los ojos, dolido—. Sé que me quieres, Helen. Pero ¿no crees que merezco ser la primera opción de alguien, para variar?

A ella se le saltaban las lágrimas. La mirada afligida de Orión le recordó la expresión de Eneas cuando su madre escogió a la otra Helena en vez de a él. A lo largo de su vida, y en cada vida que había vivido, Orión siempre había sido el segundo plato de alguien.

—No hay nadie más en este mundo que se merezca que lo amen y lo quieran tanto... —dijo Helena, con la voz entrecortada—. Pensé que, si estaba contigo, podría olvidarle. Es una forma muy diplomática de decirte que estaba utilizándote. —Agachó la cabeza—. Lo siento mucho.

Orión le rodeó el hombro con el brazo y la arrastró hacia él.

—Eh, he sido yo quien te ha besado. Nadie me ha obligado a meterme en este lío. Debería haberlo imaginado.

—Pero quiero enamorarme de ti —continuó en voz baja. Le daba miedo cómo reaccionaría—. Tú podrías hacer que te amara como te mereces, ¿verdad?

—Sí —susurró—, hasta que volvieras a ver a Lucas. Pero eso ya lo sabes. No solo te enamoraste de él la primera vez que lo viste. Lo haces cada vez que vuelves a verlo.



—Entonces me mantendré alejada de él. Para siempre.

Orión apartó la mirada y se mordió el labio. Estaba rumiando la propuesta.

—Pero viviría con ello —murmuró—, siempre sabría que te obligué a quererme. Viviría sabiendo que tu amor por mí no es real. Preferiría no ser amado que vivir una mentira.

Helena asintió, con la mirada clavada en la arena. Y entonces se abrazó a él y se echó a llorar... por Orión, por sí misma, y también por Lucas, pero sobre todo porque estaba harta de todo aquello. Tenía la habilidad de controlar las fuerzas más poderosas de la Tierra, y, sin embargo, no era capaz de dominar lo más importante de todo: su corazón.

Orión se tumbó sobre la arena y deslizó el cuerpo sin fuerzas de Helena hacia sí. Como por arte de magia, secó todas las gotas de agua salada que les empapaban la piel y el cabello. Al cabo de unos segundos estaban secos. Contemplaron las estrellas en silencio, mientras Helena liberaba lágrimas de frustración. Cuando por fin se tranquilizó, Orión la tapó con la ropa y, con sumo cuidado, trató de que no tocara la fría arena de la playa. Estaba demasiado cansada como para pensar con claridad.

—Entonces, ¿somos amigos? —preguntó Orión tras un eterno silencio.

—No parece suficiente, ¿verdad? —balbuceó. Estaba a punto de quedarse dormida. Tantas aventuras la habían dejado exhausta—. Somos más que amigos. Somos hermanos. Hermanos de sangre.

El pecho de Orión temblaba bajo su mejilla mientras se reía. Oyó que susurraba la palabra «hermanos» para sí antes de dormirse.

Lo último que Helena pensó antes de sumirse en un profundo sueño fue que no era la primera vez que pasaba la noche en una playa. Ya había dormido antes con otro chito a la orilla del mar. Pero esta vez allí no había rastro de ninguna abolladura en forma de Helena.

—¿Tío? —llamó Helena.

—Estoy aquí, sobrina —respondió Hades con voz amable.

Ella se dio media vuelta y vislumbró su silueta paseando por la playa infinita del Submundo, la famosa playa que no conducía a ningún océano.



Sonrió un tanto indecisa cuando se acercó a él.

—Gracias por venir. Tengo un montón de preguntas. —La voz le temblaba, insegura—. Cuando aparezco sentada delante de una réplica mía a quien los demás llaman «Ginebra», por ejemplo, no estoy soñando, sino recordando algo, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Cómo es posible?

El casco negro de Hades empezó a iluminarse.

—Los muertos pueden elegir. No están obligados a permanecer en el Submundo para siempre si ese no es su deseo explícito. Pero para poder abandonar ese lugar, deben olvidar todos sus recuerdos en el Leteo. Solo así podrán volver a nacer.

—¿Qué ocurrió cuando sumergí las manos en las aguas de ese río? —preguntó, aunque ya presentía la respuesta.

—Las experiencias vitales no pueden destruirse. El río las recuerda. Tu alma atrajo esos recuerdos que yacían en el agua y ahora los posees tú. Es poco habitual, pero a veces ocurre —explicó. Desvió mirada hacia otro lado y continuó—: ¿Por qué no vas vestida?

—Oh, tienes razón —dijo. Avergonzada, se cruzó de brazos para tapar el sujetador de lacitos que llevaba—. No lo sé.

—Sí, sí lo sabes. Piensa, Helena.

—Me gustaría llevar ropa limpia, que me abrigue —respondió. Imaginó un conjunto resistente y las botas impermeables de rayas que solía llevar cuando descendía al inframundo. Un segundo más tarde, todo lo que había ideado apareció en su cuerpo. Levantó la vista y la fijó en la sombra donde suponía que estaban los ojos de Hades—. De acuerdo, primera pregunta: ¿cómo es posible que haga esto? ¿Cómo puedo controlar el Submundo?

—Porque tú y yo tenemos un talento en común. Un talento que también compartimos con Morfeo y con Zeus, entre otros —le aclaró—. Cada uno de nosotros puede crear un mundo. Yo diseñé Hades. Morfeo dibujó las tierras lúgubres. Las furias idearon el sequestral. Zeus concibió el Olimpo, y Tártaro creó el Tártaro eones antes de que nosotros pusiéramos un pie en la Tierra. Tártaro dejó las puertas abiertas de su reino para todos los que poseemos esa habilidad, aunque ninguno de nosotros lo ha visto hasta el momento.



—Pero ¿qué tiene que ver eso conmigo? —dijo sin querer. No estaba entendiendo nada en absoluto—. Nunca he inventado nada. Ni siquiera aparezco en el cuadro de honor del instituto.

—No has inventado nada, todavía. Pero lo harás si eso es lo que decides hacer —añadió con un chasquido que le resultó más que familiar—. Han existido otros vástagos con ese talento. Vosotros los denomináis «descendientes», pero, en realidad, ese no es el término apropiado, puesto que solo describe a los vástagos de tu especie a los que permito entrar en el Submundo para que puedan pedirme ayuda. Y no imaginas qué tipo de ayuda me piden —añadió, con resentimiento—. Hasta el momento, os he decepcionado a todos.

—¿De mi especie? —espetó Helena, a quien le empezaban a sudar las manos—. ¿De qué especie soy?

—Eres una creadora de mundos, Helena. Has nacido con el poder de esculpir una tierra a medida para quien tú quieras permitir que entre. Un mundo propio que se rige según tus leyes, tus normas. Eterna juventud. Satisfacción. O juicios larguísimos y sufrimiento. Puedes inventar un mundo a tu antojo.

Se produjo un largo silencio mientras Helena trataba de asimilar toda aquella avalancha de información.

—Pero... eso... es... ¡terrible! —farfulló. Durante un instante, se quedó sin aire en los pulmones—. ¿Has visto qué hago con la cerámica? ¡No puedo esculpir un mundo nuevo! ¡Sería un desastre! ¿No puedes encontrar a alguien que al menos pueda dibujarlo, o algo así?

—Lo siento, Helena, pero las parcas no ofrecen este talento tan particular muy a menudo —respondió con una sonrisa. Y después volvió a ponerse serio—. De hecho, solo he conocido a dos vástagos que aprendieron a utilizar ese talento lo bastante bien como para crear sus propios reinos. Aunque los mundos no duraron mucho.

—¿Quiénes eran?

—Morgan y Atlanta. El primero inventó Ávalon; la segunda, Atlantis. Ávalon quedó reducido a cenizas, y Atlantis, sumergida en el fondo del océano cuando sus creadores fueron abatidos. Sin embargo, los vástagos siguen recordando esas tierras. En especial, Atlantis. Todavía hoy, más de uno estaría dispuesto a morir por ella.

—Espera. ¿Estás diciendo que Atlantis no existe?



—Ya no. Todo creador de mundos debe poder defender sus reinos contra cualquier desafío. Morgan y Atlanta perdieron.

Helena se sentó en la arena húmeda de aquella playa, con la cabeza entre las manos. Se había echado al hombro mucha responsabilidad porque no le habían dejado más opción, pero esto la sobrepasaba.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza—. No puedo hacer esto. Es demasiado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Hades—. ¿Qué es eso que no puedes hacer?

Levantó la cabeza y observó a Hades con desesperación.

—¡No puedo volver a casa y revelarles que todos los asesinatos y muertes han sido en vano! ¡No puedo decirles que toda la sangre que han derramado por Atlantis no ha servido para nada! —gritó. Sonaba histérica, casi demente—. Entonces, la historia del oráculo que asegura que solo debe quedar una casta para que Atlantis renazca ¿no es más que un disparate, una sandez? Llevan décadas enfrentándose a muerte por ese motivo, ¿y quieres que sea yo quien les revele que es mentira, que Atlantis no existe? ¡No puedo hacerlo!

—No es mentira, tan solo una mala interpretación de la profecía —corrigió Hades sin alterar la voz.

Helena seguía mirándole, atónita.

—Lo siento, no me basta —respondió con un tono sorprendentemente suave—. Tienes que contarme más sobre ello.

El dios se sentó junto a ella, en la arena. Ahora que le tenía tan cerca, Helena pudo vislumbrar unos ojos esmeralda y una marca muy familiar en la mejilla. Parecía una lágrima negra.

—La profecía se ha cumplido. Las castas se han fusionado en una, Helena. —Hades le cogió ambas manos entre las suyas en un gesto de cariño—. Tú levantarás Atlantis, o Ávalon, o Helena. Puedes llamar a tu reino como quieras. Una vez que lo hayas creado puedes decidir quién entra, quién debe quedarse o quién no puede acercarse. Además, también puedes controlar cómo afecta a sus habitantes. En realidad, todo está en tus manos.

—Pero es demasiado para una sola persona —objetó Helena. Meneaba la cabeza sin parar, como si rechazar ese talento la eximiera de toda responsabilidad—. Es demasiado poder.



Hades deslizó la capucha negra de su capa hacia atrás, se quitó el Yelmo de la Oscuridad e hizo desaparecer todas las sombras bajo las que se ocultaba. Helena descubrió un rostro conocido, al que tenía gran aprecio.

—Habrá muchos vástagos que estarán de acuerdo contigo. Mortales e inmortales estarán dispuestos a todo para impedir que obtengas tu verdadero poder. —Una profunda tristeza invadió la mirada verde de Hades—. Si construyes un mundo, muchas fuerzas tratarán de arrasarlo. Tus aliados vástagos y tú tendréis que luchar para defenderlo. Es posible que muchos pierdan la vida en el campo de batalla, puesto que es el objetivo de los dioses.

—Entonces no crearé un mundo.

Hades le acarició la mano.

—Las parcas se asegurarán de no dejarte otra alternativa.

—No —insistió Helena, sacudiendo la cabeza con tesón—. Me niego a aceptar que tres viejas brujas dirijan mi vida. No idearé ningún mundo si el coste es que mis amigos y mi familia se jueguen la vida en una guerra. Si jamás invento mi mundo, los dioses no nos desafiarán y nadie tendrá que ir a la guerra.

—Eres valiente, Helena, y compasiva, tal y como debe ser un creador de mundos, y estoy muy orgulloso de ti. Pero la guerra se acerca a nuestras costas, sobrina —dijo Hades con voz afligida—. Tú, al igual que lo hicieron tus tocayas, debes decidir cómo enfrentarte a ella.



Capítulo 7

El pitido agudo de un teléfono móvil despertó a Helena. Perezosamente abrió los ojos y vio que todavía brillaban las estrellas y que faltaban bastantes horas para que amaneciera. Bajo su cuerpo, Orión se despezó y palpó sobre la manta de ropa que tapaba a Helena. Mientras buscaba a tientas sus vaqueros, Helena notó sus dedos fríos y adormilados. Por fin logró encontrar el teléfono, que tenía guardado en el bolsillo trasero de los pantalones, y respondió la llamada.

—¿Sí? —gruñó, todavía medio dormido—. Eh, hermano. Sí, está a salvo. Está aquí, conmigo.

Helena aguzó el oído para escuchar la conversación.

—Oh. Bien —dijo Lucas al otro lado de la línea con tono triste—. ¿Os importa regresar a casa? Casandra está a punto de lanzar una profecía. Lleva preguntando por ti horas, Orión. No quería interrumpir nada, lo prometo.

Helena y Orión se miraron al comprender a qué se refería.

—Estamos de camino. Luke, espera... —dijo Orión, pero ya era demasiado tarde: había colgado el teléfono. Miró a Helena un tanto avergonzado y susurró—: Lo siento.

—¿Por qué? Quizá sea mejor que crea que nos hemos acostado. Puede que así... —Al ver la mirada dubitativa de Orión, prefirió callarse.

—Jamás te olvidará, Helena. Da igual con cuántos hombres te acuestes.

Ella asintió. Orión la observó durante unos segundos y cambió de tema.

—¿De dónde has sacado esa ropa? —preguntó.

—Del Submundo.

—¿Cuánto tiempo has estado allí abajo? —quiso saber. Orión empezaba a preocuparse—. ¿Qué ha ocurrido?



Helena no sabía si debía desvelarle todo lo que Hades le había explicado. Pero, después de la noche que acababan de pasar, no se veía con el suficiente valor para contarle que su madre había librado una guerra que le había hecho perder la cordura por culpa de una mala interpretación de una profecía que hablaba de un lugar que ni siquiera existía. No sabía si algún día sería capaz de decirle la verdad. Así que, en lugar de afrontarlo, se limitó a encogerse de hombros.

—Déjame adivinar —dijo; se dio media vuelta para sacudirse la arena de los pantalones—: es una historia muy larga. Piensa que, un día u otro, tendrás que empezar a contarme todas esas largas historias, y lo sabes.

—Sí, lo sé —aceptó mientras se quitaba la arena de las botas—. Solo necesito un poco de tiempo para ponerlo todo en orden.

Helena sabía perfectamente que Orión podía ver la confusión arremolinándose en su interior, pero él decidió no presionarla. Prefería que confiara en él y se lo contara cuando estuviera preparada. Cuando acabó de vestirse, se giró hacia ella con los brazos extendidos.

—¿Me llevas? —preguntó con una sonrisa pícaro.

De inmediato, Helena le rodeó con los brazos y, utilizando aquel nuevo sexto sentido, liberó los cuerpos de toda gravedad. Ese cambio de estado siempre le hacía cosquillas, así que no pudo evitar reír tontamente. Animado por la sonrisa de la chica, Orión siguió la broma.

—¿Capitán? ¿Este vuelo incluye bebidas alcohólicas? Creo que tengo un carné de identidad falso en algún sitio.

—¿Carné de identidad falso? ¿Por qué iba a servirte una copa si acabas de admitir que eres menor de edad?

—Entonces, admites que hay bebidas alcohólicas —insistió con tono burlón—. No me sorprende. Mira el tamaño de tus bolsillos. —Empezó a cachear a Helena en plan cómico, registrándole los pantalones militares y metiendo las manos en los bolsillos de la chaqueta, como si la seguridad del país dependiera de ello—. De todos los atuendos que podrías haber imaginado, escoges un conjunto para ir de caza. No sabía que las chaquetas de L. L. Bean fueran tu complemento fetiche, la verdad.

—¡Tenía frío! —aclaró entre risas.

—Sí, y, por lo visto, prefieres la franela a las pieles.



—¿Qué puedo decir? Soy de Nueva Inglaterra. Nos encanta la franela.

Un minuto después, ya estaban sobrevolando el jardín de los Delos, así que Helena tuvo que dejar de bromear para concentrarse en el aterrizaje. Con la expresión seria, balanceó los pies en un intento de tocar el suelo.

—Uooo. Botas de goma. Qué sexi —dijo Orión.

Acto seguido, Helena perdió la concentración y, en el último segundo, se cayeron al suelo como un par de torpes.

—¿Estáis bien? —gritó Matt. Parecía preocupado.

—Sí, sí, estamos bien —respondió Helena.

Matt estaba de pie, justo detrás de la puerta de su nuevo coche. Aún tenía las luces encendidas y el motor en marcha, como si hubiera saltado del asiento del conductor hacía un segundo.

Helena trató de desenredar sus piernas de las de Orión para estar presentable, pero al parecer aquel chico le divertía avergonzarla, así que la cogió de los tobillos para impedir que pudiera levantarse.

—Bueno, ahora ya entiendo qué pasa con las bebidas alcohólicas en los vuelos —musitó Orión tras volcarla por tercera vez consecutiva—. El capitán se las bebe todas. Menuda borrachina estás hecha, Hamilton.

Helena intentó defender su inocencia varias veces, pero, como Orión no le daba tregua, no fue capaz de articular ninguna frase coherente.

—¿Ya habéis terminado? —chilló Matt—. ¿Cuántos años tenéis, nueve?

Los dos dejaron de hacer el bobo y por fin se calmaron.

—¿Te ha llamado Ariadna? —le preguntó Helena a Matt.

—No, Héctor —contestó. Después se acercó a ella y la ayudó a levantarse.

—¿Dónde está Claire?

—Encerrada en su habitación. Su abuela no deja que salga de casa a estas horas de la noche —respondió con una sonrisita—. ¿Alguna pista de la profecía de Casandra?

—Preguntó por Orión. Eso es lo único que sabemos.

Los tres cruzaron el jardín, entraron en el garaje y después se dirigieron hacia la cocina.



—Eh... —murmuró Matt, que miraba a Orión con la frente arrugada—. Héctor ha mencionado algo sobre el Tirano.

Helena notó cómo Orión se ponía tenso. Sin pensárselo dos veces clavó los ojos en su pecho en un intento de leer sus sentimientos, pero no llegó a tiempo. El chico hacía girar las luces de colores demasiado rápido, de modo que Helena no pudo descifrarlas. Sin embargo, a juzgar por cómo apretaba los labios, intuyó que se estaba armando de valor para enzarzarse en cualquier refriega o discusión.

En ese momento, Helena tomó la decisión: si alguien se atrevía a decir algo negativo de Orión, se marcharía de allí. Durante toda su vida le habían tratado como si fuera un mal augurio, y nunca había hecho nada para merecer ese trato. Las palabras «nacido de la amargura» resonaron en la cabeza de Helena al recordar las condiciones del Tirano. Después de lo que había presenciado en Newfoundland, Helena sabía que esa descripción se ajustaba a Orión, pero eso no le convertía en el Tirano.

El único fallo de Orión había sido nacer de los padres equivocados y con el talento erróneo. Pero, aparentemente, eso bastaba para que todo el mundo le rehuyera y despreciara. ¿Y en qué se basaban? ¿En otra profecía engañosa, como la de Atlantis? Era imposible que Orión fuera ese monstruo del que todos hablaban, y Helena iba a demostrarlo.

Desde la cocina, podía distinguir el inquietante coro de tres voces hablando a través de Casandra. Al cruzar el umbral, oyó unos terribles gritos. Las parcas unieron sus voces en un único alarido, y Matt, Helena y Orión salieron disparados hacia la biblioteca, donde Cástor y Palas tenían su despacho particular. En un abrir y cerrar de ojos, el trío de jóvenes llegó a la puerta de la biblioteca.

—¡Némesis nos envía su velo para cegarnos! ¡Se acerca la oscuridad! —ululaba el coro de las parcas. Estaban asustadas—. ¡Debe morir, o todo será destruido!

Al oír esa amenaza, Orión, Matt y Helena abrieron de golpe la puerta y, al entrar, se encontraron a toda la familia reunida. Casandra estaba suspendida en el aire, y a su alrededor resplandecían las tres auras de las parcas, violeta, verde y azul. La muchacha aullaba de dolor mientras las moiras se apoderaban de ella y la obligaban a ser su mensajera.

—¡Mátale! —gritó una de ellas por la boca de Casandra.

—¡Arruinará todo lo que hemos conseguido! —chilló una segunda voz.



No quedaba ni rastro de la expresión infantil de Casandra. Cada vez que una de las parcas hablaba a través de ella, su rostro se deformaba hasta parecerse al de una anciana.

—¿Por qué sigue vivo? ¡Deberían haberle matado cuando era un bebé! — protestó la tercera, que parecía tener malos modales.

Durante un instante, la pequeña de los Delos recuperó el control de su cuerpo.

—¡No! —exclamó con contundencia—. ¡Marchaos de aquí!

—¡Eres nuestra! —gritaron las tres al mismo tiempo—. ¡No puedes desobedecernos!

Casandra empezó a arañarse la cara, dejando tras de sí unos verdugones largos y sangrientos sobre la piel. El rostro inocente de la pequeña se había convertido en una máscara de miedo. Las parcas estaban controlando sus manos. El dolor que le estaban infligiendo le resultaba inaguantable. Sin darse cuenta, Helena dio un paso atrás. Aquella imagen la horrorizaba. Y entonces se percató de que todos los demás habían hecho lo mismo. Excepto Orión.

—¡Ya basta! —ordenó. Cruzó a zancadas la biblioteca y se paró bajo Casandra—. Dejadla en paz.

Las moiras chillaron una última vez y, tras un destello de color púrpura, esmeralda y añil, abandonaron el cuerpo de la pequeña. Orión atrapó en el aire a Casandra y la meció entre sus brazos. Por fin a salvo, hundió la cara en su pecho y empezó a llorar.

—Ya ha pasado. Chis —susurró.

Fue hacia el sofá y se sentó, con la pequeña en el regazo. Con el ceño fruncido, los miró a todos con gesto acusador.

—¿Cómo podéis quedaros ahí de pie mientras esas brujas la atormentan? —preguntó, con la mirada clavada en Cástor.

—Las cosas no funcionan así —soltó Jasón, que negaba con la cabeza—. Lo hemos intentado todo.

—Cada vez que intentábamos detenerlas, le hacían más daño —añadió Lucas.



Orión atravesó a Lucas con la mirada. De repente, su enfado disminuyó. Asintió con la cabeza, en un gesto de disculpa. Quizá los había juzgado demasiado rápido.

—Entonces, ¿por qué han accedido a marcharse cuando Orión se lo ha ordenado? —preguntó Palas, que miraba a Orión como si sospechara de él—. ¿Por qué las parcas te tienen tanto miedo?

—Quizá porque no me asustan —rebatió Orión.

Helena se puso tensa, como si se avecinara una pelea, y notó cómo Lucas y Héctor también se ponían en alerta. Los tres estaban dispuestos a apoyar a Orión.

—Las parcas temen a Orión porque no pueden ver a través de él. Dicen algo de su hermana, una hermosa joven que oculta su vista tras un velo. Por lo visto, les cubre los ojos cuando él se acerca —aclaró Casandra, con voz cansada. La pequeña puso final a una discusión antes de que pudieran empezarla. Le costaba respirar, pero, aun así, se incorporó en el regazo de Orión para poder mirarle a los ojos—. Para ellas, eres como un muro. Como un callejón sin salida —Se secó las lágrimas con la mano—. No sé exactamente qué piensan. Lo único que puedo ver son imágenes inconexas. Pero de lo que sí estoy segura es de que cuando tú estás presente, dejan de ver.

—¿Por eso no podías visualizar mi futuro? —preguntó Helena—. Cuando empecé a encontrarme con Orión en el Submundo y a pasar mucho tiempo con él, me dijiste que ya no podías ver mi futuro.

Casandra ladeó la cabeza y consideró la idea de Helena durante unos momentos.

—Supongo que podría ser por eso. Las parcas ni siquiera le mencionan. Cuando pienso en él, se ponen furiosas.

—Eso es bueno —dijo Orión—, nunca me han caído bien. —Dedicó una sonrisa a Casandra y, con las mejillas sonrojadas, le preguntó—: ¿Es por eso por lo que siempre me estás siguiendo por toda la casa?

La pequeña sonrió y asintió, avergonzada.

—Cuando estás cerca, puedo relajarme porque sé que no vendrán.

Helena miró de reojo a Cástor, a Lucas y a Héctor. Los tres se miraban, sin entender. Se fijó en sus corazones. Estaban invadidos por una niebla de



confusión, como si no supieran qué pensar después de lo que acababan de oír. A Helena le habría gustado llegar antes porque deseaba escuchar esa nueva y revisada versión de la profecía del Tirano. Y no quería que Orión se le adelantara.

—¿Y tú no me tienes miedo? —le preguntó Casandra a Orión, cautelosa.

—¿Alguna vez has estado en Tailandia? —contestó. La muchacha sacudió la cabeza, perpleja por aquella pregunta tan inesperada—. Digamos que he degustado platos que me asustan más. Y que, por cierto, son más grandes que tú.

Casandra se echó a reír, pero estaba tan cansada que enseguida ahogó la risa en un bostezo.

—Sí, suelo provocar ese efecto en la gente —susurró. El comentario le hizo gracia a Casandra, que soltó una carcajada exhausta. Orión se levantó con la pequeña entre sus brazos—. Está bien. Creo que es hora de irse a la cama, gatita.

—¿Te quedarás conmigo hasta que me quede dormida? —preguntó, aferrándose a su brazo.

—Por supuesto.

Antes de salir de la biblioteca, Orión miró a Helena. Ella asintió, dándole a entender que le explicaría con todo detalle lo que se había perdido mientras arrojaba a Casandra. En cuanto cruzó el umbral, todos empezaron a cuchichear a la vez.

—No puedo creer que las parcas se hayan ido así, sin más —bisbiseó Ariadna a su mellizo.

—Por un momento me ha parecido que iban a matarla —respondió Jasón.

—Es peor de lo que pensábamos —se apresuró a decirle Palas a Cástor. Esa afirmación silenció todas las otras conversaciones—. Si Orión permanece aquí, estamos perdidos. Al menos con el oráculo estamos en ventaja con respecto a los dioses. Una ventaja muy pequeña, pero es mejor que nada.

—Lo sé —contestó Cástor.

—Es un buen chico. Nadie lo pone en duda —insistió Palas—. Pero es demasiado peligroso. No puede quedarse con nosotros.

—No. No podéis echar a Orión de aquí —los interrumpió Lucas, que atravesó a su padre con la mirada. Todos se giraron, sorprendidos de que fuera él quien defendiera a Orión. Lucas tenía una expresión impasible—. Me salvó la vida. Y a Helena también. Somos hermanos de sangre.

—Estoy de acuerdo —dijo Héctor sin alterar la voz—. Orión ha luchado a nuestro lado. Ahora forma parte de nuestra familia —añadió, señalando a Lucas y a Helena.

—Que alguien decida pelear por nosotros no le convierte en parte de esta familia —rebatió Palas, alterado—. ¡Confías demasiado en tu honor, Héctor!

Este agachó la mirada, echándose atrás. Respetaba demasiado a su padre como para enfrentarse a él, aunque estuviera equivocado.

Eso molestó a Helena sobremanera.

—No se trata del honor, Palas, ni siquiera de Orión —dijo con amargura. Se acercó a Palas y percibió que Lucas, Héctor y Jasón se colocaban detrás de ella—. Se trata de Casandra. Te aterroriza enfrentarte al futuro sin alguien que te dicte cómo actuar. Prefieres verla sufrir que saber qué va a ocurrir. Quieres convencernos de que Orión es peligroso, pero sabes que solo es una excusa para mantener tu oráculo y no sentirte demasiado culpable de cómo atormenta a tu propia sobrina.

Palas dio un paso hacia Helena, gruñendo como un perro rabioso. Impávida, Helena se acercó todavía más a él, con la barbilla bien alta, como si estuviera lista para recibir el primer golpe. Por lo que a ella respectaba, esa discusión se veía venir desde hacía mucho tiempo. Desde el momento en que conoció a Helena, Palas solo podía ver a Dafne reflejada en ella. Llevaba años culpándola por el asesinato de su hermano. Siempre había creído que, un día u otro, Helena traicionaría a la familia Delos.

—¿Y opinas lo mismo de mí, Helena? Crees que permitiría que mi hija soportara esas torturas para que yo pueda... ¿Qué? ¿Dormir más tranquilo? —preguntó Cástor en voz baja. El padre de Lucas se interpuso entre Helena y Palas.

—No —admitió. Cerró los ojos y se tranquilizó—. No pienso eso de ti, Cástor.

—La salud de Casandra siempre ha sido una de mis mayores preocupaciones. Pero el verdadero problema para los nuestros es el Tirano. Siempre lo ha sido —continuó Cástor, dirigiéndose al resto del grupo—. Sé que apreciáis a Orión, pero creo que esos sentimientos no os están dejando ver la realidad.



—¡Otra vez no, por favor! —espetó Helena, esta vez de mal humor—. Orión no es el maldito Tirano, ¿de acuerdo?

—Espera, Helena —dijo Matt, alzando una mano—. Todavía no tenemos todos los hechos. —Entonces se giró hacia Cástor y preguntó—: ¿Qué dijo el oráculo sobre el Tirano antes de que llegáramos? ¿Alguien de vosotros transcribió sus palabras?

—Sí —dijo Ariadna, que estaba sentada detrás del escritorio de su padre. Entre tanta conmoción, Helena no había reparado en que la joven estaba allí, garabateando el discurso de las parcas—. También lo he grabado con una aplicación del teléfono. Pero preferiría no volverlo a oír. ¿Y vosotros?

Matt negó con la cabeza y Ariadna le entregó las páginas escritas. Helena leyó el texto por encima del hombro de Matt mientras Ariadna relataba lo ocurrido.

—Repitió la primera línea unas cien veces, por eso he añadido los puntos. Creo que Casandra estaba intentando librarse de ellas. —Inspiró hondamente, con los ojos cerrados, como si tratara de olvidar ese doloroso episodio y señaló las notas—. He dejado un espacio en el margen cada vez que hablaba una voz distinta. Y ahí abajo he subrayado en azul las frases que decían a la vez:

El Tirano se alza...

El gran ciclo, que se ha retrasado tres mil trescientos años, está a punto de completarse.

Las cuatro castas han mezclado su sangre y todo el Olimpo está reunido.

Ha llegado el momento. Los hijos deben derrocar a sus padres; de lo contrario, sus progenitores los devorarán.

El Héroe,

el Amante,

el Escudo,

el Tirano, todos están sobre el escenario.

El Guerrero espera en las alas, el último en unirse a la batalla.



El Tirano se alzará con poderes ilimitados. Una decisión marcará el destino de todos nosotros.

¡Némesis nos envía su velo para cegarnos! ¡Se acerca la oscuridad!

¡Debe morir, o todo será destruido!

Llegados a ese punto, Helena y Matt dejaron de leer y se miraron con el ceño arrugado. La última frase la habían escuchado al entrar en la biblioteca. Helena sintió que las expresiones «velo de Némesis» y «se acerca la oscuridad» no presagiaban nada bueno. Si las parcas estaban describiendo a Orión, no le estaban haciendo ningún favor.

—¿Esta tal Némesis es una diosa del mal o algo así? —le susurró Helena a Matt. Confiaba en que su amigo hubiera indagado más sobre el tema que ella, como siempre.

—No. Es más antigua que los propios dioses —aclaró Matt—. Es una hija de Nix, como las moiras.

—Entonces, ¿es posible que Némesis sea la hermana con el velo de la que hablaba Casandra? —preguntó Helena, esperanzada y mirando a su alrededor.

—Es una posibilidad —respondió Cástor.

—¿Esta fue la única vez que las tres parcas hablaron a la vez? ¿Solo dijeron esta última línea? —le preguntó Matt a Ariadna con urgencia.

—Sí. Estaban muy agitadas y nerviosas.

—Fue cuando entramos en la cocina —dijo Helena. Le había leído el pensamiento a Matt—. Puede que dijeran esas últimas frases sobre Némesis y la oscuridad porque ya no podían ver, porque Orión ya había entrado en casa.

—Quizás Orión estaba bloqueando su profecía —continuó Man con optimismo.

—Por supuesto que las parcas lo quieren ver muerto. Han intentado asesinarle desde el momento en que nació. En realidad, antes de eso. —Helena hizo una pausa y volvió a empezar. Esta vez procuró explicarse mejor—. Las parcas llevan persiguiendo a Orión desde la guerra de Troya,



porque consiguió salir con vida cuando era Eneas. Escapó a su destino. Eneas solo pudo sobrevivir porque contaba con la protección de Némesis.

Helena reparó en que todos la miraban confundidos, preocupados. Se frotó los ojos, desesperada. En vez de aclarar las cosas, solo las había empeorado y, por si eso fuera poco, sabía que había disminuido las pocas posibilidades de que ayudaran a Orión. Miró a Lucas con expresión suplicante.

—¿Estoy mintiendo, Lucas? —rogó. Quería que utilizara sus habilidades de descubremientiras para que todos supieran que estaba diciendo la verdad.

—No —aseguró él de inmediato—, no está mintiendo.

—¡Oh, claro! —exclamó Palas, haciendo aspavientos con las manos—. Es evidente qué papel te han asignado las parcas, Lucas. Eres el Amante. Harías cualquier cosa por Helena.

—Tienes razón —admitió él, con una honestidad brutal—, pero, aun así, está diciendo la verdad.

—Lo que ella cree que es la verdad —intervino Cástor, que procuraba ser imparcial—. Lo siento, hijo, pero solo porque Helena piense que algo es cierto no lo convierte en verdad absoluta. —Su tono no era beligerante. Tan solo quería transmitirles la abismal diferencia que había entre ambas cosas.

De pronto, el fantasma de una idea apareció en la mente de Helena. Era una duda exasperante sobre algo importante, pero, al mismo tiempo, inalcanzable.

—No es solo eso. Es imposible que Orión sea el Tirano, porque es el Escudo —afirmó Lucas para desmontar la objeción de su padre—. Cuando Casandra auguró que Helena sería la Descendiente, enunció que viajaría al Submundo con el Escudo.

—Tienes razón —dijo Matt, esta vez impertérrito. Era evidente que él mismo ya lo había pensado antes—. Pero tú también encontraste un modo de adentrarte en el Submundo, Lucas. Y bajaste al Infierno para proteger a Helena, para escudarla.

—Es verdad, pero no lo ayudé a liberar a las furias —rebató Lucas, recordando las palabras de la profecía.

—Sí, sí que colaboraste —farfulló Helena. Detestaba llevarle la contraria en ese asunto—. Fui desterrada del Submundo. Solo logré volver a entrar



cuando me entregaste el óbolo. Además, también me ayudaste a averiguar de qué río tenían que beber las furias.

—Sí, pero Orión fue el que estuvo a tu lado cuando las liberaste.

—Luke —intervino Héctor, con tono cariñoso—, admite que Matt tiene razón. La profecía puede interpretarse de varias maneras.

—Siempre hay más de una lectura —añadió Orión desde la puerta de la biblioteca. Todos se giraron a la vez—. Aceptémoslo. Las parcas hablan en clave, utilizan acertijos porque no tienen ni idea de lo que están hablando. De lo contrario, darían órdenes más claras, como: «Orión es el Tirano y quiere comer los sesos para desayunar», o algo parecido.

Héctor empezó a sacudir los hombros, sin poder contenerse la risa. Lucas apartó la mirada y trató de ahogar una carcajada, pero cometió el error de mirar a Jasón a los ojos.

—Tirano zombi —susurró Jasón, que tenía la cara como un tomate de aguantarse la risa.

—Un hurra para la muerte —susurró Lucas, partiéndose de risa. Por lo visto, los tres Delos compartían una especie de broma, porque los tres estallaron a reír.

—Basta de tonterías —espetó Palas, molesto. Cruzó la biblioteca a zancadas; cuando llegó a la puerta, se detuvo y añadió—: ¿Qué parte de «reducir todas las ciudades mortales a escombros» no habéis entendido? A todos nos han advertido qué hay en juego, y no solo para los vástagos. No quiero ser recordado como alguien que permitió que un tirano peor que Stalin o Hitler saliera de rositas porque me pareció un tipo estupendo cuando lo conocí. —Miró directamente a Orión y después a todos los demás. Nadie estaba riéndose—. ¿Y vosotros?

—Ariadna —llamó Matt en voz baja desde el pasillo.

La muchacha se quedó quieta delante de la puerta de su habitación y le fulminó con la mirada. Después, levantó un dedo para indicarle que se quedara donde estaba. Estaba escuchando a su padre, a sus hermanos y a su primo, pero no era necesario. Matt también podía oír a todos los Delos,



incluso era capaz de notar los latidos de sus corazones en el aire. Pero Ariadna no tenía la menor idea de eso, y él no sabía cómo explicárselo. Después de un buen rato escuchando la conversación a escondidas, Ariadna pareció satisfecha.

—Pasa —murmuró mientras le hacía señas para que la siguiera hasta su habitación.

El muchacho entró un poco dubitativo y se quedó de pie en el centro de la estancia. Estaba ocupada trasladando una pila interminable de ropa de un mueble a otro, sin tan siquiera considerar la posibilidad de guardarla en el armario.

«Siempre ha sido una vaga. Me pasé la mitad de la guerra recogiendo sus cosas. Ha sido la peor esclava de la historia», pensó Matt.

El chico cerró los ojos y negó con la cabeza para deshacerse de esos pensamientos. Sin previa invitación, se presentaban en su mente justo cuando intentaba contener la familiaridad y la ternura que sentía por la chica que tenía delante. La cama de Ariadna estaba a tan solo unos pasos de distancia. Una parte de él jamás se había tumbado junto a ella, pero otra parte había pasado diez años durmiendo a su lado. Esa otra parte había compartido el lecho con Ariadna hasta el día de su muerte. Ansiaba alargar el brazo y rozar su piel por primera vez, pero Matt prefirió mantener las manos guardadas en los bolsillos. Se dio media vuelta y se quedó observando la pared mientras ella tiraba una prenda de seda y encaje hacia el armario.

—¿Matt? —llamó desde la otra punta de la habitación. Al girarse, vio cómo Ariadna se retiraba un mechón castaño por detrás del hombro y tuvo que forzarse a no recordar lo suave que era su cabello—. Mi lencería no va a dejarte ciego, por si no lo sabías.

—Necesito hacerte algunas preguntas —dijo, para desviar la conversación de su ropa interior.

—De acuerdo. —Cruzó la estancia y se sentó al borde de la cama. Matt cogió la silla que Ariadna acababa de dejar libre de ropa limpia y se colocó frente a ella—. Ponme al día de los distintos papeles que las parcas han mencionado esta noche —reclamó.

Ella sonrió, como si estuviera esperando tal petición.

—¿Sabías que a los griegos les apasionaba el teatro? —Matt asintió con la cabeza—. Bien, pues a las furias también. Siempre les ha fascinado. En



cierto modo, ven el mundo como si fuera un escenario, y a los vástagos como meros actores. En muchas profecías, se mencionan algunos papeles que deben interpretarse, o que el mundo espera que sean interpretados para poder completar el «gran ciclo». Las parcas están obsesionadas con eso. Por cierto, el ciclo es otro nombre para una serie de obras de teatro que están interrelacionadas, como las obras de Esquilo, que narran la historia del inicio de las furias. Esta trilogía se conoce como *La Orestíada*.

—Sí —murmuró Matt en tono triste—. Me la he leído completa. Ahora háblame concretamente de los papeles que las parcas han citado. ¿Los conocías?

—Sí, aunque nadie sabe qué significan, o qué piensan hacer las furias con ellos.

—¿Cómo es posible?

—Porque son imprecisas. Piénsalo bien. Los papeles son el Héroe, el Escudo, el Amante y el Guerrero... ¿Están de broma? Podrían referirse a cualquier vástago de la historia, no nos engañemos. Todos somos guerreros, amantes y protegemos a los débiles con nuestra vida —comentó. Le exasperaba darse cuenta de lo predecibles que podían ser los vástagos—. El único papel que ha tenido presagios específicos es el del Tirano. Así que, desde tiempos inmemoriales, las castas siempre han estado más que atentas a las señales que le rodean para evitar engendrarlo. Pero ya conoces esa profecía.

—El Tirano nace de la amargura. La sangre de todas las castas corre por sus venas y es capaz de arrasar cualquier ciudad mortal —recordó Matt.

No se sentía cómodo mostrando su apoyo a Palas, pero sabía que, en este asunto, tenía razón. Se imaginaba a alguien como Hitler pero con la fuerza de un vástago y el poder de destruir ciudades con solo chasquear los dedos. En ese momento se acordó del día en que Zach preguntó al resto de la cuadrilla: que, si tuvieran una máquina del tiempo y pudieran retroceder varias décadas, ¿matarían a Hitler antes de que tuviera la oportunidad de hacer daño a alguien? ¿Lo harían? ¿Aunque todavía fuera un niño inocente? Todos habían contestado que sí.

—Matt —susurró Ariadna, que se había acercado a él y había puesto una mano sobre su pierna—. ¿Estás bien?

—¿Y los demás? Como el Escudo y... el Guerrero —continuó—. Se supone que son papeles importantes y que, por lo tanto, alguien debe interpretarlos, ¿no? ¿Siempre han estado presentes?



—Casandra de Troya fue la primera en nombrarlos..., así que sí. Todos los papeles han estado presentes desde el principio.

—¿Y cada papel debe representarse antes de que este ciclo se complete y las parcas puedan iniciar otro?

—Nunca lo había oído explicado así —respondió Ariadna, cautelosa. Su mente, inquieta, empezó a darle vueltas a aquella original idea, revolviendo entre docenas de pequeños detalles hasta que, al final, asintió—. Pero supongo que es una explicación plausible.

—Entonces estamos atrapados. —Matt suspiró. Parecía haber perdido toda esperanza—. Tenemos que representar nuestros papeles o, de lo contrario, las parcas empezarán de nuevo con la próxima hornada de vástagos.

Ariadna arrugó el ceño, pensativa.

—Quizá por eso nos da la sensación de que nunca abandonamos Troya por completo. Porque algo que se suponía que debía pasar no pasó, y así las parcas insisten en intentar recrear ese escenario.

Matt sonrió, reprimiéndose las ganas de inclinarse y besarla por lo inteligente que era. Esperó unos momentos hasta estar seguro de que tendría la voz firme antes de hablar.

—Es lo mismo que pienso yo —aclaró—. En cierto modo, es como si los vástagos estuvieran atrapados en una incesante serie de audiciones, mientras las parcas van cambiando de actores para los mismos papeles, buscando al reparto adecuado para hacer que su obra sea todo un éxito.

—Pero son las parcas, Matt. Si tanto desean que algo ocurra, ¿por qué no lo provocan?

—No lo sé —admitió—. Tiene que haber otra fuerza que opere en su contra. Puede que sea su hermana, Némesis.

—Deberíamos contarles esto a los demás —dijo Ariadna, con decisión—. Aunque piensen que estamos equivocados.

—Estoy de acuerdo.

Se quedaron sentados un buen rato, cavilando en sus propios asuntos. Empezaba a amanecer, así que Matt consideró que ya era momento de irse, aunque no le habría importado quedarse allí sentado, junto a ella, durante días.



—Buenas noches, Ariadna —se despidió tras levantarse.

—¿Adónde vas? —inquirió. Su mirada color avellana transmitía inquietud.

—A casa. Cuando Héctor me llamó, me escapé a hurtadillas —confesó. No era capaz de mirarla a los ojos—. Quiero estar en casa antes de que mis padres se despierten. No quiero preocuparlos. Están muy sensibles desde la noche de los disturbios.

—De acuerdo —murmuró—. ¿Vendrás más tarde? Se supone que la reunión de las castas se celebrará aquí, esta noche.

—No sé si podré —contestó. El barco en el que navegaba su ejército estaba cada vez más cerca. Matt lo sentía como si de una pierna amputada se tratara—. Es posible que tenga que ocuparme de otro asunto.

Ariadna asintió y bajo la mirada. Incapaz de contenerse, él se inclinó y le besó en la cabeza. Su pelo seguía oliendo igual que siempre, a miel y a verano. No puedo resistir la tentación de acariciarle el cuello. Bajo la palma repleta de callos, notaba su nuca tan frágil como el tallo de una flor.

—¿Intentarás venir? —susurró, sin levantar la vista.

—Sí, lo intentaré.

—Eh. ¿Estás enfadado conmigo? —Era la voz de Helena.

Lucas se dio media vuelta y la encontró flotando sobre la azotea. Sacudió la cabeza con desaprobación y, de inmediato, ella se sentó a su lado, al borde del tejado de su habitación.

—No era mi intención discutir contigo delante de tu familia... sobre si Orión era el Escudo o no —añadió.

—No pasa nada. Tan solo estabas planteando una opción —contestó, a sabiendas de que ella podía apreciar la verdad en sus palabras. El nuevo talento de Helena hacía que las cosas entre ellos fueran mucho más fáciles, y a la vez más difíciles. No podría volver a engañarla nunca más, ni siquiera para protegerla. Aunque ninguna mentira podría mantenerla a salvo. Se preguntó si alguna vez la había protegido—. Pero sigo pensando que Orión es el Escudo.



—Pero no necesito un escudo. De hecho, nunca lo he necesitado —replicó. Parecía estar leyéndole los pensamientos. Después de todas las habilidades que había absorbido, no le habría sorprendido que la telepatía estuviera entre ellas.

—No, supongo que no —acordó.

Había algo que inquietaba a Lucas. Helena siempre había sido la más fuerte. ¿De qué exactamente la protegía el Escudo?

—Quizás Orión sea el Amante. Es hijo de Afrodita —propuso Helena.

Lo había empezado a considerar muy seriamente. Tenía sentido. Y, aunque le dolía pensarlo, Lucas estaba seguro de que Orión era el verdadero amante de Helena. Sin embargo, estaba convencido de que ese no era su papel.

—Orión no es el Amante.

—¿Cómo lo sabes?

—Ese papel ya está cogido.

Helena le fulminó con la mirada. En sus ojos se distinguía remordimiento y algo más. Lucas tenía la esperanza de que ese algo más no fuera compasión.

—Bueno... Ya conoces mis nuevos talentos —dijo con la voz entrecortada—. Uno de ellos es controlar corazones.

—Sí, ya me lo contaste.

—Podría hacer que dejaras de quererme —ofreció con la boca pequeña.

—¿Y después qué?

Helena frunció el ceño. Aquella pregunta la desconcertaba.

—Bueno, podrías seguir con tu vida. Aunque tendríamos que poner algo de distancia entre nosotros.

—Eso ya lo probamos, ¿recuerdas? —contestó Lucas con una sonrisa irónica—. Y no funcionó.

No le cabía la menor duda de que Helena tenía el poder de borrar el amor que sentía por ella, pero sabía que volvería a enamorarse en cuanto la viera de nuevo. No podía seguir con su vida sin más. Daba igual lo que hiciera en su vida, su amor por Helena siempre le definiría. Él era el Amante.



—Lucas, por favor. Lo único que quiero es facilitarte las cosas —musitó, con la cabeza agachada.

—Entonces deja de decir tonterías. —Chocó su hombro contra el de Helena de forma juguetona para animar un poco el ambiente. Por fin ella sonrió—. Hemos pasado por esto un montón de veces. Nada puede cambiar lo que siento por ti.

Por fin Helena le miró a los ojos y, con expresión triste, asintió, aceptando lo que podía apreciar en su voz: la verdad.

—¿Crees que Orión es el Héroe? —preguntó. Prefería cambiar de tema de conversación y charlar de algo más productivo.

—No, ese es Héctor —contestó de inmediato.

—Es cierto. Es de cajón —dijo Helena, poniendo los ojos en blanco—. A menos que Héctor sea el Guerrero.

—El Guerrero es el último en unirse a la batalla, y Héctor jamás ha llegado tarde a ninguna contienda. Apostaría todo lo que tengo a que Héctor es el Héroe, y Orión, el Escudo.

Helena no parecía encontrar las palabras apropiadas para articular la pregunta que tenía en la cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucas, de forma persuasiva.

—¿El tirano es tan malvado como Palas ha descrito?

Lucas asintió lentamente. No quería asustarla, pero sabía que no podía mentirle.

—La profecía habla del Tirano como si fuera más poderoso que todos los dioses unidos. Se supone que, cuando el Tirano se alce, se producirá una sangrienta guerra con monstruos y tormentas. Incluso vaticina que el cielo cambiará de color, como si fuera un calidoscopio.

—Suenan al Apocalipsis.

—Sí —dijo Lucas, que notó el temblor en la voz de Helena.

Se quedaron allí sentados, con los pies colgando del tejado. Aunque la conversación había tomado un giro un tanto sombrío, lo cierto era que Lucas se relajaba cuando Helena estaba a su lado; le ayudaba a concentrarse. Sabía que no podía besarla, pero al menos, si estaba sentada junto a él, no se torturaba pensando con quién podría estar. Y qué podrían estar haciendo.



Se repitió una vez más que aquello era lo mejor y se tragó el nudo de la garganta. Quería que Helena fuera feliz, y confiaba en que Orión pudiera contribuir a ello. Desde luego, él jamás lo había conseguido. Lo único que había hecho hasta el momento era entristecerla y amargarla, así que, en cuanto todo aquel lío se solucionara, tomaría cartas en el asunto para no volver a hacerle daño.

Enterró esos intensos pensamientos y centró su atención en el tema que los ocupaba. Empezó a darles vueltas a todas las imágenes y los usos que podía tener un escudo.

—Escudo, defensa, bastión, bloque —farfulló—. ¿De qué nos defiende Orión? ¿Qué bloquea?

—Bueno. Por lo visto, se le da muy bien bloquear entradas —bromeó Helena. Su sonrisa se desvaneció cuando se le ocurrió algo—. Y profecías.

—Y el futuro de todo aquel que pase mucho tiempo con él. —Suspiró—. Orión te protege de las parcas, Helena. Si no pueden verte, no pueden decidir el rumbo de tu vida. ¿Sabes qué significa eso? Que tienes voluntad propia.

Se quedaron mirándose durante un buen rato. Estaban tan perplejos que apenas podían creérselo; notaban un hormigueo que les indicaba que estaban a punto de descubrir algo muy importante.

—Pero ¿por qué yo? ¿Por qué soy la escogida? —balbuceó Helena. Miró a su alrededor, temerosa—. ¿Qué papel estoy interpretando, Lucas?

—Eres la Descendiente.

—No está en la lista.

Tenía razón. Lucas se puso nervioso durante un instante y, cuando por fin halló la solución, se calmó.

—De todos nosotros, tú fuiste la última en descubrir que eras un vástago, la última en unirme a la batalla. Eres el Guerrero, por supuesto.

Helena se sintió más aliviada y esbozó una indecisa sonrisa.

—Ajá. Quién lo iba a decir. —Y entonces arrugó la nariz—. Las parcas saben que soy malísima luchando, ¿verdad?

—Has mejorado —dijo él. Procuró mantener el rostro impassible, pero sabía que tarde o temprano se echaría a reír.



Helena le empujó del borde del tejado. Reaccionó rápido y se quedó suspendido en el aire, justo delante de ella, y con las manos en alto, en un gesto de rendición. Todavía contenía la risa. Helena se cruzó de brazos y apartó la mirada, malhumorada, conteniendo también una carcajada.

—Amante, las narices —dijo, con una amplia sonrisa. Y justo cuando estaba a punto de darle una patada, Lucas la cogió por el tobillo y se deslizó entre sus piernas.

Atónita, Helena abrió los ojos de par en par.

—Así es —susurró.

Poco a poco, Lucas se acercó a ella. Le fascinaba que, a pesar de todo lo que había ocurrido, ella siguiera reaccionando así.

—No lo olvides nunca.

Le rozó la mejilla con los dedos y se marchó volando.



Capítulo 8

Helena se quedó sentada sobre el tejado un buen rato. Se preguntaba si había hecho lo correcto. No había sido sincera con Lucas sobre la relación que mantenía con Orión. Sabía que le estaba haciendo sufrir, pero no era capaz de decirle la verdad. Sus razones, a pesar de egoístas, eran válidas. Si Lucas creía que estaba con Orión, al final lo aceptaría y se alejaría de ella, que era precisamente lo que Helena necesitaba.

Mirando en su interior, pudo corroborar que seguía enamorado de ella, pero el amor que sentía había sufrido un ligero cambio. Orión le había asegurado que pasar la noche con otro chico no cambiaría las cosas, pero Helena cayó en la cuenta de que había algo distinto. No es que la quisiera más o menos que antes, sino de una forma más profunda.

Entonces vio a Matt salir de casa y dirigirse hacia el coche. Cogió aire para llamarle y preguntarle adónde iba a esas horas, pero se acordó de que todos seguían durmiendo bajo el tejado sobre el que ella estaba sentada y acalló el grito. De repente, Matt se dio media vuelta.

«Imposible —pensó Helena mientras su amigo le sonreía y le saludaba con la mano—. No hay forma humana de que haya podido oírme coger aire. Pero ¿cómo ha sabido que estaba en el tejado?» Helena le devolvió el saludo, y rápidamente Matt entró en el coche y se marchó a casa.

Sin dejar de darle vueltas a aquel extraño encuentro, Helena pasó volando por delante de la habitación de Lucas y decidió sentarse en su cama. Durante un momento estuvo dudando si acostarse y quedarse allí dormida, pero era bastante probable que Lucas volviera pronto a casa y la pillara allí. No le parecía justo hacerle eso, así que arrastró las piernas hasta el pasillo y se encaminó hacia la habitación de Ariadna.

Le sorprendió encontrarla todavía despierta.

—Eh —susurró Ariadna, que de forma automática se deslizó hacia un lado del colchón para dejar espacio a Helena.



—Hola —respondió con el ceño fruncido, como si estuviera preocupada. El corazón de Ariadna latía frenéticamente y sabía que Matt tenía algo que ver con ello. Se quitó los zapatos y se metió enseguida en la cama—Acabo de ver a Matt irse. ¿Habéis hablado?

Ariadna evitó el tema sentimental y le explicó que habían estado charlando sobre los vástagos y el ciclo que se repetía una y otra vez. Le contó que Matt opinaba que las parcas necesitaban que todos los papeles fueran interpretados y que, de lo contrario, el ciclo volvería a empezar con la próxima generación.

—Creo que todos estamos llegando a la misma conclusión —murmuró Helena—. Eso explicaría por qué nos parecemos a los personajes de Troya, por qué seguimos atrapados en esa guerra. Hubo algo que no ocurrió en ese entonces y que las parcas están tratando de provocar.

—Pero ¿qué es? —preguntó Ariadna, exasperada—. Y otra cosa que todavía no logro entender: ¿por qué las parcas no provocan esa situación y punto? No tiene sentido.

—¿Qué ha dicho Matt al respecto? —quiso saber Helena, que tenía una sensación de hundimiento en el estómago.

—Según él, hay una fuerza que opera contra el destino en cada ciclo. Dice que debe de haber algo que arruina la obra de teatro antes de que los vástagos puedan representarla del modo en que las parcas desean. Cree que es Némesis quien frustra los planes de sus hermanas.

—Bloquea a las parcas y otorga a un vástago voluntad propia —susurró Helena—. Al menos, eso es lo que Lucas cree. En cada ciclo, siempre hay alguien que, en teoría, debe tomar una decisión importante y goza de voluntad propia, lo que siempre arruina el plan de las parcas.

Ariadna se frotó los ojos.

—¿Lucas se imagina quién goza de voluntad propia en este ciclo?

Helena sintió que el universo le señalaba con un dedo acusador.

—No estamos seguros —mintió.

Helena se dio la vuelta en la cama y abrió los ojos. Esperaba ver a Ariadna tumbada junto a ella, pero en vez de eso se topó con la espalda desnuda de un hombre. A juzgar por cómo se balanceaba, estaba profundamente dormido.

«Lucas», adivinó Helena, que reconoció su silueta de inmediato. Deseaba acariciarle los hombros, fuertes y tersos, recorrer su espalda con las yemas de los dedos, pero había algo extraño. Miró a su alrededor. Aquella habitación le era familiar, aunque nunca había estado antes allí.

La otra Helena se incorporó poco a poco, sin dejar de contemplar a su marido y con suma cautela, para no despertarle. Tenía que salir a hurtadillas de aquel aposento antes de que Paris se levantara o no podría escaparse, tal y como había planeado. Observó a Helena de Troya atarse una túnica muy sencilla al hombro. Después recogió del suelo un fajín antiguo, un velo y unas sandalias raídas. Se fijó en que tenía un ojo de color almendra y otro azul. Entornó la mirada y vislumbró una cicatriz con forma de relámpago en el centro del iris azul. Sabía que aquella marca era fruto del apedreamiento que había sufrido. La paliza que Ares le había dado a ella le había dejado la misma señal.

La otra Helena salió escopeteada hacia el pasillo de mármol negro sin tan siquiera calzarse y se detuvo delante de una puerta. En el interior del aposento descansaba una niña de unos tres o cuatro años. La pequeña abrió los ojos.

—¿Mami? —susurró la cría, que enseguida se desveló—. ¿Iremos a ver a la tía Briseida hoy? Me lo prometiste.

—Sí, Atlanta —respondió Helena en voz baja. Se apresuró a entrar en la habitación y cerró la puerta.

—¿Antes iremos a dar un paseo con la señora? —preguntó Atlanta, sin subir el tono de voz.

—Hoy no. —Helena vistió a Atlanta con una falda vieja y un mantón que le había cogido a un sirviente.

—Pero a la gente le gusta que tú y la señora paseéis por sus jardines. Se abrazan y os besan la mano.

—Eso es porque Afrodita da amor a las bestias y a todos los seres vivos, y, gracias a ella, se multiplican —respondió Helena con una triste sonrisa. Se giró para acabar de vestirse y añadió—: Por eso nuestro pueblo no se ha muerto de hambre dentro de estas murallas, Atlanta.



—Fuera de las murallas, ¿la gente se muere de hambre? —preguntó la pequeña con la frente arrugada.

—Sí, así es. Y por eso tenemos que ir a ver a la tía Briseida. Tenemos que llevarle algo de comer.

Helena de Troya alzó a su hija y la acomodó sobre su cadera.

—Cambia esa cara, como mami te ha enseñado —indicó. Y entonces rozó la mitad del cesto que colgaba en forma de corazón alrededor del cuello de Atlanta. La niña apretó los ojos para concentrarse y, por arte de magia, alteró su rostro—. No te olvides del pelo —recordó su madre.

De inmediato, la cabellera rubia de Atlanta se oscureció. Helena también transformó su aspecto en un abrir y cerrar de ojos y adoptó la apariencia robusta y corpulenta de una trabajadora campesina. Después, las dos salieron de la habitación.

Se deslizaron silenciosamente por el palacio y bajaron a las cocinas. Una anciana que había amamantado a Briseida cuando no era más que un bebé entregó a Helena un fardo que esta se ató a la espalda. Echó un rápido vistazo a su alrededor para asegurarse de que no había nadie más observándolas, aparte de la leal anciana, y se escabulló por la puerta trasera de la cocina hacia los jardines. Avanzaba pegada a la pared, con su hija colgada de la cadera, pero bien aferrada a ella. Aceleró un poco el paso y llegó a las fortificaciones, pero trepaba con tal velocidad que los guardias ni siquiera se percataron de su presencia.

Atlanta no tenía miedo, aunque era consciente de que al otro lado de la muralla su madre y ella corrían un peligro mortal. Helena dedicó una sonrisa a su hija, como premio por su valentía. Serpenteó entre los cuerpos que todavía dormían en el campamento de asedio enemigo. Al llegar a una de las tiendas más grandes, silbó. Un segundo más tarde, una mujer idéntica a Ariadna apareció y envolvió a madre e hija en un cálido abrazo.

—Briseida —murmuró Helena a la mujer.

Las cuñadas se besaron en la mejilla.

—No tenemos mucho tiempo para visitas —dijo Briseida mientras las guiaba hacia el interior de la tienda—. Aquiles volverá pronto.

—Existe un remedio muy sencillo para eso. Uno que nos permitirá pasar juntas todo el tiempo que queramos —espetó Helena, que había recuperado su aspecto habitual.

—No empieces —avisó Briseida—. No pienso dejarle.

—Lo sé. —Helena dejó a su hija en el suelo y le dio una figurita de madera para que se entretuviera. Después, le dio el fardo de comida a Briseida—. ¿Has pensado en qué pasará cuando Aquiles se una de nuevo a la línea de combate?

—Es posible que nunca vuelva a unirse. Desprecia a Agamenón y se niega a acatar sus órdenes.

—No cruzó el mar Egeo con su ejército en vano, Briseida.

—Lo sé. —Los ojos de Briseida centelleaban de ira—. Pero ahora es distinto. Me ha dicho que ya no está enfadado con mi hermano.

—Da igual que Aquiles y Héctor estén peleados o no. Estamos en guerra. No permitas que tu amor por Aquiles te ciegue.

—Claro que no —dijo, y apartó la mirada—, pero ya no sé en qué lado de la muralla estoy.

—¿Y sabes en qué lado de la guerra estás? ¿Y ella? —rogó Helena en voz baja, refiriéndose a Atlanta.

Briseida miró a la pequeña con preocupación. Fue entonces cuando Helena supo que el riesgo de traer a Atlanta hasta allí había merecido la pena. Aprovechó ese momento de debilidad para seguir insistiendo.

—Aquiles vino a nuestras costas para matar al Tirano. Fue el único argumento de Agamenón que le convenció para unirse a la guerra.

—Atlanta no tiene nada que temer, te lo juro —prometió Briseida—. Jamás mataría a una niña. Tú no le conoces.

Las dos mujeres se miraron con detenimiento. El único sonido en la tienda era la voz de Atlanta susurrándole a una muñeca.

—¿Te gusta el jardín que he hecho? El sol nunca quema, las abejas no pican y las piedras no se te meten en las sandalias —arrullaba la pequeña, ensimismada en su juego de fantasía.

Helena puso los ojos en blanco en un gesto cómico y murmuró:

—Se pasa el día imaginando un mundo perfecto donde nadie sufre. Es aterrador, ¿no crees?

Briseida volvió a apartar la mirada con el ceño fruncido.



—Es una suerte que naciera niña. Nadie sospecha que sea el Tirano.

—Entonces dime: ¿por qué Aquiles sigue aquí, mientras sus hombres pasan hambre? —preguntó Helena, desesperada. Pero Briseida no tenía la respuesta a esa pregunta—. Hermana, te creo cuando aseguras que Aquiles jamás mataría a una niña. Es un hombre de fuertes principios, principios que le han traído hasta Troya. ¿Alguna vez has considerado la posibilidad de que librarse del Tirano sea tan importante para él que esté dispuesto a esperar a que Atlanta crezca para matarla?

—Tienes que irte —ordenó Briseida de forma repentina. Hacía aspavientos con las manos, como si el aire estuviera lleno de moscas—. Volverá en cualquier momento.

Helena suspiró y agachó la cabeza, abatida. Después, cogió a su hija en brazos otra vez.

—Vendré con más comida dentro de unos días.

Las dos mujeres se abrazaron. Al principio estaban algo rígidas por sus desavenencias, pero enseguida esa tensión dio lugar a un cariño infinito. Después, Helena y Atlanta volvieron a ponerse su disfraz y salieron del campo enemigo.

Un suave cosquilleo en la boca la despertó. Al abrir los ojos se dio cuenta de que era un mechón de pelo de Ariadna. Lo apartó y, mentalmente, se disculpó porque se le había caído la baba mientras dormía y lo había empapado. Se dio media vuelta y alguien chilló. Resultó ser Andy, quien le golpeó con los pies mientras protestaba. Su único deseo en aquel momento era que Noel encontrara otro colchón para que pudieran estar un poco más anchas. Se deslizó con suavidad hasta los pies de la cama y se escabulló tratando de hacer el mínimo ruido, para no despertar a las chicas.

Helena se abrazó al salir de la habitación e intentó quitarse de la cabeza aquellas espantosas imágenes. El sueño que acababa de tener parecía más real, más próximo que los demás. Le había dado la impresión de que, esta vez, había sido algo más que una mera espectadora. De hecho, en mitad del sueño, creyó que la que estaba en el interior de la tienda era Helena de Nantucket, y no Helena de Troya. Todavía podía notar el calor del peso de su hija (es decir, de la hija de Helena de Troya) entre sus brazos. Como era de esperar, se encontró con Lucas en el pasillo. Ansiaba poder aferrarse a



cualquiera de ellos, o a la cría o a su padre, y no pudo contener un gruñido de desesperación.

—Pensé que te habías ido a casa —dijo Lucas después de una pausa.

—Hace días que no paso por allí —farfulló Helena, que le miraba ávidamente—. Siempre pienso: ¿para qué molestarme en ir allí si todo el mundo está en esta casa?

—Y los que faltan por llegar. —De repente, Lucas arrugó el ceño.

Helena asintió.

—La reunión de las castas. ¿Has llamado...?

—¿A Orión? —interrumpió Lucas—. Sí. Está esperándonos en la biblioteca.

—¿Qué hora es? —preguntó Helena antes de asomarse por una ventana cercana.

—Las dos pasadas —contestó. Al ver la expresión de sorpresa de Helena, se rio entre dientes y añadió—: ¿Nos vemos abajo? —Después, pasó junto a ella y empezó a bajar las escaleras—. Necesitamos un plan.

—Solo necesito un minuto —dijo tras señalar la ropa arrugada y el cabello despeinado.

—Tómame tu tiempo —concedió Lucas.

Antes de bajar el siguiente peldaño, se asomó por la barandilla, le acercó a Helena y le acarició el brazo. La palma de su mano se adaptaba a todas las curvas de sus músculos a la perfección. A Helena se le puso la carne de gallina. La piel de Lucas desprendía un calor tan agradable que, cuando apartó la mano, sintió un escalofrío.

Lo primero que hizo fue echar un vistazo a su padre. Jerry seguía sumido en un profundo sueño, pero podía escuchar el latido de su corazón, fuerte y estable. A simple vista, parecía que estuviera en otro mundo, en un lugar pacífico que se resistía a abandonar. Helena no sabía si las cosas funcionaban así, pero quería pensar que, si Jerry solo estaba echando una larga cabezadita, Morfeo le estaría vigilando.

Después, corrió a toda prisa hacia el cuarto de baño para adelantarse a Ariadna y Andy, que ya se habían despertado y también querían darse una ducha. Logró colarse la primera y, en cuanto cerró la puerta, satisfecha, las chicas empezaron a arañar la madera. Abrió el grifo y empezó a desnudarse.



No podía dejar de pensar en las caricias de Lucas. Se duchó en un santiamén. Mientras se secaba con la toalla, recordó otro encuentro casual en un oscuro pasadizo, siglos atrás.

Lancelot llevaba meses lejos de Camelot.

Los bárbaros, los invasores corpulentos y rubios de una tierra de hielo, habían mantenido muy ocupados a todos los caballeros de la Mesa Redonda. Durante toda su vida, el padre de Ginebra había estado luchando contra ellos, al igual que su abuelo.

Ahora, con los detalles de la boda entre Ginebra y Arturo ultimándose, los adoradores del dragón y del lobo del mundo de las nieves pasarían a ser problema de Arturo, y, por lo tanto, el problema de todo caballero que le hubiera jurado lealtad en Gran Bretaña. A menos que alguien frenara la invasión bárbara, la isla donde Ginebra se había criado no lograría sobrevivir y todos sus habitantes serían masacrados antes de que finalizara el año.

Arturo no estaba preparado para esas fieras. Sus hombres eran soldados disciplinados y metódicos que habían recibido el mismo entrenamiento bélico que los romanos. No estaban acostumbrados a los trances y delirios producidos por ciertas drogas que los bárbaros empleaban para enviar a sus hordas rabiosas y furibundas a asesinar a hombres, mujeres y niños. Los horrores que presenciaban durante aquellos asaltos bárbaros habían empezado a afectar a todos los soldados de Arturo. Los bárbaros superaban en número a los caballeros del rey, y se avecinaba una guerra sin cuartel. Arturo seguía en campaña en el norte, tratando de hallar una solución. Lancelot había regresado a Camelot hacía dos días, pero Ginebra todavía no había tenido la oportunidad de verle. Era obvio que evitaba estar a solas con ella, y sospechaba que el motivo no era solo que Arturo fuera su marido. Había algo más, algo más profundo que le impedía verla. Algo terrible le había ocurrido. Podía notarlo en sus ojos: brillaban como dos velas recién apagadas. El color seguía siendo intenso, pero todo el calor se había esfumado.

Ginebra sabía que tenía que hablar con Lancelot para ponerle los pies en el suelo; de lo contrario, acabaría distanciándose de su familia y su cometido. Solo ella podía ayudarle y, aunque le rompía el corazón estar cerca de él y verle tan afligido al imaginarla en el mismo lecho que Arturo, estaba decidida a hacerlo.

—Lancelot —llamó Ginebra desde el pasillo a oscuras. Le cogió del brazo con suavidad y le hizo girarse para poderle mirar a los ojos—. Por favor. Habla conmigo.



—Ginebra. —Suspiró, acercándola hacia el pecho. Tenía la mirada perdida, como la de un niño. La cogió de la mano, y ella no musitó una palabra de protesta.

Lancelot la condujo por otros pasadizos más secretos hacia la alcoba de una torrecilla con vistas a los oscuros páramos que rodeaban Camelot. La luz de la luna se colaba como un fantasma a través de la hendidura en forma de lanza que había en la pared. Aquella tenue luz bastó para que Helena distinguiera la lujuria en los párpados de Lancelot. Con la mirada fija en sus ojos, ella abrió la boca, pero al fin no pudo articular palabra. Lancelot acercó las caderas a su cuerpo y se produjo un momento muy tenso. Segundos más tarde, él se apartó y le soltó la mano.

—No deberías haber venido a verme esta noche.

—Pero no me has traído noticias de mi patria, en el País del Verano —replicó. Le dedicó una sonrisa y acortó la distancia que los separaba—. Me prometiste que te sentarías con mi padre y me traerías una prueba de que sigue acordándose de mí.

Lancelot se puso pálido y la miró con lástima y compasión. Y entonces Ginebra lo adivinó.

—No es posible —musitó con voz de niña pequeña.

Su padre había fallecido. No podía creerse que aquel hombretón cascarrabias, astuto y sorprendentemente divertido estuviera muerto. Era demasiado testarudo como para morir. Pero al ver el rostro de Lancelot, Ginebra supo que era cierto. El líder de su pueblo, su padre, había fallecido.

Un sentimiento de profundo pesar la abrumó. Perdió el control por un instante y el aposento se iluminó con el resplandor azulado de su relámpago de bruja.

—Accedí a casarme con Arturo para que mi padre y nuestro pueblo pudieran estar a salvo de los bárbaros —sollozó, todavía algo incrédula.

—Lo sé —musitó Lancelot. Avanzó hacia ella y le sujetó las manos. Con el mero roce, sintió una pequeña descarga eléctrica, pero soportó el dolor sin soltarla—. Ginebra —rogó, mientras recuperaba el aliento—. No es culpa de Arturo. Luchamos y perdimos. Perdí. Arturo ni siquiera estaba allí.

La habitación volvió a quedar sumida en la penumbra cuando Ginebra recuperó el control.



—Pero tomé la decisión de casarme con Arturo para salvar a mi pueblo — insistió. Le temblaba la voz—. Te rechacé para proteger a mi gente.

—Y tu pueblo ha desaparecido. —La mirada de Lancelot se ensombreció—. Pero no por culpa de Arturo, sino por mí.

Lancelot se dejó caer al suelo de la torrecilla y se pasó la mano por el pelo. Le relató la historia en voz baja.

El País del Verano se había inundado, como siempre ocurría durante el flujo y reflujo de las mareas. Las calles estaban intransitables y a todos les parecía inconcebible que pudiera librarse una batalla en aquella ciénaga. Con las mujeres y niños a salvo en sus casas, la mayoría de los hombres decidieron unirse a Arturo en el norte, en su campaña contra los bárbaros, como siempre hacían en esa época del año.

Lancelot había preferido quedarse en el pueblo porque las mujeres habían desarrollado técnicas para cultivar la cosecha en agua en vez de en tierra. Arturo consideró que esos conocimientos podrían ser de gran utilidad en Camelot y le permitió quedarse.

Lancelot estaba en los campos de agua con las mujeres del pueblo cuando avistó las embarcaciones con el emblema del dragón en el horizonte.

—Me quedé con las mujeres en el campo y dejé solo a tu padre —farfulló—. Cuando vi que la batalla estaba perdida, robé un barco y recogí a todas las mujeres y niños que habían sobrevivido a la masacre y los envié hacia allí. A tu padre le... Le asesinaron.

Ginebra sabía que había estado a punto de decir que le habían torturado. Lancelot estaba procurando suavizar el golpe, pero daba lo mismo. El daño ya estaba hecho. Había sacrificado su felicidad al aceptar la mano de un hombre al que no amaba porque estaba convencida de que así podría salvar a su pueblo. Pero su plan no había funcionado. Su padre había muerto, y su gente estaba desperdigada, lejos de casa. Se había casado con un tipo al que no quería para nada.

—Gracias por salvar a esas personas —susurró—. Te debo la vida.

Lancelot la miró con tal desesperación e impotencia que Ginebra no pudo resistirse a abrazarle.

—Fue culpa mía —repitió.



—No. No te culpo por las vidas que hemos perdido. Te bendigo por las que has salvado —dijo con ternura. Y así lo sentía. Confiaba en que Lancelot creyera todas y cada una de sus palabras para poder perdonarse.

—Ginebra —suspiró. Y entonces la abrazó más fuerte, como si necesitara sentir el contacto de su piel.

Y la besó. Fue un gesto tan inesperado que Ginebra se sobresaltó. Le había susurrado palabras al oído, le había atravesado con la mirada en varias ocasiones, pero jamás se había atrevido a tocarla. Era su primer beso, la primera vez que cruzaban la línea. Ginebra sabía que Lancelot sufriría muchísimo al traicionar a Arturo, su primo, su rey, su mejor amigo. Los unía un gran aprecio. En cambio, ella no sentía nada parecido por él. Ginebra le agarró de los hombros y se separó ligeramente. Quería ahorrarle el sentimiento de culpabilidad que debía de estar sintiendo.

Lancelot acarició su cabellera con ternura y empezó a quitarle todas las horquillas que mantenían sujeto el peinado sin dejar de besarla. Ginebra apoyó la espalda sobre las baldosas y arrastró a Lancelot para que se colocara encima. Él deslizó la rodilla entre sus finos muslos para apartar todas las capas de la falda hasta que por fin pudo alcanzar su piel desnuda. Quiso arrancarle el vestido interior, pero las tiras de seda quemaban la piel de Ginebra, que no pudo ahogar un grito. Lancelot se quedó petrificado.

—¿Te estoy haciendo daño? —preguntó con la voz rota y la mirada vulnerable.

—Solo me haces daño cuando me abandonas —respondió, ofreciéndole de nuevo un abrazo—. No vuelvas a dejarme, por favor.

Con el corazón a mil por hora, Helena se secó rápidamente el pelo y corrió hacia la biblioteca para huir de aquellos recuerdos antes de que se hicieran más gráficos. Se quedó frente a la puerta y se abanicó con la mano para bajar el rubor de sus mejillas. Se repitió varias veces que, en su visión, Ginebra estaba traicionando a su marido, así que no tendría que haberlo disfrutado tanto, y, en esta vida, Lucas y ella eran primos, de modo que no tenía sentido volver a sacar a relucir esos viejos recuerdos.

Podía oír la voz grave de Lucas al otro lado de la puerta de la biblioteca y, después de aquella escena tan vivida, se sentía bastante aturdida. Todavía



podía ver a Lancelot llevar a Ginebra hasta sus aposentos, desatándole los encajes del vestido y..., en fin, otras cosas. Volvió a sonrojarse.

«Deja de comportarte como una hormona con patas y entra ahí —se reprendió mientras sacudía las manos—. Nadie se va a dar cuenta de qué estás pensando.»

Abrió la puerta y vio a Orión, que, de inmediato, desvió la mirada hacia su corazón y alzó una ceja. Después, le dedicó una sonrisa de complicidad. «Excepto Orión. Tierra, trágame», pensó.

Todos los hombres se levantaron para saludarla, pero Casandra permaneció sentada en el gigantesco sillón de cuero. Helena hizo una reverencia al oráculo como muestra de respeto, y se fijó en que Casandra tenía el iPad sobre el regazo.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Se sentó en el único sitio vacío, al lado de Lucas, por supuesto.

—Otro ataque —informó Casandra con voz grave. Después, le ofreció el iPad para que echara un vistazo a la noticia.

—Un tsunami en Turquía —resumió Orión.

Helena deslizó los dedos por la pantalla para ver las imágenes. Todas mostraban una tierra inundada.

—Pero ¿por qué precisamente allí? —dijo mientras observaba la zona de Turquía que había sufrido las consecuencias del desastre natural—. No hay ninguna ciudad importante.

—Hoy en día ya no —corrigió Lucas—, pero, tres mil trescientos años atrás, Troya estaba justo ahí.

—A eso se le llama rencor —susurró Helena antes de apagar el iPad.

—Los dioses nos han demostrado su audacia. —Casandra se recostó en su enorme sillón, con ademán preocupado—. Los vástagos no pueden perder más tiempo. Debemos unirnos.

—Pero para eso tenemos que averiguar cómo vamos a manejar la reunión de esta noche —dijo Héctor, que enseguida tomó el control de la situación—. Vosotros tres sois herederos, así que os posicionaréis detrás de los líderes de vuestras castas. Excepto Orión, claro está, que es el líder de la casta de Roma. Supongo que tendrán a tu segundo de a bordo detrás de ti.



—Estáis locos si creéis que voy a dejar que Faón se ponga detrás de mí — refunfuñó Orión con una mueca. Al ver que Lucas y Héctor le miraban con cara extrañada, se explicó—: Cuando todavía era niño, Faón y su hermano mayor, Corvus, se disputaron mi sucesión.

—Frena, frena. ¿Corvus? —dijo Lucas—. Mi padre mató a Corvus antes de que naciéramos.

—No. Cástor creyó que había matado a Corvus, pero sobrevivió —le corrigió Orión. Después, en un tono más grave, agregó—: Créeme, ojalá no siguiera con vida.

—Orión, no tienes que justificarte —dijo Helena. Solo quería ahorrarle el mal rato de relatar una vez más su historia.

—No pasa nada, Helena. En algún momento tengo que contarles de dónde provienen mis cicatrices —murmuró con una afligida sonrisa—. El primo de mi madre, Corvus, me desafió cuando tenía once años. Y perdió.

—¿En el Coliseo? —preguntó Héctor. Orión asintió—. Vaya. ¿Es cierto que si dos miembros de la casta de Roma se enfrentan en un duelo a muerte en el Coliseo no se convierten en parias?

—Sí, así es. Los romanos derramaron tanta sangre en la arena del Coliseo que las furias perdieron la pista de todas las deudas de sangre. Es un lugar maldito —dijo con la voz apagada, como contenida. A Héctor le brillaban los ojos de envidia. Habría dado cualquier cosa por luchar en el Coliseo, pero Orión parecía tan angustiado que prefirió no formular en voz alta su deseo — . Cuando maté a Corvus, Faón perdió a su único aliado, al hombre que había criado como a un hijo. Me apuñalará por la espalda en cuanto me vea. Nunca podré estar cerca de él.

—Bueno. Eso es algo que tener en cuenta —susurró Lucas.

Se produjo un largo y pesado silencio.

Helena vio el corazón de Héctor, que latía con fuerza. De todos ellos, era el que más se identificaba con Orión. Los dos habían matado a alguien en su vida. Un destello brillante llamó la atención de Helena. Provenía del sillón de Casandra. El colgante de plata que pendía sobre su pecho emanaba el mismo brillo que la luna llena.

—Y tú no deberías acercarte a Faón —advirtió Orión, dirigiéndose a Casandra. En esta ocasión utilizó un tono mucho más severo—. Si intenta encontrarse contigo a solas, acude a mí. ¿Entendido?



Cassandra asintió con prudencia. El repentino enfado de Orión la tenía desconcertada.

—¿Por qué? —preguntó Lucas.

Orión arrugó los labios, como si notara un gusto amargo. Meneó la cabeza, para ignorar la pregunta de Lucas.

—¿Por qué? —repitió Lucas, impertérrito.

—Es un monstruo. —Orión no podía mirarle a los ojos—. Solo va a por niñas pequeñas.

Cassandra agachó la mirada y frunció el ceño. Helena se percató de que la luz que brillaba en su interior había perdido intensidad.

—No soy una niña pequeña —protestó en voz baja, pero nadie contestó.

—¿Estás seguro? —le preguntó Héctor a Orión.

Este asintió con la cabeza.

—La hermana pequeña de mi padre. —No entró en detalles—. Creedme. Cassandra es su tipo. Vaya familia tengo, ¿eh?

—No son tu familia —replicó Lucas. Señaló con la barbilla a Helena, después a Héctor y a Cassandra, e incluyó a todos los presentes antes de volver a fijar la vista en Orión—. Nosotros somos tu familia. No te abandonaremos.

—Somos hermanos de sangre —le recordó Helena.

—Si te sirve de consuelo, yo también tendré que estar atento a una puñalada en la espalda —dijo Héctor—. Tántalo también asistirá a la reunión. Quién sabe cómo reaccionará cuando me vea. —Miró de reojo a Lucas, y los dos primos compartieron una sonrisa compungida—. Menuda familia tenemos, ¿eh?

—Creo que los cinco debemos mantenernos unidos, pase lo que pase —anunció Helena. No quería que Héctor se entristeciera aún más. Entonces se mordió el labio, como si hubiera algún inconveniente—. Excepto Cassandra. Se supone que es neutral, ¿verdad? Es el oráculo, está por encima de todos nosotros, así que será la única que estará sentada.

—Sí—dijo Héctor—. Siempre que las castas se reúnen, se considera que el oráculo es superior a cualquier linaje y, por lo tanto, se sienta sola.



Helena miró a Casandra, que parecía diminuta en aquel inmenso sillón. Siempre estaba tan sola.

—¿Os parece bien, chicos? —preguntó Helena con timidez.

—Nunca hemos hecho las cosas así —murmuró Héctor. Un segundo después sonrió: había tomado una decisión—. Si estamos unidos, será como si perteneciéramos a una casta propia, la casta de los herederos vástagos, o algo así. Me parece buena idea, pero creo que a nuestros padres no les sentará nada bien.

—¿Y qué más da? —espetó Lucas, a quien le brillaban los ojos—. No haremos las cosas igual que ellos. Yo digo que nos mantengamos unidos.

—Estoy de acuerdo —confirmó Orión, con firmeza—, pero solo si Helena es nuestro líder.

Helena se echó a reír.

—¿Hablas en serio? —Miró a su alrededor y descubrió que todos asentían con la cabeza—. Esperad. No puedo ser la líder.

—Sí, sí puedes —dijo Héctor—. De hecho, debes serlo.

—¿Desde cuándo desayunáis cereales de locura? —bromeó Helena, que se estaba quedando sin paciencia. Ni siquiera le gustaba ganar las competiciones de atletismo, así que no estaba dispuesta a convertirse en el líder de los herederos vástagos—. Soy la peor para ese puesto. Héctor...

—Héctor no puede ser el líder, Helena. No es un heredero —musitó Casandra—. Y Orión tiene demasiados enemigos que intentan arrebatarle el título. Peor que eso, muchos están convencidos de que es el Tirano. Le desafiarán en cuanto se enteren de que es el líder de los herederos.

—Lucas, entonces —rebatió Helena, que empezaba a desesperarse—. Él debería dirigirnos.

—Lucas es el hermano del oráculo —explicó Casandra, que parecía apenada—. Si le nombráis líder, creerán que la casta de Tebas ostenta demasiado poder. Tu madre se opondría. Tienes que ser tú.

—No —dijo Helena—. No quiero serlo.

—Mala suerte, princesa. —Héctor le sonrió con petulancia—. Vamos, ya sabías que tendrías que serlo.



—¡Pero no tengo ni idea! —exclamó, ansiosa—. Y, además, no soy buena combatiente. ¿Y si algún miembro de otra casta me reta a un duelo? Perdería, sin duda. —Helena empezó a andar de un lado a otro, nerviosa.

—Si eres nuestra líder, no tendrías que enfrentarte a nadie —dijo Lucas, que cada vez estaba más cómodo con el rumbo que estaban tomando los acontecimientos—. Los líderes tienen la potestad de elegir a los mejores combatientes para luchar en su nombre cuando alguien los desafía. Lo habitual es escoger al mejor luchador, al campeón. Sería un error escoger a nuestro mejor guerrero como líder.

—Bueno, todos estamos de acuerdo. Helena es la que manda —resumió Orión.

—No, no estamos de acuerdo —interrumpió Helena, pero el chico hizo caso omiso a su reproche y continuó hablando.

—Ahora debemos escoger un campeón. —Se levantó y realizó una formal reverencia a Helena—. Acepto el puesto.

—¡De ninguna manera! —objetó Lucas, que también se puso de pie—. Yo soy el campeón de Helena.

—No puedo permitirte que lo hagas, hermano —dijo Orión, como si le pidiera disculpas.

—¿Acabas de decir que no «me lo permites»? —preguntó Lucas con voz incrédula.

—Señoritas, por favor —intervino Héctor, mientras separaba a Orión y a Lucas, y se colocaba entre ambos—. ¿No estabais prestando atención o qué? Se supone que el campeón es el mejor guerrero. Está claro que debo ser yo.

—¿De veras? Demuéstralo —le retó Lucas.

Helena intuía que se acercaba una pelea. Lo último que quería era ver a sus chicos enfrentados y, aunque todavía no estaba lista para afrontarlo, sabía que solo sería capaz de enviar a uno de ellos a una batalla.

—Héctor —declaró—. Si queréis que sea vuestro líder, Héctor debe ser mi campeón. —Miró a Lucas y después a Orión—. Es el mejor guerrero.

—¡Bravo! Esa es mi chica. Ya has tomado tu primera decisión. Has escogido bien. Serás mejor líder de lo que imaginas

—Esperad —protestó Lucas.

—¿Aceptas? —preguntó Casandra a Héctor, haciendo oídos sordos a la queja de su hermano.

—Sí, acepto —respondió él de inmediato.

—Como testigo, doy fe de que Héctor es, desde hoy mismo, el campeón de Helena. Si alguien la desafía, será él, y solo él, quien luche en su nombre. — La pequeña miró a Orión con dureza y añadió—: Lucas será el segundo de Héctor.

—Esperad un momento —balbuceó Orión.

—Y tú serás mi campeón —anunció alzando la voz para acallar sus discrepancias—. De ese modo, Atreo dirige, Tebas protege a Atreo, y Atenas y Roma defienden a Tebas. Tenemos que demostrarles que las peleas entre castas se han acabado, y la mejor forma de hacerlo es que los cinco estemos dispuestos a arriesgar nuestra vida por el resto.

Orión se quedó callado, reflexionó sobre lo que había dicho Casandra y suspiró a regañadientes.

—Tienes razón.

—¿Aceptas? —le preguntó—. ¿Accedes a ser mi campeón? —La pequeña se ruborizó.

—Sí —respondió él, con tono serio. Entonces soltó una carcajada y le dio un suave empujón—. Pues claro que acepto, gatita.

Casandra le respondió con una sonrisa, aliviada.

—Como testigo —anunció—, Orión es el campeón de Casandra.—Miró de reojo a Lucas. Era evidente que se estaba mordiendo la lengua—. ¿Quieres decir algo?

—No me gusta que me dejéis al margen —respondió. Estaba furioso—. Pero acepto.

—De acuerdo. Ahora formamos un equipo —dijo Orión, mirando a todos los presentes—. Esta reunión será muy interesante.



—¡Matt! —llamó Claire—. ¿Puedes concentrarte, por favor?

El chico se giró y la miró desconcertado, como si no comprendiera qué le estaba diciendo. Acababa de decir algo sobre Helena, pero no sabía muy bien el qué.

Se había distraído.

En ese momento, una embarcación estaba llegando a la playa de Great Point, justo debajo del faro. Era un barco relativamente pequeño. Desde su casa, en Siasconset, no había oído el chirrido del casco sobre la arena, ni tampoco había visto a los tres mirmidones tirarse al agua y transportar el velero a hombros hasta la playa sin despeinarse. Matt no estaba físicamente presente cuando otros diez barcos llegaron a la costa y sus soldados tomaron la playa, pero era consciente de que todo eso estaba ocurriendo. En cierto modo, estaba allí. Incluso mientras Claire ondeaba una mano delante de la cara y suspiraba de frustración, podía avistar los pasos precisos y exactos de sus treinta y tres hombres marchando por la orilla.

—La Tierra llamando a Matt —dijo Claire con una mueca de preocupación—. ¿En algún momento vas a hacer aterrizar esa nave y unirme a la conversación?

Matt soltó una risotada irónica.

—Hacer aterrizar esa nave —repitió mientras observaba cómo miembros de su ejército evaluaban el terreno con precisión de soldado. Parecía que estaba en dos sitios al mismo tiempo. Vio a un guerrero mirmidón, con la tez oscura y brillante, como si fuera el caparazón de alguna criatura, arrodillarse y posar la mano sobre la arena fría.

—Está aquí. La mente de nuestro maestro está con nosotros —anunció Telamón.

Recordaba que Telamón era un príncipe, además de uno de los mejores capitanes de Matt.

—Otra playa, hermanos —dijo, con pesar. Telamón se frotó las manos para sacudir la arena. A juzgar por su expresión desdeñosa y despectiva, era evidente que seguía despreciando la arena, a pesar de que habían pasado siglos desde la destrucción de Troya.

—¿Cuáles son las órdenes? —preguntó un soldado de ojos negros.



—Acamparemos. Y esperaremos a nuestro maestro aquí —sentenció Telamón—. Cuando esté preparado, se unirá a nosotros.

Entonces oyó la voz lastimera de Ariadna:

—¿Estás bien?

Matt parpadeó varias veces y, por fin, pudo zafarse de aquellas imágenes.

—Sí, estoy bien —respondió. Quería centrar toda su atención en la tarea que tenían entre manos—. Continúa, Claire.

—De acuerdo, lo vuelvo a repetir. La primera vez que vi algo extraño, bueno, ya me entendéis, más raro de lo normal, fue cuando Lennie alcanzó una cuchara. La cuchara tembló durante un segundo, como si tiritara, y después se desplazó hasta su mano. —Hizo una breve pausa y añadió—: Las tres fuimos testigos de algo parecido cuando estábamos en el hospital, en la habitación de Andy.

—Describelo —ordenó Matt, dirigiéndose a Andy.

—Bueno, se enfadó y acto seguido se iluminó. Entonces vi que le caían chispas de electricidad del pelo —respondió la chica, a quien le seguía asombrando aquella imagen—. Todo el equipo médico de mi habitación se puso a vibrar y juraría que sentí que la cama se movía.

Durante un segundo, la habitación de Matt quedó en silencio.

—Noté algo parecido cuando Helena se puso furiosa el otro día —prosiguió Jasón.

—¿Qué pasó? —quiso saber Matt.

—Lucas y ella habían estado en la habitación de Jerry para comprobar que todo estaba en orden, y se pusieron a discutir. Debieron de acabar mal, porque después bajaron a la sala de entrenamiento para zanjar el tema. Os prometo que noté que la casa entera temblaba.

—Quizás ese temblor respondía a los impactos —soltó Matt—. Son tan fuertes que pueden sacudir la casa cuando caen al suelo.

—Eso fue antes de que bajaran. Estaban caminando, Matt —dijo Jasón encogiendo los hombros.

Matt se quedó mudo, pensando.

—¿Pudisteis ver algún relámpago? —preguntó al fin a las chicas.



—La verdad es que no —dijo Ariadna en nombre de las tres—. Lo que vimos fue, sin duda, algo eléctrico, pero no me explico por qué su reacción hizo vibrar cada mueble de la habitación. Fue todo muy extraño. Y escalofriante.

—Tenía la voz rara —agregó Claire. Se frotó los brazos, como si, de repente, tuviera frío.

—Parecía tener demasiada resonancia —recalcó Andy—. Soy una sirena, conozco las voces y jamás había oído algo parecido.

—Sonaba como una diosa —opinó Ariadna, resumiéndolo—. Le ha sucedido algo, chicos.

—Oh, ¿tú crees? —preguntó Jasón, poniendo los ojos en blanco—. Después de todo lo que ha vivido, es lógico que haya cambiado, ¿no? Eso no significa que el cambio sea negativo. Dadle un poco de tregua. Se enfrentó a un dios.

—Y venció —añadió Matt en voz baja—. Se enfrentó a un dios y venció. ¿Hasta dónde llega su poder?

—Es más fuerte que cualquier otro vástago de la historia —dijo Ariadna con voz entrecortada.

—La torturaron, no lo olvidéis —rebatía Jasón.

—Exacto —respondió Ariadna—. ¿Y crees que una experiencia como esa va a cambiarla para mejor?

—Esto es ridículo —dijo Jasón, enfadado. Indignado, se levantó y fue con paso decidido hacia la puerta.

—Jasón —empezó Claire, pero el muchacho se dio media vuelta y la cortó.

—Sé que Helena y tú sois grandes amigas desde que erais pequeñas y que ha cambiado mucho, y comprendo que estés asustada. Pero todo el mundo cambia, evoluciona. Que tú no entiendas lo que le está ocurriendo a Helena no significa que tengas motivos para tenerle miedo. Espero que todos os deis cuenta de eso antes de que cometáis una estupidez.

Jasón se marchó y los dejó a todos petrificados.

—Hay algo más —apuntó Claire, que notaba un nudo en la garganta—. Intenté hablar con Helena y le dije que la notaba muy cambiada. Me dejó bien claro que le importaba un comino. Lo único que quiere es ganar. —Volvió a frotarse los brazos, como si tuviera frío—. A la Helena a la que



conoció le daba lo mismo ganar o perder. De hecho, ni siquiera se molestaba en llegar primera en una carrera.

Estaba asustada. Todos lo estaban. Pero lo peor de todo era que Matt tenía la extraña sensación de que deberían estarlo.

El chico reflexionó sobre aquella pregunta que Zack le había planteado hacía tiempo: ¿estaría dispuesto a asesinar a alguien que todavía no había cometido ningún delito o error para evitar que, en un futuro, pudiera matar a millones de personas? ¿Qué era lo correcto?

—¿Cuánto tiempo más, capitán? —preguntó uno de los mirmidones.

—Pronto —respondió Telamón—. El maestro sigue dividido.

—Imposible —dijo otro soldado. Su mirada carmesí se estrechó por la emoción—. No puede ser él si todavía tiene dudas. Aquiles siempre confió en nuestra verdadera misión. Murió por ella.

—Paciencia —ordenó Telamón.

—Paciencia —respondieron a coro todos los mirmidones, como si estuvieran recitando el catecismo. Era un ritual que habían ensayado multitud de veces.

—Viejas lealtades de su vida mortal le impiden decidirse —prosiguió Telamón. Colocó la mano sobre el hombro de un camarada para tranquilizarle, como si fuera un consejero o un sacerdote—. Pero lealtades más antiguas empiezan a aflorar. Valor.

—Valor —repitieron los soldados al mismo tiempo en cuanto Telamón articuló la palabra. Su versión militar de «amén» retumbó entre las dunas. La gravedad del cántico hizo levantar nubes de arena que se deslizaron hacia el mar.

—El fin de este ciclo está muy cerca —continuó Telamón—. Y, al final, el corazón de nuestro maestro lo guiará hasta nosotros. Amigos, recordadlo: la espada escogió este navío en particular porque sabe que comparte nuestro deseo.



—¿Matt? —llamó Ariadna.

El joven pestañeó para poder concentrarse.

Parecía preocupada.

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Primero, enterarnos de hasta dónde está dispuesta a llegar —respondió—. Y, después, cada uno de nosotros tendrá que decidir hasta dónde está dispuesto a llegar para detenerla.



Capítulo 9

Esa noche, Lucas se vistió a conciencia. Sabía que la reunión de las castas era un asunto semiformal, pero no por ello iba a llevar algo que pudiera impedirle moverse con agilidad. No se fiaba de ninguno de los invitados que iban a acudir al encuentro, así que no estaba dispuesto a ponerse alguna prenda que pudiera entorpecer sus movimientos en una pelea.

Por supuesto, toda contienda estaba estrictamente prohibida en ese tipo de reuniones. Sin embargo, hacía más de veinte años que la mayoría de los vástagos convocados no se veía las caras. Y, para colmo, iban a compartir habitación con personas que habían asesinado a sus seres más queridos. No le sorprendería que se desencadenara un peligroso combate.

Lucas bajó al salón y se encontró con parte de la familia pegada a la pantalla del televisor, escuchando con atención las noticias. Las imágenes mostraban una tormenta eléctrica sin precedentes sobre una ciudad a oscuras.

—¿Es Manhattan? —preguntó Lucas mientras se acercaba a la televisión.

—Sí —contestó su madre, que estaba paralizada—. La ciudad ha sufrido un apagón.

Le costaba imaginarse el caos que un apagón eléctrico de tales dimensiones podría provocar en Nueva York. Las líneas de metro estarían paralizadas, con multitud de usuarios en los vagones. Los ascensores no funcionarían y los trabajadores estarían atrapados en sus oficinas durante horas. Por no mencionar el vandalismo, los atracos y los asaltos en las calles sin luz.

—¿Por qué Zeus haría una cosa así? —preguntó Andy.

—Para recordarnos que puede hacerlo —respondió Héctor, con la mandíbula apretada.

Alguien llamó a la puerta principal. Todos contuvieron el aliento.

—Ya voy yo —se ofreció Kate, pero Noel se lo impidió.

—Debo ser yo —se disculpó Noel con amabilidad—. Es mi casa.



Lucas siguió a su madre hasta la entrada. Cuando Noel abrió la puerta, sintió que alguien le había dado una patada en el estómago. El tipo que estaba en la puerta era alto y atlético. Tenía el cabello negro y unos ojos azules muy brillantes. Parecía él mismo, pero veinte años mayor.

—Dédalo —saludó Noel.

—Noel —respondió este. Cruzó los brazos en forma de equis sobre el pecho e hizo una respetuosa reverencia. A pesar de los buenos modales, era obvio que no se llevaban bien.

Lucas no podía respirar. Le habían dicho muchísimas veces que se parecía a los miembros de la casta de Atenas, pero nunca se habría imaginado que se asemejaba tanto al tipo que asesinó a su abuelo.

—Bienvenido —prosiguió Noel—. Te ofrezco mi hospitalidad.

—Es un honor —dijo Dédalo, y entró. Enseguida atravesó a Lucas con la mirada y le sonrió con remordimiento. Después, desvió la mirada hacia el salón—. Hola, hijo —anunció.

Por un momento, Lucas creyó que se estaba dirigiendo a él.

—Padre —saludó Orión con formalidad.

Lucas se dio media vuelta y se percató de quién estaba justo detrás de él. El aspecto de Dédalo le había impresionado tanto que ni siquiera se había fijado en que Héctor y Orión se habían acercado.

Dédalo avanzó por el vestíbulo. Su forma de andar era orgullosa e intimidante. Le ofreció la mano a su hijo y Orión la estrechó sin sonreír.

—Pareces fuerte —observó Dédalo.

—Lo soy —replicó Orión.

Padre e hijo se miraron durante largo rato. Dédalo fue el primero en apartar la mirada.

Lucas jamás había oído a Orión hablarle a nadie con tal frialdad, pero, sabiendo cómo su padre le había abandonado, no podía culparle. Dédalo no reaccionó ante aquel trato tan poco cariñoso y familiar. Miró a Héctor.

—Áyax —murmuró. Al verle, su expresión fue de arrepentimiento, de pesar, pero un segundo después volvió a adoptar el gesto con el que había entrado en la casa de los Delos, intimidante y adusto.

—Pasa —invitó Noel—. Chicos, hacedle un hueco.

El instinto de Lucas le decía que debía proteger su hogar e impedirle la entrada a Dédalo. Estaba seguro de que Héctor y Orión le apoyarían, así que, como si se hubieran comunicado por telepatía, los tres, se interpusieron en su camino.

—Oh, apartaos, por favor —gruñó Noel con impaciencia, mientras empujaba a unos y a otros—. Da igual que las furias hayan desaparecido; seguís actuando como una jauría de perros salvajes. Tenéis que ir olisqueando el culo a todo el que entra en vuestro territorio.

Dédalo trató de esbozar una sonrisa y siguió a Noel. Al fin, Héctor, Lucas y Orión se relajaron y le dejaron entrar.

—Qué incómodo, ¿no? —dijo Héctor después de que Dédalo cruzara el umbral.

—Es la alegría de la huerta, ¿verdad? —respondió Orión con sarcasmo. Volvía a actuar como siempre—. Oh, y ahora está contento, por cierto.

—¿Por qué no me dijiste que me parecía tanto a tu padre? —preguntó Lucas.

—Creí que lo sabías —se justificó Orión, encogiendo los hombros.

—Sabía que teníamos una retirada..., pero es ridículo. ¿Cómo diablos se supone que debo sentirme?

—Tampoco es plato de buen gusto para mí, Lucas. Cada vez que te miro, veo a mi padre. A las parcas les divierte jugar con nosotros. Lo hacen a propósito. Les encanta que nos parezcamos a alguien en particular, por pura diversión. —De repente, Orión sonrió de oreja a oreja—. Fíjate en Héctor: se parece a alguien que les tenía el corazón robado a todas las mujeres, y, míralo, más solo que la una.

—Gracias, colega —respondió Héctor siguiendo la broma, como si el comentario de Orión fuera un cumplido.

Todos se echaron a reír y la tensión que se había respirado segundos atrás se disipó.

—No dejes que te afecte —advirtió Orión, serio—. Tenemos que ocuparnos de muchos asuntos esta noche.



—Tranquilo —dijo Lucas con seguridad—. Sé por qué estoy aquí. —Sabía que Orión entendería el mensaje. Estaba refiriéndose a la protección de Helena.

Desde su habitación, Helena podía oír el murmullo de voces desconocidas. Casi todos los vástagos habían llegado puntuales para la reunión de las castas. Notaba la tensión que debía respirarse en la sala porque le daba la impresión de que el suelo incluso vibraba. Ahora que era más susceptible a todo tipo de emociones, estaba completamente expuesta a la agitación de los demás. No conocía cada detalle de la guerra que se había librado hacía veinte años, pero estaba segura de que todavía no se habían curado todas las heridas. Una historia con tales dosis de odio, pasión y pérdida amenazaba con explotar de forma violenta en cualquier momento. Y presentía que estaba de pie encima de esa bomba de relojería.

Nerviosa, Helena se arregló la ropa. Iba más elegante de lo habitual. Era la típica chica que se vestía con lo que encontraba entre la sección de ofertas, pero Dafne le había regalado un atuendo de diseño porque, según ella, le haría sentirse más segura de sí misma. Pero, hasta el momento, solo había conseguido ponerla más nerviosa. Helena estaba casi segura de que las botas de piel que llevaba costaban más que su armario entero, pero prefirió no preguntar. Por lo visto, Dafne no tenía inconveniente en robar tesoros de valor incalculable de museos de historia, así que dudaba mucho de que los sistemas de seguridad de las tiendas la asustaran mucho.

Durante un segundo, imaginó a su madre dejando un rastro de delitos desde la casa de Dédalo, en Newfoundland, hasta el hogar de los Delos, en Nantucket: coches robados, tiendas saqueadas y corazones rotos. Dafne había llegado hacía una hora, pero Helena solo podía pensar en cuántas leyes habría quebrantado desde la última vez que se habían visto.

—Deja de moverte —dijo. Colocó la cadena con el colgante de corazón sobre la ropa para que pudiera ser visible en todo momento—. La casta de Atreo descende de Zeus, así que ocupa el mayor escalafón. Nosotras vamos después —indicó—. El último en unirse, por supuesto, es el oráculo.

Helena se apartó de su madre y cogió un cepillo de pelo para disimular que no quería que la tocara. De todas formas, Dafne se dio cuenta.

—Ha llegado el momento. Todos están allí —dijo con brusquedad.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Helena.

—Porque reconozco sus voces. —Sonrió con amargura y se apartó el pelo hacia atrás—. Hay gente ahí abajo a la que conozco mejor que a ti.

—¿Y de quién es la culpa?

—Culpa no —contestó con cariño—. Decisión. Fue decisión mía, Helena, y fue la correcta. Estabas mejor sin mí.

La chica abrió la boca para rebatir a su madre, pero tuvo que acallar su protesta porque, como descubriera, sabía que estaba diciendo la verdad. No estaba exagerando ni tratando de justificarse por haber sido una mala madre. Dafne estaba convencida de que había actuado bien, que había tomado la decisión correcta y, al pensar que su padre seguía sumido en un sueño profundo, no tuvo más opción que estar de acuerdo. Había estado mejor sin su madre. A pesar de que Dafne la había abandonado, Helena había gozado de una vida muy feliz, con Jerry como padre, y Claire y Matt como mejores amigos. Sin duda, Dafne había necesitado mucha disciplina y valor para hacerlo. Ahora, empezaba a comprender lo afortunada que había sido. Había disfrutado de diecisiete años de vida normal y corriente que habían ayudado a formarla como persona. Y todo gracias a su madre.

—Gracias —susurró.

—De nada —respondió Dafne con la voz apagada.

Le sorprendió su tono, mustio, así que desvió la mirada hacia su pecho para tratar de adivinar sus emociones. Pero lo único que vio fue un agujero negro, un vacío inmenso e infinito en lugar de un corazón. Evitó la mirada de su madre, gesto que a esta no le pasó desapercibido.

—¿Qué, Helena? ¿Qué pasa? —preguntó.

—No tienes corazón —respondió ella. Estaba demasiado abrumada por el agujero inhumano que había en el interior de Dafne como para acordarse de ocultar su nuevo talento.

—Desapareció el día en que Áyax murió —respondió Dafne.

—Pero no hay nada, ni siquiera un corazón roto —prosiguió Helena, sacudiendo la cabeza—. No estás triste, ni enfadada, ni dolida. No sientes nada. Eso no puede ser normal. —Clavó los ojos en ella y la cogió por la muñeca para evitar que se escabullera—. ¿Qué hiciste, madre?



Dafne trató de zafarse, pero su hija era demasiado fuerte.

—Permuté mis sentimientos para conseguir una meta. Las mujeres lo hacen continuamente. Las mujeres vástago lo juraron ante Hécate —dijo Dafne. Y entonces entornó los ojos, como si sospechara de algo—. Pero, ¿cómo puedes saber lo que no siento? —murmuró, más bien para sí.

—¿Helena? —llamó Andy después de llamar a la puerta—. ¿Estás ahí?

—Sí —contestó. Soltó a su madre y rápidamente se giró hacia la puerta—. Pasa.

Andy empujó la puerta con indecisión y se asomó.

—Noel se está poniendo..., eh..., inquieta. Es la única palabra educada que se me ocurre para describirlo. Dice que tu madre y tú tenéis que mover el culo allí abajo antes de que alguien asesine a alguien y la sangre manche el suelo. —Sonrió y levantó las manos—. Estoy citando sus palabras, que conste.

—Te creo —respondió Helena, tras un chasquido—. Ya vamos.

Su madre y ella tenían mucho de que hablar, pero, como siempre, tendría que esperar para obtener ciertas respuestas. Las dos salieron de la habitación de Ariadna y siguieron a Andy por el pasillo hacia las escaleras.

—Oh, oh —dijo Dafne en voz baja fijándose en la silueta grácil de Andy—. Eres un pez muy poco común, ¿verdad?

Ante esa provocación burlona, Andy se puso tensa, rígida y, de repente, se quedó inmóvil en mitad de las escaleras.

—Soy mitad sirena —se justificó. Se dio media vuelta y atravesó a Dafne con la mirada—. ¿Tienes algún problema con eso?

—No —contestó ella, que no se amilanó ante la mirada intimidante de la chica—, pero es evidente que tú sí. Ya va siendo hora de que lo superes.

Dafne siguió bajando las escaleras como si nada. Helena la siguió de mala gana y, al pasar junto a Andy, la miró como disculpándose por el comentario de su madre.

—Héctor no es Apolo —añadió Dafne cuando alcanzó los pies de la escalera—. También va siendo hora de que superes eso.

—No tienes ningún derecho —empezó Andy, furiosa.



—Héctor es uno de los hombres más maravillosos que jamás he conocido, sirenita —interrumpió Dafne. Helena se fijó en que su madre miraba a Andy con severidad, incluso con desprecio—. No le mereces.

Helena articuló las palabras «lo siento» desde el último peldaño, pero Andy ya se había dado media vuelta.

Sin dejar de pensar en la chica, siguió a su madre hasta el salón. Enseguida se fijó en el tipo rubio y corpulento que estaba delante de Cástor y Palas. Ocupaba el lugar destinado al líder de la casta de Tebas.

No podía ser otro que Tántalo; aunque no le había visto en su vida, le reconoció. Le recordó con el rostro enrojecido, sudoroso y con una mueca de rabia e ira mientras trataba de matar al hijo que había engendrado.

Tántalo miraba a Dafne fijamente. La observaba como Menelao a Helena de Troya. Gracias a su nuevo talento, visualizó su interior, que ardía de necesidad. Durante un segundo, el vástago posó sus ojos sobre ella. La muchacha se estremeció. Le repugnaba la forma en que la miraba. Recordó su otra vida, la vida en que había sido forzada a casarse con él, después de que cayera Troya. Entonces desvió de nuevo la mirada hacia Dafne y se quedó contemplándola hasta que el oráculo apareció.

En cuanto Casandra entró en el salón, con su cascabel tintineando en la muñeca, Lucas, Héctor, Orión y Helena se colocaron junto a ella. La pequeña se sentó en su enorme sillón. Orión se puso a su izquierda y Helena a su derecha. Héctor y Lucas permanecieron detrás de Helena, uno a cada lado.

La reacción de los asistentes a la reunión no se hizo esperar.

—¡Helena! ¡Vuelve aquí! —regañó Dafne.

Pero ella la ignoró por completo.

—Lucas..., hijo —advirtió Cástor, haciendo especial hincapié en la última palabra—. Debes ponerte detrás de tu tío Tántalo.

Lucas miró hacia otro lado y se mantuvo impassible, como un soldado entrenado, y no abandonó su posición.

—¿Lo ves? ¡Te lo dije! —siseó un tipo esbelto con los labios carnosos.

Debía de tener la misma edad que su madre, pero era de esos hombres que mejoran con la edad. Helena no lo dudó: debía de pertenecer a la casta de Roma. No le reconoció de inmediato, pero, al ver cómo Orión y Dédalo le penetraban con la mirada, intuyó que se trataba de Faón.



Este le dio la espalda al grupo para hablar con los miembros de su casta.

—Orión ni siquiera se va a quedar con nosotros. No le importamos nada, ni nosotros ni la casta de Roma. ¿Y aun así le seguís considerando vuestro heredero? ¿Qué más pruebas necesitáis para daros cuenta de que es un líder incompetente?

Helena aprovechó para mirarle el pecho. Descubrió que, en lugar de un corazón, tenía una herida que no dejaba de supurar. Se le revolvieron las tripas. Aunque el rostro y el cuerpo de Faón eran hermosos, aquella criatura estaba podrida por dentro. El corazón de Orión ardía de furia e ira. Después le miró a los ojos y, en un gesto cómplice, le pidió que se tranquilizara.

—Basta —ordenó Casandra sin subir la voz. Todos los murmullos se silenciaron para centrar la atención en el oráculo—. Los días de divisiones se han acabado. Las castas se han unido y hemos formado una coalición propia para demostrar esa unión. Cada casta está representada por su heredero, y hemos elegido a Helena como nuestra líder.

—Desafío —anunció Faón de inmediato. Escudriñó a Helena con detenimiento, fijándose en sus delgados brazos y en aquellas manos tan suaves—. Desafío a Helena de Atreo por el derecho a liderar a los herederos... y al oráculo.

—¿La Navidad ha llegado antes de tiempo este año? —preguntó Héctor arrastrando las palabras. Dio un paso hacia delante con una amplia sonrisa—. Soy el campeón de Helena, imbécil. Tú la desafías a ella, y te enfrentas a mí.

Faón se quedó blanco. Después empezó a gritar como un loco, diciendo que su casta no permitía ese tipo de figuras protectoras, que se trataba de una ley arcaica que debería eliminarse. Héctor observaba a Faón mientras este reculaba. Brillaba como un héroe de un cuento enfrente de un cobarde rastrero.

—¿Y tú, Orión? —le dijo Dédalo a su hijo con absoluto desprecio—. Permites que Helena os dirija, que Héctor sea su campeón... ¿Qué honor ostenta el heredero de la casta de Atenas?

—Orión es mi campeón —espetó Casandra. Observaba a Dédalo con repulsa y menosprecio—. ¿Es lo bastante honroso para ti, Ática?

Dédalo se inclinó ante el oráculo, con los brazos cruzados sobre el pecho y con el torso en paralelo con el suelo.



—Que el orgullo de Atenas te sirva como te mereces, Sibila, por la gloria de nuestra casta. —Al levantar la cabeza, miró a Casandra y a Orión un tanto extrañado, como si no lograra comprender el vínculo que los unía.

Helena visualizó la confusión en el interior de Dédalo. Deambulaba alrededor de su corazón como una nube de humo plumizo. Mientras los cabecillas de las castas comentaban con sus compatriotas el nuevo giro de los acontecimientos, Helena se fijó en Casandra y Orión.

La pequeña de los Delos representaba la mano fría del destino y, como tal, se suponía que no podía apasionarse por nada. Hasta hacía relativamente poco, siempre guardaba las distancias con todo el mundo, incluida su propia familia, y todos ya habían aceptado que se trataba de una consecuencia inevitable de su posición. Sin embargo, con Orión se comportaba de forma distinta. Bufaba como un felino cada vez que alguien le hablaba con desdén o le trataba con menosprecio.

Escarmentado, Dédalo regresó a su posición, ante otro tipo con cabellera oscura y ojos azules de la casta de Atenas. Orión miró de reojo a Casandra y sonrió. En sus entrañas, Helena distinguió ternura, cariño, pero, en ningún caso, atracción. Como era lógico, estaba orgulloso de su «gatita», y se sentía agradecido por haberle defendido delante de su padre, pero no la consideraba como a una mujer.

La esfera plateada que colgaba del cuello de Casandra, que tan remota y baldía parecía a ojos de Helena, como una estrella sin vida, se iluminó cuando captó la sonrisa de Orión. Danzó. Ardió. Se variaba de luz y volvía a llenarse, como el corazón de cualquier mujer cuando el hombre al que ama le sonríe.

Era exactamente lo que Orión siempre había ansiado, encontrar a alguien que le quisiera de verdad, y ahí estaba, delante de sus ojos. Pero, al parecer, todavía no se había dado cuenta.

Helena echó una ojeada al grupito de la casta de Roma, preguntándose si alguno podía ver lo mismo que ella. Faón solo tenía ojos para Casandra. La miraba con lujuria, ensimismado. Deseaba aquella luz cristalina y pura que brillaba en su interior. A Helena se le puso la piel de gallina. Obviamente, a diferencia de Orión, Faón sí se había dado cuenta.

Sin embargo, a Orión no le pasó desapercibido el hecho de que Faón tenía la mirada clavada en Casandra.



—Ni la mires —gruñó Orión, colocándose delante de Casandra para protegerla de la mirada de Faón.

Dédalo y su segundo de a bordo se acercaron con aire desafiante a Faón. Incluso Cástor y Palas, que solían ser los más racionales y sensatos, reaccionaron a la amenaza de Casandra. Todo el salón pareció aproximarse a Faón como una peligrosa ola. Dafne les cerró el paso y levantó las manos.

—Dédalo, ya lo sé. De veras. Pero no aquí, ni ahora —le susurró al oído con tono de súplica—. Cástor. No rompas tu promesa de hospitalidad. Otra vez no.

Helena sabía que Dafne le estaba recordando que Pandora la atacó hacía pocos meses, mientras estaba bajo la protección de Cástor. Dédalo, Cástor y Palas se tranquilizaron, pero seguían con expresión furibunda. Las carcajadas estridentes de Faón llenaron el salón.

—Calmaos, chuchos —dijo cuando ahogó aquella risa tan perturbadora—. Es demasiado mayor para mí.

—Es vergonzoso —replicó Orión con la mandíbula apretada. De repente, tensó las manos, como si quisiera estrangular a su primo. Había mordido el anzuelo de Faón.

Helena vio a Faón sacarse un cuchillo que llevaba escondido entre la ropa. Lo desenfundó en un movimiento rápido. La vaina era idéntica a la que solía llevar Orión colgada del cinturón. Estaba prohibido acudir a una reunión de castas armado, así que Orión estaba completamente indefenso. Presentía que Faón, a pesar de haberse mostrado reacio a pelearse con Héctor en un combate, tenía mucha más experiencia que Orión y, por lo tanto, era muy posible que venciera. Su amigo podría salir herido, o incluso muerto, de aquel enfrentamiento.

Sintió un revoloteo en su interior. Era como si sus entrañas hubieran cobrado alas y trataran de salir volando por su boca. En ese momento no pensó en qué sería lo correcto, ni en las reglas sagradas de la hospitalidad, ni tampoco en el alto el fuego que todos habían acordado. Solo podía pensar en la espada que empuñaba Faón.

Invocó el metal. El procedimiento era similar al de los relámpagos. En vez de astillas eléctricas, Helena tomó esa misma fuerza y la ensanchó en un campo. Era como coger una moneda y aprender un truco muy sencillo para voltearla y descubrir una cara muy distinta. Utilizó ese campo de fuerza para arrebatarle el estilete a Faón.



—¡Cómo te atreves! —rugió. La voz de Helena resonó en el salón como un trueno.

La empuñadura de la espada salió disparada hacia su mano. La agarró con fuerza y se dirigió furiosa hacia Faón, con la espada sobre su cabeza. Iba a despedazar el corazoncito pervertido de Faón. Notó que le ardían los muslos y, de inmediato, el suelo empezó a vibrar bajo sus pies. Vislumbró a Faón caerse al suelo para rogarle que parara.

—¡Helena! ¡No! —le rogó Lucas al oído. Sentía todo su cuerpo convulsionando contra su piel—. P..., por favor, pa..., para —tartamudeó. No era capaz de controlar la mandíbula.

Helena miró a su alrededor, confundida, como si acabara de despertarse de un sueño. Lucas la sujetaba por la cintura y trataba de arrastrarla. Agachó la mirada y se sorprendió al descubrir que su piel emitía un brillo rosa y azul, como una centella.

Lucas seguía aferrado a ella, y sabía que el ardor que desprendía era más intenso que la superficie solar. Apagó de inmediato la corriente eléctrica, y Lucas se derrumbó sobre el suelo. Los muebles del salón estaban volcados, y todos los que habían acudido a la reunión permanecían en el suelo. Había causado un terremoto. El suelo de su alrededor se había transformado en un disco de carbón cuyos bordes todavía ardían, como si fuera un anillo de fuego. Todos la miraban con los ojos como platos, aterrorizados.

Excepto Lucas. Tenía las manos, las mejillas y el pecho negros. Estaba cubierto de sangre. La bola de fuego que había creado le había quemado la piel y los músculos. Se retorció de agonía en el suelo.

—¡Oh, no! —exclamó Helena, agachándose junto a él—. ¡No, no, no! —repitió, histérica.

Lucas gemía cada vez que ella le tocaba. Pedazos de piel chamuscada volaban por el aire como ceniza. Aquellas heridas le provocaban un dolor insoportable, y Helena sabía que no había lugar en el mundo donde pudiera aliviar su sufrimiento.

Necesitaba un mundo nuevo.

No había olvidado la conversación de Hades, quien le había prometido que, tarde o temprano, las parcas la inducirían a hacerlo. También la advirtió de que, en cuanto ideara ese nuevo mundo, los dioses la desafiarían. Pero en ese momento le daba lo mismo.



Construiría un universo entero desde cero y enviaría a todos los olímpicos al Tártaro si no le dejaban otra opción. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para salvar a Lucas.

Helena lo cogió en volandas. Al comprobar que el corazón le había dejado de latir y que tenía los ojos cerrados, creó un portal de entrada a su mundo nuevo y le llevó hasta allí.



Capítulo 10

Dafne pasó la mano por encima de la afilada capa de hielo que se había formado sobre las cenizas. No daba crédito a lo que estaba viendo. Observaba aquel círculo chamuscado en que se había convertido el suelo del salón y los delicados copos de nieve que lo cubrían y que habían ayudado a extinguir las llamas, mientras pensaba en su hija. Había desaparecido con Lucas entre los brazos. ¿Cómo era posible que hubiera logrado hacer algo así?

Desde el principio estaba convencida de que aquella reunión no sería muy fructífera y que quizás habría tensiones, pero la dramática huida de Helena caldeó el ambiente. De hecho, estaba al rojo vivo. Necesitaba recuperar el control de la situación antes de que empezaran a despellejarse. No quería desaprovechar esta oportunidad.

—¿Has provocado tú el terremoto? —le gritó a Orión. La pregunta silenció el caos.

—No —contestó él. Al ver que todos le miraban con incredulidad, suspiró, y a regañadientes, continuó—: Fue Helena. Consiguió ese talento el día en que nos convertimos en hermanos de sangre.

—¿Y cómo ha logrado zafarse de Faón? —preguntó Dédalo.

—Electromagnetismo —respondió Palas—, aunque la verdad es que nunca había oído de alguien capaz de almacenar el voltaje suficiente para crear un campo magnético de esas características.

—Es demasiado poderosa —murmuró Tántalo a Palas—. Podría matarnos a todos.

Palas asintió. Dédalo imitó el gesto.

Todos, pensativos, se quedaron en silencio. Dafne no podía permitir que un detalle como ese los distrajera. Cogió la Rama de Eneas, que pasaba desapercibida en la muñeca de Orión como una pulsera dorada, y se levantó.

—¿Abriste un portal con esto y empujaste a Helena y a Lucas?



—No. Solo puedo abrir portales que ya existen, pero no crearlos —explicó—. Solo Helena es capaz de abrir sus propios portales donde ella quiera.

—¿Y el hielo? —insistió Dafne, invitándole así a dar más detalles. En el fondo, su único objetivo era captar la atención de los demás e impedir que siguieran dándole vueltas a la sugerencia de Tántalo.

—Siempre se forma una capa de hielo cuando desciende. Pero si hubiera ido al Submundo, estaría de vuelta casi al instante. Cuando uno está en el Submundo, el tiempo se detiene —dijo Orión. Estaba algo confundido por la dirección que estaba tomando el interrogatorio de Dafne.

—No siempre funciona así. Al menos, en el caso de Helena —le rebatió ella—. No sé cómo, pero, en una ocasión, mientras Helena estaba en el Submundo, el tiempo en la Tierra siguió pasando.

Cástor miró a Tántalo, atento a su reacción. Todos sabían, incluida Dafne, que era un descubremientiras. Al fin, Tántalo asintió.

—Está diciendo la verdad —anunció.

—¿El Submundo? —susurró Cástor, con la voz entrecortada—. ¿Por qué motivo llevaría a Lucas al Submundo?

Todos habían sentido el terrible calor de la tormenta eléctrica que Helena había descargado. A excepción de Dafne, que era la única capaz de soportar el intenso calor de los relámpagos, los demás tenían quemaduras por toda la piel. Y Lucas había estado sujetándola mientras permanecía en ese estado. Al relacionar esa imagen con el Submundo, cayeron en la cuenta de que Lucas estaba muerto... o a punto de morir.

—Tío —llamó Héctor con dulzura. Cástor tenía la mirada perdida, como si ni siquiera hubiera escuchado a su sobrino.

Héctor miró a Jasón y Ariadna. Se habían quedado mudos.

—Helena conoce el Submundo mejor que nadie. Puede que sepa de algún lugar donde Lucas pueda recuperarse. Quizá le haya llevado allí por eso —propuso Jasón, que estaba pensando en voz alta. No quería perder la esperanza.

Todos miraron a Orión.

—¿Podría ser esa la razón? —preguntó Cástor.



Orión se encogió de hombros y sacudió la cabeza, dando a entender que no lo sabía. Pero no parecía albergar muchas esperanzas. Dafne dejó que pasaran unos segundos para que todos se concentraran en esa idea.

—¿Y qué ocurre si decide quedarse allí abajo con él, Orión? —preguntó Dafne en voz baja, sin presionar demasiado.

Vio que Orión torcía el gesto al imaginarse que podía perder a Helena para siempre. La amaba y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, tal y como Dafne había planeado desde el principio, cuando los envió a los dos al Submundo.

En realidad, era algo bastante predecible. Dos jóvenes hermosos y atractivos que viven una experiencia increíble y que se unen para luchar por una causa común. Lo único que Dafne había tenido que hacer era convertir la relación con Lucas en algo imposible y avivar una esperanza en Orión. Se enamoraría de Helena en cuestión de días. Ahora solo podía esperar a que la amara lo suficiente... para que Dafne pudiera controlarlo.

—¿Podrías ir a buscarla? —continuó. Trataba de encontrar la manera de hacer ver a Orión qué papel estaba destinado a interpretar en el próximo gran ciclo—. ¿Podrías traerla a casa?

—¿Del mundo de los muertos? —espetó Dédalo antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo. Miró de reojo a Cástor, un tanto avergonzado—. Lo siento, Cástor. Pero tu hijo no tenía muy buen aspecto.

Cástor agachó la cabeza. Tenía la tez blanca como el alabastro y la mirada clavada en el suelo.

—Todavía no sabemos qué ha ocurrido. No podemos perder la esperanza —murmuró Tántalo al oído de Cástor. Agarró a su hermano por el hombro en un intento de subirle el ánimo.

Dafne no tuvo otra opción que morderse la lengua para evitar gruñir ante el sonido de aquella voz. Deseaba decirle a Cástor que no se fiara de él, pero sabía que no serviría de nada, excepto para empeorar las cosas.

Tántalo se levantó, como si quisiera decir algo a todo el mundo. Con ese simple gesto, adoptó el papel de líder después de un desastre. Siempre había sido el más carismático de todos, pensó Dafne. Sabían que era malvado y perverso, pero con todo y con eso seguían confiando en él. Deseaban poder fiarse de él. Y lo mismo le había ocurrido a Dafne hacía ya mucho tiempo.



—Propongo que utilicemos esta reunión para discutir sobre lo que hemos visto y sobre cómo deberíamos avanzar —anunció Tántalo, dirigiéndose a todo el grupo. Desvió la mirada hacia Faón y añadió—: Empezando por el castigo que imponemos a Faón por intentar asesinar al líder de esta casta.

Andy estaba sentada en la cocina con el resto de los no vástagos, es decir, con los mortales que no necesitaban descansar. Kate había preferido acompañar a Noel al piso de arriba porque no podía dejar de llorar. A Andy no le cabía la menor duda de que Noel era una mujer fuerte, pero, después de lo que le había sucedido a Lucas, cualquier madre se habría derrumbado.

Matt y Claire esperaron a que Kate y Noel salieran de la cocina antes de hablar.

—Nunca pensé que Helena pudiera hacerle daño a Lucas. Nunca —farfulló Claire, compungida—. Todavía no me lo creo.

—Está completamente fuera de control —murmuró Matt.

Con la cara pálida, los dos se sentaron alrededor de la mesa. Andy no conocía a Helena tan bien como ellos, pero sabía distinguir la maldad en cuanto la veía. Tener a una sirena como madre la había dotado de ese talento.

—Pero fue un accidente —dijo Andy, en un intento de defender a Helena—. No era su intención.

—Eso empeora todavía más las cosas —rebatió Matt con vehemencia—. ¿Puedes hacerte una idea de qué habría pasado si lo hubiera hecho a propósito?

Matt, Claire y Andy se quedaron en silencio para escuchar con atención el resto de la reunión. Los vástagos no parecían ponerse de acuerdo en cómo iban a castigar a Faón. Por lo visto, el tal Faón era muy popular, en particular con la generación más mayor. Todos tenían razones para querer degollarlo, pero Dédalo, de la casta de Roma, era quien reclamaba el derecho a desafiarlo, y no solo para vengar lo que casi le había sucedido a su hijo cuando Faón había intentado asesinarlo hacía un momento.

Se mencionó a una jovencita llamada Casiopea, y el salón se quedó mudo. Y entonces, de forma unánime, todos decidieron que Dédalo y Faón se enfrentarían en un duelo a muerte al amanecer. Después de eso, se levantó la sesión. Segundos más tarde, Ariadna y Jasón se reunieron con ellos en la cocina. En cuanto vio a Matt, a Ariadna se le llenaron los ojos de lágrimas.



—Lucas... —sollozó antes de abrazarle.

Claire se acercó a Jasón, mirándole a los ojos, y, sin pronunciar palabra, le hizo una pregunta.

—Mal, Claire. Notamos que le corazón se le paraba —dijo con la voz apagada.

—Pero se recuperará, ¿verdad? —preguntó Claire.

Jasón se encogió los hombros. Le temblaba la barbilla, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Claire le abrazó y dejó que descansara la cabeza sobre su hombro.

Jasón y Ariadna eran sanadores. Sabía lo graves que eran las heridas de Lucas. Quizá no habían compartido los detalles en la reunión, pero ahora, protegidos por las cuatro paredes de la cocina de Noel, se sentían cómodos para expresar lo que no habían podido delante de las demás castas. Ninguno confiaba en que Lucas lograra sobrevivir.

Matt y Claire consolaron a los mellizos lo mejor que pudieron, pero no podían hacer mucho al respecto, tan solo estar con ellos. Los dos compartieron una mirada adusta y desalentadora. Andy adivinó qué estaban pensando.

Si Helena había sido capaz de matar a Lucas, la persona a la que más quería en este mundo, también sería capaz de acabar con todos ellos.

Andy se quedó mirando a sus nuevos amigos mientras estos de abrazaban y, de repente, empezó a sentirse un poco fuera de lugar. No le había dado tiempo a conocer a Lucas y, de hecho, no tenía ni idea de qué era tener un hermano. Mucho menos podía imaginarse qué debía sentir uno cuando presentía que su hermano iba a morir. Siempre había deseado querer a alguien como Jasón y Ariadna querían a Lucas.

Un tanto confundida por aquel deseo de sufrir la pérdida de un hermano, hasta el punto de sentir celos, decidió irse de la cocina y salir al jardín. Era una criatura marina, así que el océano siempre le había ofrecido el mayor consuelo. Pensó que un buen baño la ayudaría a despejarse y que, de ese modo, podría ayudar a la familia que con tanto cariño la había acogido. Desde que la habían traído a casa de los Delos, era la primera vez que abandonaba la propiedad. Una vez fuera, se dirigió hacia la playa.



—Ella camina en la hermosura, como la noche —dijo alguien con voz cantarina. Aquella voz era profunda y oscura, brillante e inocente, todo al mismo tiempo. Era una voz inconfundible.

Andy se quedó petrificada, pero sabía que ya era demasiado tarde. Ya la había visto, así que no tenía sentido que se quedara inmóvil como un cervatillo en mitad de la carretera. Apolo no era un coche, sino un lobo. Los cervatillos tenían que huir corriendo de los lobos.

—No creerías que me había olvidado de ti, ¿verdad? —preguntó Apolo, que paseaba tranquilamente por la arena. La orilla de la playa estaba a tan solo unos metros. ¿Sería capaz de llegar antes que él?—. Yo de ti ni lo intentaría —añadió.

Había adivinado sus intenciones. Andy sintió un nudo en la garganta que le impedía respirar. Era el fin. Iba a sufrir una muerte larga y dolorosa.

—Y yo de ti ni lo intentaría —dijo lo que pareció el eco de la voz de Apolo desde el agua.

La chica se dio media vuelta y vio a Héctor emergiendo de entre las olas. Con el torso desnudo y vestido únicamente con unos vaqueros empapados, salió del agua con facilidad, como si esta fuera su aliada. Su rostro, una copia exacta del de Apolo, estaba contraído por la rabia.

Apolo sonrió al ver a su doble vástago.

—Qué talento más interesante tienes sobre el agua, hijo. ¿De dónde lo has sacado?

Héctor prefirió no contestar y se acercó a Andy.

—¿Estás bien? —preguntó con ternura.

Ella asintió con la cabeza y desvió una mirada cautelosa hacia donde estaba Apolo. Era su forma de decirle «por ahora». Héctor se pudo delante de Andy.

—Ay, ay. Qué descarado eres —respondió el dios—. ¿Ni siquiera estás un poquito asustado después de desafiarme?

—No —respondió Héctor con la voz firme.

Apolo se echó a reír. Era una risa socarrona que, en ningún caso, parecía humana, y mucho menos sensata.

—Pues deberías estarlo —dijo con los ojos brillantes.



De pronto, la piel de Apolo se iluminó con su propia luz, envolviendo al dios en una armadura completa. Héctor avistó una espada de bronce macizo.

Aunque iba desarmado y estaba medio desnudo, Héctor no se acobardó ni mostró el mínimo signo de miedo. Después de unos instantes, el nimbo de luz que perfilaba la figura de Apolo se apagó y la visión de la armadura se desvaneció.

—De veras eres él —dijo Apolo, impresionado—. Eres la reencarnación de Héctor. Y debería saberlo. Le acompañé en su carro de guerra hasta Troya.

Héctor no respondió. Se quedó mirando a su adversario, con cada músculo del cuerpo tenso bajo la piel. Andy, que estaba muy cerca de su espalda, notó una tormenta arremolinándose en el interior del vástago. Anhelaba enfrentarse a ese dios.

Apolo torció el gesto. Héctor no solo le infundía respeto, sino también miedo. Por primera vez en años, Andy se sintió aliviada.

—Pronto, hijo —anunció Apolo, refiriéndose a la confrontación que de forma tan evidente Héctor estaba deseando—. Pronto estaremos de vuelta en el campo de batalla, pero esta vez lucharé por Olimpo, y tu defenderás tu reconstruida Atlantis. Y si Zeus no nos obliga a recurrir a sucias estratagemas como la última vez, por fin completaremos el ciclo de las parcas y demostraremos quién es superior, si los padres o sus vástagos.

Apolo saltó hacia el cielo y desapareció entre las nubes. Héctor no le quitó ojo de encima hasta que le perdió de vista. Pensó en lo que el dios acababa de revelarle. Andy sabía que debería estar pensando en lo mismo, pero lo único que era capaz de hacer era mirar a Héctor. Se preguntaba cómo había podido confundirle con Apolo.

A pesar de que tenían rasgos idénticos, la mirada de Héctor tenía vida y emociones. En cambio, a los ojos de Apolo les faltaba algo fundamental. «Algo humano», supuso. La mirada del dios tenía la textura suave de cualquier escultura de mármol, mientras que la de Héctor era veloz y salvaje... tan llena de sentimientos que parecía arder.

—Gracias —susurró. Le debía la vida.

El vástago la miró de reojo y asintió con la cabeza. Y, de repente, le dio la espalda y se dirigió hacia donde había apilado la ropa y los zapatos. Andy le siguió los pasos, anonadada.



—¿Eso es todo? —preguntó, algo incrédula—. ¿No vas a decirme ni una sola palabra? ¿Me salvas la vida y te vas así como así, como si esto ocurriera cada día?

Héctor ni siquiera la miró. Se puso la camiseta y se agachó para recoger los zapatos.

—¡Eh! —gritó. Pero él continuó ignorándola—. ¡Eh! —repitió. Corrió hacia él y le empujó con todas sus fuerzas.

—¿Qué? —dijo al fin, frustrado.

—¿Cómo que «qué»? —chilló, tratando de sonar sarcástica.

—Me refiero a qué quieres de mí, Andy. ¿Quieres que me vaya, que me quede o que me muera? ¿Qué?

Héctor buscó la mirada de la chica entre la oscuridad. La contemplaba nervioso, como si procurara encontrar algo en su interior. Andy se encogió de hombros.

No tenía ni idea de lo que Héctor estaba buscando. El vástago se sentó en la arena, con los zapatos todavía en las manos, como si se rindiera.

—No puedo hacerlo. Al menos, no esta noche —explicó en voz baja—. Acabo de ver a mi hermano achicharrándose delante de mí...

Se quedó en silencio y apartó la mirada. Le empezaron a temblar los hombros e inspiró hondamente. Cuando soltó el aire, no pudo contener las lágrimas. Andy se arrodilló junto a él. Se sentía fatal. Estaba haciendo un gran esfuerzo para no perder los nervios y, aun así, había dejado a un lado sus sentimientos y había arriesgado su vida para salvarla. Y ella le había chillado. No había sido muy oportuna.

—Lo siento, Héctor. —Andy le rozó el brazo con los dedos y él se inclinó ligeramente hacia ella.

—Lo peor de todo es que no sé adónde han ido ni cómo está mi primo —explicó—. Odio no poder echarles una mano, ¿me entiendes?

Desde luego que le entendía. A Héctor se le daba de maravillas salvar a la gente. Acababa de ver con sus propios ojos que era el tipo de chico que preferiría enfrentarse a un dios antes que sentirse impotente. No poder hacer algo debía ser, sin duda, la peor tortura para él.



—¿Orión puede encontrarlos en el Submundo? ¡Oh! ¿Es posible que pueda llevarte allí? Podrías ir a buscarlos —dijo. Solo quería ayudar.

—Orión no puede encontrar a Helena. Ella es la única que puede dar con él cuando se ven en el Submundo —aclaró Héctor, tras menear la cabeza.

—Después de todo el tiempo que han pasado allí abajo juntos, ¿no han establecido un punto de encuentro?

—El tiempo y el espacio no funcionan igual que aquí, y es Helena la descendiente, no Orión. Podría intentar encontrarla, pero, a menos que ella supiera que la está buscando, nunca lograrían verse. —Héctor jugueteaba con la arena, desesperado—. Helena es la que tiene el control.

—Últimamente no paro de oír ese tipo de comentarios —comentó Andy. Después, se fijó en los dibujos que estaba haciendo sobre la arena y frunció el ceño—. Entonces, ¿lo único que podemos hacer es esperar a que Helena regrese? Qué incordio.

—Por eso necesitaba darme un buen baño. Por lo visto había una ninfa marina en la familia, y la verdad es que siempre me he sentido muy cómodo en el océano —dijo con una media sonrisa y sin apartar la mirada de la arena—. Me ayuda a relajarme.

—A mí también. —No podía dejar de observar el perfil de Héctor. Se preguntaba cómo era posible que tuvieran tantas cosas en común. No habían cruzado más que un par de palabras, pero le comprendía a la perfección—. Aunque estar a punto de enzarzarte en una batalla con un dios no es muy tranquilizador que digamos. Perdóname.

—No. No digas eso.

La miró y, de inmediato, Andy se quedó sin respiración. Era guapo, de eso no le cabía la menor duda. Pero no fue su belleza lo que la conmovió, sino la vitalidad que había en su interior. Tenía un espíritu tan enérgico que daba la sensación de que en cualquier momento iba a atraparla.

—Lo que has hecho hoy ha sido lo mejor que me ha pasado en todo el día —dijo, arruinado por completo el momento.

Andy se avergonzó.

—Sí, bueno. ¿Gracias? —dijo algo dubitativa—. Pero esa frase me habría impresionado más si no supiera el día tan desastroso que has tenido.

Los dos rompieron a reír.



—La frase es bastante patética, ¿verdad? —preguntó, burlándose de sí mismo.

—Bueno, he oído algunas peores..., pero sí: ha sido muy mala. —Le sonrió y levantó las manos—. ¿Qué ocurrió? No me imaginaba que fueras tan blandengue.

—¿Qué te puedo decir? Estaba en fuera de juego. —Rio. Después apartó la mirada, como si le avergonzara lo que iba a decir—. Siempre me pongo blandengue cuando estoy cerca de ti.

—Bien —murmuró, dejando aparte las bromas—. Me gustas más así, de todas formas.

Después de que la mirara por el rabillo del ojo y le dedicara una pícaro sonrisa, Andy supo que jamás volvería a confundirle con otro. Daba igual qué aspecto tuviera. Héctor era alguien único. Sabía que, le gustara o no, desde ese momento ningún hombre podría igualarle.

Matt vio a Apolo dejar en paz a Héctor y a Andy, y soltó la empuñadura de su espada, agradecido de que, finalmente, nada hubiera ocurrido. Por supuesto, no habría permitido que Apolo le hiciera daño a la pobre muchacha, pero sabía que su intervención habría causado un sinfín de problemas y discusiones. Matt todavía estaba tratando de convencerse de que podía vivir con ciertos celos siempre y cuando el mal mayor fuera eliminado. Se alegraba de que todavía no tuviera que enfrentarse a esos celos y tenía la esperanza de que los dioses no le empujaran hacia una situación en la que no tuviera más opción que afrontarlos.

Con sigilo, se acercó a la playa. Había procurado ser lo más silencioso posible, pero sabía que la única razón por la que Héctor no había notado su presencia era porque Andy le estaba distraendo.

Andrómaca y Héctor se habían reencontrado. Por lo que Matt había podido ver, compartían el mismo amor de antes. Era una relación tierna y divertida, capaz de sobrevivir a cualquier circunstancia, incluidas la guerra, el hambre y la pérdida de los seres más queridos. Gracias a ese amor, la ciudad de Troya había resistido el sitio.

Matt les deseaba lo mejor de todo corazón y esperaba que, esta vez, las cosas fueran distintas. Sentía un gran aprecio por Héctor. De hecho, siempre le



había tenido una gran estima, a pesar de sus diferencias políticas. Él era el único que realmente le comprendía.

«Eso es lo curioso de las murallas. A veces, los hombres de ambos lados lo tienen casi todo en común, excepto por el pequeño detalle de que ansían matarse los unos a los otros», pensó Matt.

Perfilando la orilla de la playa que iluminaba el faro Great Point, a Matt le costaba distinguir las tiendas del campamento de su ejército. Estaban tan bien camufladas durante el día que cualquier observador casual las podía confundir con dunas de arena. Pero él sabía qué eran. Nidos de mirmidones.

—Maestro —dijo Telamón, que apareció junto a Matt quedamente.

Matt sonrió y le dio un fuerte apretón de manos a modo de saludo. Le sorprendió sentir un vínculo tan profundo con el capitán. De pronto, una serie de buenos recuerdos acudieron a su memoria, recordándole el lazo que los había unido durante tanto tiempo. Telamón le miraba con atención.

—No me parezco en nada a él, Telamón —dijo al fin Matt.

—Lo importante no son las apariencias —contestó el capitán con total sinceridad—. Lo que cuenta es tu convicción.

—Sé en qué creo. Habría creído en ello aunque el puñal jamás hubiera llegado a mis manos. Ahora lo sé, y sé qué debo hacer —dijo con aire triste. Después, soltó a su viejo amigo.

Entonces se percató de que una masa de hombres se movía entre las dunas. Se reunieron alrededor de Matt, como una neblina de lanzas y espadas.

—Y precisamente por eso el puñal te escogió a ti. —Telamón dio un paso atrás y alzó un poco la voz para incluir a los otros treinta y dos mirmidones—. El maestro jamás impondría sus creencias en cualquiera. Por eso ha tardado tanto. Esperó hasta encontrar un espíritu que encajara con el suyo.

Los soldados que hasta el momento habían permanecido tras una nube imprecisa empezaron a pasar por delante de Matt, fijándose en cada ángulo de su cara, tal y como había hecho Telamón. Algunos de ellos tenían rasgos monstruosos, como antenas, ojos negros y brillantes, o la tez roja como la cáscara de una langosta. Otros parecían casi humanos, pero Matt sabía que no lo eran.



Matt los reconoció uno por uno. Sin duda, ellos también debieron de observar algo familiar en él, porque, tras inspeccionarle, todos parecían satisfechos.

—Os conozco a todos, y ahora me doy cuenta de que hemos perdido a muchos por el camino —anunció Matt con verdadera emoción. Llevaban esperándole muchísimo tiempo, y ninguno había dudado en venir hasta allí cuando el capitán los había llamado. No podría tener la conciencia tranquila si no era honesto con la duda que tenía—. Lo siento, hermanos. No estoy seguro de que esta guerra sea justa. No cuestiono nuestro objetivo, por supuesto. Sé qué es lo correcto y sé que debo hacerlo por mucho que me cueste. Pero aún tengo mis reservas respecto a en qué bando debemos luchar.

—Como en Troya —dijo Telamón con una media sonrisa de complicidad. Era una forma de hacerle saber a Matt que nada había cambiado—. No luchas por un rey ni por una patria, maestro. Luchas por el derecho de todo hombre de decidir su propio destino. Y por eso decidimos, por nosotros mismos, cuando juramos sobre la espada.

—Juramos sobre la espada —murmuró la masa de mirmidones.

—Un hombre, un voto —apuntó Telamón.

—Un hombre, un voto —corearon los mirmidones.

Matt esperó a que terminaran los coros antes de continuar. Había algo en aquella firmeza que le perturbaba, sobre todo porque lo que estaban repitiendo era el principio básico de un pensamiento individual, y la joya de la filosofía griega.

La idea de «un hombre, un voto» era el punto de partida de la democracia. Rico o pobre, dios o mortal, Matt creía que todos debían recibir el mismo trato. Los débiles tenían el mismo derecho a decidir por sí mismos que los más poderosos. Estaba dispuesto a morir por defender esos principios. También era consciente de que cuando un individuo adquiría demasiado poder, aquellos que no lo poseían sufrían y, casi siempre, morían. No viviría tranquilo si permitía que tal cosa ocurriera. No cuando tenía la oportunidad de detenerlo. Pero no quería cometer los mismos errores que en Troya.

—El dios Hermes me ha informado de que varios vástagos desean unirse a nuestra causa en contra del Tirano, pero no me fío de ellos. Quiero que cada uno de vosotros consideréis lo siguiente: ¿deberíamos hacerlo por nuestra cuenta? —preguntó Matt. Retrocedió varios pasos y levantó la voz para que



todos los hombres escucharan su propuesta—. ¿Qué opináis? ¿Deberíamos dejar que Hermes decida por nosotros unirse a los vástagos? ¿O podemos hacerlo sin tener que establecer alianzas con personas y dioses que no son mucho mejores que el mal que queremos erradicar?

—Luchamos y morimos por un objetivo, maestro —dijo Telamón. La palabra «maestro» retumbó entre la masa de hombres, lo cual volvió a inquietar a Matt—. Solos o con aliados, da lo mismo. Cuando uno lucha por algo, aquellos que persiguen el mismo propósito se atribuirán los méritos de las victorias, independientemente de si uno está de acuerdo o no. Solo importa una cosa.

Matt asintió. Sabía que el precio que tendrían que pagar sería muy elevado, pero al fin tomó una decisión.

—El Tirano debe morir.

Helena estaba tumbada sobre la hierba y contemplaba a Lucas mientras dormía. Al principio, en el mundo que había creado solo podían apreciarse tres cosas: un prado inmenso, un cielo azul añil y la figura de Lucas a su lado. Pero a medida que Lucas sufría, el mundo iba creciendo. Anhelaba que la luz del sol le aliviara el dolor, que el aire le curara las heridas y que la tierra le saciara la sed y el hambre. En cuestión de segundos, Lucas se había recuperado del todo y volvía a estar tan sano como siempre. Parpadeó varias veces y por fin abrió los ojos.

—Hola —saludó, con una pequeña sonrisa.

—Hola —contestó ella, devolviéndole el mismo gesto.

—¿Estoy muerto?

—Ni siquiera un poquito.

—Oh, menos mal. —Alzó la mirada y observó aquel cielo tan brillante y despejado.

A Helena no le había dado tiempo a poner algunas nubes. Y justo cuando estaba pensando en eso, aparecieron varias nubes para amortiguar los fuertes rayos de sol que empezaban a cegar a Lucas.



—¿Estás segura de que no estoy muerto? Porque me siento como si lo estuviera —insistió, con tono sospechoso.

Ella se rio entre dientes y posó una mano sobre su pecho. Durante un instante, el latido de su corazón fue el único sonido que pudo oírse en el mundo de Helena.

—A mí no me parece que estés muerto.

—Pues eso es lo que importa —contestó. Ladeó la cabeza para mirarla. Estaba preocupado—. Sé que esto es imposible. ¿Qué has hecho, Helena?

—Te he creado un mundo.

Lucas se incorporó y miró a su alrededor. Ella se sonrojó de vergüenza. En cierto modo era como si él estuviera observando un cuadro aún sin terminar y ella siguiera ante el caballete. Acto seguido, imaginó el prado repleto de flores y el aire se llenó de la esencia y los sonidos de la primavera. Lucas miraba estupefacto con qué rapidez prosperaba aquel nuevo mundo. Le daba la impresión de que era una alfombra que alguien iba tejiendo en todas direcciones. Después, miró a Helena, sacudió la cabeza y la agachó.

—Ya lo entiendo. Quién sino tú podría tener el poder de idear un mundo de la nada, ¿eh?

—No soy la única de la historia —admitió. Se sentó al lado de Lucas y le miró con seriedad—. Hades también lo hizo. Y Zeus. Y Morfeo. Y... también Atlanta.

—Atlanta. ¿Te refieres a Atlantis? —preguntó, con la frente arrugada. Ella asintió con la cabeza. Lucas se giró hacia ella, con expresión adusta y severa—. Helena, ¿de veras sabes dónde está Atlantis?

Ella tragó saliva y volvió a asentir. Aquella situación era como arrancar una tirita. Lo mejor era hacerlo rápido y sin pensar.

—Ha desaparecido. No conozco todos los detalles, pero Hades me contó que se sumergió cuando Atlanta perdió una especie de desafío. —Reparó en la expresión de Lucas: estaba decepcionado—. Lo siento mucho, Lucas. Atlantis no existe.

—No, pero tenemos esto —contestó con más ánimo.

Ella le miró extrañada.



—Sí, pero recuerda que sin Atlantis no hay inmortalidad. Las castas llevan décadas matándose entre ellas para llegar a Atlantis y alcanzar la inmortalidad..., pero no es más que un cuento de hadas.

—Apostaría a que tu mundo puede ser mucho mejor que Atlantis. Y pondría la mano en el fuego, y no me quemaría, a que si Atlanta podía conceder el don de la inmortalidad, tú también.

—Bueno, muchas gracias, pero lo único que he sido capaz de hacer hasta el momento es un prado de flores. Nada de vida eterna.

Lucas la observó durante unos momentos. Helena conocía de sobra esa mirada. Siempre que trataba de explicarle algo complicado de forma sencilla y entendible la miraba así.

—Suéltalo y punto —gruñó con una amplia sonrisa. Estaba ansiosa por escuchar la lección que estaba a punto de darle.

—Tan solo estaba pensando en cómo debe funcionar tu reino. Se cumplen todos tus deseos, por muy dementes que puedan ser, ¿verdad? Sin embargo, hay ciertas reglas —explicó Lucas, que pensaba y hablaba al mismo tiempo—. A ver cómo lo explico. Me has curado. Y sé que estaba al borde de la muerte.

—Sí, pero...

—Cuando regresemos al otro mundo, es decir, la Tierra —dijo. Hizo una mueca al darse cuenta de lo extraño que había sonado eso—, entiendo que las heridas no volverán, ¿no crees?

—Por supuesto que no. Estás curado.

—Entonces, podríamos decir que has alterado mi cuerpo. Las decisiones tomadas aquí siguen teniendo efecto en la Tierra. Esa es una de las normas.

—Lucas esperó a que Helena le diera una pista de que estaba siguiéndole el hilo. Unos segundos después, asintió—. Entonces, ¿qué te hace pensar que no puedes hacerme inmortal aquí y que siga siéndolo para siempre, sin importar en qué mundo me encuentre?

Helena le miraba con detenimiento.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo eres capaz de comprender las cosas con tal rapidez?



—Ningún poder de superhéroe puede vencer a la lógica más simple. —Le sonrió—. ¿Tengo razón? ¿Puedes convertir a cualquiera en inmortal trayéndolo aquí y deseándolo con todas tus fuerzas?

Ella asintió. No podía dejar de pensar en todas las veces que se había lastimado en Hades y en que, al despertarse en su cama, en Nantucket, seguía herida. Sabía, por experiencia propia, que si el cuerpo sufría algún tipo de alteración en un mundo, seguiría teniéndola en cualquier otro reino. Lo mismo podía ocurrir en el caso de la inmortalidad. De hecho, no le cabía la menor duda. Siempre y cuando estuvieran en el mundo que había ideado, podía hacer que ambos fueran inmortales con tan solo pensarlo.

Solo tenía que pedir un deseo en su mundo para que Lucas y ella pudieran vivir juntos, jóvenes y sanos, para siempre.

—No —espetó Lucas de repente, con la cara inmóvil. Intuía todo lo que Helena estaba considerando—. Tenemos que pensarlo bien antes de hacer cualquier cosa cuyos efectos sean permanentes.

Helena recordó el estado en el que había llegado Lucas a su mundo, hacía tan solo unos minutos. Tenía la piel carbonizada, e incluso en las zonas más afectadas se le podía ver el hueso. Sabía que era una chica fuerte, pero también era consciente de que había cosas que no era capaz de soportar. Y perder a Lucas era una de ellas. No ahora, ni nunca.

—Por supuesto. Hablaremos de eso más tarde. —Y le sonrió plácidamente.

—Helena... —empezó. Abrió los ojos como platos, como si quisiera advertirla de algo.

Ella se levantó antes de que Lucas pudiera echarle un sermón y tiró de él para que también se pusiera de pie.

—Venga, sabelotodo. Quiero ir a París. O a Roma. O a Estocolmo.

Lucas no sabía de qué estaba hablando hasta que vio aparecer el perfil de una ciudad en el horizonte de la pradera de flores silvestres. No se produjo una transición desagradable, con montones de basura o circunvalaciones públicas de un diseño pésimo; tan solo flores y el pavimento. Brotó una ciudad resplandeciente, una metrópolis perfecta que se alzaba de la naturaleza, como si fuera un reino en el interior de un globo de nieve.

Al poner un pie sobre el asfalto, el bullicio, el ajetreo y los ruidos típicos de cualquier ciudad los abrumaron. El aroma a café tostado y a pan recién



salido del horno impregnó el ambiente. Su olfato los guio hacia una cafetería ubicada a media manzana de distancia.

—Es como si Nueva York, Viena y Reikiavik hubieran tenido un hijo en Escocia —describió Lucas, que estaba asombrado.

Echó un vistazo a los edificios de aquella ciudad, algunos parecidos a castillos antiguos y otros modernos y brillantes. Más allá de los rascacielos, se vislumbraba una tierra salvaje perfecta, compuesta de bosques, lagos y montañas que esperaban ser caminados, nadados y esquiados.

Lucas meneó la cabeza para aclarar las ideas.

—Es Omnópolis.

—Sí —dijo Elena entre risas—, todas las ciudades que no he visto nunca.

—Una vez te prometí que viajaríamos —recordó con tristeza—. Lo siento, Helena. No habríamos tardado nada, y podríamos haber volado allí donde se nos antojara juntos. Pero jamás te llevé.

—Teníamos otros asuntos en la cabeza —respondió ella. Le cogió de la mano y añadió—: No he construido este mundo para avergonzarte. Lo he ideado para compartirlo contigo.

Lucas inclinó la cabeza y miró hacia el cielo. Inspiró profundamente para oler todos los perfumes de aquella extraña ciudad.

—Bueno, lo has hecho todo bastante bien, excepto por un pequeño detalle. —Lucas sonrió mientras la atravesaba con la mirada—. Es la ciudad más limpia en la que jamás he estado.

—¿Qué puedo decir? Soy de Nantucket —se justificó Helena, con los hombros encogidos—. No nos va lo sucio y asqueroso.

—Sí, ya lo veo. Aquí, hasta la mugre está limpia —bromeó Lucas.

Se giró hacia ella y, durante un instante, Helena sintió que iba a besarla y en todo rincón de Omnópolis el sol brilló con un poco más de intensidad. Pero no lo hizo. En el último segundo, se apartó y cambió de tema de conversación.

—Claves de contexto. Sé que te apetece comer algo porque hemos aparecido al lado de una cafetería —adivinó. Se dio media vuelta y le apretó la mano, como si tratara de despertarse de un sueño—. Vamos a ver qué has puesto en el menú.



—Espera. ¿Por qué? —preguntó, de repente tímida.

—Este mundo es el mero reflejo de tus deseos. —Arrastró a Helena hacia la abarrotada cafetería antes de que pudiera eliminar algún elemento a propósito. Contempló el interior del local y se fijó en las mesas de hierro forjado cubiertas de azulejos, en la vajilla dispareja y en las vigas de madera del techo—. Esto es tu subconsciente. Quiero saber qué deseas realmente.

Puesto que era demasiado tarde para pararle, Helena accedió a acompañarle en aquel paseo por su subconsciente. Le sorprendieron las obras de arte que colgaban de las paredes, pues formaban unas extrañas combinaciones de imágenes que ningún museo expondría.

Las instantáneas de Ansel Adams y los cuadros de Toulouse-Lautrec convivían en perfecta armonía en el pequeño mundo de Helena. Las chicas del cancán mostraban sus piernas al lado de los nobles pinos enterrados en un manto de nieve invernal.

Los cuadros representaban aquello que a Helena le entusiasmaba del arte y de la naturaleza humana. Se fijó en otra pared y descubrió un Van Gogh vibrante, casi violento, colgado a pocos centímetros de un Mondrian, mucho más relajante y disciplinado.

Helena imaginaba que Lucas estaba apreciando los matices y las conversaciones que compartían las diversas obras de arte. Las imágenes reflejaban con perfecta claridad las dudas de ella sobre qué le resultaba más seductor, si la habilidad humana de ser racional y puro, o su necesidad de ser desordenado y erótico.

Lucas se paseaba tranquilamente entre el debate interno de Helena mientras trataba de entender lo que estaba enterrado en su interior. Contempló con especial atención el cuadro impresionista donde se observaba una piel desnuda después de un baño caliente y la fotografía de un bosque de abedules cubiertos de nieve. Helena era incapaz de mirarle a los ojos, se sentía demasiado expuesta a él. Aquella situación le resultaba tan embarazosa que al final gruñó.

Empujó a Lucas hacia un diminuto reservado que había en un rincón, junto al ventanal, y extendió la carta para esconderse tras ella. Trató de leer el menú, pero estaba en blanco. Como su mente.

—¿Helena? —dijo Lucas con amabilidad. Inclino su menú para poder mirarla—. No tienes que esconderme nada. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí..., sí —titubeó.



—No hay nada en tu interior que pueda asustarme —insistió—. Bueno. Malo. Espeluznante. Conozco la oscuridad. Y jamás te juzgaría por tener unas gotitas.

—Oh. —Helena echó un vistazo a la cafetería. La perturbadora obra *Saturno devorando a su hijo*, de Goya, llamó su atención—. ¿Y si fueran más de unas gotitas?

Lucas soltó una carcajada. Agarró la carta en blanco y la lanzó al suelo. Después, tomó las manos de Helena entre las suyas.

—¿No te he dicho que te quiero?

—Sí.

—Me refería a que te quiero tal y como eres. Incluso con tus rarezas.

—Recuérdame que queme este sitio en cuanto nos marchemos —dijo.

—Ni en sueños. —Lucas se fijó en la clientela del local. Distinguió a personas de distinta raza, edad y periodo de la historia. Indios americanos ataviados con tocados de plumas charlaban animadamente con piratas. Chicas en el flequillo típico de los ochenta coqueteaban con tipos sacados de la Inglaterra isabelina—. Me gusta lo que hay dentro de tu cabeza. Es extraño, pero me gusta.

Helena miró a su alrededor. Para ella, todo tenía bastante sentido. ¿Acaso no sería alucinante poder ir a una cafetería y entablar una conversación con alguien de otro tiempo y lugar? Siempre había soñado con situaciones parecidas y, por lo visto, ahora ya no tenía que seguir imaginándolas. Podía formar parte de ellas.

Ninguno de los clientes parecía tener hambre o sed. Simplemente acudía a ese lugar para probar un delicioso bocado y disfrutar de la compañía de los demás. A su parecer, era un lugar tranquilo y agradable. De pronto, cayó en la cuenta de que tanto Lucas como ella iban vestidos para un día de otoño. No se acordaba de haberse vestido, pero era evidente que llevaban ropa nueva.

—Vamos —dijo él. Se levantó y se puso su nuevo abrigo—. Me apetece dar un paseo antes de que se ponga a nevar.

Salieron de la cafetería y empezaron a caminar por una calle adoquinada. Pasaron por delante de escaparates y edificios llenos de gente. Helena no tenía ni idea de dónde habían salido todas esas personas. Suponía que las



había inventado o recordado. Fuera lo que fuese, sabía que se había basado en la realidad para crearlas, y eso la consolaba. Habría sido un tanto insólito deambular por una ciudad vacía o, pero todavía, una ciudad llena de robots maniqués.

Estaba anocheciendo. Helena podía oler la nieve en el aire, tal y como Lucas había pronosticado. Las ventanas desprendían un cálido resplandor cuando la gente encendía las luces o las velas. Lucas la rodeó con el brazo y continuaron paseando.

—No hay pobres, ni mendigos, ni gente sin hogar —dijo él de repente.

—No —contestó Helena—. Aquí todo el mundo tiene lo que necesita.

—Pero ¿cómo puede uno estar agradecido por lo que tiene si no sabe qué se siente no tenerlo?

Helena sacudió la cabeza y la agachó.

—Siempre he creído que ese argumento es pésimo. Hay quien opina que necesitamos ver a gente pasando hambre para recordarnos lo afortunados que somos. Dicho en otras palabras, se necesita gente pobre para que los demás puedan dormir tranquilos. Qué forma tan egoísta de ver el mundo.

Lucas se rio entre dientes y la estrujó entre sus brazos.

—Estoy de acuerdo. Pero tiene que admitir que la naturaleza humana solo valora aquellas cosas que le han costado un esfuerzo conseguir, o que sabe que puede perder en cualquier momento. ¿Cómo vas a hacer que los habitantes de tu pequeño paraíso se sientan satisfechos si tienen todo lo que desean con esa facilidad?

—Ah. El problema de «el paraíso es aburrido» de siempre, ¿eh? En este universo, no. —Helena miró a Lucas y ambos se sonrieron—. Ya idearemos algo. Tenemos muchísimo tiempo.

—Espera —dijo él, con los ojos entrecerrados—. ¿A qué te refieres con que «tenemos muchísimo tiempo»?

—A que somos jóvenes —respondió, cautelosa.

Antes de que pudiera seguir haciéndole preguntas, Helena imaginó un carnaval y, en un abrir y cerrar de ojos, apareció ante ellos. Unas luces brillantes y de colores destellaban por todos lados y una música que invitaba a bailar empezó a sonar por todos los rincones. El olor a caramelo endulzó el ambiente.



—Increíble. —Lucas suspiró—. Todo lo que quieres lo consigues.

Helena tiró de su brazo, sonriéndole con picardía.

—Y lo que quiero ahora mismo es montarme en un tiovivo.

Matt oyó a Telamón tocar la alarma. Ningún oído humano o vástago era capaz de distinguir los sonidos que los mirmidones componían a partir de los ruidos naturales de una playa, pero Matt podía diferenciar, sin problema alguno, entre los zumbidos de los insectos y los murmullos de sus soldados.

Salió de su tienda para recibir a un grupo de vástagos que se acercaba a la playa. Matt había tenido el placer de conocer a la gran mayoría de ellos en Troya y, a decir verdad, no tenía muy buenos recuerdos. Ulises era el único que merecía su respeto.

—Así que es verdad —dijo un tipo rubio y corpulento. Matt le reconoció. Le conocía por el nombre de Menelao—. El Guerrero por fin se ha unido a la batalla.

—Tántalo, líder de la casta de Tebas —bisbiseó Telamón al oído de Matt.

—Cuando Hermes me contó que un ejército de mirmidones se estaba congregando en la playa, supe que finalmente habíamos encontrado la última pieza del rompecabezas y que te unirías a nosotros en esta guerra.

Tántalo continuó su discurso, aunque Matt no le había pedido que lo hiciera. Mientras lo observaba fijamente, se produjo un silencio incómodo. La idea de forjar una alianza con aquel hombre no le acababa de convencer, aunque sabía que era inevitable. Los mirmidones había mostrado con su voto cuál era su opinión.

—Contrataste a uno de mis mejores soldados. Automedón. Además, había sido uno de mis amigos más cercanos —dijo Matt, impertérrito—, antes de que perdiera el norte.

—Sí —replicó Tántalo, que le miraba con recelo—. Pero no tuve nada que ver con su muerte.

—Ajá —farfulló Matt.



Después, echó un fugaz vistazo a los dos hombres que escoltaban a Tántalo, Ulises a su izquierda y Agamenón a su derecha. Ahora sabía que el vástago que había conocido como Palas Delos era, en realidad, Agamenón.

—¿Cómo ha ocurrido esto, Matt? —preguntó Palas, consternado. Señaló con la barbilla a los mirmidones, que ya habían formado filas.

—Fue el elegido —replicó Telamón un tanto a la defensiva—. Eso es todo lo que debéis saber. Le aceptamos como nuestro maestro.

Los guerreros murmuraron la palabra «maestro» con su estilo fantasmagórico. Aquel extraño coro perturbó a todos los vástagos, que compartieron miradas nerviosas e inquietantes. Los hombres de Matt los asustaban, tal y como debía ser.

—¿Y tienes los mismos talentos que Aquiles? —preguntó el tipo que se conocía como Ulises. Matt inclinó la cabeza hacia Telamón.

—Dédalo Attica, líder de la casta de Atenas —informó de inmediato Telamón.

—Esa no es la pregunta que deseas hacerme —opinó Matt sin alterar el tono de voz—. Lo que realmente quieres saber es si tengo las mismas debilidades de Aquiles.

Dédalo esbozó una media sonrisa.

—Todo mortal tiene alguna.

Matt le sonrió con los labios apretados, sin confirmar ni negar la suposición de Dédalo. Se fulminaron con la mirada, pero al final Dédalo cedió y miró hacia otro lado.

—Haz lo que quieras —dijo Dédalo. Miró a Tántalo y a Palas, y alzó las cejas—. Bueno, estoy convencido.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó Palas a Tántalo.

—Los dioses nos aplastarán como a un insecto si no completamos nuestra parte del trato —justificó Tántalo, que observaba a Matt con recelo. Había algo en aquel chico que le hacía desconfiar—. O ponemos al Guerrero sobre la mesa, o todos los vástagos morirán. Zeus juró sobre el río Estigia que, si cumplimos, nuestras castas sobrevivirán.

Nada había cambiado. Ya en Troya, los reyes griegos llegaron a un acuerdo con Zeus para salvar el pellejo, y los niños inocentes de la ciudad fueron arrojados desde lo alto de la muralla. Ya hacía mucho tiempo que Matt se



había dado cuenta de que a los reyes solo les importaba preservar sus reinos. En situaciones de conflicto o guerra, se preocupaban más de qué podían conseguir que de hacer lo correcto. Sentía gran desprecio por las estrategias políticas que tomaban los vástagos, así que se dio media vuelta y se encaminó hacia su tienda. O había ido hasta allí para eso.

—Espera —solicitó Dédalo, que avanzó varios pasos hacia Matt.

Los mirmidones se movieron todos al mismo tiempo para frenar a Dédalo, que de inmediato alzó los brazos a modo de rendición.

—Calma, calma.

—Lucharé con o sin vosotros —dijo Matt, sin andarse con rodeos—. Estoy aquí para matar al Tirano. Si lo deseáis, podéis uniros a mí y a mi ejército. De lo contrario, apartaos de mi camino.

Helena serpenteó entre las distintas casetas del carnaval. Tiraba de Lucas, que, con aire juguetón, fingía no querer seguirla. A medio camino, un feriante llamó su atención con un extravagante desafío, y Lucas no pudo evitar detenerse en esa caseta para lanzar una pelota de baloncesto hacia una pila de botellas de leche.

Gastó las tres oportunidades que tenía e insistió bastante en que aquello no le había ocurrido nunca. Al fin, derrumbó la pila de botellines y regaló el premio a Helena. En un principio le llamó la atención un elefante de peluche, pero finalmente se decantó por una varita mágica de purpurina. Tenía una estrella plateada en un extremo y docenas de cintas cosidas en la parte inferior. Le gustaba llevar aquella varita, y estuvo jugueteando con ella hasta que se detuvieron delante de una caseta de soplado de vidrio. El feriante estaba haciendo un pequeño dragón de cristal.

Ninguno pudo ocultar una sonrisa. De repente, Helena oyó el sonido del tiovivo y corrió hacia él. Se subió de un salto a lomos de un unicornio mientras ondeaba su varita mágica como si fuera una fusta.

—¡Arre! —animó a su caballo de cerámica pintada, pero no surtió efecto. El poste que sujetaba el unicornio era de latón y tenía un olor que resultaba ácido en aquel frío de otoño.



Lucas pegó un brinco y se acomodó en el caballo de al lado, aunque estaba más pendiente de Helena que de montar. Se agarró al poste de latón y se quedó mirándola fijamente, mientras el mundo daba vueltas a su alrededor. Las brillantes luces de la feria cegaban a Helena, pero él permanecía inmóvil.

—¿Por qué no me besas? —preguntó en voz baja.

—¿Puedes desearlo y hacer que ocurra? —contestó Lucas, que trataba de quitar hierro al asunto.

—No me gustaría que fuera así. Y menos en nuestra primera cita de verdad.

Él soltó una carcajada.

—Cuando estábamos en la cafetería, pensé justo en lo mismo. Recuerdo que una vez nos tomamos un café en el instituto, pero eso no cuenta como cita, ¿verdad?

—No. La verdad es que nunca hemos tenido la oportunidad de salir juntos. Siempre pasa algo: cuando no se acerca el fin del mundo, uno de nosotros empieza a arder en llamas. —Lucas se rio entre dientes. Helena levantó la mirada y procuró no sonrojarse—. ¿Sabes?, aquí podemos hacer lo que queramos. Te aseguro que no habrá consecuencias.

Notó que a Lucas se le aceleraba la respiración y que los ojos le brillaban más, y no precisamente por el frío.

—Hace unos meses, me diste un consejo sobre cómo tomar decisiones. ¿Lo recuerdas? —preguntó.

—Piensa en aquello que no puedes soportar y opta por lo contrario —dijo. Le sorprendió que se acordara de aquella conversación. De hecho, no hacía mucho, ella también había estado dándole vueltas a ese planteamiento.

—Por eso no te beso —admitió. Le acarició la mejilla, pero enseguida se apartó—. En algún momento tendremos que regresar, y volveré a perderte. Y sé que no soy capaz de soportarlo.

Helena tampoco, así que empezó a considerar otras opciones, como tratar de encontrar un modo para que Afrodita deshiciera la maldición que exigía que Helena tuviera una hija, para empezar. Quizás, en vez de resignarse a aceptar su situación, que era ridículamente injusta, tenía que, al menos, intentar encontrar una solución.

—Estoy harta de dar vueltas —suspiró Helena.



De pronto, el tiovivo se detuvo. Helena se bajó del unicornio y todas las luces del carnaval empezaron a apagarse a su paso. Los focos de las distintas casetas de la feria también se fueron ahogando poco a poco. Dejó caer la varita mágica que Lucas le había regalado y empezó a nevar. Billones de diminutas estrellas caían del cielo nocturno como cristales brillantes y delicados. Daba la sensación de que el aire contuviera un sinfín de trocitos de estrellas congeladas.

—Helena —la llamó Lucas, que no dudó en seguirla.

Ella intuía que estaba a punto de desencadenarse una de sus legendarias discusiones.

—No estoy enfadada contigo porque no me beses —dijo. Se dio media vuelta para mirarle a la cara—. Entiendo por qué no lo haces. Pero no puedo pasar por eso otra vez.

—Entonces, ¿qué ocurre? —preguntó, comprensivo.

—Estoy harta de que esas malditas deidades todopoderosas me impidan hacer lo que de veras me apetece. Porque no es más que una mentira. Soy tan fuerte como cualquier mortal, vástago o dios que se atreva a enfrentarse a mí. Y sé que podría vencerlos.

—Ah. Helena... No vas a salir corriendo para enzarzarte en duelo con los dioses o algo parecido, ¿verdad?

—Bueno, no —admitió mientras se balanceaba—. Había pensado en empezar haciéndoles algunas preguntas y, a partir de allí, ya vería.

—Está bien —dijo Lucas, aliviado. La cogió de la mano y la miró con determinación—. Y si eso no funciona, los enterraremos.

Helena distinguió una sombra oscura en su mirada.

—Ya pensaremos en eso —respondió. Y después le llevó hacia un sendero que conducía hacia un claro del bosque—. Nuestra cita todavía no se ha terminado.



Capítulo 11

Media hora después de que Tántalo, Dédalo y Palas hubieran abandonado el campamento, Matt volvió a oír la alarma. Le llegaban ciertos alborotos fuera de su tienda y, un segundo más tarde, Telamón se presentó ante él con un informe.

—Hemos encontrado a una vástago husmeando por la playa y la hemos capturado —comunicó Telamón—. La habría enviado a su casta, pero... es ella, maestro.

—De acuerdo —contestó Matt—, traedla aquí.

Dos mirmidones trasladaron a Ariadna hasta la tienda. Tenía el cabello enredado y el rostro enrojecido por el tremendo esfuerzo. Era más que evidente que había intentado oponer resistencia, pero no estaba a la altura de los soldados de Matt, y mucho menos podía enfrentarse a todo un ejército.

—Liberadla. Dejadnos solos. —Los soldados obedecieron en silencio. Después se giró hacia Ariadna y preguntó—: ¿Cómo nos has encontrado?

—Seguí a mi padre. Esta noche se ha comportado de una forma muy extraña —susurró. Se arrastró hasta el rincón más alejado de la tienda y se frotó los brazos, por donde los guardias la habían sujetado.

—¿Te han hecho daño? —preguntó en voz baja, pero ella ignoró la pregunta.

—¿Cómo es posible que seas él? No eres un vástago.

—Aquiles tampoco lo era.

Ariadna agachó la cabeza y se frotó los ojos.

—No —murmuró—. No. No me creo nada de esto. No puedo.

Buscó la única salida y corrió hacia ella, pero Matt se movió con una agilidad extraordinaria y se cruzó en su camino. La cogió por la muñeca para impedir que se marchara. Ariadna le miró, atónita.



—Créeme. —Notaba la piel de Ariadna cálida y agradable. Enseguida la soltó y le dio la espalda. Sabía que las cosas debían de ser así, por mucho que él quisiera lo contrario—. Vete a casa. Mis hombres no te detendrán.

Sin embargo, no se marchó.

Matt la oyó cruzar la tienda y se giró para impedir lo que intuía que iba a suceder.

—No.

Pero Ariadna le besó de todas formas. Sabía que debería haberla frenado. Aunque Ariadna conocía la historia palabra por palabra, no parecía recordar el final. Justo cuando estaba a punto de enviarla a casa con sus hermanos, Ariadna posó el pulgar sobre el hoyuelo en forma de U que tenía bajo la nuez y le volvió a besar. Tal y como solía hacer siglos atrás.

Matt la cogió en volandas y se dirigió hacia su lecho, maravillado con la simpleza de aquel gesto. Aquel hábito de rozar su garganta con el pulgar era ridículo, pero, en cuanto lo hacía, él perdía la cabeza.

—Canta algo para mí —suplicó Helena. Levantó la cabeza del pecho de Lucas y le miró a los ojos.

—¿Ahora mismo? ¿A capela? —preguntó él. Tumbado sobre el suelo, clavó la mirada en el techo de su pequeña cabaña en el bosque y se ruborizó un poco.

—Sí, por favor. Me apetece escuchar algo de música, pero que salga de ti, no de mi imaginación.

Se alejó un poco de él. A pesar de la tormenta de nieve, las piedras que había frente a la chimenea desprendían un calor familiar y agradable. Helena cogió su taza de té de las losas ardientes y se la ofreció a Lucas.

—Para tu garganta, por si estás ronco y crees que vas a cantar fatal —dijo con una desafiante sonrisa.

—Mi garganta está perfectamente —respondió él. Le dio una patada juguetona por debajo de la manta y por fin se incorporó—. Te cantaré algo, pero te advierto de que soy mejor guitarrista que cantante.



—¿De veras? —Helena le cogió de las manos para inspeccionarlas. Parecían fuertes, como las de un guerrero, pero a la vez sensibles, como las de un artista. Como todo lo demás en él, era una perfecta combinación de opuestos. Le acarició los callos que se le habían formado alrededor de las yemas de los dedos y preguntó—: ¿Por qué nunca me has tocado una canción?

—¿Por qué nunca hemos tenido una cita en condiciones? —respondió con una sonrisa agrí dulce—. Hay muchas cosas que me gustaría hacer contigo y que, por un motivo u otro, nunca he podido hacer.

Helena se acercó a él, solo para respirar su aire, para sentir su calor corporal..., cualquier cosa que pudiera darle una dosis de Lucas sin tener que besarle y romper el amable entendimiento al que habían llegado.

—¿Cómo aprendiste? —preguntó en voz baja. Le avergonzaba un poco que, a esas alturas, no tuviera ni idea de esa parte de su vida.

—Mi padre me enseñó. —Lucas se quedó callado, con una mirada serena y apenada al mismo tiempo—. Me enseñó a tocar la guitarra clásica española, porque estuvimos viviendo en España mucho tiempo. De hecho, no he vuelto a tocarla desde que nos fuimos de Cádiz. —Una vez más, la tristeza invadió a Lucas—. Es mucho mejor que yo..., pero, aun así, no se me da nada mal.

Desde hacía ya tiempo, Helena daba por hecho que ella y Lucas eran como uña y carne, y que no había nada de él que no supiera. Pero ahí estaba, descubriendo algo nuevo y a la vez importante sobre él. Su padre no solo le había enseñado a empuñar una espada. Helena suponía que habían pasado largas tardes juntos, debatiendo sobre un arte que tanto les apasionaba y que tan poco podían disfrutar.

—No lo he dudado ni un momento. —Helena se moría de ganas de escucharle tocar. Le imaginó con una guitarra entre las manos, la mejor que fue capaz de concebir—. ¿Te servirá esta?

Lucas cogió el instrumento y le dio la vuelta para examinarlo.

—No está mal.

Helena le miró dolida, y él soltó una risotada.

—¡Estoy de broma! Es preciosa.

Helena le dio un golpe en la pierna.

—¡Toca algo para mí! —exigió.



Se acomodó la guitarra sobre el regazo, preparándose para empezar a tocar, pero no lo hizo.

—No dejo de darle vueltas a un asunto.

—¿A qué? —le preguntó Helena fingiendo estar frustrada, como si pensara que se estaba entreteniéndolo a propósito.

—¿Cómo lo haces? —preguntó, serio—. ¿Cómo has aprendido a crear tiovivos, provocar tormentas de nieve o idear una guitarra?

—He practicado mucho —murmuró. Se inclinó hacia Lucas y le observó con atención—. En el Submundo. Todo el tiempo que estuve allí abajo, deambulando sin rumbo, bueno... Entonces no lo entendí, pero Hades, en realidad, me estaba enseñando a construir mundos.

—¿En serio? Y debo suponer que lo hizo de corazón, ¿no? —preguntó algo dubitativo.

—Bueno, sí. De hecho, estoy bastante segura de que así fue —contestó—. Es un tipo muy compasivo. O un dios. O lo que sea.

—¿Y cómo te ha enseñado a hacerlo exactamente? —continuó Lucas tras dejar la guitarra sobre el suelo de la cabaña.

—Del modo más difícil —contestó Helena.

Rememoró todas las pruebas a las que Hades la había sometido en el Submundo y visualizó los infiernos a los que se había enfrentado. Recordó el árbol que solía atraparla, la ciudad en ruinas, la cornisa de la mansión de la que había pendido tantas veces... Todos los lugares que creía que Hades había diseñado para torturarla habían salido, nada más y nada menos, que de su propia mente. Ella había ideado su particular infierno y, ahora que había aprendido a controlar sus miedos, sabía cómo crear un paraíso.

—¿A qué te refieres con del modo más difícil? —preguntó Lucas mientras estudiaba su expresión pensativa. La miraba con una mezcla de furia y rabia.

—No, no, no me hizo nada. Fui yo. —A Lucas no pareció convencerle esa respuesta, así que Helena continuó—: Déjame empezar de nuevo. Descender no es exactamente la palabra más apropiada para el talento que tengo. Soy una creadora de mundos, Lucas. —Extendió los brazos, señalando la habitación en la que estaban—. Muchos confundimos ese don con la capacidad de descender porque Hades ha permitido que todos los creadores



de mundos, y no solo yo, descendamos a su reino para poder aprender a construir por nosotros mismos.

—¿Y por qué haría eso?

Helena se quedó callada y pensó sobre su cometido respecto a liberar a las furias. Reflexionó en todo lo que había descubierto y aprendido a lo largo del proceso.

—Supongo que quiere que consideremos en qué tipo de mundo queremos vivir, si en un reino basado en la justicia y la compasión, o en uno que únicamente atiende a los caprichos del arquitecto. Vaya, acabo de darme cuenta de todo eso. —Helena miró a Lucas y sonrió—. Siempre me ayudas a entender las cosas.

—Por eso estoy aquí —dijo con una tierna sonrisa, aunque enseguida volvió a adoptar un gesto serio—. Pero podrías haber aprendido todas esas lecciones sin tener que bajar al Infierno. Helena, todavía me acuerdo de lo enferma que estuviste. A veces volvías del Submundo manchada de barro, cubierta de hojas y mugre, y ensangrentada. ¿De veras tenía que ponerte las cosas tan difíciles?

—Sí —afirmó Helena. Después volvió a quedarse callada. No sabía si quería desvelarle a Lucas lo que se le acababa de ocurrir.

—¿Helena? —insistió él, con una ceja arqueada—. Hay algo que no me estás contando.

Sabía que no podría enterrar ese pensamiento para siempre, y de todas formas odiaba tener que ocultarle las cosas, así que al final se lo contó.

—Tenía que ponérmelo difícil para que aprendiera a ser fuerte. Porque cuando un creador de mundos construye un mundo, tiene que ser lo bastante fuerte como para defenderlo.

Lucas endureció el gesto.

—¿Defenderlo de quién? —preguntó con voz grave y peligrosa.

—De los dioses, creo. Se refirió a ellos como «desafiadores», así que intuyo que ha habido más de uno a lo largo de los años. Mira, no voy a mentirte. Morgan La Fey construyó Ávalon, y desapareció entre las tinieblas cuando perdió una batalla. Atlantis se hundió en el océano después de que Atlanta fuera derrotada en una contienda. Son las únicas vástagos que conozco que



han poseído el mismo don que yo, y ambas perdieron. Las apuestas no están a mi favor.

—Qué importan las apuestas —dijo Lucas—. Eso no es lo que me preocupa. Lo que me interesa saber es quién va a desafiarte, y por qué Hades se está tomando tantas molestias en prepararte para una batalla. ¿Qué es lo que realmente quiere?

Helena se encogió de hombros.

—No lo sé. Podría preguntárselo, pero dudo mucho de que me lo diga sin andarse por las ramas. Hades no acostumbra a dar respuestas rápidas y sencillas.

—No me sorprende —masculló Lucas, todavía pensativo.

Ella cogió la guitarra y se la entregó.

—¿Es una indirecta?

—Más claro, el agua —sonrió Helena.

Lucas punteó las cuerdas de la guitarra e hizo una mueca mientras las tensaba y las aflojaba.

—Quién lo iba a decir. Tienes tan mal oído musical que incluso las guitarras que construyes están desafinadas. —Helena se echó a reír—. Además esta guitarra está diseñada para zurdos. No soy Matt, ¿sabes?

—De acuerdo, deja que lo arregle. —Se concentró y, de repente, todas las cuerdas se recolocaron.

Lucas rasgó la guitarra y puso los ojos en blanco cuando oyó el cómico tañido.

—Vuelve a estar desafinada.

—Lo has hecho a propósito —lo acusó mientras le estrujaba un dedo del pie—. ¡Toca algo y punto!

—Sí, su alteza.

Se tumbó sobre el suelo, con el fuego a sus pies, y ahogó la risa cuando Lucas pasó de tatarrear a tocar.

Era como oír a una orquesta a través de un único instrumento.



Tocaba con las dos manos; no sujetaba la guitarra con una mano y la tocaba con la otra, sino que utilizaba ambas manos para tocarla, de forma que parecía que sonaran varias guitarras a la vez. A veces hacía vibrar las cuerdas, como si fuera un harpa, y otras golpeaba la parte trasera con los nudillos, como si fuera un tambor, para añadir sonidos más graves sin perder el ritmo. Era el espectáculo más fascinante que jamás había presenciado. Le daba la impresión de que cantaba con una docena de voces, y que cada una de ellas nacía del movimiento de sus dedos.

Helena le miró y adivinó por qué le fascinaba la música. Para él era como pensar y, en esta ocasión, podía compartir ese rompecabezas con ella mientras lo resolvía.

Al invitarle a Omnipolis, Helena había dejado que Lucas se paseara por su imaginación. Y ahora, oyéndole tocar, ella estaba caminando por su mundo interior.

Aquello era el paraíso.

—¿Dónde has estado? —le reprendió Helena.

—Desolado y con el corazón roto, esperando tu regreso —respondió Morfeo lánguidamente.

La joven se rio y le apretó la mano. Helena y Lucas se habían quedado dormidos delante de la chimenea, y ella se había despertado en tierras sombrías, tumbada boca arriba y junto al dios de los sueños. Tenían las manos entrelazadas.

—Pequeño entrometido, ¿cómo sabías que necesitaba tu ayuda? —preguntó.

—Has venido aquí por tu propio pie. No puedo forzarte a venir. Lo único que puedo hacer es abrirte la puerta.

—¿Eso es lo que has hecho? —insistió Helena. Pensó en las distintas fronteras que Hades y Morfeo habían construido para sus respectivos mundos. Hades había dejado la puerta abierta para los muertos, y Morfeo, para las mentes soñadoras.

Helena levantó la cabeza y contempló el cielo nocturno del palacio de ensueño de Morfeo. Estaba acomodada entre multitud de cojines y almohadas de seda negra. Vislumbraba un sinfín de extrañas lucecitas que



se asemejaban a la llama de una vela atrapada en una burbuja de jabón. Aquellos puntos de luz bailaban sobre su anfitrión y Helena, como si quisieran invitarlos a jugar con ellas.

—¿Nuestros reinos están separados del mundo real por fronteras?

—Eso creo. Las mentes van y vienen; me alborotan el pelo cada vez que les permito entrar y salir de mis tierras, pero, una vez dentro, no pueden controlar mi reino. Soy yo quien crea los sueños —contestó Morfeo.

—Pero en el Hades ocurre justamente lo contrario —puntualizó Helena—. Las fronteras no son fáciles de cruzar; en general, tienes que suicidarte para poder atravesarlas, pero, una vez que has conseguido entrar, tú eres quien crea tu propia existencia. O al menos era así cuando yo estaba allí.

—Nunca lo había pensado así, pero, sí, podríamos decir que las fronteras nos separan del mundo. Siguen unas reglas distintas, pero, aun así, el creador las controla. —Entonces la miró con los ojos entrecerrados—. ¿Qué te preocupa, bella mía, para que tengas que venir a charlar conmigo de filosofía?

—Necesito tu ayuda. Ahora que he construido mi mundo, ¿quién va a desafiarme, Morfeo?

—El Olimpo. Zeus, seguramente. En el pasado, los dioses menos poderosos fueron quienes retaron a los creadores de mundos porque los olímpicos estaban atrapados por el juramento de Zeus. —Morfeo se rio entre dientes—. Ulises fue el más listo de todos, sin duda.

—Pero ¿por qué tenemos que enfrentarnos? ¿Por qué Zeus no puede quedarse con su Olimpo, yo con mi reino y estar en paz?

—El gran ciclo, por supuesto.

—Oh, sí. El gran ciclo —repitió Helena mientras ponía los ojos en blanco. Después, volvió a mirar al dios y preguntó—: ¿Qué demonios es eso?

Morfeo soltó una carcajada y se incorporó en su lecho.

—Los hijos deben derrocar a sus padres, como los dioses lo hicieron con los titanes, y estos con sus progenitores, Geo y Urano, Las parcas harán que vuelva a ocurrir. Ahora les ha llegado el turno a los vástagos. Deben destronar a los dioses.

—Y Zeus quiere impedir que le destruya.



—Por supuesto. Si los vástagos vencen a los dioses del Olimpo, los Doce estarán condenados a pasar una eternidad en el Tártaro, igual que los titanes. No es muy agradable.

—No, no es en absoluto agradable —coincidió Helena—. Pero ¿por qué me atormenta precisamente a mí? ¿Por qué le parece tan peligroso que sea una creadora de mundos?

—Porque, si lo deseas, puedes llevar a los vástagos a tu Omnópolis y hacerles inmortales. Y además, como creadora de mundos, también eres la única que puede abrir los portales del Tártaro y enviar a los Doce allí. Pero ten cuidado, Helena. Zeus también es un creador de mundos, así que, asimismo, puede encerrarte en el Tártaro, como ya hizo con los titanes.

Helena hizo una pausa para considerar lo que Morfeo le acababa de revelar. Si convertía a todos los vástagos en inmortales y se enfrentaban a los olímpicos, sería un ejército contra un puñado de dioses. Los olímpicos no tendrían ninguna posibilidad de vencer.

—¿Y qué hay de Hades y de ti? Cualquiera de vosotros podría desafiar a Zeus, y, sin embargo, él prefiere dejaros en paz. ¿Cómo habéis conseguido evitar una confrontación?

—Nunca he abandonado mi reino, y sería un suicidio que Zeus se atreviera a enfrentarse a mí aquí, donde soy el único dios.

—¿Y Hades?

—Tampoco acostumbra a salir de sus tierras y, cuando lo hace, el Yelmo de la Oscuridad le hace invisible, tanto para la raza humana como para los dioses. —En ese instante, Helena se acordó del día en que Lucas, en mitad del pasillo del instituto, les hizo invisibles, justo antes de que se iniciaran los disturbios, mientras Eris sembraba el odio en la ciudad. Pero antes de que pudiera encontrar una explicación, Morfeo continuó—: Y más importante, Zeus necesita a su hermano mayor, Hades. Los muertos deben tener un mundo propio, y lo último que quiere Zeus es tener que tratar con los difuntos.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? —suplicó Helena.

—Luchar. O esconderte en tu Omnópolis, donde Zeus no pueda tocarte. —Morfeo le sonrió con ternura—. Sugiero lo último, aunque sé que no escucharás mi consejo. No eres de las que se esconden.

—No puedo quedarme en Omnípolis. No puedo dejar la Tierra en manos de los dioses. La arrasarán por completo. ¿Es posible que haya una forma de evitar un enfrentamiento? —preguntó Helena. Lo dudaba, pero se sentía en la obligación de al menos intentar impedir una terrible guerra que, con toda probabilidad, mataría a miles de personas.

—¿Puedes escapar de tu destino? Muchos han tratado de esquivarlo, como Edipo, pero ¿existe alguien que haya conseguido zafarse de su destino al final? —preguntó Morfeo.

—Sí. El libre albedrío existe —respondió Helena mientras meditaba una idea—. Lo único que se necesita es un escudo.

Morfeo la miró de manera inquisitiva, pues no comprendía la respuesta de Helena. Ella meneó la cabeza y cambió de tema.

—¿Por qué Hades y tú me ayudáis? —murmuró.

—Soy el dios de los sueños, pero ni en sueños osaría hablar en nombre de Hades —dijo Morfeo con una mirada traviesa—. No obstante, si no tuviera más remedio que contestarte, diría que te ayuda porque sabe lo destructivo que puede llegar a ser su hermano pequeño. Hades, a diferencia de los demás dioses, se preocupa por los mortales; no quiere verlos enfrascados en ninguna guerra. Probablemente porque tiene que atender y albergar sus almas cuando fallecen. Debe juzgar a millones de almas y, gracias a ello, posee un gran sentido de la justicia. Permitir que te enfrentes a Zeus sin un entrenamiento previo apropiado es algo que él consideraría injusto.

Helena frunció el ceño. Se acordó del momento en que le preguntó a Orión qué consideraba más importante que la alegría eterna. La justicia, había contestado él. Era otro rasgo que Orión compartía con Hades.

—¿Y tú? —preguntó Helena, para alejar ese pensamiento.

—Mi motivo es mucho más simple y egoísta. Te ayudo porque te quiero y no soporto la idea de perderte. ¿Acaso no lo sabías?

—¿Y? —presionó, alzando una ceja, cínica.

—Y no creo que deba tenerte miedo. Pienso que jamás tratarías de encerrarme en el Tártaro.

—Nunca. No me gustaría vivir en un mundo sin sueños, aunque fuera el mío —respondió Helena. Después, le acarició su cabellera negra y brillante—. Te



he echado mucho de menos. Por lo visto, cada vez que cierro los ojos estoy demasiado ocupada y no soy capaz de soñar.

—Pero te he enviado sueños, la mayoría de ellos para informarte de las acciones de los dioses sobre la Tierra.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Helena, pero enseguida lo adivinó—. Estás hablando de las pesadillas donde aparecían águilas que transportaban a mujeres o delfines y caballos que atacaban a humanos. Eran espeluznantes, Morfeo.

—Lo siento, bella. No era mi intención asustarte. Pero no podía permitir que esa pobre sirena sufriera las «atenciones» del mocoso de Apolo y quedarme de brazos cruzados. —Morfeo sacudió un cojín—. Te agradezco que fueras a buscarla. Detesto tener que enviar pesadillas, pero a veces no tengo más alternativa para advertiros. ¿Me perdonarás?

—Desde luego —contestó Helena antes de incorporarse en la cama.

De pronto, recordó un sueño que Orión le había descrito. Había soñado con un campo repleto de huesos de vástagos. Lo había interpretado como una advertencia de la extinción de su raza. Al parecer, estaba en lo cierto. Helena se estremeció y Morfeo la rodeó con un brazo, preocupado por lo angustiada que estaba.

—¿Sabes?, en realidad eres un blandengue.

—Lo soy. Debería intentar ser un poco más terrible, para imponer más respeto y miedo, ya lo sé. Pero siempre me olvido —dijo haciendo pucheros.

Helena le regaló una dulce sonrisa y después se quedaron en silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Morfeo después de un buen rato.

—Necesito tu ayuda. —Helena miró de reojo a su amigo, con la esperanza de que él supiera qué hacer—. Tengo que encontrar un modo de romper la maldición que Afrodita lanzó sobre todo mi linaje.

—¿Puedo preguntar por qué? —susurró el dios, con curiosidad.

Helena tenía preparada una respuesta, porque anhelaba poder estar con Lucas, aunque fuera su primo carnal. Pero antes de que pudiera articular las palabras, cayó en la cuenta de que había algo más que eso.

—No quiero deberle una hija, ni a ella ni a nadie —contestó—. Si alguna vez tengo hijos, quiero que sea por voluntad propia, no por decisión ajena.



—Ah. —Morfeo la observó con tristeza—. No conozco ningún poder capaz de deshacer la maldición de una diosa. Pero si no quieres tener hijos, no lo hagas. Lo único que necesitas es vivir para siempre. Así, el Rostro siempre existirá. —Morfeo se rio por lo bajo—. Creo que esa era la intención de Afrodita, ¿no?

Helena suspiró, sorprendida.

—Tienes razón. —Morfeo esbozó una sonrisa y Helena le devolvió el gesto—. Gracias.

—No hay de qué.

—Eternidad, vaya. —De pronto, arrugó la frente—. ¿Cómo es, en realidad?

—A decir verdad, lo estoy disfrutando bastante —contestó él, encogiéndose de hombros. Señaló la enorme cama, las estrellas titilantes y las criaturas menudas que danzaban y jugueteaban en los campos de amapolas—. Siempre ayuda que pases los días en tu propio reino, haciendo lo que más te gusta y rodeado de las personas apropiadas, desde luego. O persona. —Morfeo transformó su apariencia y adoptó el aspecto de Lucas. Después, se arrastró por el inmenso lecho, hacia ella—. Mi oferta sigue en pie, ya lo sabes —murmuró con la voz de Lucas—. Quédate aquí, conmigo, y sé mi reina. O, si lo prefieres, podemos negociar. Por la noche, podemos venir aquí y, durante el día, podemos vivir en tu mundo.

Helena se escabulló de Morfeo, gruñendo.

—Estás haciendo trampas.

La cogió y la hizo rodar por la cama hasta quedar debajo de él. Tan solo unos milímetros separaban sus labios.

—Quédate aquí conmigo —rogó—, o en tu Omnópolis con el verdadero Lucas. O haz la combinación que quieras. Podemos compartir nuestros reinos. Pero sea cual sea tu decisión, es mejor que nunca regreses a la Tierra. Si vuelves, el sufrimiento será insoportable.

A Helena se le secó la garganta. Morfeo hablaba en serio.

—No puedo esconderme para evitar enfrentarme a Zeus.

—No estaba hablando de Zeus, sino de aquellos más cercanos a ti. Están conspirando contra ti. Incluso en sus sueños están tramando traicionarte.

Helena se puso tensa y lo apartó de un empujón.



—¿Qué trama mi madre esta vez? —preguntó. No le cabía la menor duda de quién de su círculo más íntimo estaría dispuesto a traicionarla.

Morfeo recuperó su apariencia habitual. Parecía confundido.

—Ha estado administrando medicamentos a tu padre, por supuesto —dijo—, pero no es eso...

—¿Qué? —gritó Helena, interrumpiéndole. Saltó de la cama, temblando de rabia—. ¿Dafne ha estado drogando a mi padre?

—Sí —contestó Morfeo, tan manso y amable como siempre—. Pero los medicamentos no están perjudicando su cuerpo. Por eso los mellizos sanadores no pueden detectarlos.

—Pero ¿qué diablos? —balbuceó Helena, que estaba a punto de perder los nervios—. ¿Por qué está medicando a mi padre?

—Para mantenerle dormido, claro está. No te preocupes. Me he asegurado de que solo tenga sueños maravillosos.

Helena cerró los puños para evitar gritar. Después se inclinó sobre Morfeo para darle un beso de despedida.

—Gracias por cuidar de mi padre, Morfeo. Te debo una. Si alguna vez necesitas algo, cualquier cosa, tan solo tienes que pedírmelo.

—Espera, ¡estás en peligro! —empezó Morfeo, pero Helena ya lo sabía. No podía permitirse el lujo de quedarse allí y escuchar cómo le suplicaba que se mantuviera alejada de Zeus. Tenía que regresar; su madre le debía una explicación.

Y después iba a patearle el culo a esa zorra sin corazón.

Helena apareció en mitad del salón de los Delos, a pocos centímetros de Claire, que estaba tratando de dormir en una silla. Una brisa de aire helado la sobresaltó.

—¡Helena! —exclamó. De inmediato, pegó un brinco.

—Lo siento —se disculpó ella al ver la mirada aterrorizada de su amiga—. ¿Dónde están todos?



—Son las tantas de la madrugada. ¿Dónde crees que están?

Miró a su alrededor y vio los restos carbonizados del salón. La silla en la que Claire había decidido acomodarse era la única que seguía de una sola pieza.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Helena, señalando la habitación en ruinas—. ¿Por qué no estás en tu casa, o en una de las habitaciones de arriba?

—Estaba esperando a que alguno de los dos regresarais. Imaginé que volveríais aquí —respondió. Miró por detrás de Helena, como si esperara a alguien más. Al ver que no venía nadie más, bajó la cabeza—. ¿Y Lucas? —preguntó. Parecía apenada y transmitía algo más, algo que, a Helena, le pareció desconfianza.

—Está bien —respondió enseguida. Ignoró el pellizco de decepción. Su mejor amiga estaba actuando como si pensara que Helena le estaba mintiendo—. Le he dejado en... No te preocupes. Está completamente curado y a salvo.

—¿Cómo? —preguntó Claire. Después, señaló el comedor y continuó—: Esto lo hiciste tú, por si no lo recuerdas. Lucas te estaba sujetando. ¿Cómo ha podido sobrevivir?

Helena se balanceaba, indecisa. Todavía no estaba preparada para contarle a Claire que había creado un nuevo mundo. Una cosa era charlar de eso con Morfeo, quien compartía su mismo talento, y otra comentarlo con Claire, quien seguramente pensaría que construir un reino no era de lo más normal.

—Es una larga historia. Pero confía en mí, está perfectamente. —Tenía que cambiar de tema con urgencia—. ¿Sabes dónde está mi madre? —preguntó. Escuchó atentamente la respiración de todos los habitantes de la casa, pero no reconoció a su madre.

—Ni idea. Aunque no es nada nuevo. La verdad es que se le da muy bien desaparecer. —Claire fulminó a Helena con la mirada.

—Sí, se le da la mar de bien —contestó ella algo distraída mientras trataba de averiguar dónde podría estar Dafne.

Debía admitir que no conocía a su madre lo bastante bien como para saber dónde podría estar en cualquier momento del día, y mucho menos dónde solía pasar la noche. Salir a buscarla sería, con toda probabilidad, una pérdida de tiempo. Al fin y al cabo, Dafne regresaría algún día y, cuando eso ocurriera, Helena le haría frente.

Miró a Claire y le sonrió con alegría, pero su amiga permaneció con el gesto serio. Todavía la observaba de una forma extraña, como si no la reconociera.

—¿Qué? —preguntó Helena, a la defensiva.

—Estás muy rara. Me asusta. —Claire clavó la mirada en el suelo. No era capaz de seguir mirándola a los ojos.

—¿Jasón está arriba? —preguntó, y cambió de tema una vez más. Sin embargo, ya sabía la respuesta, puesto que le oía respirar en su habitación.

—¿Para qué le necesitas?

—Porque necesito un sanador. Vamos —invitó Helena. Después se dio media vuelta y comenzó a subir las escaleras—. Me ves rara porque estoy furiosa. Acabo de descubrir que están drogando a mi padre.

—¡Venga ya! —exclamó Claire. Cuando llegaron al piso de arriba, murmuró—: ¿Quién?

—La bruja de mi madre. ¿Quién si no? —respondió—. Espero que los mellizos puedan echarle una mano.

—Jasón te ayudará, pero Ari no está aquí, así que tendrá que hacerlo solo —dijo Claire, mordiéndose el labio.

Por fin llegaron frente a la habitación de Jasón.

Helena intuía que su amiga también estaba preocupada por Ariadna. Nadie sabía dónde había pasado la noche. No era típico de ella desaparecer sin más, y presentía que a Claire también le parecía sospechoso.

—¿Cuánto tiempo lleva Ari fuera de casa? —quiso saber.

—No lo sé —respondió Claire, sin prestar demasiado atención la pregunta—. Espera aquí un segundo.

Helena se quedó en el pasillo mientras Claire entraba en la habitación de Jasón para despertarle.

Claire meneó el hombro de Jasón, y él respondió arrastrándola hacia la cama para abrazarla. Ella parecía resistirse, y Helena decidió mirar hacia otro lado para darles algo de privacidad. De una forma fugaz, vislumbró el sentimiento de necesidad de Jasón y la reciprocidad de Claire fue inmediata, aunque la reprimió enseguida. Ahora, Helena podía leer las emociones con tal claridad que incluso le resultaba incómodo estar rodeada de parejas.



Cada vez que estaba con sus amigos de siempre, se sentía rodeada de gente desnuda. Se preguntaba cómo debía manejar ese tema Orión.

Quizás era más comprensivo con las emociones porque había aprendido a aceptar lo vulnerables que eran los seres humanos en general.

«Todos estamos desnudos bajo unos milímetros de ropa», se dijo Helena a sí misma tras recordar un momento maravillosamente tenso de su vida, cuando Lucas se había quedado tras la puerta del cuarto de baño mientras ella se duchaba.

Helena oyó decir a Jasón:

—¿Luke está vivo? ¿Estás segura?

Claire salió de la habitación de Jasón mientras él se ponía algo de ropa. Un segundo más tarde, se reunió con ellas en el vestíbulo.

—¿Jerry ha mejorado? —preguntó Jasón, demasiado emocionado ante la expectativa.

—Bueno, no —contestó Helena. Se dirigieron hacia la habitación de Jerry y entraron. Decidieron cerrar la puerta para poder charlar con más libertad—. Acabo de descubrir que le están drogando.

—¿Drogando? —repitió Jasón, algo incrédulo—. Si se tratara de un medicamento, habría reparado en el daño que le estaría haciendo su cuerpo.

—Ahí está. Morfeo me ha dicho que lo que le están suministrando no le está perjudicando. Tan solo le mantiene dormido.

—Morfeo. El dios de los sueños. —Jasón la miraba impertérrito—. ¿Qué pasa, ahora sois amiguitos, o qué?

—¿Puedes echarle un vistazo, por favor? —rogó ella.

—Lo siento, Helena. Mi poder no funciona como una prueba sanguínea. No puedo detectar sustancias químicas, tan solo los daños corporales. Además, tampoco puedo eliminar esos elementos, a menos que sean unos patógenos que estén haciendo daño al paciente. Mi talento solo me permite curar lo que está roto.

—Entonces, ¿qué podemos hacer para ayudarlo? —preguntó Claire.

—Nada —contestó Jasón—. Lo único que podemos hacer es esperar a que los efectos pasen. Y mantener alejada a la persona que le administra el medicamento. Por cierto, ¿quién es?



Helena apretó los dientes. Estaba tan furiosa que ni siquiera podía pronunciar el nombre de su madre.

—Dafne —dijo por fin Claire.

Jasón suspiró y asintió con la cabeza.

—Ahora que lo mencionas, Dafne siempre aparece cuando Jerry se acaba de despertar. Suele quedarse para cuidarle y minutos después vuelve a dormirse. —A juzgar por su mirada, parecía tener remordimientos—. Lo siento, Helena. Nunca me habría imaginado que haría algo así.

—No es culpa tuya, Jasón. Es mía. Sabía lo malvada que era y, aun así, permití que se acercara a él y le cuidara —dijo Helena con pesar—. ¿Alguna idea de cuándo volverá a despertarse?

Jasón apoyó la mano sobre la cabeza de Jerry y, de inmediato, se iluminó. Él cerró los ojos para concentrarse.

—Está profundamente dormido —dijo, y abrió los ojos—. Podría estar así entre doce y dieciséis horas más. Pero es solo una suposición.

—Gracias —contestó Helena.

—Bueno. ¿Y qué tal está Lucas? —preguntó Jasón.

—Está bien —aseguró con una amplia sonrisa—. De hecho, tengo que ir a buscarle.

—¿A buscarle? —repitió, angustiado—. ¿No puede volar? ¿O sigue demasiado herido para caminar? Iremos todos a ayudarlo... ¡Héctor!

Jasón se dio media vuelta y empezó a llamar a su hermano a gritos.

—Jasón, espera. No es eso —murmuró Helena, tratando de calmarle.

Pero Héctor ya había salido de su habitación. Tras él, Helena avistó a Orión, que se estaba levantando de la cama de invitados.

—¿Qué? —gruñó Héctor de mala gana a su hermano. Después, se percató de la presencia de Helena—. ¿Dónde has estado? —preguntó mientras avanzaba por el pasillo.

—¿Helena? —llamó Orión, siguiendo a Héctor.

—Oh, bien. Estás aquí —dijo—. No te vayas, por favor.



—De acuerdo —contestó Orión sin entender del todo la petición de Helena—. ¿Dónde está Lucas?

Héctor y él no dejaban de buscar a Lucas en el pasillo.

—Oh, por el amor de Dios —murmuró Helena, frotándose las sienes—. ¡Lucas está bien! ¿Creéis que estaría paseándome por aquí en vez de estrujándome los sesos si estuviera al borde de la muerte?

Cástor, Noel, Palas, Casandra, Kate y Andy ya se habían despertado y estaban saliendo de sus respectivas habitaciones. Helena levantó las manos antes de que todos empezaran a hacerle preguntas a la vez.

—Lucas está completamente vivo y sano. Me está esperando en un lugar seguro —anunció.

—¿Dónde? —preguntó Cástor, con expresión esperanzada y a la vez confusa.

—Ah..., en un lugar seguro —repitió Helena. No sabía si debía revelarles toda la información.

—¿Dónde has llevado a mi hijo? —exigió saber Noel, que avanzaba furiosa por el pasillo, hacia Helena. Tenía la cara hinchada y los ojos enrojecidos; había estado toda la noche llorando.

En ese momento, Helena se dio cuenta de que la culpaba del sufrimiento de su hijo. Echó un vistazo a las miradas de todo el mundo. Apreció dudas, desconfianza y, en el mejor de los casos, confusión. Estaba acostumbrada a que Palas la mirara como si no se fiara de ella, pero era la primera vez que Cástor, Noel o Claire la miraban así.

—Lucas y yo lo llamamos Omnópolis. —Helena levantó las manos y lo soltó, sin rodeos—: Pero vosotros lo conocéis como Atlantis.



Capítulo 12

Cuando Helena acabó de explicar los últimos acontecimientos, todos se quedaron mudos durante un buen rato. Se habían trasladado a la cocina, donde intercambiaron miradas de confusión y desconfianza.

—¿Cuántos creadores de mundo ha habido? —preguntó por fin Cástor, que parecía el más calmado.

—No muchos. Hades, Morfeo, Zeus y las parcas viven en sus propios reinos. A lo largo de la historia han existido otros vástagos con ese talento, pero solo recuerdo un par.

—¿Recuerdas? ¿Cómo es posible que te acuerdes de vástagos que murieron hace docenas de años? —preguntó Orión.

—Bueno, ¿te acuerdas del día en que sumergí las manos en aquel maldito río? —Helena le dedicó una sonrisa.

Orión comprendió la indirecta. Se estaba refiriendo a su aventura en el día de Halloween. Al menos Orión seguía apoyándola.

—Cuando recobré la memoria, no solo recuperé mis recuerdos, sino también los de otras mujeres. Entre ellas, Helena de Troya.

Héctor murmuró una palabrota.

—Por cierto, su vida fue un desastre. —Helena miró a Cástor—. Tú fuiste Príamo, rey de Troya. Tu hermano, ¿Tántalo?, Menelao, sin duda. Y tú fuiste Agamenón —añadió dirigiéndose a Palas.

Héctor y Orión compartieron una mirada cómplice y estallaron en risas.

—Tú fuiste el gran Héctor, y tú, Eneas, su mejor amigo y general de su ejército —anunció Helena con los hombros encogidos—, pero ya lo sabíais.

—Sí, nos lo imaginábamos —admitió Orión con una sonrisa.

—Esperad —dijo Claire, y alzó una mano—. ¿No fue precisamente Helena de Troya quien traicionó a la ciudad que la protegía? ¿No fue ella quien permitió que los griegos arrasaran la ciudad y asesinaran a sus propios amigos y familia?



La risa floja que soltó Claire no divirtió a nadie. Helena no podía creerse la acusación de su amiga de la infancia, así que se fijó en su corazón. Estaba lleno de miedo.

—Esto es terrible. Has construido un mundo —jadeó Casandra, que hasta entonces había permanecido absorta en sus pensamientos y no había participado en la conversación—. Zeus vendrá a por ti. No tiene otra opción; o te desafía en un duelo a muerte, o corre el peligro de que lo destrones. Esos es lo que las parcas han querido desde el principio. Quieren que los hijos derroquen a sus padres.

—Sí —admitió Helena—, y, hasta que los vástagos no destronen a los dioses, estaremos atascados en este maldito ciclo, en que toda generación repite los errores de sus ancestros. Y así hasta que las parcas consigan lo que quieran.

—Apolo dijo algo parecido —dijo Héctor—. Y después de varios miles de años confinado en el Olimpo, todo apunta a que Zeus estará preparado para la batalla.

De repente, todos empezaron a hacer preguntas, pero en cuanto se pusieron a discutir sobre las ventajas de aceptar un duelo o esquivarlo, Helena percibió que Lucas se despertaba en Omnipolis, así que, de buena gana, desvió toda su atención a él. Estaba preocupado por ella. Hizo aparecer una nota junto a su almohada para tranquilizarle. Escribió que estaba en casa de los Delos, explicándoles lo sucedido a toda la familia.

—*Espera, ¿puedo pedirte un favor?* —preguntó Lucas en voz alta antes de leer la nota.

Fue muy extraño. Helena no oyó pronunciar las palabras, sino que las vio aparecer en su mente, relacionadas con una especie de esencia que supo que era Lucas. Era como un sexto sentido espeluznante, mucho más desarrollado y sutil que el oído. Además, intuía que tenía la capacidad de desconectarlo si quería. Pero no quería. Prefería pasar el mayor tiempo posible con Lucas en su mundo, en su mente.

—*Lo que sea* —contestó Helena. Para no asustarle con una voz atronadora que retumbara en el cielo, al más puro estilo Viejo Testamento, deslizó las palabras en la mente de Lucas con sumo cuidado.

—*¿Puedes subir la temperatura? ¿Qué os pasa a las chicas de Nueva Inglaterra con la nieve? Me crie en Cádiz. Me gusta el sol.*

Ella soltó una risotada e imaginó un lugar cálido para Lucas.



—¿Helena? —la llamó Orión.

Le acarició el brazo para sacarla de su ensimismamiento. Al mirarle, se percató de que su peculiar comportamiento le había alarmado. De hecho, estaba asustado. Aparentemente, todos le tenían cierto miedo, en especial Claire. En aquel preciso instante, su amiga la estaba observando como si estuviera delante de un fantasma. Helena sabía que debía sentarse con ella y tener una larga conversación, pero no quería dedicar tanto tiempo a justificarse. Estaba ansiosa por regresar a su paraíso personal, junto a Lucas.

—Tengo que irme —anunció. Se encogió de hombros, disculpándose. Se giró hacia Orión y le señaló con el dedo—. No te marches, ¿eh?

—Estaré aquí —aseguró Orión.

Se levantó del banco de la cocina y se alejó para no congelar a nadie al abrir el portal.

Miró a Noel.

—La próxima vez volveré con Lucas. Te lo prometo.

Y entonces se desvaneció.

En algún lugar entre la Tierra y Omnipolis, Helena abrió los ojos. El río Leteo le había otorgado el don, o la maldición, de poder revivir recuerdos ajenos. De hecho, había presenciado tantísimos episodios del pasado que podía discernir sin equivocarse, cuándo estaba en ese universo paralelo. Y ahora mismo estaba allí.

Sin embargo, en esta ocasión, cuando se levantó junto al cuerpo desnudo de Paris entrelazado con el suyo, no parecía ser una mera espectadora, como en ocasiones anteriores. Sentía que era ella la que estaba allí. Y, de entre todos los recuerdos que había revivido, este era, sin duda, el más doloroso de todos.

Era la noche que Troya fue atacada.

Justo cuando Helena se despertó en aquel aposento, Paris empezaba a adormilarse. Habían hecho el amor por última vez. Sentía pesado el cuerpo de su amante, y sus músculos, relajados, aunque tenía la mano cerrada en



un puño. Anhelaba quedare ahí, con él, abrazándolo. Se habría pasado toda la noche embobada, mirándolo mientras dormía. Había llegado a un trato con Ulises y debía salir a hurtadillas de allí lo antes posible.

Ya no le quedaban más lágrimas para llorar por Paris. Lo único que podía hacer era proteger a su hija y asegurarse de que quedara algo de su amor cuando todo terminara.

Ulises la había convencido poco a poco. Le había asegurado que los inmortales no podían enfrentarse a los humanos a muerte.

Hécate, la única de los titanes más poderosa que Zeus, lo prohibía. Pero ese pequeño detalle técnico no se aplicaba a los dioses. Eran expertos en idear situaciones donde los semidioses deseaban matarse entre ellos.

Durante muchos años, Helena había visto morir a un sinfín de héroes en un único enfrentamiento, todos ellos incitados por su padre-dios, así que supuso que Ulises debía tener razón. Por fin lo había entendido. Los dioses eternizaban la guerra a propósito y, a menos que un bando venciera, los semidioses no tardarían en ser exterminados de la faz de la Tierra, lo cual, tal y como Ulises había puntualizado, era exactamente lo que los dioses querían, y no solo por el espectáculo visual. Afrodita le había desvelado que a los dioses les apasionaba presenciar ese tipo de espectáculos y apostar por unos u otros. Pero lo que deseaban, en realidad, era eliminar la mayor amenaza de su reinado.

Las parcas habían decretado abiertamente que los dioses serían destronados por sus propios hijos. Casandra había anunciado una profecía incomprensible sobre castas o linajes que todavía no existían, y de «hijos que derrocan a sus padres», hacía unos diez años, cuando había empezado la guerra. Pero, en ese caso, los dioses tenían las de ganar. Tan solo ellos sabían que Casandra estaba diciendo la verdad. Los semidioses, en cambio, creyeron que estaba loca de remate.

Helena estaba convencida de que aquello no era cierto. Su hermana, Afrodita, le había explicado en qué consistía la maldición de Apolo. Al principio de la guerra, Casandra rechazó sus insinuaciones amorosas, y él, como represalia, la condenó a vaticinar profecías ciertas que nadie tomaría en serio. Helena no podía imaginar una condena más tortuosa: ser consciente de los horrores que se avecinaban y no poder alertar a tus seres queridos para salvarles de una muerte segura.

A lo largo de los años, había visto a Casandra gritarle a su familia. Había tratado de decirles de mil maneras que Helena los traicionaría y permitiría



que la ciudad fuera arrasada, pero nadie la creyó. Cuanto más chillaba, más demente parecía. Y, mientras los dioses se reían, más semidioses fallecían.

Pero Casandra tenía razón. Helena iba a traicionar a su familia. Iba a dejar que los griegos entraran a Troya, a sabiendas de que quemarían la ciudad hasta verla reducida a cenizas.

Paris por fin sucumbió al abrazo de Morfeo. Sabía que aquella sería su única oportunidad. Apartó su cuerpo de las caderas de su amante y, cuando él se dio media vuelta, se arrastró con sumo cuidado por la cama, sin hacer el menor ruido.

Sabía que Paris moriría.

Estuvo a punto de despertarle para contárselo todo.

Entonces pensó en su hija. No podía salvarlos a los dos. Ese era el acuerdo al que había llegado con Ulises. Le entregaría Troya a cambio de la vida de su hija.

Aunque el precio que tenía que pagar era excesivo, no lo consideraba egoísta. Los griegos no le habían prestado ni una gota de atención cuando intentó razonar con ellos. Se habían negado en rotundo a poner punto final a la búsqueda y captura de su hija, que podía ser, o no, el Tirano. Helena había tratado varias veces de explicarles que, si Atlanta moría, todo el amor del mundo desaparecería con ella. Los griegos confundían sus súplicas con el intento desesperado de una madre de salvar a su única hija, pero estaban equivocados. Si Atlanta fallecía, el Rostro moriría con ella, y Afrodita los castigaría a todos.

El amor que sentía por Paris y por el resto de su familia no podía compararse con eso. Tenía la esperanza de que Ulises cumpliera con su parte del trato. Si no encerraba a los dioses, tal y como había prometido, todo su sacrificio habría sido en vano. Sencillamente esperarían una o dos generaciones para empezar otra guerra y aniquilar a todos los semidioses. Por extraño que pudiera parecer, Helena confiaba en él. Había escuchado su plan y, a pesar de que podía parecer una tremenda locura, le conocía lo suficiente como para saber que era el único capaz de hallar un modo de engañar a los dioses.

Helena se arrodilló junto a su amante y se despidió acariciándole el hombro con los labios. Quizá algún día le encontraría a orillas del río Estigia. Allí tendrían la oportunidad de hacer desaparecer todos los recuerdos odiosos y



empezar una nueva vida juntos; una vida lejos de las sucias zarpas de una docena de dioses y reyes.

Era una idea preciosa. Helena juró que estaría dispuesta a vivir cien vidas de penurias a cambio de una vida real junto a Paris. Podrían ser pastores, tal y como había soñado el día que se conocieron junto al faro. Aunque, en realidad, le daba lo mismo. Trabajaría como tendera o granjera, de lo que fuera, siempre y cuando pudiera vivir libremente junto a él. Se vistió a toda prisa, imaginándose tras un mostrador de una tienda cercana al mar, con la esperanza de que, algún día, su sueño se hiciera realidad.

Todavía era temprano, no hacía ni dos horas que había anochecido. Helena salió sigilosamente del palacio, tomando la ruta ya habitual por las cocinas. Mientras cruzaba el jardín, de camino a la muralla, avistó a Eneas, que trepaba la ladera donde se alzaba el templo del oráculo. Helena se detuvo. Ya nadie se molestaba en visitar al oráculo, a menos que este lo hubiera convocado. Se preguntó qué querría Casandra en una noche como aquella.

Ahora no podía arriesgarse a seguirle, pero era un golpe de suerte encontrarle distraído. De todos los hombres, Eneas era el único al que no le afectaba el cesto. Era hijo de Afrodita, así que no tenía influencia alguna sobre él. Aquello era algo más que un simple golpe de suerte, pensó. Helena tenía la extraña sensación de que no era más que un títere de las parcas.

Eneas era el único capaz de complicarle las cosas y arruinar su plan. Además, el mismísimo oráculo había intervenido para alejarle de su puesto de guardia en la muralla. Era cuestión del destino. Troya estaba condenada. Empezó a subir los peldaños que conducían a la torrecilla. Los soldados que defendían esa zona hicieron una reverencia en cuando la vieron aparecer. Helena miró de reojo al otro lado de la muralla y vislumbró el gigantesco caballo de madera que los griegos habían dejado en la playa.

—Traedlo —ordenó.

—Princesa, ¿me permite decir algo? —pidió el comandante. No soportaba que la llamaran así, pero ese era su título en Troya, de modo que no tenía más alternativa que aceptarlo. Asintió, dando así permiso al soldado para continuar—. El general Eneas nos ha dado órdenes estrictas de no trasladar el caballo. Cree que es una trampa.

—¿Cómo puede ser una trampa? —preguntó ella con inocencia—. Los griegos se han ido. Han zarpado de nuestras costas. Troya ha ganado la guerra.



Los soldados se miraron, recelosos, sin saber qué hacer. De pronto, un soldado muy joven, que probablemente no recordaba cómo era la ciudad antes de la guerra, habló con voz temblorosa.

—Perdóneme, princesa, pero la enfermera de mi primo dijo que su marido, un pescador, había visto a toda la flota griega congregada en una playa muy cercana.

—Por supuesto, claro, estoy convencida de que el marido de la enfermera de su primo, el pescador, sabe mucho más de política y guerra que yo —contestó Helena con desenfado. Acto seguido, los demás soldados se echaron a reír, mientras el muchacho se ruborizaba y miraba al suelo—. Pero creo que no es peligroso aceptar el caballo de madera como ofrenda a Poseidón. Los griegos están tratando de comprar un pasaje seguro para cruzar las aguas del Mediterráneo. Si les quitamos el caballo, les estamos arrebatando su regalo, y quizá Poseidón aplaste algunas embarcaciones griegas antes de llegar a su destino. ¿Qué me dicen de eso?

La mayoría de los soldados vitorearon a Helena, aunque algunos todavía parecían preocupados. Se estaba quedando sin tiempo, y sabía que no tenía alternativa. Utilizó el cesto para convencer a los soldados más indecisos y, por primera vez en su vida, sintió odio. Odio por sí misma.

—Traedlo —repitió, y todos los hombres que protegían la muralla se apresuraron hacia la playa para cumplir sus órdenes.

Por primera vez en una década, la gran puerta de Troya se abrió. Helena corrió a toda prisa por la muralla y, tras serpentear por las callejuelas de la ciudad, llegó al templo del oráculo. Si Eneas tenía planeado volver a su puesto de guardia, echaría a perder todo el esfuerzo. Helena debía asegurarse de que estaba ocupado y lejos de la puerta o, de lo contrario, se vería obligada a hacer algo drástico.

No podía matarle antes del alba. Zeus había prometido a Ulises que tendría las puertas abiertas de la ciudad para que su ejército pudiera entrar en mitad de la noche. A cambio, Ulises se había comprometido a no asesinar a un solo troyano antes del amanecer. Entonces, mientras toda la ciudad dormía, el ejército griego masacraría al pueblo de Troya. Aquella guerra había enemistado a los dioses, así que, tras ese final tan apresurado, Zeus había jurado que las deidades jamás regresarían a la Tierra, a menos que los vástagos se unieran y amenazaran su dominio.



Helena no podía permitirse el lujo de matar a alguien mientras cumplía su parte del acuerdo. Sin embargo, eso no significaba que no pudiera maniatar o inmovilizar a Eneas, por ejemplo.

Todo su cuerpo tembló cuando agarró el puñal. No quería hacer daño a Eneas, pues consideraba que tenía un corazón bueno y puro, pero haría lo que fuera necesario. Tenía las manos manchadas de sangre inocente, así que ya daba lo mismo. Por un instante, se acordó de Astyanax, el hijo pequeño de Héctor y Andrómaca, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Todas las mujeres, incluida Helena, serían perdonadas. Los reyes griegos se las repartirían como parte del botín de guerra. Menelao se quedaría con ella. Se estremeció y procuró no pensar demasiado en la tremenda paliza que le había propinado meses antes. Sabía que, durante los próximos años, ese espeluznante episodio se repetiría una y otra vez. Ahora era un hombre impotente, ya que Afrodita había condenado a todo su pueblo a no tener descendencia. Helena era plenamente consciente de que, mientras siguiera con vida, lo pagaría con ella.

Le parecía justo. Todas las mujeres serían obligadas a contraer matrimonio con reyes griegos y, a excepción de Atlanta, los niños de Troya morirían esa misma noche. El sufrimiento que le esperaba era, en comparación, ínfimo.

Por mucho que Helena le hubiera suplicado que no matara a los niños, Ulises había rechazado negociar. Los griegos no querían arriesgarse a que los bebés se convirtieran en hombres dispuestos a perseguirlos para vengar las muertes de sus padres.

El oráculo los había advertido de que a los griegos no les temblaría el pulso y matarían a todos los niños de Troya, pero ese era el destino de los semidioses. Casandra había anticipado que las parcas no perdonarían una masacre de tales dimensiones y que castigarían a todos los semidioses por derramar sangre inocente. Pero, por supuesto, nadie la creyó.

Helena decidió guardar el puñal en su vaina hasta que lo necesitara, y emprendió el ascenso por la ladera empinada y rocosa. Sobre la cima se había construido el templo donde Casandra vivía, sola. Muchas veces Helena se había quedado observando los brillantes pilares de la lujosa prisión del oráculo. Siempre había pensado que la hermana pequeña de su marido era como la luna. Vivía en el lugar más alto y remoto de la ciudad, aislada.

De pronto, percibió un sonido inconfundible. «Imposible», pensó. Estaba oyendo el llanto desconsolado de dos voces distintas.



Helena se deslizó entre las columnas y se abrió camino entre aquel bosque de mármol hasta adentrarse en el templo. Una vez dentro del santuario, pudo constatar, con sus propios ojos, lo que sus oídos le habían indicado.

Eneas y Casandra eran amantes. Él estaba tumbado junto al oráculo, que no dejaba de sollozar, y, a juzgar por la mirada de asombro de Eneas, Helena supuso que aquella intimidad era algo nuevo para ambos. Eneas se sentó sobre una pila de ropa y colgaduras rotas que hacían las veces de cama y se pasó una mano por la cara. Estaba sudando y, al parecer, no sabía qué debía hacer. Miró a su alrededor: casi todas las ánforas estaban hechas añicos; las cortinas, rasgadas. Su pasión había hecho temblar los cimientos del templo. Después, volvió a mirar a Casandra.

—¿Te he hecho daño? —preguntó.

Helena se quedó pasmada. Eneas era un guerrero brutal, que había pasado los diez últimos años de su vida derramando ríos de sangre griega, y, sin embargo, sus emociones eran tiernas y sinceras. Estaba más preocupado por la seguridad de Casandra que por haber cometido un crimen que era castigado con la muerte.

El oráculo era sagrado. Helena no podía creerse que las parcas hubieran permitido aquella unión. Según tenía entendido, el mismo destino siempre intervenía para impedir que los oráculos pudieran tener relaciones íntimas con hombres. Aunque podían intentarlo, los amantes estaban predestinados a sufrir un inevitable y fatal accidente, o ser desterrados a un país lejano y remoto para jamás volver, o a ser víctimas de cualquier desgracia igual de devastadora antes de consumir su amor. Por la razón que fuese, este no era el caso. Las parcas no querían, o no podían, interferir con Eneas.

Casandra sonrió y acarició los suaves labios de su amado.

—Me han contado que la primera vez suele doler. Pero ha merecido la pena —susurró ella.

Eneas la cogió de la mano y la giró para poder besarle la palma.

—De todas formas, lo siento —murmuró. Después, posó la diminuta y delicada mano del oráculo sobre los músculos que albergaban su tierno corazón.

Casandra parecía confundida y le miraba con lágrimas en los ojos. De repente, Eneas la arrastró hacia él, la colocó sobre su regazo y volvió a besarla en la boca. Ella parecía derretirse entre sus brazos. Entonces se apartó y sacudió la cabeza.



—Tienes que irte —instó arrastrando las palabras—. Deber irte ahora, antes de que alguien nos descubra.

—No pienso irme a ningún sitio —respondió Eneas con una sonrisa—. No pienso irme de aquí para salvar el pellejo y deshonorarte.

Eneas se hizo a un lado para que Casandra pudiera sentarse cómodamente junto a él.

—Soy libre de volverme a casar —comentó con una sonrisa embaucadora—. Mi esposa falleció tras dar a luz a mi hijo hace años, y ya hace tiempo he abandonado el luto. Quizá tu hermano pida mi cabeza por lo que he hecho, pero estoy en mi pleno derecho de pedirte la mano.

Elle le empujó con suavidad para alejarle. Quería verle con la mayor claridad posible.

—Las cosas no son tan sencillas. No solo soy la hermana de mi hermano. Y este encuentro amoroso no puede justificarse con un matrimonio precipitado —dijo Casandra, como si Eneas no comprendiera nada en absoluto—. Soy Casandra de Troya, el navío del Destino. Has profanado ese navío, Eneas. Sin duda, recibirás tu castigo. —Le hablaba sin rodeos para hacerle entender cuáles eran las consecuencias de sus actos—. Debes huir. Esta noche. Ahora. O morirás.

—No te dejaré aquí, Casandra. Prefiero arriesgarme y entregarme a la merced de Paris. Le suplicaré que te permita ser mi esposa. Pero no pienso huir. —De forma inesperada, su mirada se entristeció— ¿No quieres ser mi esposa? Pensé... Bueno, como te habías entregado a mí..., creí que me querías.

Casandra dejó caer la cabeza sobre las manos. Eneas intentó tranquilizarla. La acarició, la sostuvo entre sus brazos y la acunó. Cuando estuvo más calmada, la miró a los ojos. La mirada zafiro de ella atravesó sus ojos verdes, y entonces habló con toda la autoridad del mismo destino.

—Aunque me regalaras el sol y las estrellas, no podría amarte más —le dijo. Aunque era una declaración de amor, la voz de Casandra sonó fúnebre—. Podría vivir cien vidas y, aun así, jamás encontraría a un hombre más perfecto que tú. Te he querido desde el momento en que te vi y, desafortunadamente para mí, sé a ciencia cierta que jamás sentiré algo parecido por nadie ni por nada.

A Helena se le atragantó el corazón. Se escabulló tras una columna para esconderse y se tapó la boca con la mano para silenciar el sollozo. Casandra



sabía que Troya sería destruida esa misma noche. Había seducido a Eneas a propósito para obligarle a escapar. Era un intento desesperado para salvar su vida.

La hermana pequeña de Paris se había atrevido a enfurecer a las parcas para salvar al hombre que amaba. Sin embargo, su plan había salido al revés. Como la serpiente que acaba comiéndose su propia cola. Al corresponder a Eneas, en vez de incitarle a huir de la ciudad, le había motivado a quedarse. De entre todas las posibilidades, la única que no había tenido en cuenta era que pudiera enamorarse perdidamente de ella. Pero había ocurrido. Y ahora solo tenía dos opciones: o hacerle cambiar de opinión, o verle morir a manos de los griegos.

—Sé que Paris apoyará nuestro matrimonio —anunció Eneas, que parecía emocionado planeando el futuro—. Tendrás que abandonar tu templo, por supuesto, pero no pasa nada, ¿no?

—Sería el paraíso —admitió Casandra, apenada. Se bajó de su regazo, buscó tu túnica entre las sábanas y se vistió mientras continuó—: Pero no solo debes temer a mi hermano.

—¿Te refieres a la caída de Troya, otra vez? —preguntó, cauteloso. Daba la impresión de que se estaba preparando para otro de los desvaríos de Casandra.

—No. No volveré a mencionarlo —murmuró ella. De inmediato, Eneas se relajó—. Estoy hablando de otro asunto que nada tiene que ver con la profecía.

«Quizá así le crea —pensó Helena, que trataba de comprender la estrategia de Casandra—. Su maldición es que nadie se tome en serio sus profecías, no todas las verdades que sepa.»

—Debes irte de la ciudad antes del amanecer, o Apolo se enterará de que eres mi amante.

—¿Y qué tiene que ver Apolo con todo esto?

—Le rechacé hace varios años. Sigo con vida porque teme a las parcas, y ellas me reclamaron antes. —Empezó a titubear al ver la mirada horrorizada de Eneas, pero, aun así, continuó—: Apolo viene con el sol. Si averigua que me he entregado a ti, no dudará en condenaros a tu padre, a tu hijo y a ti.

Eneas la miraba petrificado. Bajo la cálida luz de las antorchas, palideció.



—Lo siento —se disculpó Casandra. Estiró la mano para abrazarlo, pero Eneas la apartó de un manotazo y se alejó de ella.

—¿Por qué? —preguntó desesperado—. ¿Por qué me has hecho esto?

—Lo siento —repitió.

Él se puso en pie, cogió su toga del suelo y se la ató alrededor del hombro con rabia.

—Estaba dispuesto a morir por ti si ese era mi castigo, pero mi hijo y mi padre no tiene nada que ver con esto. Deberías habérmelo contado antes. — En su voz se distinguía una punzada de traición—. Has condenado a mi familia para siempre.

—No —dijo Casandra, secándose las lágrimas—. Máchate. Ve a buscar a tu padre y a tu hijo, y deja la ciudad antes del amanecer. Apolo no te perseguirá.

—¡Claro que sí! —gritó Eneas. Era la primera vez que le alzaba la voz.

—¡No! ¡No podrá volver a tocarte, te lo juro! —chilló. Esa promesa le sobresaltó. Los oráculos no acostumbraban a jurar a la ligera—. Poco después del alba, Apolo, junto con otros dioses, quedará encerrado en el Olimpo. Zeus lo prometió ante el río Estigia. Creyó que sería imposible que los semidioses cumplieran su parte del trato, pero con los primeros rayos del sol lo cumplirán. El voto que hizo Zeus le obliga, a él y a los Doce, a permanecer encarcelados en el Olimpo durante varias generaciones.

—¿Y qué es eso tan imposible que los semidioses cumplirán al amanecer? —preguntó Eneas. A primera vista, parecía estar convencido.

—No me creerás —suspiró Casandra. Después, soltó una carcajada y murmuró para sí—: Un gigantesco caballo de madera. Ridículo.

—¿Qué caballo? —preguntó Eneas en voz baja—. ¿El que hay al otro lado de la muralla?

—Ya es demasiado tarde —dijo ella, meneando la cabeza—. Ve a por tu hijo. Busca a tu padre. Marchaos de Troya. Si os quedáis en la ciudad, Apolo os castigará a todos.

Eneas se encogió de hombros. Estaba dolido, lo cual le hacía parecer mucho más joven.



—¿Sabes?, cuando has dicho que me querías, de veras te he creído — musitó.

—Puede que algún día recuerdes esta noche y vuelvas a creerlo.

Cassandra agachó la cabeza y Eneas se marchó.

Andy se despertó en plena noche. Era la primera vez que dormía sin Ariadna al lado desde que la familia Delos la había acogido y, a decir verdad, se sentía extraña. Ya se había acostumbrado a los ronquidos de Ariadna y a las consecuentes quejas de Helena. Aunque hacía poco que se conocían, estaban muy unidas y, ahora que la habitación estaba en silencio absoluto, incluso le costaba coger el sueño.

Tampoco ayudaba que, cada vez que cerraba los ojos, lo único que veía era a Héctor saliendo del agua para rescatarla, con el cuerpo empapado y medio desnudo. No era una imagen que la incitara precisamente a dormir.

Puesto que sabía que no volvería a conciliar el sueño, se arrastró entre las sábanas y se quedó sentada en el borde de la cama. Se peinó el cabello de punta y decidió bajar a la cocina para echar una mano a Noel y a Kate con el desayuno. Iban a preparar un gran banquete para servirlo antes del duelo entre Dédalo y Faón. Noel no contaba con Andy para los quehaceres de la casa, pero la muchacha insistió. Llevaba toda la vida cuidando de sí misma, y no se sentía cómoda quedándose sentada, de brazos cruzados, mientras los demás le servían como a una princesa. Ya que aquella familia estaba dispuesta a protegerla, lo menos que podía hacer era tratar de ayudar. Además, había leche y galletas en la cocina; nada más y nada menos que las galletas de Kate. Aunque hacía poco que se había mudado a Nantucket, ya se había dado cuenta de que preparaba las galletas más deliciosas del pueblo, capaces de levantar a cualquiera de la cama.

Al entrar en la cocina, se fijó en una enorme sombra en el banco y no pudo reprimir un grito sofocado.

—¿No estarás pensando en darte otro baño, verdad? —preguntó Héctor en voz baja.

—Claro que no —murmuró Andy, subiéndose el tirante del camisón. Ariadna era un poco más corpulenta que Andy y la mayoría de la ropa que le había



prestado le iba tan grande que se le caía por el hombro de una forma muy seductora—. No podía dormir.

—Ya lo sé —dijo él, mirándola sin pestañar—. Te he oído.

—¿Cómo has podido...? —empezó Andy, pero al ver su brillante sonrisa en la oscuridad lo adivinó. Claro que podía oírla dando vueltas en la cama. Era un vástago. Seguramente también la había oído suspirar su nombre en sueños. Estaba muerta de vergüenza. Lo único que quería era darse media vuelta y volver el piso de arriba, pero en vez de eso se quedó clavada en el mismo sitio, sin apartar la mirada de su silueta mientras su vista se acostumbraba a la penumbra.

—Coge un vaso —dijo Héctor, y señaló la botella de leche y el plato de galletas que tenía delante.

—Ajá. Las galletas de Kate. Te me has adelantado —comentó entre risitas. Cogió una taza y se deslizó junto a Héctor. Solo llevaba unos viejos pantalones de deporte donde todavía se podían leer las palabras «Real Madrid» en un costado—. ¿Es que nunca llevas camiseta? —preguntó. Aunque su intención era tomarle el pelo, su voz sonó temblorosa y jadeante, lo cual arruinó el efecto de chica atractiva y despreocupada que pretendía.

—No cuando me acuesto. —Sonrió y cogió la taza de Andy para llenarla.

Ella se quedó embobada mirando los músculos de su antebrazo y, mientras él vertía la leche, se relajó. Las manos de Héctor le fascinaban. Le encantaba el modo en que sujetaba las cosas, con firmeza y seguridad. Las manos de ella, en cambio, parecían tener la tendencia a temblar cada vez que se movía. Siempre había creído que era culpa de su herencia de sirena. En cambio, cuando Héctor tocaba algo, tomaba el control.

Andy mordisqueó una galleta y se quedó maravillada de lo diferentes que eran. Héctor era indiscutiblemente masculino en todo lo que hacía, y el mero hecho de tenerle sentado al lado hacía sentir a Andy más femenina que en toda su vida. En opinión de ella, la feminidad y la debilidad eran dos conceptos que iban de la mano, pero ahora que estaba cerca de Héctor se daba cuenta de que sentirse como una mujer era la sensación más poderosa que jamás había experimentado.

—¿Te gusta el fútbol? —le preguntó señalando el logotipo de los pantalones.

—Me gusta el Madrid —contestó—. Mi familia vivió en España muchos años. Me gustaría volver algún día.



—Disfruté España, pero creo que prefiero Escandinavia. ¿Alguna vez has nadado en un fiordo? —Él meneó la cabeza—. El hielo brilla debajo del agua. Es... —Se quedó callada y sonrió con timidez—. Quizá podamos ir juntos alguna vez.

De pronto se quedaron en silencio, mirándose. Andy podía distinguir el pulso de Héctor e intuía que él también percibía el latido de su corazón.

—¿Has viajado mucho? —preguntó él por fin.

—Cuando era pequeña. Antes de que mi madre, eh..., tomara su camino. —Andy bajó la mirada hacia su taza—. Las sirenas no crían a sus hijos como los humanos. Mi madre me cuidó durante mucho más tiempo que cualquiera de las de su especie. Lo intentó.

—¿Y cuándo tomó su camino? —preguntó Héctor, utilizando la expresión de Andy.

—Cuando cumplí siete años, me dejó en un internado. —Vio a Héctor hacer una mueca de dolor—. Vaya. Así, dicho en voz alta, suena fatal, ¿no?

—Sí —admitió entre risas—. Esto debe ser muy fuerte para ti. Me refiero a formar parte de mi familia. Estamos todos locos.

—No. Me gusta —contestó Andy de inmediato. Le gustó que Héctor la incluyera en su familia—. De hecho, me encanta.

La sensación era muy extraña. Era como si una especie de burbuja se estuviera expandiendo en su interior, llenando espacios que ni siquiera conocía. Deseaba tocar a Héctor, así que se inclinó hacia él con la esperanza de que el vástago respondiera con el mismo gesto.

—Andy. Eres una invitada en mi casa. Hay ciertas reglas —farfulló Héctor. Ella se quedó de piedra—. No has pasado mucho tiempo con hombres, ¿me equivoco? —Era una pregunta retórica, pero, aun así, ella negó con la cabeza—. Colócate bien el camión —añadió.

Andy deslizó el tirante con la yema de sus dedos. Le complacía ver a Héctor observar cada uno de sus movimientos, como si tratara de leer algo escrito sobre su piel.

—Vamos. —Suspiró con pesar.

Se levantó y la cogió de la mano. La guio por las escaleras hasta la habitación de su hermana.



—Lo siento —musitó—. Tenía la corazonada de que había hecho algo mal.

—Ni siquiera sabes por qué te estás disculpando, ¿verdad? —preguntó Héctor en tono de broma.

—Ni idea —admitió. Se sentía algo ridícula.

Héctor se acercó a ella y le rozó la mejilla con los labios. Andy se estremeció. Sintió un escalofrío que se fue expandiendo por todo su cuerpo, como las olas de una laguna.

—Te lo mostraré más tarde —prometió con voz temblorosa.

Héctor abrió la puerta de la habitación de Ariadna y, con sumo cuidado, empujó a Andy, que se sentía muy confundida, hacia adentro.

Helena abrió los ojos y se desperezó. El arrullador sonido de las olas y una refrescante brisa marina que arrastraba la esencia de flores del bosque le dieron los buenos días. Acarició las frías sábanas con ambas manos. Cada costura olía a Lucas.

Se levantó de la cama y deslizó la enorme mosquitera que cubría toda la cama. El suelo de teca brillante estaba frío. El bufido de una caracola anunciaba dónde estaba la entrada de la cabaña, y Helena caminó descalza hacia ella. Fuera, las aguas turquesas protegían las extensas barreras de coral. En el horizonte se avistaban una serie de islas con acantilados y cubiertas de exuberante naturaleza que fácilmente podían confundirse con codos de gigantes.

Helena recorrió el muelle y descubrió que su pequeña cabaña estaba construida sobre unos pilotes de madera, en mitad del agua. Al lado se distinguía una pequeña cala de aguas poco profundas. De pronto vio a Lucas. Por lo visto, se había levantado con ganas de un baño matutino. Se sentó en el muelle, al lado de una tortuga marina escéptica, y contempló a Lucas, que estaba haciendo el tonto con un tiburón galano.

Sabía que, en su mundo, los animales no eran precisamente mascotas, porque así lo había querido. La tortuga marina no iba a arriesgarse a sumergirse en esas aguas a sabiendas de que por ahí habitaban criaturas tan peligrosas como un tiburón galano. Helena no podía culparla. El respeto por la flora y la fauna era esencial, y no quería cambiarlo, ni siquiera en su



paraíso particular. ¿Para qué tener un tiburón si no suponía un peligro? ¿Dónde estaría la emoción? Al parecer, Lucas era consciente de que el tiburón galano no era ningún juguete, así que lo trataba con todo el respeto que merecía. Pero se zambullían entre las olas como si jugaran al corre que te pillo.

Aquella imagen le recordó el modo como Lucas se movía por el cuadrilátero cuando se entrenaba con Héctor. Entonces entendió qué estaba haciendo; estaba afilando sus reflejos y mejorando sus habilidades de combate con una criatura con la que nunca había tenido la oportunidad de pelearse. Flotaba debajo del agua y adoptaba una postura de combate, con los brazos extendidos como alas.

De repente, sintió un hormigueo en el estómago y no pudo reprimir una sonrisa. Después de todo lo que habían pasado juntos, le sorprendía que todavía tuviera ese efecto en ella. Recordaba varias vidas juntos, algunas breves y otras más largas, y, aun así, Lucas seguía haciéndole sentir como una adolescente a quien nadie había besado.

Instantes después, él salió del agua y se sentó a su lado. Estaba empapado de pies a cabeza.

—Siempre había querido hacer eso: hundirme en el agua sin tener que respirar —dijo. Estaba tan emocionado como un niño con un juguete nuevo—. Aunque Héctor y Jasón sentían envidia cada vez que me veían volar, tengo que reconocer que me consumía verlos saltar al agua y desaparecer durante horas. Nunca podía seguirlos.

Helena percibió una nota de tristeza en su voz. Cayó en la cuenta de que siempre había estado algo aislado de sus primos. No podía volar con ellos. Ni ellos invitarle a darse un chapuzón.

La cuestión no era que Lucas codiciara el talento de Héctor y Jasón, sino que envidiaba que pudieran compartir sus poderes. Él nunca había podido hacerlo, hasta que apareció Helena.

Lucas miraba las olas, pensativo.

—¿Seré así a partir de ahora? —preguntó—. ¿Podré respirar debajo del agua cuando regrese a la Tierra?

—Sí —murmuró Helena—. Hades, por ejemplo, hace que nadie pueda utilizar sus poderes en su reino, excepto él, por supuesto. Así, no tiene que conceder ningún talento a los individuos que han nacido sin ninguno. Hades



es muy listo. Al eliminar cualquier talento en su mundo, esquiva el problema de convertir a alguien demasiado poderoso.

—Tú no lo has hecho —replicó él.

—No podía. Necesitaba que te recuperaras. Y ahora solo quiero hacerte feliz —reconoció la chica—. Quiero que disfrutes de todo lo que te he concedido. Pero para hacer posible que pudieras respirar debajo del agua aquí, he tenido que alterar tu cuerpo de forma permanente. Por eso no sé a cuántos vástagos debería traer a este lugar. Quiero que todos vean esto..., pero y si...

—¿De forma involuntaria crearas un ejército de vástagos con un sinfín de talentos que ni los propios olímpicos tienen? —finalizó Lucas—. Es algo que debes considerar.

—Poder ilimitado.

Lucas se quedó pensando sobre el tema.

—¿Por qué Zeus no lo hizo? ¿Por qué no dotaría a todos los olímpicos, incluido él mismo, de todos los talentos que pudiera imaginar?

—No lo sé. Pero no creo que le guste mucho compartir el poder —supuso Helena—. Quizás, al igual que Hades, decidió establecer ciertas normas en su reino que le prohíben otorgar poderes. Pero no tengo ni idea de cómo es el Olimpo. Nunca he estado allí.

—He oído que se dan unos banquetes de cuidado —dijo Lucas en broma—. Ambrosía y néctar, la comida y bebida de los dioses. Y ninfas. Muchas ninfas.

—Llénales la panza y no se sublevarán —dijo Helena con una amplia sonrisa.

Los dos se rieron mientras se miraban con complicidad. Después, él la cogió de la mano y escudriñó el horizonte, como si tratara de memorizarlo. Se giró hacia ella. Parecía más serio.

—¿Cómo está mi familia?

—Ansiosa. Deberíamos volver —contestó, aunque no mostró mucho entusiasmo—. El tiempo pasa igual aquí que en la Tierra, y están esperando a que regrese contigo.

Aunque a Helena le habría encantado pasar una eternidad en aquella cabaña junto a Lucas, tenía más de un motivo para volver al mundo real.



Tenía que estar con Orión, su escudo, para que las parcas no pudieran verla mientras tramaba un plan para impedir cualquier enfrentamiento con los dioses. Sabía que no tenía mucho tiempo.

Ahora que había creado su propio mundo, Zeus no tardaría en darle caza, y no podía permitirse el lujo de idear un plan sin asegurarse de que las parcas no pudieran verla.

Tenía muchas ganas de contárselo a Lucas, pero sabía que no podía. Incluso en su reino, las parcas podían verla y, si averiguaban que estaba intentando eludirlas, hallarían un modo de mantenerla alejada de Orión. Quizá ya imaginaban qué estaba tramando, aunque no lo hubiera dicho jamás en voz alta. Tendría que esperar a estar con Orión otra vez para contarles lo que estaba planeando.

—Te noto inquieta —dijo Lucas con una sonrisa indulgente—. Pero antes de irnos, ¿puedo pedirte un favor?

—Lo que quieras.

—No traigas a nadie más a esta cala, ¿vale? Quiero que este lugar sea solo nuestro.

—Para siempre —prometió ella.



Capítulo 13

Lucas echó un último vistazo al paraíso.

—¿Preparado? —le preguntó Helena mientras le estrechaba la mano.

—No—suspiró. No podía apartar la mirada de los hipnotizadores ojos de Helena—, pero vámonos.

Tras una puñalada de aire gélido, como si los hubieran empujado a una bañera repleta de hielo, aparecieron en su casa. Estaba en completo silencio, lo cual no era en absoluto habitual en la familia Delos.

—Creí que habías dicho que nos estaban esperando —dijo Lucas, que empezaba a preocuparse.

—Y así era —respondió Helena, algo indecisa—. ¿Orión? —llamó.

Los celos abrumaron a Lucas. Trató de calmarse, pero le fue imposible. Todavía estaban cogidos de la mano, pero Helena estaba pensando en Orión. En Omnípolis, podía mimarle y tratarle como si fuera la única persona sobre la faz de la Tierra, pero, de vuelta al mundo real, amaba a alguien más, alguien que no era su primo.

—Mi padre —susurró. Estaba acongojada.

—Vamos —urgió Lucas. Aprovechó ese momento de desconcierto para soltarse de la mano, antes de que ella se percatara de las contradicciones que danzaban en su corazón.

Subieron al primer piso. Al entrar en la habitación donde descansaba Jerry, se encontraron a Kate, todavía dormida.

—¿Qué haces aquí sola, Kate? —preguntó Helena, furiosa—. No eres lo bastante fuerte como para frenar a Dafne si intenta drogarle otra vez.

—Dafne está en la playa, con todos los demás, para ver el duelo —informó Kate. Miraba a Lucas de arriba abajo, como si no acabara de creerse que estuviera de una pieza—. ¿Dónde habéis estado?



—¿Qué duelo? —preguntó él. Se giré hacia Helena para comprobar si sabía algo al respecto. Cuando ella encogió los hombros, Kate enseguida explicó lo sucedido después de que Lucas y ella se desvanecieran.

—¿Y qué hay de Orión? —pidió Helena—. Faón está haciendo todo esto para acercarse a él.

Lucas apretó los dientes y se castigó por no haberse esperado aquello. Helena amaba a Orión, y no podía culparla por ello. Era más sencillo quererle a él, menos complicado.

—No pasa nada —dijo Kate. Después sacudió la cabeza y añadió—: A Dédalo y Faón no se les permitió escoger... ¿Cómo los llamáis? ¿Asistentes? ¿Hombres de confianza?

—Padrinos —corrigió Lucas.

—Eso es. En este combate no puede haber padrinos.

—Aunque Faón sobreviviera al duelo, no podría perseguir a Orión —murmuró Lucas en un intento de tranquilizarla—. Ni se atrevería, créeme. Orión le aplastaría en un desafío abierto.

—Pero si Faón mata a Dédalo... —empezó Helena.

—Si se proclama vencedor, nadie puede tomar represalias. Ni siquiera Orión. —Helena trató de digerir el comentario. Lucas la observaba con atención—. Es mejor así. Las muertes no pueden ser infinitas.

Por fin Helena asintió. Le costó, pero terminó aceptándolo. Lucas comprendía su rabieta. A él tampoco le agradaba la idea de que un pedófilo asesino se saliera con la suya y, además, matara a Dédalo por el camino, pero no había vuelta atrás. Las reglas que regían los duelos eran muy estrictas. Hécate, diosa de todos los portales e intersecciones, hacía imposible cualquier intromisión. Incluso había quien aseguraba que ni siquiera Zeus era capaz de desobedecer sus órdenes. Era el único titán que no podía enviar al Tártaro.

—¿Quieres ir? Yo debería quedarme aquí, por si Dafne decide volver —le dijo Helena a Kate con voz débil. Obviamente, lo última que quería era quedarse en casa, pero debía, al menos, ofrecerse.

—¿Ir? ¿Para ver cómo un par de tipos sudorosos que ni conozco intentan hacerse papilla con espadas? —preguntó Kate con una ceja levantada—. No, gracias. Prefiero quedarme aquí, con Jerry.



—Eres increíble. Lo sabes, ¿verdad? —murmuró Helena. Después le dio un cariñoso abrazo.

—Sí —contestó Kate. Al separarse, miró a Helena con detenimiento y, con gesto serio, añadió—: Y cuanto menos desaparezcas en una bola de fuego y hielo, menos canas me saldrán. Lo sabes, ¿verdad?

A Helena se le escapó la risa. Kate se giró hacia Lucas y le señaló con el dedo.

—Y nada de aferrarse a Helena cada vez que se convierte en la antorcha humana, ¿entendido?

—Qué buen consejo —agradeció tras darle un fuerte abrazo.

Dejaron a Kate a cargo de la vigilancia de Jerry y se fueron corriendo hacia la playa. Se abrieron camino entre todos los mirones que habían acudido a presenciar el espectáculo. Lucas no intentó coger la mano de Helena. Notaba que se moría de ganas por ver a Orión, y no quería que reprimiera sus sentimientos porque él estuviera allí.

En cuanto Helena distinguió a Orión entre los espectadores, despegó de la arena y se acercó a él volando. Lucas caminó el resto del camino para concederles unos minutos de privacidad. Y en parte también para calmarse.

No pensaba que Helena no le quisiese. Sabía que sentía algo muy especial por él. Pero Orión podía darle lo que necesitaba, y él no. Lo único que podía hacer para que fuera feliz era apartarse de su camino. Era muy sencillo, pero le costaba una barbaridad.

—¿Lucas? —llamó su padre en cuanto le vio. Corrió hacia él como un rayo.

Aunque Cástor les llevaba ventaja, Héctor y Jasón no tardaron en acudir a él.

—¡No puedo creerlo! —aulló Héctor, que hizo crujir todos los huesos de Lucas al darle un abrazo de oso—. ¡Creíamos que te habías achicharrado!

—Pues la verdad es que salí algo chamuscado —admitió Lucas. Su primo no le soltaba y él no podía parar de reír.

—Apártate, memo —protestó Jasón—. Deja al menos que compruebe que tiene las costillas enteras.

—Estoy bien, Jase —comentó Lucas después de que Héctor le soltara—. Completamente recuperado.



Tardó una eternidad en saludar al resto de la familia. Mientras trataba de convencer a su madre de que estaba en perfecto estado, vislumbró a Helena enfrascada en una intensa conversación con Orión. Cuando volvió a mirarla por el rabillo del ojo, la pilló observando a su madre con un odio indescriptible. Intuyó que habían estado charlando sobre Jerry. No tenía la menor idea de lo que se habían dicho pero estaba seguro de que habían decidido dejar la discusión para más tarde.

El grupo formó un círculo alrededor de la zona más llana y regular de la playa. Era un campo de batalla improvisado que, sin duda debía parecerse mucho a los primeros campos de lucha cuerpo a cuerpo. Lucas distinguió a varios vástagos que no conocía, y asumió que debían de ser miembros de los Cien Primos. Todos ellos salieron del cuadrilátero y lanzaron una antorcha, una llave y una serpiente en la zona de combate.

De pronto, apareció una mujer, y los tres símbolos que la habían invocado se esfumaron. No era joven y sus rasgos no eran perfectos, pero, aun así, parecía encantadora. Y espantosa, pensó Lucas.

—Hécate —murmuró Héctor.

Lucas asintió distraídamente. No podía apartar los ojos del único titán capaz de deambular por el mundo y, como por arte de magia, volvió a desaparecer.

Lucas miró a un lado y a otro de la playa. Era noviembre y, aunque hacía poco que había amanecido y hacía un frío invernal, había varias personas paseando por la orilla del mar. ¿Y si alguien los veía?

—¿Cómo esperan llevar a cabo el duelo si no hay padrinos, y con el riesgo de que alguien avise a la policía? —farfulló Héctor a su primo.

—Hécate —murmuró Lucas—. Una vez que se inicie el duelo, nada ni nadie podrá detenerlo. Hécate se encargará de evitar intromisiones. Y, en especial, alejará a cualquier mortal que no haya sido invitado.

Lucas miró a Orión por el rabillo del ojo. Tenía los ojos clavados en su padre, que estaba tan solo unos pasos delante de él, con la espada empuñada, preparado para el enfrentamiento. Helena estaba a su lado. Al ver que se cogían de la mano, apartó la mirada y centró toda su atención en Faón, quien estaba al otro extremo del cuadrilátero. Parecía distraído, lánguido. En comparación con Dédalo, que ya estaba preparado y dispuesto a iniciar el duelo lo antes posible, se diría que tenía la mente en otro lado.

—Es hombre muerto —dijo Héctor al oído de su primo.



Lucas estaba de acuerdo. Faón se había rendido. Y aunque sabía que merecía morir, sentía una pizca de lástima por él.

—Me gustaría decir una última cosa, si se me permite. —El hilo de voz apenas se oyó entre el ruido de las olas—. No siempre he sido una persona detestable, aunque he hecho cosas horribles. Ahora entiendo que lo que he hecho ha estado mal.

Lucas se compadeció aún más de aquel pobre muchacho. Dio un paso al frente para decir que ese duelo debería anularse y, de repente, Faón se derrumbó sobre sus rodillas con un grito ahogado. Se apretó el pecho con ambas manos, como si alguien le hubiera clavado un puñal.

—Vuelve a intentarlo y te arrancaré lo que te queda de corazón —espetó Orión. Estaba furioso.

Fuera cual fuera la batalla interna que Orión y Faón estaban librando con talentos únicos de la casta de Roma, Orión había vencido. De pronto, el suelo tembló y durante un breve instante, todos creyeron que Orión se abalanzaría sobre su primo para estrangularle con sus propias manos. Pero Helena extendió el brazo y lo detuvo.

Por muy patético que Faón pareciera entonces, Lucas ya no sentía una gota de pena por él. De un modo inexplicable, toda su misericordia se había esfumado. Cayó en la cuenta de que Faón había estado dominando las emociones de quienes le rodeaban. Miró a los demás. Todos estaban furiosos con Faón por haberles manipulado.

—Levántate —ordenó Orión, y, de inmediato, Faón se puso en pie—. Coge tu espada.

Faón empuñó su arma con una sonrisa lasciva que le ensombreció el rostro.

—¿A qué viene esa frustración? Ya te lo he dicho, Orión: puedes quedarte con la pequeña. Sé que ella te desea.

Faón lanzó una sonrisa obscena a Casandra.

Lucas notó que Héctor y Jasón le sujetaban con fuerza, y entonces reparó en que le estaban conteniendo. Quería romperle la cara a aquel cabrón retorcido.

—No —gruñó Héctor—. No te corresponde a ti quitarle la vida.

—Os veré en el Hades —dijo Faón con una risa déspota.



—No —intervino Helena. Su voz retumbó como la de una diosa—. No nos verás allí.

Habló con tal convicción que incluso la sonrisa maniaca de Faón desapareció. La observó con detenimiento. Era consciente de que era la única que sabía qué le esperaba después de la muerte. La mirada de Helena era como la de una esfinge. Despiadada. Aquella muchacha le aterrorizaba.

—Empezad —ordenó Orión. Salió del círculo dibujado sobre la arena con sumo cuidado, como si supiera perfectamente lo que estaba haciendo. Lucas se preguntó si Orión se habría batido en duelo con varios hombres en el Coliseo,

—Por mi hermana, Casiopea —susurró Dédalo. Aquella frase sonó como un rezo.

Y entonces atacó a Faón con la destreza y el poder de un guerrero experto.

Lucas contó cuatro hábiles embestidas antes de que la pierna de Faón empezara a sangrar. El vástago cojeaba de un lado a otro, y empujaba la arena de la playa para distraer a su oponente. Pero eso no disuadía a un veterano como Dédalo. Tras un amago, pasó junto Faón y, en el último momento, se giró para clavarle la punta de su espada en la espalda, justo en el riñón. Sabía que un riñón atravesado era muy doloroso.

Jasón dio un suave golpe con el codo a Lucas. Se miraron y, sin decir nada, enseguida adivinaron qué estrategia estaba siguiendo Dédalo. No quería regalarle una muerte rápida.

—Va a dejar que se desangre —susurró Jasón.

—Bien —respondió Lucas. Miró hacia su derecha y vio que Héctor asentía con la cabeza.

Tardó alrededor de veinte minutos. Incluso los mismos Lucas, Jasón y Héctor empezaron a sentirse algo incómodos al ver tanta sangre derramada, tantos huesos rotos. Dédalo era implacable. En cierto modo, daba la sensación de que, con cada embestida, estaba tachando una de las cosas que quería hacer antes de morir. Era más que evidente que llevaba mucho tiempo planeando aquel enfrentamiento.

Nadie articuló palabra ni se movió para detenerle.

Lucas miró a su padre de reojo. Esperaba notarle incómodo ante la tortura sistemática de un ser humano. Sin embargo, percibió una expresión



distante, como si Cástor estuviera recordando un episodio doloroso del pasado. Se fijó en los miembros de la misma generación que su padre y se percató de que todos tenían una expresión similar. Entonces supo que creían que Faón merecía el castigo extremo que Dédalo le estaba infligiendo.

El cuerpo entero de Faón empezó a agitarse. Retorciéndose de dolor, el vástago gritó que no lo sentía. Entre alaridos agónicos, aseguró que había robado la inocencia, y que ahora era el dios de la inocencia. Insistió en que quizás era un monstruo, pero ¿acaso no lo eran todos?

La respuesta fue un no contundente. A pesar de todos sus defectos, ninguno era como él. Cuando por fin Dédalo le cortó la cabeza, tras un golpe limpio y directo, todos asintieron al mismo tiempo y miraron al cielo.

«Catarsis», pensó Lucas.

—Bien hecho, hijo mío —felicitó una voz desconocida.

El círculo de vástagos se giró hacia el mar. Un jovencito con el pecho desnudo y una larga cabellera azabache emergió de entre las olas. Tenía una mirada azul penetrante. Llevaba un tridente, pero a Lucas le pareció más bien una horca en manos de un diablo. Un diablo que era idéntico a él.

Oyó varios gritos ahogados entre el grupo de vástagos y notó a Héctor jalándole de la camiseta.

—Ahí tienes a tu gemelo malvado —dijo entre dientes.

Se podía respirar el peligro en el aire.

Lucas debería haberse maravillado al ver con sus propios ojos a un dios, pero lo cierto es que no fue así. Curiosamente, solo podía pensar en el chapuzón que se había dado con el tiburón galano hacía tan solo unos minutos. Helena le acababa de otorgar un nuevo talento marino. Podía respirar debajo del agua. No era la primera vez que Lucas se preguntaba si le había concedido más poderes.

—Mis vástagos siempre han sido más fuertes que los tuyos, sobrina, y, una vez más, mi Dédalo ha demostrado la superioridad física de mi prole al matar a tu querido Faón.

—¿Te refieres a ese espectáculo de fuerza bruta? —preguntó otra voz mucho más seductora.

Una vez más, el grupo se dio la vuelta, en esta ocasión para ver a una esbelta y hermosa mujer. Su rubio cabello caía como pomposas nubes por



su espalda y se deslizaba hasta sus rodillas mientras movía su precioso y voluptuoso cuerpo al compás de las olas del mar. Vestida únicamente con una combinación blanca tan fina que se transparentaba, avanzó por la playa, sumergiendo sus delicados pies en la espuma de las olas.

—El factor que determina quién es el vencedor de una guerra no es la fuerza de quienes luchan, sino la pasión de sus corazones, Poseidón. Pero ya hemos pasado por esto. —La diosa se dirigió hacia Helena y se colocó justo delante de ella—. Muchas veces, en guerras distintas, he presenciado cómo el corazón de los hombres y de las mujeres han decidido el resultado de las batallas. —Sonrió y tomó las manos de Helena—. Hola, otra vez, Helena.

—Hola, Afrodita —saludó Helena, con lágrimas en los ojos.

«Helena la recuerda»; pensó Lucas. Por primera vez, se planteó qué significaba eso. Helena recordaba Troya. Sabía lo que en realidad había ocurrido.

—Te he echado tanto de menos —dijo Afrodita.

—Y yo a ti —respondió Helena. Le sorprendió oírse a sí misma decir eso, pero más desconcertada se quedó al darse cuenta de que en cierto.

—Extraño, ¿verdad? He conocido cualquier amor que puedas imaginar, pero, a medida que pasan los años, el amor que más anhelo es el que comparto con mi hermana.

Las dos se abrazaron con ternura y, de inmediato, un resplandor dorado envolvió sus cuerpos. Aquella imagen era cautivadora, mágica. Lucas podía oír los corazones de los vástagos. Todos latían al mismo ritmo que los de Helena y Afrodita. Las unía una sincronía tan fuerte que Lucas sabía que jamás podrían olvidar, por muy distintas que fueran en el futuro.

Una oleada de miedo lo abrumó. No le asustaba que los dioses volvieran a estar entre ellos, sino que Helena fuera de nuevo el centro de atención. Era capaz de inspirar un amor infinito en él, en Orión, e incluso en una diosa. El odio no podía existir sin el amor, por culpa de ese amor tan puro que todos sentían en ese instante, sabía que se desencadenaría un enfrentamiento desesperado.

—Qué reencuentro tan emotivo —dijo el tipo con el pecho descubierto—. Pero tu hombre ha perdido, Afrodita. No olvides la apuesta que hicimos.

Lucas se abrió paso entre los vástagos a empujones hasta llegar a lo que parecía una versión empapada y ligeramente más salvaje de sí mismo.



—Esto no es un juego en el que los dioses podáis apostar. Son nuestras vidas.

Poseidón estudió a Lucas y soltó una carcajada.

—Vaya, las parcas han puesto mi cara a un inocentón moralizador. Deja que te diga algo, chico. Me da igual lo que digan las parcas. En el océano, el pez más grande se come al pequeño. Si tu intención es reemplazarme, muchacho, vas a tener que madurar mucho.

—Al menos es inteligente —dijo otra voz familiar. Un dios exactamente igual que Héctor apareció por el otro lado de la playa. Lucas no tuvo tiempo de poder cuestionar la puntualización de Poseidón—. El aspirante a quitarme el puesto es valiente, pero, por lo visto, es el más bobo de todos estos chuchos vástagos. De hecho, se atrevió a desafiarme, aun siendo mortal. De verdad, es lamentable.

Sin pensar, Lucas cogió a su primo por el brazo. Héctor estaba dispuesto a abalanzarse sobre Apolo, y sabía que las consecuencias serían nefastas.

Pero antes de que la contienda empezara, una ráfaga de aire gélido dejó a todos los presentes pasmados.

—Ya, ya, Apolo —tranquilizó el hombre rubio que estaba sobre el trozo de hielo. Lucas notó una suave brisa, pero sabía que no era marina. Olía a montañas cubiertas de flores silvestres y a piedra. Tenía que ser de otro mundo—. Reconozcámoslo. Cuando se trata de mujeres, nunca tomamos buenas decisiones. Y Héctor no es ninguna excepción. Quiere a Andrómaca para él solo. ¿Acaso puedes culparle de ello?

El tipo rubio era alto, pero no gigantesco, y tampoco parecía demasiado fuerte. A pesar de que tanto Poseidón como Apolo eran más corpulentos y, en términos físicos, más desarrollados, aquel dios irradiaba un poder indescriptible. Poco a poco, se fue acercando a Helena y Afrodita. La diosa del amor asintió con la cabeza, mostrándole así su respeto al saludarle. Pero el dios solo se dirigió a Helena.

—Bueno, hija. Has estado muy ocupada —dijo Zeus. A Helena le dio la sensación de que la estaba regañando.

Lucas trató de dominar cada expresión de su cara para no mostrar sus emociones. Hacía tiempo que conocía la estrategia de las parcas: asignaban papeles y cambiaban los actores en cada nuevo ciclo para que nada cambiara. Lucas echó un vistazo a su alrededor, fijándose en los dioses y en



sus dobles vástagos. Y entonces reparó en Orión. Era el único que no tenía una réplica en la playa.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó Helena, poniéndose en guardia.

Lucas se sentía muy orgulloso de ella, aunque sabía que hablarle a un dios de ese modo era un suicidio. Zeus había condenado a generaciones enteras por ofensas muchos menores, pero ella no mostró ni una pizca de miedo.

—De vosotros, nada. Quiero algo de ti, Helena. —Zeus hablaba en voz baja, pero su voz parecía retumbar en la playa.

—¿Y qué es? —quiso saber ella. Ahora hablaba con más cautela.

Poseidón y Apolo se pusieron detrás de Zeus. Afrodita besó a Helena en la mejilla y le soltó la mano. A regañadientes, la diosa del amor también se deslizó detrás de su padre. Héctor, Lucas y Jasón reaccionaron a tiempo y se pusieron detrás de Helena y Orión.

—Quiero el mundo nuevo que has creado —respondió Zeus.

Aparecieron otros dioses para apoyarlo. La primera fue una descomunal mujer ataviada con una armadura. Después se unieron un muchacho que se movía tan rápido como las alas de un colibrí, un jorobado que arrastraba un martillo, un tipo con uvas en lugar de pelo, y finalmente otra mujer con un vestido de plumas de pavo real. Todos se colocaron detrás de Zeus.

Helena miró a Orión. Lucas se mordió la lengua y apretó los labios para evitar ponerse a gritar como un loco. ¿No le había dicho, hacía tan solo unas horas, que él era quien la ayudaba a comprender las cosas? Observó que llegaban a un entendimiento. No tenía ni idea de qué se trataba, porque Helena no le había revelado toda la información. Una vez más. Orión y Helena se pusieron de acuerdo era silencio, y ella se giró hacia Zeus.

—No lo tendrás —dijo de forma deliberada.

Zeus dibujó una sonrisa satisfecha, como si Helena acabara de entregarle las llaves al mundo que, en realidad, ansiaba.

—Desafío.

Helena albergaba la esperanza de que aquello funcionara.



—Acepto —dijo Héctor, que salió como un bólido para colocarse a la derecha de Helena.

Zeus estaba a tan solo unos metros de distancia. La multitud de vástagos no tardó en reaccionar a la provocación de Héctor a los dioses. Todos se pusieron a gritar y a lanzarse desafíos al mismo tiempo.

—¡Esperad! —exclamó Helena. Alzó una mano para impedir que Héctor provocara una melé en ese preciso momento, ahí mismo.

Lucas y Jasón se acercaron a él para tratar de tranquilizarle.

—Hacia cien generaciones que no veía una pasión tan desaforada —dijo Zeus, entre risotadas—. Tienes razón, Apolo. Es valiente. De hecho, posee más coraje que tu chico en Troya, pero es más bobo que un bloque de mármol.

—Cálmate —le susurró Orión a Héctor—. Confía en nosotros.

Zeus se inclinó hacia Orión. Se acercó lo suficiente para que Helena vislumbrara los relámpagos que destellaban tras su mirada ámbar.

—Si tuviera una pizca de sensatez, recordaría que, por muy habilidoso que sea, nunca podrá matarme.

—Exacto —dijo Helena, con la voz controlada—, así que no es un desafío justo. A los dioses no se os permite batiros en duelo con mortales. Por ese motivo, en Troya solo se enfrentaron semidioses. Los dioses podéis intentar matar a vástagos con oleajes oceánicos, tormentas eléctricas y maldiciones. Pero tenéis prohibido participar en un combate cuerpo a cuerpo con nosotros, a menos que seáis mortales. Como cuando Ares me torturó en el portal. Allí, no era inmortal, así que podía asesinarme. Pero una vez lejos de cualquier portal, necesitáis encontrar un modo de provocar una guerra entre nosotros. Tal y como hicisteis en Troya.

—Tal y como estáis haciendo ahora mismo —continuó Orión, para que los demás vástagos pudieran escuchar y comprender que el objetivo primordial de los dioses era aniquilarlos.

—Existen ciertas normas para estas cosas. Tú eres mi campeón elegido —añadió Helena—. Y eres mortal, así que Zeus debe escoger a un campeón mortal que le represente.

—¿Dónde has aprendido todo esto? —preguntó Zeus con los ojos entrecerrados.



—Un río me lo contó —contestó. Suspiró de alivio para sus adentros al comprobar que los recuerdos de Helena de Troya eran correctos.

Vio a Héctor relajarse y sonreír. Lucas y Jasón también se tranquilizaron. Todos confiaban en lo que Orión y Helena se traían entre manos.

Aunque las demás castas no conocían a Héctor en persona, todos sabían de su reputación. Había quitado la vida a Creonte, un maestro de sombras, con sus propias manos. Por lo que a ellos respectaba, eso demostraba su valía en el combate cuerpo a cuerpo. Así que, al ver que él se calmaba, ellos también lo hicieron.

En realidad, no había vástago que pudiera igualarse a Héctor, excepto, quizá, la propia Helena. Era el héroe perfecto. La mayor amenaza física era Dafne, y le adoraba. Helena no sabía cuáles eran los motivos de que su madre sintiera tal aprecio por Héctor, pero estaba segura de que jamás le mataría. Le recordaba demasiado a Áyax.

Además, Orión y Helena contaban con eso. No se les había ocurrido otro vástago capaz de derrotar a Héctor en un combate, así que esperaban que el número de víctimas del día fueran dos: Faón y algún otro desgraciado. Con un poco de suerte pertenecería a los Cien Primos, o sería algún retoño lejano de la casta de Atenas.

Todo ese plan de último minuto que había tramado con Orión debería haberla tranquilizado, pero estaba inquieta. Cuando volvió a mirar a Zeus, su sonrisa parecía todavía más satisfecha.

Helena percibió un extraño alboroto a su alrededor, como si las dunas de arena estuvieran cobrando vida. Un segundo más tarde, unos tipos vestidos con una armadura arcaica se congregaron en la playa. Se fijó en que algunos tenían la mirada carmesí y brillante; otros, una piel sólida que hacía las veces de armadura y otros pinza en lugar de manos. Mirmidones. Se acordó del día en que Automedón mató a Zach y, de inmediato, unas chispas eléctricas saltaron de las yemas de sus dedos.

—¿Crees que puedes con un mirmidón? —murmuró Helena a Héctor. Ni Orión ni ella habían esperado ese giro de los acontecimientos.

—Claro que sí —farfulló, convencido.

Helena miró a Lucas, que frunció la boca y asintió con la cabeza para confirmar que él también creía que su primo podía hacerlo.



—Ya he escogido un campeón, Helena —anunció Zeus. En sus ojos se distinguía el brillo del triunfo—. Aquiles se enfrentará a tu Héctor.

El ejército de mirmidones se dividió para dejar paso a un único guerrero. Tras pasar por delante de sus filas, Aquiles se colocó delante de Héctor. Helena conocía a ese guerrero... Aunque lucía una armadura muy peculiar, el corte de pelo, su forma de caminar e incluso la camiseta que llevaba le resultaban familiares. Hacía dos años que se había comprado aquella camiseta, y Helena sabía que era su favorita.

Todo en él le resultaba conocido, a excepción del nuevo poder que emanaba.

—¿Matt? —aulló Helena. No daba crédito a lo que estaba viendo—. ¿Qué diablos haces con un puñado de mirmidones?

Pero él no le prestó atención e ignoró la pregunta. Tras dar varias zancadas por la playa, se dirigió a Héctor.

—No es a ti a quien quiero, Héctor —dijo Matt—. Solo hay una vida por arrebatarse, y no es la tuya. He venido a matar al Tirano.

—Matt —intervino Lucas mientras Héctor y el chico se miraban fijamente—. No hay ningún tirano.

—Oh, sí, sí que lo hay —rebatía Matt con severidad antes de clavar los ojos en Helena.

Habían sido amigos desde críos, pero ella jamás le había visto mirarla de aquel modo. Era como si la odiara.

—Quizás ahora no intente hacerte daño, Lucas —continuó—, pero el poder absoluto corrompe, y nunca ha existido una criatura con más poder que Helena.

Ella empezó a marearse y a sentir náuseas. Sabía que Matt tenía razón.

—¿Helena? ¿El Tirano? —dijo Orión, que se rio a carcajadas.

Poco a poco, Tántalo, Dédalo y Palas se fueron apartando de Helena para colocarse detrás de Matt.

—Papá —bufó Orión, pero enseguida cerró el pico.

Helena se coló en su corazón; Orión se estaba reprendiendo a sí mismo por no haber previsto todo aquello. Ella desvió la mirada hacia Héctor y le vio contemplando a su padre. Los ojos de Palas destellaban un dolor genuino,



pero Helena no apreció ni una pizca de culpa. Eran tan distintos que ni siquiera se sorprendieron al verse en el bando contrario de la guerra.

Cástor se mantuvo firme y se quedó detrás de Lucas mientras miraba a sus hermanos sin parpadear. Helena se dio cuenta de que su madre también se colocaba detrás de ella y Orión.

Los demás vástagos arrastraron los pies por la arena de la playa hasta posicionarse alrededor de alguno de los dos grupos. Sin alterar el tono de voz, se produjeron tensas discusiones entre los miembros de las distintas castas. Poco después, varios individuos se separaron de su casta y, por voluntad propia, decidieron en qué bando preferían luchar, si con Helena o con los dioses. Los dos bandos estaban bien definidos. Matt levantó la voz para que todos los presentes pudieran escucharle:

—La profecía dice que el Tirano es el velo donde la sangre de las cuatro castas se ha mezclado. Dime, Orión, ¿cuántos poderes absorbió Helena tras vuestro cruce de sangre? —preguntó Matt—. Casi todos, ¿verdad? Era de esperar.

Matt hizo gestos a Claire y Ariadna, quienes de inmediato se acercaron a su grupo. Helena sentía unos extraños retortijones en el estómago, como si estuviera montada en una montaña rusa. De repente, dejó de respirar.

Perder a Matt había sido un golpe muy duro, pero la idea de perder a Claire le resultaba sencillamente inconcebible. Su Risitas. Su mejor amiga desde que era una niña. Y había escogido el bando enemigo. Sabía que Claire tenía ciertas dudas sobre ella. Debería haber tratado de hablar con ella, en vez de ocultarle ciertos secretos. Había permitido que el abismo que las separaba fuera cada vez más grande, y ahora el miedo había invadido el corazón de Claire

Helena oyó a Jasón murmurar el nombre de Claire. Parecía estar muriéndose por dentro. A Helena le vino un fugaz recuerdo de Troilo, cuya esposa, Crésida, le había traicionado escogiendo a un amante griego antes que a él. Echó un vistazo al corazón de su amiga. Era evidente que estaba destrozada. Sin embargo, cuando se fijó en el interior de Matt, no observó ningún conflicto. Estaba convencido de que estaba haciendo lo correcto.

—Matt, ¿cómo puedes hacer esto? —preguntó Helena. Estaba a punto de echarse a llorar.

—Porque tú eres capaz de controlar la tierra, el mar y el aire —respondió él a medida que más vástagos se unían a sus filas—. Puedes invocar relámpagos,



manipular la gravedad y arrebatarse las espadas; a un ejército si generas un campo magnético. Has aprendido a dominar el corazón de cualquiera, y acabo de enterarme de que has creado tu propio mundo. Helena, ¿existe alguna fuerza que esté lejos de tu alcance, excepto tú misma? Estuviste a punto de matar a Lucas. No tenías control sobre ninguna de tus emociones y, por lo que he podido ver, tu comportamiento es cada vez más errático.

Helena apartó la mirada y soltó un bufido exasperado, pero Matt no se amilanó y continuó:

—Y lo más importante... Por favor, explícame esto: si puedes construir tu propio mundo, un reino perfecto que puedes gobernar a tu antojo, ¿qué te va impedir destruir este mundo si no hacemos todo lo que dices?

Silencio.

Lo único que Helena podía oír eran las olas y las gaviotas. «Cómo no. Matt sería el primero en adivinarlo. Siempre se ha pasado de listo.»

—¿Recuerdas la fiesta de final de curso? —preguntó Matt. Se balanceaba sobre la arena, vacilante y con la mirada triste.

—Sí —respondió Helena encogiendo los hombros—. Algunos nos pasamos toda la noche charlando alrededor de la hoguera, a unos cinco minutos a pie de esta playa.

—No sé si lo recordarás, pero Zack nos planteó una pregunta: si pudiéramos construir una máquina para viajar en el tiempo, ¿la utilizaríamos para ir al pasado y asesinar a Hitler cuando no era más que un bebé?

—Sí —contestó ella—. Claro que me acuerdo. Y por eso crees que soy Hitler.

—No. Creo que eres el Tirano —corrigió Matt—. Tienes el potencial necesario para ser mucho más destructiva que el propio Hitler.

—Mi hija no puede ser el Tirano. ¡Escuchadme! —suplicó Dafne mientras agitaba las manos para llamar la atención de todos los vástagos y dioses.

Era la primera vez que se levantaba para defenderla y, aunque seguía muy enfadada con ella por lo que le había hecho a Jerry, no pudo evitar emocionarse.

—Se supone que el Tirano debe reemplazar a Hades y convertirse así en el Señor de los Muertos. Pero Helena está destinada a gobernar los Cielos y destronar a Zeus. Y precisamente por eso él ha escogido a un campeón dispuesto a desafiarla —explicó Dafne. Señaló a Zeus con un dedo acusador



y un puñado de vástagos cambió de bando—. Pensadlo bien. Un vástago con más poderes que Zeus está a punto de arrebatarse el trono, así que está intentando ponernos en contra de Helena para que la matemos por él. Es poderosa, cierto, pero es imposible que sea el Tirano.

—¿Dónde está escrito que el Tirano debe reemplazar a Hades? —preguntó Matt. Estaba tan tranquilo que incluso resultaba inquietante—. Tres vástagos deben destronar a los tres dioses más importantes. Eso es lo que dicta la profecía. Desde el principio asumimos que el Tirano gobernaría el Hades, pero del mismo modo también podría dominar el Cielo.

Dafne se quedó callada. Toda la pasión de su argumento previo se desvaneció en cuestión de segundos. Ahora parecía aterrorizada.

—Lo siento —murmuró a su hija. Estaba pálida como la cera.

—No pasa nada, mamá. Llevaba varios días sospechándolo. ¿Nacido de la amargura? —preguntó Helena para recordar a su madre las palabras exactas de la profecía—. ¿Existe alguien más amargado que tú?

—No. No lo entiendes —continuó Dafne, pero, al ver que Helena daba un paso hacia delante y rompía la línea que se había formado para dividir ambos lados, se calló.

—Matt tiene razón. Soy el Tirano. O se supone que debo serlo, si las parcas lo consiguen. Pero debes confiar en mí. Voy a asegurarme de que no ocurra.

—Sé que lo intentarás —dijo Matt, y suspiró—. Gracias a tus poderes, querrás hacer cosas buenas y, al principio, enmendarás los errores y defenderás a los más débiles. Sé que lo harás. Pero en algún momento las cosas se torcerán. Nadie, por muy buenas intenciones que tenga, está destinado a gobernar el mundo entero.

Helena observó el cambio eléctrico que ya había notado antes, esa pequeña alteración que convertía a Matt en alguien distinto. Parecía diferente, más fuerte y lleno de magia, pero con todo estaba segura de que su amigo estaba tomando las mismas decisiones que hacía un año. En el fondo, continuaba siendo Matt, una brújula moral y, como era costumbre, llevaba razón.

—Siempre has odiado a los abusones. Y supongo que soy el mayor matón del barrio, ¿eh? —dijo Helena con una sonrisa indulgente.

Matt también sonrió. Ninguno quería que aquello sucediera.

—Esperad —intervino Claire, ansiosa. Corrió hacia el centro del círculo y se colocó entre ambos bandos, como si pudiera construir un puente entre ellos—. Lennie, ¿crees que puedes devolver algunos de esos poderes? ¿Puedes hacer algo? No sé, volver a ser tú misma para que los demás no nos asustemos.

—Lo siento, Risitas —contestó Helena, a sabiendas de que estaba haciendo mucho daño a su mejor amiga—. Esta soy yo. Siempre lo he sido.

A Claire se le llenaron los ojos de lágrimas. Por mucho aprecio que sintiera por las personas que se habían posicionado en el bando enemigo, Helena sabía que su mejor amiga haría lo que considerara correcto.

Cuando se colocó detrás de Matt, no pudo culparla. De hecho, la admiraba por la fuerza y el coraje que estaba demostrando.

Helena tan solo deseaba poder llevar a cabo su plan. Quería contarles a sus amigos y a su madre por qué estaba haciendo todo aquello, pero le era imposible. Si bien las parcas no podían escucharla cuando estaba con Orión, Zeus sí y, aunque las parcas eran sus enemigas más acérrimas, debía encontrar una forma de encerrar al dios. Hasta que lograra encarcelarlo, no podía devolver ninguno de los poderes que se le habían concedido, porque, de ser así, no sería lo bastante fuerte como para enfrentarse a él. Y entonces Zeus hallaría el modo de matarlos a todos.

Al igual que Helena de Troya antes que ella, Helena Hamilton sabía que, antes de permitir que todas las personas a las que quería murieran, interpretaría el papel de tipo malo para que todos la despreciaran. Recordó el día en que Ariadna le contó que, para un vástago, llamar a su hija Helena era como si un cristiano pusiera Judas a su hijo. Al igual que todas las Helenas anteriores, ella había decidido que ser Judas merecía la pena, siempre y cuando todos sobrevivieran.

—Lo siento, Claire —dijo, tratando en vano de conectar con su amiga para que entendiera la situación sin decir palabra—, pero no voy a entregar mis poderes.

—Y sanseacabó —finalizó Matt, apenado—. Nunca volverá a ser nuestra Lennie, Claire. Ya ha elegido. Y ha preferido sus poderes antes que a nosotros.

El chico giró la cabeza e hizo un ruido inhumano. Helena enseguida lo reconoció. Automedón había utilizado ese sonido el día de la competición de



atletismo para dar a sus hombres la orden de atacar a Helena, Héctor y Claire.

Los mirmidones reaccionaron. Retrocedieron varios pasos y formaron un semicírculo a su lado de la «pared». Uno de ellos avanzó varios metros para apartar el cuerpo sin vida de Faón, y poco después un segundo grupo barrió la arena para que quedara llana y limpia. Eran tan eficientes como un ejército de hormigas; en cuestión de segundos, habían creado un nuevo campo de batalla en el improvisado cuadrilátero de la playa.

Trajeron una ofrenda al círculo. Era una calabaza.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Helena a Orión.

Al ver la ofrenda, recordó las largas tardes que solía pasar con su padre en la cocina, transformando calabazas en tortitas, pasteles y polos de helado.

—Es uno de sus símbolos. El poder de Hécate alcanza un montón de cosas distintas —explicó Orión—. Las más llamativas son los portales, cruces, fronteras, intercambios y acuerdos. Por eso es la encargada de officiar los duelos, porque, en cierto modo, son una especie de trato. Pero también es la diosa de las brujas. Algo sobre *Macbeth* y negociar con tu alma. La calabaza es uno de sus símbolos porque es la primera bruja.

Helena se quedó mirando aquella estúpida calabaza, convencida de que las parcas se estarían desternillando de la risa a su costa. Le encantaban las calabazas. De todos los recuerdos que últimamente la invadían, sus favoritos eran, sin duda, los relacionados con Nantucket. Jerry le había regalado la mejor vida que había tenido en todas sus distintas existencias.

Dafne no había exagerado al decirle que debería estarle agradecida por hacerle creer que Jerry era su verdadero padre. Después de echarle un rápido vistazo a aquella maldita calabaza, supo que cambiaría todos sus poderes vástagos por una tarde de béisbol y helado con su padre. Entregaría aquellos ridículos talentos por una noche en familia, en que Lucas viniera a casa a cenar un plato de pasta junto a su sobreprotector padre. Después verían algún partido, y discutirían de política, como cualquier otra familia del estado de Massachusetts. Pero esa noche tan maravillosa no era más que una utopía.

Helena nunca volvería a ser una adolescente de instituto.

Tras un destello de luz, brotaron unas extrañas llamaradas naranjas en los límites de la zona donde se celebraría el duelo. Hécate no reapareció, pero su presencia se reconocía en el zumbido de poder que rodeaba el cuadrilátero.



De repente, la calabaza se esfumó. Y, acto seguido, el fuego se apagó. El desafío estaba listo.

La multitud que se había congregado detrás de Helena empezó a murmurar. Se formaron unas nubes que presagiaban tormenta sobre el agua y, a lo lejos, se vislumbraban relámpagos. Zeus y los olímpicos se habían dispuesto de tal forma que gozaban de las mejores vistas. Era evidente que estaban disfrutando.

Helena intentó entrar en el campo de batalla, pero una explosión de llamas se lo impidió. Una persona normal y corriente habría quedado carbonizada. En su caso, aquel inmenso fuego solo sirvió para hacerle retroceder unos pasos. Matt se encaminó sin problema alguno hacia su puesto, a unos cinco metros de la línea horizontal que dividía el óvalo en dos. Desenvainó su espada, un arma gruesa y de aspecto siniestro que dejó a Helena sin respiración. Una vez más trató de entrar en el círculo. En esta ocasión se topó con un muro invisible. Intentó utilizar su talento de crear portales para adentrarse en el cuadrilátero, pero no surtió efecto alguno.

El poder de Hécate era inmenso. Si quería, podía evitar que un creador de mundos cruzara cualquier límite. Helena se quedó quieta durante unos segundos para sopesar la situación.

—¿Qué estás haciendo, tontaina? —le preguntó Héctor. Parecía divertido ante la incertidumbre de Helena.

El poder de Hécate la había despistado, así que mientras ella había estado recordando viejos tiempos y pensando en tortitas de calabaza, Lucas, Jasón y Orión habían estado muy ocupados ajustando la armadura de Héctor, pieza a pieza en lo que, a su parecer, era todo un ritual.

—¿Qué quieres decir con qué estoy haciendo? —le preguntó. Le irritaba que Héctor se riera de ella—. No quiere enfrentarse a ti. Ya ha dejado bien claro que solo me quiere a mí.

Héctor soltó una tremenda carcajada al oír su tono melodramático.

—No voy a permitir que te apropiés de mi gloria, princesa.

No soportaba que la llamara así.

—No me llames...

—¡Es tu campeón, Helena! —espató Lucas. Su tono de voz no era, ni por asomo, tan juguetón como el de su primo.



Helena miró a Lucas. El miedo y la impotencia que vio en sus ojos la silenciaron de inmediato. Sabía que estaba disgustado con ella por no haber entregado Omnópolis cuando Zeus se lo había pedido. Quería gritarle y decirle que tenía un plan, maldita sea, pero no se atrevió a hacerlo.

—Has hecho un juramento y, para nosotros, no es palabrería barata —continuó Lucas—. No puedes entrar en ese campo de batalla. Ahora tan solo Héctor puede enfrentarse a tu rival.

—E..., espera —farfulló Helena. Su primera parte del plan no estaba saliendo como esperaba, y eso la asustaba—. Matt ha dicho que me quería a mí, y no a Héctor. Esta es mi batalla.

—No, no lo es —replicó Héctor, ahora más serio. Había dejado a un lado las bromas.

Helena percibió en él la voz de un viejo héroe.

Durante un breve instante, vislumbró a Héctor frente a una gigantesca muralla, observando a un Aquiles enloquecido por la muerte de Patroclo. Azotaba a los caballos que arrastraban su carro de guerra mientras gritaba el nombre de Héctor y le retaba a un combate cuerpo a cuerpo. Matt no guardaba ningún parecido con Aquiles, pero tenía su misma presencia, su mismo poder. No sabía cómo había pasado, pero Matt se había convertido en Aquiles, el Guerrero.

—Esta siempre ha sido mi batalla —añadió Héctor con amabilidad.

—No lo hagas —murmuró Helena al recordar lo ocurrido la última vez.

—¡No lo hagas! —repitió una voz mucho más estridente.

Helena se giró y vio a Andy abriéndose camino entre la multitud. Parecía asombrada, como si no pudiera creer lo que estaba diciendo y haciendo.

Andy serpenteó entre los vástagos, que parecían conmocionados e inquietos, y frenó al llegar a Héctor. Le miraba suplicante.

—No te enfrentes a él.

—Tentador —dijo él. Al ver aquella cara tan hermosa y a la vez confundida, sonrió—. Pero ¿quién sería si no lo hiciera? No sería yo mismo, desde luego. Sé que tengo que hacerlo, Andy.

—Te quiero —soltó ella de repente. Se horrorizó al verse a sí misma confesar algo así de íntimo delante de tantísima gente.



—Bueno, ya iba siendo hora —respondió Héctor, sarcástico.

Por un momento, todos creyeron que Andy iba a darle una merecida bofetada, pero al final Héctor hizo lo más sensato y la besó.

Cuando por fin separó sus labios de los de Andy, lo hizo de mala gana.

—No te olvidarás de esto, ¿no? —le preguntó. Héctor, siempre, tan seguro de sí mismo, aunque ahora parecía vulnerable. Andy asintió con la cabeza y le soltó.

Él se giró hacia Lucas, Jasón y Orión, y extendió la mano para reclamar su espada. Lucas se la entregó a regañadientes. Tras abrazar a sus hermanos uno a uno, Héctor se adentró en el cuadrilátero.

Helena se acercó a Lucas para suplicarle:

—¿Hay algo que podamos hacer para parar esto? Piensa, Lucas.

—Nada. Solo uno de ellos podrá abandonar ese campo de batalla con vida —respondió, furioso—. Espero que sepas lo que estás haciendo.

No sabía lo que estaba haciendo. De hecho, no tenía ni idea de si su plan funcionaría. Solo estaba segura de que tenía que intentar cambiar las cosas y, para conseguirlo, no podía separarse de su escudo. Helena dio varios pasos hacia atrás, hasta toparse con Orión. Lucas tragó saliva y apartó la mirada.

—Está dolido —le susurró Orión al oído—. Cree que estás escogiéndome a mí.

Helena era plenamente consciente de ello. También sabía que verla junto a Orión le partía el corazón. Pero en aquel momento no podía hacer nada al respecto.

—Por favor, ayúdame a encontrar un modo de salvar a Héctor —murmuró ella.

—No puedo —contestó él. Rodeó a Helena con los brazos y la estrechó con fuerza en un intento de consolarla.

Ella decidió quedarse cerca, con la esperanza de que no solo la protegiera a ella de las parcas, sino también a Héctor.

—Podría ser distinto esta vez —dijo, con optimismo. Bajó el tono de voz y acercó los labios al oído de Orión para cerciorarse de que los dioses no los oían—. Contigo alrededor, las parcas no pueden utilizarle.



Él asintió y, tras apartarse ligeramente, observó una chispa de prudente optimismo en sus ojos.

Los primeros golpes fueron tan veloces que Helena ni siquiera los vio. Aunque había luchado con Héctor en un sinfín de ocasiones, puesto que se había ocupado de su entrenamiento desde el primer día, seguía sin dar crédito a que un tipo tan corpulento y musculoso pudiera moverse con tal elegancia y agilidad.

Sin embargo, aquel nuevo y reformado Matt era igual de rápido. Esquivaba todos los golpes de Héctor, se retorció en el aire y no perdía el equilibrio, por mucho que su adversario intentara aprovecharse de su mayor tamaño para presionarle.

En vez de quedarse atrapado bajo la lluvia de asaltos de su contrincante, Matt fue capaz de crear espacios entre ellos sin resbalarse en la arena.

Helena notó que Lucas, Orión y Jasón contuvieron la respiración cuando Matt se lanzó como una flecha hacia Héctor. Fue el primero en derramar sangre.

—¡Héctor! —gritó Ariadna.

Héctor se alejó de Matt. Dejó caer la punta de la espada en la arena y se llevó la mano a las costillas. Estaba sangrando. Miró al otro lado del campo de batalla y observó a su hermana y a su padre, que, en vez de apoyarle, habían decidido posicionarse en el bando de Tántalo.

En cuanto vio la mano ensangrentada, Ariadna corrió hacia el borde del círculo. Parecía estar bailando de puntillas alrededor del cuadrilátero mágicamente sellado. Estaba intentando entrar en el campo de batalla para interponerse entre los dos contrincantes. Héctor sonrió a su hermana pequeña.

—No pasa nada, Ari —murmuró, como si así quisiera perdonarla—. Lo entiendo.

Héctor se recompuso para volver a enfrentarse a Matt. Ahora ya sabía que había encontrado a su oponente perfecto. No perdió ni un segundo y, tras realizar una asombrosa finta, pasó a toda prisa junto a Matt y le clavó la punta de la espada en el tobillo. Del talón de Aquiles de Matt manaba muchísima sangre, pero no murió. Se alejó cojeando de Héctor y se colocó al otro extremo del campo de batalla.

—Tobillo equivocado, amigo —anunció Matt mientras la herida se cerraba.



—Ha merecido la pena —contestó Héctor con los hombros encogidos. Y, de inmediato, volvió a arremeter contra su adversario de forma temeraria.

Los vástagos solían curarse muy rápido, pero es que la herida de Matt solo tardó unos segundos en cicatrizar. Después de ver eso, Héctor sabía que solo podría vencer a Matt si descubría cuál era su punto débil. Debía de tener uno, al menos. Matt también era mortal, porque, de lo contrario, Héctor no le habría permitido participar en aquella batalla. Podía ser cualquier parte del cuerpo. Héctor le hirió en el otro tobillo, pero Matt se recuperó incluso más rápido esta vez.

—¡Córtale la cabeza! —gritó Dafne. Estaba muy asustada después de ver que Héctor había rasgado los dos tobillos de Aquiles y que no había ocurrido nada.

—¡El corazón! ¡Atraviésale el corazón! —chilló Orión.

En cuanto Dafne y Orión articularon sus ideas, el resto de los vástagos que apoyaban a Helena empezaron a vociferar distintas propuestas. Héctor siguió luchando, sin rendirse, clavando la espada en el corazón de Matt, atravesándole el riñón e incluso tratando de degollarle, pero nada parecía funcionar. Pese a que Matt sentía todas y cada una de las heridas, se recuperaba casi *ipso facto*. Héctor, en cambio, cada vez estaba más malherido. Y, por supuesto, no tenía la capacidad de curarse en un santiamén. Después de cada choque, Héctor era el único que se iba debilitando.

Los dioses contemplaban embelesados el espectáculo. Era obvio que era el mejor combate que habían presenciado en los últimos tres mil años. No querían perderse ni un minuto del dolor y sufrimiento al que estaban sometidos tanto Héctor como Matt. Parecían unos aficionados de un partido de fútbol. Para ellos era eso: un deporte.

Helena era incapaz de mirar a aquellos dioses sedientos de sangre, así que desvió la mirada hacia Lucas en busca de consuelo. Ni siquiera estaba atento a la batalla. Tenía la vista clavada en la arena. Se estaba estrujando los sesos para adivinar qué parte del cuerpo habría escogido Matt como su punto débil. Le veía hablando consigo mismo, tratando de hallar el modo de averiguar el punto débil del contrincante de su primo. Creyó oírle repetir la palabra «talón» varias veces.

Lucas levantó la cabeza y miró a Helena a los ojos. Parecía esperanzado.

Lo había adivinado.



En ese preciso instante, Helena y Lucas oyeron chillar a Héctor. Se giraron justo a tiempo para ver como se derrumbaba sobre sus rodillas. Tenía la espada de Matt enterrada hasta la empuñadura en su pecho.

Se oyeron varios gritos a la vez, y los vástagos de ambos lados del campo de batalla se agolparon contra la barricada invisible. Los familiares más cercanos de ambos bandos trataron en vano de adentrarse en el cuadrilátero para ayudar a Héctor: la magia que encerraba aquel círculo en la playa les impedía interferir.

Matt se quedó de pie junto a Héctor. Le temblaban los labios y tenía los hombros encorvados. Estaba más que arrepentido. Ariadna estaba fuera de sus casillas y no dejaba de chillar palabras llenas de odio a Matt, mientras Claire procuraba contenerla.

Héctor se desplomó hacia un lado, todavía aferrado a la espada que le había atravesado de forma limpia el corazón. Al caer al suelo, miró hacia arriba, hacia el sol nublado. Inspiró hondamente por última vez. Parecía estar sonriendo al cielo, pero sus ojos, que siempre habían sido salvajes y con vida, estaban secos.

Héctor había muerto.



Capítulo 14

Con la mirada fija en el cuerpo de Héctor, que yacía inmóvil sobre la arena, Helena solo podía pensar en una cosa: «Le escogí como mi campeón porque no podía soportar la idea de que Lucas y Orión murieran por mí. Es culpa mía».

—¡Desafío! —gritó Lucas, conmocionado.

Los dioses se reunieron para discutirlo.

—¿Cómo es posible? —preguntó Poseidón—. Pensé que habías dicho que el Rostro le había llevado a su mundo.

—Y así fue —se defendió Hermes—. Sin duda, no le habrá hecho...

—Esperad —interrumpió Zeus, que levantó una mano para acallar a Hermes—. Hécate todavía tiene que decidir.

Lucas se acercó al borde del campo de batalla y dio un paso hacia delante. Aquella barrera invisible que impedía a cualquiera adentrarse en el cuadrilátero se desvaneció. La magia ancestral que evaluaba la aptitud de los rivales había aceptado a Lucas. Los dioses intercambiaron miradas de confusión.

Aturdida, Helena siguió a Lucas hasta el borde del círculo, sin preocuparse por la reacción de los dioses. Era la única que conocía la verdadera razón de por qué Lucas podía entrar en aquel cuadrilátero. Sin embargo, no comprendía los motivos que le empujaban a hacerlo. No tenía sentido. Matt había matado a su campeón, y en teoría, ahora debía desafiarla a ella.

—¿Lucas? ¿Qué estás haciendo? —preguntó, asustada.

Pero Lucas no contestó. Ni siquiera se molestó en dar a entender que la había oído.

—Lucas es el segundo de Héctor, Helena. Está en su derecho de retar a Matt antes de que él te desafíe a ti —explicó Jasón con la voz entrecortada. Estaba llorando por su hermano.



Helena le cogió la mano y la apretó con fuerza.

—¿Puedo pararlos? —murmuró.

—No. Ese es el significado de ser el segundo de un campeón.

Helena sabía que había sido muy insensato por su parte no tener en cuenta ese pequeño detalle, pero, para empezar, jamás habría imaginado que alguien podría vencer a Héctor. Y, dado el caso, daba por seguro que dependía de ella enzarzarse en otra contienda o no. Miró a Orión, suplicante, pero no había nada que él pudiera hacer.

En el interior del círculo, Lucas se agachó junto al cuerpo de Héctor. Matt se hizo a un lado mientras Lucas cerraba los párpados de su hermano. Helena oía a Palas y a Ariadna sollozar al otro lado del campo de batalla. Ella tampoco había podido contener las lágrimas, pero más importante que su pena era el sentimiento de culpa que ensombrecía el corazón de Lucas.

—Un segundo más —murmuró Lucas. De repente, soltó un sollozo inesperado, como si se le hubiera escapado sin permiso. Fue un ruido áspero y furioso.

El chico cogió el cuerpo sin vida de Héctor y se lo entregó a Orión y a Jasón, quienes estaban esperándole tras la pared invisible. En ese instante, Andy se abrió camino a empujones entre la muchedumbre que esperaba para aclamar al héroe caído.

—¡Despierta! —ordenó Andy. Su voz sonó tan dictatorial que nadie habría osado desobedecerla. Pero Héctor no se movió. Se concentró en cada gota de poder que tenía y se le enrojecieron las mejillas—. ¡He dicho que te despiertes! —repitió cogiéndole de los hombros y zarandeándole.

Su voz de sirena retumbó entre las dunas de la playa y las olas. Unas nubes de arena y espuma marina saltaron hacia el aire, como si quisieran escapar de ella. Pero, aun así, Héctor permaneció inmóvil. De pronto, empezó a gritar a pleno pulmón, insultándole por haberla abandonado y lanzando una serie de improperios. Por fin Cástor se acercó y la alejó del cadáver de Héctor.

—¡Basta! Está muerto, y ni siquiera tú puedes despertarlo —dijo en un intento de tranquilizarla.

Andy no tenía la fuerza de un vástago, pero, aun sabiéndolo, forcejeó con Cástor durante unos segundos, antes de derrumbarse.



Noel la abrazó para que pudiera desahogarse y llorar. Mientras la consolaba, miraba fijamente a su hijo. Ahora le tocaba a él luchar contra Matt. Lucas tenía una mano metida en el bolsillo. Toqueteaba algo que tenía allí guardado.

—Arco y flecha —pidió a Jasón.

Todos los testigos empezaron a murmurar, sobresaltados. Algunos de los dioses se echaron a reír.

—Este no nos decepcionará —le dijo Apolo a la diosa que iba vestida con una armadura. Helena asumió que era Atenea—. Igual que la última vez.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —murmuró Atenea al dios del sol. Su mirada astuta estaba clavada en Lucas.

—¿Por qué no ha escogido una espada? —le preguntó Helena a Orión, ignorando por completo las apuestas de los dioses.

—No tengo la menor idea —admitió Orión.

—En fin... ¿Cuántas flechas puede tener?

—Solo una.

Helena se dio media vuelta y se quedó mirando a Lucas. Parecía estar muy tranquilo en aquel campo de batalla.

—Entonces, ¿por qué ha escogido esa arma? No lo entiendo —insistió. El hecho de ver a Orión tan perplejo solo sirvió para asustarla todavía más.

—Anda ya, Luke —exclamó Jasón. Levantó las manos en un gesto exasperado, como si no supiera qué esperaba su primo de él.

—Arco y flecha —repitió Lucas, que esta vez pronunció las palabras con más claridad.

Furioso por la elección aparentemente suicida de Lucas, Jasón cogió un arco y una única flecha del baúl de armas ubicado junto al círculo donde se batiría en duelo. Se echó el arco al hombro y observó la punta de la flecha para ver si estaba afilada. Después, se los entregó.

—Ni siquiera llevas armadura —reprendió Jasón en voz baja—. ¿Acaso quieres morir en el primer asalto?



En cuanto Helena escuchó a Jasón hacerle esa pregunta, cayó en la cuenta de que no había considerado esa posibilidad. ¿Y si Lucas estaba tan harto de todo que prefería morir?

El chico cogió sus armas sin responder a Jasón y volvió al interior de la arena. Ni siquiera se despidió de sus padres. Tampoco abrazó a su primo, ni se dignó a dar un breve discurso improvisado para explicar a su familia qué se proponía hacer, o por qué había decidido hacerlo. Tampoco quiso mirar a Helena para hacerle saber que todo iba a salir bien. Tan solo recogió el arco y la flecha y se colocó frente a Matt, lo que indicaba que estaba preparado.

Pero Helena todavía no estaba lista para que el duelo empezara.

—Esperad —interrumpió con voz estridente por el miedo—. No quieres morir, ¿verdad? —preguntó desesperada.

Cuando se fijó en el pecho de Lucas, solo percibió una masa sin brillo, sin vida. Los únicos sentimientos que distinguió fueron dolor y resignación. Helena tenía la sensación de que le daba lo mismo morir o no. Y esa indiferencia podía conducirle a una muerte segura.

Corrió hacia la pared invisible que rodeaba el campo de batalla y arrojó unas llamaradas naranjas en un intento de derrumbarla. Aunque pudiera encontrar un modo de tumbarla, sabía que era demasiado tarde.

Parecía que todo estuviera ocurriendo a cámara lenta, Lucas levantó el arco y Matt empuñó su espada antes de que Helena pudiera gritar. Justo cuando se arrojaba por segunda vez hacia el muro transparente. Matt cargó contra Lucas. Agarró el pomo de la espada con ambas manos y levantó la punta por encima del hombro, decidido a derrotar a su rival con un golpe certero. Entonces Lucas lanzó la flecha.

De repente, Matt se quedó petrificado, con expresión de asombro. La flecha había quedado clavada en su mano izquierda. Justo en el «talón» de su mano izquierda.

El chico dejó caer la espada, y de inmediato Lucas bajó el arco. Se quedó mirándose la mano durante unos instantes y después sonrió.

—No debería haber dicho eso —murmuró Matt. Empezaron a temblarse las rodillas. Apenas le quedaban fuerzas—. No debería haberle mencionado la palabra «talón» a Héctor. Debería haber imaginado que enseguida encajarías las piezas.



Lucas soltó el arco y se acercó a Matt para evitar que se desplomara sobre el suelo. Con sumo cuidado y respeto, dejó el cuerpo de su adversario sobre la arena.

—Es demasiado poderosa —susurró Matt. Eran sus últimos alientos.

—Estaré ahí para impedir que pierda el control —prometió Lucas.

—Será peor que el Olimpo —rebatía Matt, que cada vez estaba más débil—. Al menos, ellos son doce.

—No queremos gobernar el mundo, Matt. —Lucas lo sostenía con cariño, pero no sirvió de nada.

Había muerto.

Lucas pasó la mano sobre sus párpados, tal como había hecho con Héctor minutos antes. Durante unos momentos, el único sonido que se oía era el llanto desconsolado de Ariadna. Unas sombras oscuras, similares a una niebla negra, envolvieron a Lucas. Justo entonces Helena oyó varias gritos ahogados a su alrededor, mientras la multitud murmuraba las palabras «maestro de sombras». Lucas se levantó y la señaló con el dedo.

—No me sigas —ordenó.

Las sombras danzaban a su alrededor como una gigantesca capa. Antes de que Helena pudiera asimilar lo que acababa de oír, Lucas saltó hacia el cielo y desapareció.

Escondido tras su capa de sombras, salió disparado hacia los nubarrones que se habían formado sobre el océano. Conocía a Helena lo bastante bien como para saber que, si le mandaba que no le siguiera, haría justamente lo contrario. Quería darse de cabezazos contra una pared. Se habría apostado una pierna a que ella también poseía el talento de un maestro de las sombras y podía ver en la oscuridad, pero estaba bastante seguro de que todavía no había aprendido a usarlo. Era su única salida, así que cuando se giró y comprobó que Helena no le estaba pisando los talones, se dirigió hacia su casa.

Desde el aire, se percató de que, milagrosamente, la casa de la familia Hamilton estaba intacta, aunque hacía días que ni Helena ni Jerry la pisaban. La lona azul seguía tapando la ventana rota que Helena había



reventado al lanzar por accidente una piedra. Lucas se asomó y entró en su habitación.

Estaba fría y vacía. Toda la habitación olía a Helena.

Fue directo hacia la cama, todavía deshecha y sucia de la última vez que Orión y Helena habían regresado del Submundo, cuando aterrizaron encima de Lucas. Arrojó las sábanas al suelo y se tumbó encima del colchón.

Buscó en el fondo del bolsillo de sus vaqueros y sacó los tres óbolos que había robado del museo Getty. Después se colocó uno debajo de la lengua.

Cerró los ojos y, un instante más tarde, volvió a abrirlos.

—Amigo mío, ya sabes que seguir a un ser querido al Submundo nunca acaba bien —suspiró Morfeo.

Lucas se sentó junto al dios de los sueños, se sacó el óbolo de la boca y se lo ofreció.

—Por favor —suplicó mostrando el pago divino—. Por favor, permíteme al menos hablar con Hades.

—Oh, eres tan noble —farfulló Morfeo. Atizó un puñetazo a uno de sus cojines de seda para demostrar lo ofendido y molesto que estaba—. ¿Lo has pensado bien? ¿Crees que Helena querría que hicieras esto?

—Por supuesto que no, pero ella no es quien debe tomar esta decisión. Y sí, lo he pensado bien —respondió Lucas, tranquilo—. Ya no me queda nada allí arriba.

Lucas no estaba compadeciéndose, era la cruda realidad. Después de que se negara a besarla en su reino, Helena había dejado bien claro que prefería a Orión. En cuanto pusieron un pie en la Tierra, no se separó de él. Apenas podía estar un minuto sin tocarle, y Lucas se sentía culpable. No podía esperar que le prometiera su amor si él ni siquiera se decidía a besarla. Siempre había sabido que Orión podría darle lo que necesitaba. Quería ponerle las cosas fáciles y, al mismo tiempo, ser útil.

Andy estaba enamorada de Héctor. Todos le querían. Lucas sentía que sobraba. Era el Amante a quien no se le permitía amar. Así que ¿por qué no hacer algo bueno con su vida?

—Solo quiero hablar con él —insistió Lucas.

—De acuerdo —murmuró Morfeo a regañadientes. Aceptó la moneda y se levantó de su gigantesco lecho—. Te llevaré hasta el árbol.

Morfeo guio a Lucas por el sinfín de salones y aposentos de su palacio de ensueño. A medida que cruzaban el palacio, los elfos, unas criaturas esbeltas ya altas que bailaban sobre una especie de nubes brillantes y perseguían a unas burbujas iridiscentes que parecían gritar «sígueme», dejaron de retozar y brincar.

Lucas los oyó murmurar al pasar junto a ellos. Creyó haber oído la expresión «Mano de Oscuridad», pero tampoco estaba muy seguro.

Una vez fuera del palacio, caminaron por la llanura que hacía frontera con el Hades y se detuvieron en el límite de las tierras de Morfeo. Los dos se quedaron en silencio, contemplando el árbol de las pesadillas.

Era tan descomunal que incluso parecía ocupar casi una hectárea. Las raíces se inmiscuían entre el reino de los sueños y el reino de los muertos. Las ramas se confundían con millones de dedos que intentaban alcanzar aquel cielo sin estrellas.

—Quédate debajo de las ramas —empezó Morfeo.

—Y no levantes la cabeza —finalizó Lucas. Todavía recordaba su última excursión al árbol.

—Intentaba que no te arrojen ni te condenen al Tártaro o a otro lugar igual de horrible, ¿de acuerdo? —avisó Morfeo con un cariño genuino.

—Gracias, Morfeo —susurró Lucas, con toda sinceridad—. Te debo una.

—Tú y Helena, los dos —añadió Morfeo. Después se dio media vuelta y se dirigió hacia su palacio.

Lucas podía oír a las pesadillas moviéndose por las ramas. La sensación era espeluznante, así que contuvo la respiración. Se obligó a caminar bajo las ramas. Avanzaba a la fuerza, tenso y rígido. Aquellas pesadillas le amenazaban de una forma distinta, lo que le asustaba, y mucho. El árbol sabía que no temía a la muerte, o al dolor, como la última vez que había estado bajo sus ramas. La muerte y el sufrimiento ya no le horrorizaban. Esta vez, en lugar de zarpas y colmillos rasgando la corteza, Lucas podía oír susurros de voces familiares.

Oyó a Matt. Y a Héctor. También a su tía Pandora. Y oyó a Helena sollozar «estoy sangrando», una y otra vez. Las voces y las siluetas de todas las



personas que había amado y perdido se deslizaban sobre las ramas del árbol de las pesadillas.

Se sorprendió al reparar en que la presencia y el tono de voz de Matt le resultaran tan familiares, puesto que solo habían sido amigos unos meses. Sin embargo, habían compartido algo más que almuerzos y proyectos escolares.

Habían vivido juntos el último aliento de Matt y, puesto que Lucas había sido quien le había matado, llevaría una parte de Matt consigo para el resto de su vida.

—¡Hades! —llamó Lucas. No podía soportar ni un segundo más el llanto de Helena—. Por favor, ¡escúchame! Tengo algo que proponerte.

Las pesadillas por fin se silenciaron y, en un abrir y cerrar de ojos, se esfumaron. Lucas levantó la vista del suelo y vio que Hades se le acercaba. Al llegar a la frontera de su reino, se detuvo. Era la primera vez que Lucas veía al Señor de los Muertos. Sin embargo, cuando Hades se quitó el Yelmo de la Oscuridad y dejó al descubierto un rostro idéntico al de Orión, no se sorprendió en absoluto. Ya había intuido la conexión entre Hades y Orión.

Lo que no había esperado ver era a Hades envuelto en penumbra. Eran las mismas sombras que él creaba. Hades se guardó el casco que le hacía invisible debajo del brazo. «Puedo hacerme invisible», pensó Lucas.

De pronto, comprendió algo. Era tan irónico que quería gritar.

—Hola, hijo —saludó Hades, que confirmó las sospechas de Lucas.

—¿Cómo? —preguntó Lucas, aunque no estaba seguro de querer saberlo—. ¿Acaso mi madre...?

—No —respondió el dios con firmeza—. Tuve un hijo con una mujer de la casta de Tebas hace varios siglos. —Hizo una pausa. A pesar de haber pasado tantos años, su mirada denotaba arrepentimiento—. La sangre de un dios no se diluye; somos inmortales, y así lo son también nuestros..., bueno, nuestros genes, por llamarlos de alguna forma. Llevas la sangre de Apolo y la mía, aunque creo que tienes más rasgos míos que suyos.

—¿Puedes alterar la temperatura de tu propio cuerpo?

—No. Ese atributo lo heredaste de Apolo. Puedes soportar cualquier calor, excepto el de Helena. Ella puede alcanzar una temperatura más caliente que el Sol.



—Ya me he dado cuenta —dijo con una sonrisita.

—Pero la mayoría de tus talentos provienen de mí. Sé que todo esto te debe de parecer perturbador.

—En absoluto —rebatía Lucas—. De hecho, me facilita las cosas. Es como si fuera mi destino.

—Vete a casa, hijo —invitó—. Tu ausencia está causando desconcierto donde menos se necesita.

—¿Cómo es posible que sepan que sigo ausente? —preguntó Lucas, confundido—. Creía que, en el Submundo, el tiempo no pasaba.

—Así es, a menos que estés con Morfeo o conmigo. En ese caso, el tiempo pasa igual que en la Tierra. Debemos vivir a la par si queremos influir en las vidas de los mortales.

Lucas consideró rápidamente la idea y después asintió.

—O, de lo contrario, estaríais atrapados en un momento eterno, y nadie podría encontraros.

—Muy bien —le felicitó Hades—. Ni siquiera la propia Helena se percató de eso, y es muy lista; créeme. —Sonrió a Lucas como si estuviera orgulloso de él y después continuó—: Sé que estás sufriendo por tu primo Héctor, pero no puedo permitir que entreguéis vuestra vida a cambio de recuperar a un ser querido. Si lo hiciera, aquellos que preferirían vivir en vez de sacrificarse por los muertos se sentirían infinitamente culpables. Ese intercambio provocaría más dolor que ayuda.

Incluso sonaba igual que Orión, aunque la forma de hablar del dios era un poco más formal. Los dos sentían compasión por los demás. Y Lucas lo respetaba.

—Eso tiene sentido —concedió—, y creo que tienes toda la razón. Pero no he venido para ofrecerte mi vida a cambio de la de Héctor. He venido para reemplazarte.

—¿A mí? —preguntó Hades. Por primera vez en milenios, el dios estaba sorprendido.

—Sé que no fue tu elección convertirte en el Señor de los Muertos. Te obligaron. Entiendo cómo te sientes. Tengo el presentimiento de que las parcas quieren que tome el papel de Poseidón, pero estoy dispuesto a desafiar a mi propio destino a favor de otro.



Lucas dio un paso al frente y cruzó la frontera que separaba los reinos de Hades y de Morfeo. Sabía que, si su plan funcionaba, quizá no volvería a salir de allí.

—Devuelve la vida a Héctor, y a cambio ocuparé tu lugar en el Submundo por el resto de la eternidad.

Helena observó a Lucas. Le costaba ver a través de esa nube de sombras. Sabía que podía seguirle, pero si lo hacía los dejaría a todos desprotegidos. Orión y Jasón eran guerreros expertos, y Dafne, un monstruo sin sentimientos. Sin olvidar a Cástor, cuyas habilidades en el campo de batalla eran memorables. Sin embargo, los vástagos que habían decidido apoyar a los dioses los superaban en número. Casi toda la casta de Roma y al menos la mitad de la de Atenas estaban de su lado, pero no era suficiente para derrotar a los Cien primos y a los mirmidones. Si los abandonaba, sabía que no aguantarían un solo asalto.

—Desearíamos honrar a nuestros muertos —anunció Cástor desde el otro lado de la playa. La arena todavía estaba manchada de la sangre de Héctor... y de Matt.

Helena notó que se le humedecían los ojos y empezó a sollozar. Dos personas a las que quería muchísimo habían muerto. Eso no era lo que tenía pensado.

Al ver que los dioses charlaban con los generales de su ejército mortal, tomó una determinación y se secó las lágrimas. Sabía que, si se derrumbaba y se dejaba llevar por la pena, no podría ser de mucha utilidad. Dejaría que Andy llorara por la pérdida de Héctor y que Ariadna hiciera lo mismo por Matt. Pero ella no podía permitirse el lujo de lamentarse.

—No podemos negaros el derecho de venerar a vuestros muertos —gritó Tántalo desde el otro extremo. Sus emociones destellaban en su interior como espadas afilándose en las rocas—. Pero el campeón del Tirano ha desaparecido —continuó, fingiendo un tono inocente—. ¿Cómo podéis demostrar que no ha huido porque nuestro campeón le ha herido de forma mortal?

—¡Eso es ridículo! —exclamó Orión—. En ningún momento Matt tocó a Lucas. Todos hemos presenciado el duelo.

Helena dio media vuelta y miró a su madre.



—¿Qué está pasando? —musitó.

—Estás en peligro —contestó Dafne lacónicamente, pero no pudo explicarse porque Tántalo continuó con su discurso.

—El campeón del Tirano no está aquí para enseñarnos que ha salido indemne del desafío —persistió, meneando la cabeza—. Presentad a vuestro campeón con vida o entregad al Tirano.

—¿Y quién impone esa norma? —contestó Orión—. Los dioses no pueden enfrentarse a nosotros.

—Mi ejército lo hará —dijo Tántalo, que, para sorpresa de todos, no había perdido los nervios.

Orión y su séquito de leales atenienses se deslizaron como un enjambre de abejas alrededor de Helena al mismo tiempo que el batallón de los Cien Primos emergía de la nada para posicionarse junto a Tántalo.

—¡La casta de Tebas ha ido demasiado lejos! —dijo entre dientes un familiar de Orión al que Helena no conocía.

—Una vez más, Tántalo quiere aniquilar cualquier casta que no sea la suya, empezando por Atreo y Atenas —murmuró otro, mucho más atrevido—. Y cuando estemos muertos, los dioses le permitirán robarnos y saquearnos. Otra vez.

Helena notó que alguien le ponía la mano encima del hombro. Miró de reojo y distinguió a su madre, que la arrastró entre las filas de guerreros.

De repente, daba la impresión de que la playa estuviera llena de hombres. ¿De dónde habían salido?

—Ponte detrás de ellos —le aconsejó Dafne en voz baja. Una avalancha de romanos armados aparecieron de la nada y se colocaron junto a los atenienses—. ¡Atrás, atrás! —gruñó al oído de Helena mientras la alejaba de las primeras líneas de combate.

Entre aquella estampida de guerreros armados, Helena recibió un golpe y cayó al suelo. Dafne se quedó junto a ella. Tenía los puños cerrados y cargados de relámpagos. El olor seco y añejo del ozono quemado era abrumador, y el resplandor ácido que desprendía Dafne hizo retroceder a la desbandada de soldados. Aprovechó el momento de desconcierto para ayudar a Helena a ponerse en pie.



—¡Cástor! —llamó Dafne, desesperada mientras buscaba una cara conocida entre la muchedumbre de soldados—. ¡Refugio para el heredero de Atreo!

Helena abrazó a su madre, que seguía gritando histérica, y las dos salieron propulsadas hacia el cielo. Por fin estaban fuera de peligro.

—¿Puedes llevarme? —preguntó Dafne, atónita—. Áyax no podía cargar conmigo cuando volaba. —Sonrió. A pesar de que las circunstancias eran descorazonadoras, aquella sensación resultaba emocionante.

—¿Mi padre podía volar? —preguntó Helena. Sentía curiosidad.

—Oh, sí, claro que podía volar.

Las palabras de su madre rechinaban.

—¿Mi padre puede volar? —insistió, sin dejar de ascender en el aire.

—Sí —aseguró Dafne, distraída. Seguía entusiasmada con la sensación de ingravidez que le había otorgado su hija.

Helena captó la mentira, y la sonrisa de Dafne desapareció.

—Ahora también eres una descubremientira, ¿verdad? —preguntó Dafne algo resignada.

—Sí —murmuró Helena.

Madre e hija atravesaron una nube de algodón que empañó sus mejillas. Algunos rayos de sol se colaban entre la tormenta eléctrica que Zeus había conjurado y transformaban el rocío que se había formado sobre la cabellera de Dafne y Helena en un sinfín de arcoíris. Al cruzar la mirada, el relámpago azul que destellaba en el iris derecho de Helena se iluminó.

—¿Áyax es mi padre? —preguntó, aunque intuía la respuesta. Su voz sonó salvaje.

De hecho, ya hacía una semana que tenía la respuesta a esa pregunta justo enfrente, pero hasta ahora no había encajado las piezas.

Áyax era idéntico a Héctor. Los dos habían interpretado el mismo personaje en la monumental obra de teatro de las parcas. Solo los separaba una generación.

Y Orión le había asegurado que los actores y actrices principales de Troya eran sustituidos por un nuevo bebé al morir.



Héctor había reemplazado a Áyax cunado este murió. Pero Héctor era un año mayor que Helena, así que, por lógica, Áyax debía haber muerto al menos un año antes de que Helena fuera concebida.

—Contéstame —le ordenó. Necesitaba oír la respuesta de Dafne.

—No —contestó Dafne, con voz apagada—. Jerry es tu padre.

Entonces Helena empezó a considerar seriamente la idea de arrojar a su madre desde aquella altura. ¿Sobreviviría? Dafne miró hacia abajo, como si hubiera leído el pensamiento de su hija. Presa del pánico, se le aceleró la respiración.

—¿Por eso le has estado drogando? ¿Para impedirle que se levantara y me contara la verdad?

—No habrías tardado mucho en averiguar que te he mentado si hablabas con él. Ya sabía que no era una solución permanente, pero necesitaba un par de días —explicó ella, sin pedir disculpas.

Volaron a la deriva durante unos instantes, mientras Helena asimilaba las palabras de su madre.

—Dame una razón por la que no debería matarte. —La voz no le tembló ni un ápice.

—Porque no maté a Jerry, y podría haberlo hecho —rebatió Dafne enseguida—. Me debes una por eso.

—¿Por qué? —titubeó Helena. Ahora estaban descendiendo en picado, lo cual era demasiado temerario—. ¿Por qué me mentiste?

—Helena..., deberíamos regresar —dijo Dafne, ansiosa. Estaba aferrada a su hija como una lapa—. ¿Qué beneficio sacas si me matas? Piénsalo bien.

—Eso estoy haciendo. Jamás has hecho nada por mí. Solo me has hecho daño. ¿Por qué debería dejarte vivir?

—Te envié a Orión.

—¿Y por qué lo hiciste? —preguntó Helena con recelo—. Estoy convencida de que tenías una razón egoísta. No lo hiciste solo por mí.

Dafne abrió la boca para responder, pero la volvió a cerrar.

—¿Te acabas de acordar de que ya no puedes mentirme y decides morderte la lengua? —se burló Helena.



—Sí —contestó Dafne, con la mirada firme—. Y si de veras quieres respuestas, vas a tener que aterrizar. Si me matas ahora, jamás lo sabrás. No pienso decir una palabra más hasta que volvamos a la casa de Cástor.

—De acuerdo —aceptó Helena, furiosa—. Pero no te equivoques. No estás más a salvo en el suelo que en el cielo.

A una velocidad tan vertiginosa que resultaba incómoda, Helena voló hacia la casa de la familia Delos. Notaba a su madre retorciéndose entre sus brazos, atemorizada. Avistó el jardín y, a unos veinte metros de altura, dejó caer a Dafne, que se estampó contra el césped. Dafne dio una voltereta para evitar partirse la pierna; había aterrizado en el mismo lugar que la primera vez que Lucas la llevó a volar.

Lucas. No era su primo. Todo el sufrimiento, la tortura de mantenerse alejados y la impotencia de no poder compartir una vida juntos estaban basados en una mentira.

Helena aterrizó a unos pocos centímetros de Dafne. Dejó un hoyo bastante considerable en el jardín trasero de Noel y manchó a Dafne de barro y malas hierbas. Solo había sentido ese odio tan profundo por otra criatura, y había acabado enviándola al Tártaro. Justo cuando Dafne empezó a cojear por el jardín para tratar de alejarse de su propia hija, Helena la agarró por la espalda, de la chaqueta, y la levantó como si fuera una muñeca. Después, la arrojó con todas sus fuerzas hacia el fondo del jardín.

—Empieza a hablar —ordenó. Caminó airada hacia su madre, quien gateaba sin sentido en un intento de huir—. Quiero saberlo todo.

—¡Helena! —gritó Cástor. Un segundo más tarde, el vástago la había alcanzado y la estaba sujetando por los brazos—. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó. El esfuerzo de controlar a Helena le dejaba sin respiración.

La chica sabía que podía deshacerse de Cástor fácilmente, pero, justo cuando estaba planteándose cómo liberarse de él, le susurró al oído:

—No merece la pena —dijo con tono compasivo—. Da igual lo que te haya hecho, seguro que no merece la pena. Eso es lo que quieren que hagamos, Helena. Quieren que nos matemos entre nosotros. Así todos sus problemas quedarán solucionados. No lo olvides.

Cómo olvidarlo. Así había ocurrido en todas las vidas que era capaz de recordar. Los momentos más oscuros opacaban los más felices.

Recordó el día en que Arturo, el campeón de los dioses, se había enfrentado a su sobrino, Mordred, el campeón de Ávalon. Los dos guerreros se batieron en un duelo sangriento, y ambos perdieron la vida. Ávalon se disolvió entre tinieblas, y Camelot se desmoronó. Se apagaron las únicas velas que brillaban en aquella era de oscuridad. Los únicos vencedores de aquel desafío fueron los dioses.

Helena se relajó y asintió, para dar a entender que había cambiado de opinión y no iba a matar a su madre. Cástor la soltó y, al girarse, se dio cuenta de que Noel también estaba allí.

—¿Qué está pasando? —preguntó tras echar un vistazo al jardín—. Por favor. Entrad en casa y calmaos.

—Dafne es una embustera. No soy hija de Áyax, Jerry es mi verdadero padre —dijo como si fuera un robot—. Lucas y yo no somos primos.

—¿Cómo es posible? —dijo Noel, que miraba a su marido confundida y soltó un suspiro—. Lucas la escuchó decir que...

—Que éramos familia —la interrumpió Helena, que rápidamente adivinó cómo lo había hecho su madre—. Eso fue lo que dijo, palabra por palabra, delante de Lucas. Y, en términos técnicos, tiene razón. Todos los dioses están emparentados, así que, más lejanos o no, nosotros también. —Se quedó callada y tragó el nudo que se le había formado en la garganta—. Fui yo quien le dijo a Lucas que era hija de Áyax, y no mi madre. Fue un día en que estábamos los dos solos.

Aquel mismo día Helena estuvo a punto de entregarse a Lucas en el invernadero, justo antes de revelarle la gran mentira de su madre. Los recuerdos eran muy vívidos. Todavía podía sentir el calor de los besos apasionados de Lucas en cada centímetro de la piel. Se le erizaba el vello cada vez que recordaba cómo le había quitado la ropa y la había tumbado sobre el suelo. Habían pasado semanas, peor aún notaba su cuerpo, el peso de sus hombros sobre ella. Sabía que el instante en que le había rechazado había marcado su destino.

Lucas. Su hogar. La mansión por la que había pagado un millón de veces pero en la que no había tenido la oportunidad de vivir.

Estaban destinados a estar juntos. Aquella noche, Helena debería haberse dejado llevar. Pero, en vez de eso, decidió alejar al amor de su vida por las palabras de su madre. Su corazón estaba lleno de odio.



—Creí a mi madre, así que Lucas no pudo percibir ningún engaño —acabó Helena en voz baja. Procuraba dominar la imperiosa, y casi física, necesidad de abofetear a su propia madre.

—Mi padre también solía hacer eso conmigo —admitió Cástor, como si comprendiera su dolor—. Me hacía creer una mentira, y después me enviaba a contársela a Tántalo. Mi hermano solo escuchaba mi verdad. Es la única forma de esquivar a un descubrementiras: convertir a la gente que más confía en ti en cabezas de turco.

—Áyax me contó que Paris solía hacerlo con todos vosotros para librarse del talento de Tántalo —susurró Dafne—. ¿De dónde crees que saqué la idea?

Cástor y Dafne intercambiaron una mirada cómplice. Ella se estaba refiriendo a algo que, por lo visto, ambos recordaban.

—En fin, te has quedado sin cabeza de turco, madre —dijo Helena, con amargura—. Levántate.

—Helena —llamó Cástor en un intento de calmarla.

Pero ella le ignoró por completo y los reproches continuaron.

—Levántate y dime por qué me has hecho esto.

Dafne la miró, pero, antes de que pudiera articular algún tipo de respuesta, se oyó cierto alboroto que provenía del interior de la casa. Aguzaron el oído. Eran los sonidos de gritos ahogados.

—¡Que todo el mundo venga aquí! —chilló Jasón—. ¡Está vivo! ¡Héctor está vivo!

—No puede ser —dijo Dafne, que se levantó de un brinco.

Todos salieron como un rayo hacia la cocina.

Héctor estaba sobre la mesa, con la armadura abollada y la mayor parte de la ropa rasgada. Había un charco de sangre a su alrededor. La esponja que estaba utilizando Jasón estaba manchada de rojo. Jasón había empezado a limpiar el cadáver de su hermano para prepararlo para la pira. Pero Héctor no estaba muerto.

Estaba pálido y muy débil, después de haber perdido tanta sangre. Tenía los labios amoratados y, cuando se incorporó, trató de agarrar a Jasón por los hombros, pero las manos le temblaron demasiado. Algo hacía un ruido metálico contra sus dientes y, tras una mueca, escupió una moneda de oro.



Era el óbolo que su padre había colocado bajo su lengua para pagar a Caronte, el barquero de Hades. Héctor se quedó mirando el disco brillante que tenía entre las manos, contemplando el equivalente vástago de su propia lápida.

—Vaya novedad —farfulló. Le entregó el óbolo a Andy y, con voz rasgada, añadió—: Para más tarde.

—Para mucho mucho más tarde. No vuelvas a hacerlo —le reprendió. Tenía la cara hinchada de tanto llorar, pero tenía una expresión de alegría infinita.

—Quédatelo tú.

Al intentar quedarse sentado, Héctor empezó a sacudirse.

—Necesita sangre —dijo Jasón, preocupado.

Sostuvo a su hermano y le ayudó a volver a recostarse sobre la mesa. Levantó las manos y, en un abrir y cerrar de ojos, empezaron a brillar. Las apoyó sobre su cuerpo para iniciar el tratamiento, pero Héctor se lo impidió.

—Espera, Jase —interrumpió—. No me dejes fuera de combate todavía. ¿Dónde está Helena?

—Aquí —contestó ella. Estaba escondida detrás de Noel—. ¿Qué ocurre?

—Ve al Submundo. Ahora. Intenta convencer a Hades —dijo con cierta urgencia.

—¿Convencerle de qué? —preguntó.

—De que no acepte el intercambio. No permitas que Luke se quedé allí abajo por mí —dijo. Después, la cogió por el brazo y la zarandeó, como si quisiera despertarla—. Lucas ha entregado su vida.

—¡Imposible! —chilló Dafne. Su vehemencia dejó a todos atónitos—. Hades no deja que nadie se sacrifique por otro. Lo he intentado una docena de veces.

—Lucas no se sacrificó por mí —jadeó Héctor. Estaba haciendo un tremendo esfuerzo por mantenerse consciente.

—Chis, no —dijo Noel, que se acercó a su sobrino para intentar calmarlo—. Jasón, deja que pierda el conocimiento o morirá.



—Cambió su vida por la de Hades —murmuró Héctor. Tiró del brazo de Helena para acercarla—. Lucas ha tomado el lugar de Hades como Señor de los Muertos.



Capítulo 15

Helena sabía que su madre no paraba de repetir algo, pero estaba tan abrumada que tardó unos segundos en comprenderlo.

—Se suponía que debía ser Orión —murmuraba Dafne una y otra vez. Clavó la mirada en su hija para tratar de explicarse, pero parecía que, de un momento a otro, fuera a sufrir una crisis nerviosa—. Es decir..., Orión es Hades. Son como dos gotas de agua, ¿verdad? Orión es el único, además de ti, que puede descender al Submundo. Posee el talento de causar terremotos y es capaz de «reducir todas las ciudades mortales a escombros», así que creí que era el Tirano. Todos lo creímos. Pensábamos que el Tirano debía sustituir a Hades. Todas las señales estaban ahí. Se suponía que debía ser Orión, y nadie más que él.

Como si el discurso de Dafne le hubiera invocado, Orión apareció en la cocina, con Cassandra a su lado.

—Cástor —llamó. Parecía que el asunto que le había llevado allí era urgente—. Los dioses nos piden que les presentemos a Lucas. Si no, Tántalo nos enviará a su ejército. Y los mirmidones quieren matar a Helena, con o sin Matt. Sé que estáis de luto, todos lo estamos, pero os necesito en la línea de combate.

—¡Está vivo! —gritó Cassandra antes de que su padre pudiera dar una respuesta a Orión, y corrió hacia Héctor.

—Hazte a un lado, Cas —avisó Jasón, que tenía las manos iluminadas de azul—. Deja que le cure.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó Orión, que tenía la mirada fija en el pecho de Héctor. Estaba respirando—. Le rasgaron el corazón por la mitad. Estaba muerto.

—Un intercambio —explicó Noel. Tenía sentimientos opuestos; Héctor estaba vivo, y eso la hacía tremendamente feliz. Pero al mismo tiempo estaba tan destrozada por lo que Lucas había hecho que no pudo continuar.



—Lucas ha aceptado tomar el puesto de Hades en el Submundo para que Héctor pueda regresar con su familia —finalizó Andy.

—¿Por qué? —preguntó Casandra, con mirada de súplica—. ¿Acaso cree que le queremos menos que a Héctor?

Orión miró a Helena.

—Lo ha hecho porque cree que estamos juntos. Lucas piensa que...

—Ya lo sé —farfulló Helena, que no dejaba de darle vueltas al asunto—. Tengo que descender y decirle que no es cierto.

—Helena. Lo siento —se disculpó Dafne, que parecía aterrorizada—. Tienes que creerme. Si hubiera sabido que sería Lucas, os habría dejado en paz. Debes explicárselo, hacerle entender que no era porque no me cayera bien. Por favor.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Helena, que empezaba a notar un vacío en el estómago—. Madre, ¿qué hiciste?

—Por eso mentí —respondió enseguida y en voz baja. No quería profundizar mucho en el tema—. Si Orión estaba destinado a convertirse en el nuevo Señor de los Muertos, ¿por qué no querría devolver la vida a su verdadero y queridísimo padre?

—¿Qué? —exclamó Helena, perpleja.

—He estado al borde de la muerte un montón de veces. Cada vez que he visitado las orillas del río Estigia, le he suplicado a Hades, pero nunca me ha escuchado. Mi única esperanza era la profecía, porque aseguraba que un vástago le sustituiría —relató, desesperada—. Además de Orión, ¿quién más podría haber sido? ¡Orión es el gemelo de Hades!

Dafne miró a su alrededor.

—¿Y si yo tomaba su lugar? —preguntó Orión, con expresión de horror.

—Estaría en tus manos entregarme lo que más deseo, o negármelo. Y, aunque sé que me aprecias, no tenía garantías. Me pregunté: ¿qué puede haber en este mundo que me empuje a hacer cualquier cosa? El amor, desde luego. Si te enamorabas de una chica, y esa chica creía haber perdido a su padre, ¿por qué no devolverle la vida para verla feliz?

Helena se estremeció.



—Helena no debía enamorarse de Lucas —continuó Dafne, que se giró hacia su hija y, de forma irracional, la señaló con el dedo—. Se suponía que conocerías primero a Orión y te enamorarías de él. Habría sido perfecto. Tú estarías con Orión, yo con Áyax y nadie habría salido herido. Intenté alejarte de Lucas. Intenté sacarte de esta isla en cuanto me percaté de la conexión que teníais.

Helena hizo memoria. Cuando la familia Delos se mudó a Nantucket, su madre, disfrazada de anciana, trató de secuestrarla varias veces para alejarla de todos ellos. Dafne le había repetido una y otra vez que lo hacía para protegerla, para impedir que la mataran. Pero sabía que llevaba el cesto, y que era inmune a cualquier arma. También sabía que era más fuerte que todos los demás juntos, que no necesitaba que la rescataran. El verdadero objetivo de Dafne siempre había sido mantenerla lo más lejos posible de Lucas.

—Tenías que conocer primero a Orión. Creí que tendría más tiempo; ni siquiera habías cumplido los diecisiete y el único chico al que habías besado era Matt. Creí que tendría más tiempo —repitió, como si fuera de lo que más se arrepintiera.

Helena se estaba desmoronando. Se sentó en el banco de la cocina y clavó la mirada en el suelo.

—¿Cuánto tiempo llevas vigilándome? —preguntó, aturdida.

—Toda tu vida. Siempre con un rostro distinto, pero jamás te abandoné, Helena —respondió Dafne, que se arrodilló frente a su hija y le cogió las manos—. Un día era la turista que os tomaba un foto, otro una cliente de la cafetería de Kate que entablaba una conversación y te preguntaba cómo te había ido en la escuela. Una vez incluso me convertí en la estudiante de intercambio que estuvo aquí un mes. ¿Te acuerdas de Ingrid? ¿La chica que se enteró de todos los cotilleos y después desapareció? Todas ellas eran yo. Nunca te abandoné.

Por la mente de Helena pasaron una serie de caras distintas. Las decenas de personas que se habían acercado a ella para charlar eran Dafne. Tenía la espeluznante sensación de que le había organizado toda su vida. Miró a Orión y percibió una mirada de incredulidad en sus ojos.

Dejando a un lado el impacto de tal revelación, Helena cayó en la cuenta de que Dafne no había estado tan lejos de conseguir su objetivo. Aparte de Lucas, jamás había considerado la idea de estar con otro chico que no fuese Orión. Y sabía que este haría cualquier cosa por ella, incluso, si estaba en



sus manos, devolverle la vida a su difunto «padre», al que nunca tuvo la oportunidad de conocer.

El plan de su madre, por muy demente que pudiera parecer, podría haber funcionado. Pero no fue así y, durante el proceso, les había roto el corazón.

—Estás loca —susurró Helena.

—No. Solo dispuesta a hacer lo que sea por el hombre al que quiero.

Helena vio a Andy, Noel y Casandra sobrecogerse.

—Entonces, todos tenemos algo en común —dijo Helena mientras se ponía de pie.

Miró a Orión. Lucas había sacrificado su vida, pero el intercambio no era justo porque no era consciente de toda la verdad. ¿A quién debía acudir para oponerse a ese intercambio? ¿Quién prestaría atención a su causa en el Submundo?

Se le ocurrió una idea. Tal vez funcionara.

—Quédate cerca de Casandra —ordenó a Orión—. Aunque las parcas puedan verme en el Submundo, no podrán hablar a través de ella y, quizás, acabe con esto de una vez.

Él asintió.

—Pídele a Lucas que me entregue a Áyax. Por favor, Helena. ¡Te lo ruego! —sollozó Dafne mientras tiraba del brazo de su hija. Todos sus planes se habían ido al garete, pero se negaba a aceptar que no podría recuperarle.

Helena se preguntó si actuaría de una forma distinta si se tratara de Lucas, aunque lo dudaba. Tiró del brazo para librarse de su madre y se esfumó con tal rapidez que la ráfaga de aire que la siguió dejó una capa de escarcha sobre el suelo de la cocina de Noel.

La corteza de hielo apenas había empezado a derretirse cuando Dafne decidió lo que debía hacer y salió disparada hacia la puerta de la cocina.

—¿Adónde vas? —exigió saber Orión, que se interpuso en su camino para frenarla.



—A descubrir qué está ocurriendo en el campamento militar enemigo, y a intentar ganar algo de tiempo para que Helena convenza a Lucas de que vuelva.

Le esquivó y salió corriendo.

Oyó que Cástor le decía a Héctor que la dejara marchar y se dirigió, sin obstáculo alguno, hacia la playa.

De camino hacia la línea enemiga, transformó su aspecto para pasar desapercibida. Al recordar que también había un puñado de mirmidones entre las filas de Tántalo, alteró asimismo la esencia que desprendía su cuerpo.

Trepó por un montículo lo bastante alto para poder evaluar la situación. Se habían congregado demasiados guerreros en la playa. De hecho, calculaba que habría varios de cientos de hombre y mujeres. Se fijó un poco más y descubrió que cada vez más vástagos se estaban uniendo a sus filas. Dafne se dio cuenta de que varias hileras de mortales avanzaban desde el centro del pueblo para unirse a los dioses.

Algunos de los soldados de los dioses ya habían empezado a escoltar a los guerreros de Orión hacia el sur y hacia el oeste. Desvió la mirada al horizonte y distinguió varias embarcaciones que se acercaban a la playa. Yates, barcos de pesca e incluso diminutos botes de remos acudían a la orilla para ayudar a Tántalo en su guerra por el Olimpo. Por supuesto, la mayoría de los nuevos reclusos eran mortales; con tan solo chasquear los dedos, cualquier vástago armado podría aniquilar a decenas de ellos a la vez: la pérdida de vidas humanas sería escalofriante. ¿Por qué razón un mortal consideraría la opción de participar en aquella guerra? No tenía sentido.

Dafne se acercó un poco más a la playa y se fijó en que todos los mortales se movían de una forma un poco natural, rígidos y tensos, como si fueran marionetas. Entrecerró los ojos y advirtió que no pestañeaban y que tenían una expresión sin vida. Dafne se quedó horrorizada. En cierto modo, los habían convertido en muertos vivientes.

O quizás estaban hipnotizados.

—Hipnos —masculló entre dientes.

Hipnos, el dios del sueño, pero no del ensueño. Era capaz de inducir un estado de trance a través del cual podía controlar a cualquier criatura y era evidente que estaba funcionando.



A Helena no le sorprendió que los olímpicos estuvieran utilizando a dioses menores, como Hipnos, para ayudar a los Doce. Los dioses de menor categoría tampoco podían desafiar ni matar a mortales, pero sí se les permitía usar sus talentos para ayudar al Olimpo a vencer una guerra. Ahora que el Olimpo tenía las puertas abiertas de par en par, esos pequeños dioses estarían en manos de los olímpicos para el resto de la eternidad, a menos que Helena se las arreglara para enviarlos al Tártaro. Lo había conseguido con Ares, pero Dafne intuía que los dioses más pequeños no estaban tan seguros de que Helena pudiera hacer lo mismo con Zeus, así que decidieron apostar por el Olimpo.

El ejército de humanos hipnotizados que venía por tierra y por mar era solo el principio. Dafne dio un rápido repaso a los distintos dioses menores. Entre la defensa de los dioses podría haber criaturas realmente horribles. Eran verdaderos monstruos. Dafne había visto a algunos a lo largo de su vida, y sabía a ciencia que a Zeus no le temblaría el pulso al liberarlos.

Pasó corriendo junto a la muchedumbre hipnotizada. Se movía con tal agilidad que ningún mortal captó su presencia, aunque fuera a plena luz del día. Tenía que enterarse de si los dioses estaban tramando una guerra de proporciones míticas y, en ese caso, tendría que encontrar una forma de frenarlos o, al menos, de prevenir a Helena de lo que le esperaba.

Cambió su rostro para parecerse a uno de los Cien Primos y avanzó hacia el campamento militar, que iba creciendo por momentos. Buscó en cada tienda a la única persona a quien podía pedir algo de información. Por fin, oyó la voz familiar que andaba buscando y se quedó junto a la tienda.

—Los dioses no podrían estar más satisfechos. Héctor y Matt han muerto —dijo Claire, que parecía triste y a la vez enfadada.

Dafne se acercó un poco más a la entrada de la puerta y escuchó la conversación a hurtadillas.

—Es lo que quieren. Que nos matemos entre nosotros —respondió Ariadna, lloriqueando—. Esto no está bien. Seguro que Matt ni se lo imaginaba. Los dioses disfrutaban viendo a gente que se aprecia batirse en un duelo a muerte.

—Es horrible. Tenemos que irnos, Ari. Ahora —susurró Claire, asustada—. Esos malditos dioses timaron a Matt. Y también a nosotras.

Dafne ya había oído suficiente. Se coló por la portezuela de la tienda y vio a las dos jovencitas mirándola, maravilladas, mientras ella cambiaba su rostro y adoptaba su apariencia real.



—Puedo sacar a Claire de aquí —dijo en cuanto las muchachas soltaron un grito ahogado al revelarles su verdadera identidad. Dafne ignoró sus protestas y alzó el tono de voz—. Para ellos Claire no es más que una mortal, no supone una amenaza. Ariadna, lo siento. Eres una sanadora, lo que te convierte en un bien muypreciado. No pueden permitirse el lujo de que te posiciones en el bando de Helena, así que debes quedarte aquí.

—¿Por qué deberíamos fiarnos de ti? —preguntó Claire, que la miraba con una mezcla de miedo y repugnancia—. ¡Drogaste al señor Hamilton!

—Oh, es verdad, me había olvidado. Porque ninguna de vosotras jamás ha traicionado a alguien a quien quería, ¿verdad?

La frialdad de Dafne las dejó abrumadas.

—No es lo mismo —rebatió Ariadna en voz baja.

Dafne la ignoró, a sabiendas de que todo lo que Ariadna dijera a partir de entonces no sería más que una excusa por su comportamiento, y no una solución al problema.

—Desde que os unisteis al bando equivocado, ¿os habéis enterado de algo que pudiera ayudar a Helena? —preguntó Dafne, que empezaba a perder la paciencia.

Las dos se miraron, pero Claire fue la primera en hablar.

—Mucho —admitió—, pero no creo conveniente explicártelo precisamente a ti.

—No esperaba que confiaras en mí, Claire. Pero si trajera a Orión, ¿le contarías todo lo que has oído?

Dafne se acercó a ella, con ademán lastimero.

—Sí —afirmó Claire—. ¿Y qué pasa con Ariadna?

—No te preocupes por mí, Claire. Mi padre está aquí, conmigo. Dile a Jasón... —Ariadna hizo una pausa; no podía contener las lágrimas—. No sé. Invéntate algo por mí.

—De acuerdo —respondió Claire encogiendo los hombros—, pero dudo que me escuche.

Las dos jóvenes se abrazaron y se susurraron mensajes de ánimo. Y después Claire se dio media vuelta y miró a Dafne a los ojos. No había cambiado ni



un ápice. Cuando no era más que un bebé, también la miraba así, desafiante.

—¿Debo hacer algo? —preguntó.

—Actúa como una prisionera —respondió Dafne.

Agarró a Claire por el pescuezo y la arrastró de malas maneras por la tienda.

De inmediato, alteró su rostro para que la confundieran con una de las chicas de la casta de Roma, una de las pocas que se habían vuelto en contra de Orión. Montó un poco de espectáculo al sacar a Claire como una rehén de la tienda y arrastrarla por todo el campamento militar.

Los mirmidones se percataron de su presencia enseguida, como siempre.

—¿Por qué la maltratas? —preguntó uno al que todos llamaban Telamón—. Siempre fue leal a mi maestro, hasta el final.

—Por lo visto, solo hasta el final de sus días. Desde que tu maestro ha muerto, su corazón muestra signos de duda —refutó Dafne, que miraba detenidamente el pecho de Claire, fingiendo tener el talento romano de leer las emociones—. Pregúntale a cualquiera de la casta de Roma. Esta chica tiene dudas. No está comprometida con la causa de matar al Tirano.

—Entonces debe morir —sentenció Telamón, asintiendo con la cabeza.

Claire estaba temblando bajo las manos de Dafne, pero en ningún momento intentó escapar.

Dafne siempre había deseado tener una hija que no le recordara tanto a sí misma. Y aquella muchacha tenía todo lo que una chica debía poseer: era lista, fuerte, valiente, y no tenía aquel maldito «rostro».

—Eso no será necesario —respondió Dafne, con toda tranquilidad. Apartó a Claire del mirmidón para evitar que se le empezaran a ocurrir ideas—. Todavía es útil. Se la llevaré a Hipnos para que le haga cambiar de opinión.

Telamón echó un escéptico vistazo a Claire. Lo único que veía era una mortal flacucha que cualquier vástago podría partir por la mitad.

—Fue la mejor amiga del Tirano durante muchos años —dijo Dafne con tono seductor—. Es posible que conozca el plan del enemigo.

A Telamón le cambió la cara.

—Llévala a Hipnos, entonces —aceptó—. Está en el embarcadero del ferry, en el centro del pueblo, reclutando mortales de tierra firme a medida que llegan a la isla.

Dafne y Claire atravesaron el campamento a toda prisa. Había aumentado de forma exponencial. La chica miró a su alrededor, abrumada por la presencia de tanta gente. Las tiendas se extendían a lo largo de toda la costa. El sonido metálico de las armaduras y el olor de las fogatas invadieron la atmósfera marina. Las nubes de tormenta de Zeus oscurecieron el cielo vespertino, y Poseidón agitó el océano.

—Pero si solo han pasado unas horas —murmuró Claire, anonadada.

—Son dioses, Claire. Hacen las cosas muy rápido.

La chica estiró el cuello y se quedó mirando a uno de los «reclutas» hipnotizados que pasaba junto a ellas.

—Le conozco —susurró, nerviosa—. Trabaja de profesor en mi instituto.

—Bueno, si sobrevive, dudo mucho que recuerde algo de todo esto. —Dafne la obligó a seguir caminando, como si fuera una verdadera prisionera.

—Mis padres —murmuró, con un hilo de voz.

—La mejor forma de protegerlos es ayudando a Helena —concluyó Dafne.

—Quería poner fin a todo esto —dijo refiriéndose al cada vez más vasto ejército.

—Lo sé —contestó. Sacudió la cadena para hacer que se callara.

Hermes pasó como un rayo junto a ellas, con los oídos y los ojos bien abiertos para recopilar cualquier información que pudiera serle útil a Zeus. Durante un instante, posó la mirada sobre Claire, pero enseguida la apartó y cambió de rumbo. Por fin Dafne y Claire llegaron a tierra de nadie, a un páramo situado entre los dos campamentos y se dirigieron corriendo hacia la tienda de Orión.

A medio camino, el cielo se oscureció, como si una sombra hubiera tapado el sol. Dafne alzó la cabeza y distinguió una lluvia de flechas que los mirmidones lanzaban para derribar a un blanco en el cielo.

—¡Muévete, muévete, muévete! —ladró Dafne, empujándola hacia delante.

Las lanzas alcanzaron su cúspide y empezaron a caer sobre la tierra.



Cuando descendió, Helena esperaba aparecer en uno de los muchos paisajes del Submundo que, después de tantas veces, ya le resultaban familiares. Creía que abriría los ojos y vería aquella playa infinita que no bañaba océano alguno, o el cementerio que albergaba los huesos de los gigantes de hielo, donde Cerbero los había perseguido; o incluso aquellos espeluznantes campos de asfódelos, donde los fantasmas hambrientos se alimentaban de los capullos de las flores. Sin embargo, apareció en el interior de una muralla que jamás había visto.

Sobre los suelos de mármol negro se alzaban unas columnas dóricas que convertían aquel espacio infinito en una especie de bosque oscuro y petrificado. Unos gigantescos braseros de latón, que doblaban la altura de Helena, despedían unas llamas doradas y limpias que iluminaban el espacio con una luz ámbar y, curiosamente, despedían un perfume a jazmín. El aire era tan seco como el del desierto. Un sinfín de joyas, ensartadas en cada veta decorativa de las columnas, absorbían toda la luz. Reflejaban luces en todas direcciones, de formas que, allá donde mirara, Helena veía diminutos arcoíris, arcoíris nocturnos que se creaban sin sol ni lluvia.

No era la primera vez que vislumbraba ese tipo de destellos a su alrededor. Ya los había visto el día en que Lucas la hizo invisible.

—¿Lucas? —llamó Helena. Su voz retumbó entre la infinidad de columnas que sostenían lo que intuía era el palacio de Hades.

—Estoy aquí —contestó él.

Helena corrió hacia la voz. Sus pasos resonaron en todas las direcciones de aquel bosque petrificado. Alcanzó el vestíbulo del palacio y se quedó quieta delante de un enorme trono de mármol blanco construido sobre una tarima. Estaba cincelado de tal forma que parecía compuesto por cientos de esqueletos que, agónicamente, se contorsionaban para sostener al hombre que lo reclamaba.

Lucas estaba sentado en el trono de la muerte. Unas sombras negras se filtraban por su piel, como si supurara alquitrán. Helena buscó su corazón, pero solo encontró una oscuridad absoluta.

—Oh, Lucas. —Suspiró. No podía creérselo—. ¿Qué has hecho?

—Era lo único que podía hacer para ayudar.



—Sueles tener siempre la razón —dijo, cerrando los puños—, pero esta vez estás muy equivocado.

—Necesitan a Héctor, no a mí.

—Yo te necesito a ti.

—Ya tienes a Orión.

—No tengo a Orión, solo somos amigos.

—Helena. —Suspiró con cierto cansancio, como si no quisiera escucharla.

—Sé que el Señor de los Muertos es capaz de juzgar corazones, así que juzga el mío —dijo. Avanzó a zancadas y empezó a subir los peldaños que llevaban al trono—. Mírame, Lucas: ¿estoy mintiendo?

A medida que se iba aproximando, Lucas la estudió. Y entonces empezó a dudar.

—No estoy con Orión —continuó ella, sin dejar de ascender la escalera—. En realidad, nunca hemos estado juntos, y ahora sé que nunca lo estaremos. ¿Y quieres saber por qué? Porque es imposible que pueda amar a alguien como te amo a ti. Y créeme: intenté enamorarme de Orión.

—Estoy seguro de que sí —dijo Lucas, tratando de sonar severo e imponente, pero en su voz se percibía una sonrisa.

—No funcionó. Es como si tuviera a un parlanchín metido en la cabeza. Ni siquiera puedo salir con otro chico sin escuchar su estúpida voz, diciéndome que soy una idiota y que lo estoy echando todo a perder. —Helena subió unos cuantos peldaños más y se puso más seria—. Eres el único al que he querido. El único al que soy capaz de amar. Eres el amor de mi vida.

Lucas apartó la mirada y tragó saliva.

—Bueno, nos queremos. ¿Y qué? Eso no cambia las cosas. No podemos estar juntos. —Sonaba convincente, pero, en cuanto finalizó la frase, sus dudas empezaron a crecer, como si ni él mismo creyera lo que acababa de decir. No comprendía del todo por qué no podían estar juntos.

Cansada, Helena subió los últimos peldaños. El peso de lo que estaba a punto de revelar le hacía aminorar el paso.

Conocía muy bien la sensación de tener el corazón roto. Lucas se lo había roto en una ocasión. No podía decírselo de una forma simple y directa porque le haría demasiado daño. Lo que sentía ahora tenía tantas púas que,



por mucho que tratara de dar la vuelta a la situación, siempre hallaba una forma de clavarlas.

Cruzó la tarima donde Lucas permanecía sentado, en su trono, y se acomodó sobre su regazo. A él le sorprendió el gesto, pero estaba tan abrumado por la tristeza que desprendía que, de forma instintiva, la abrazó. Helena era capaz de decírselo en voz alta, así que le rodeó el cuello con los brazos, acercó los labios a su oído y le susurró toda la verdad.

Cuando le desveló el plan desesperado de Dafne para resucitar a Áyax, notó la piel de Lucas mucho más caliente. No sabía exactamente qué le había dicho. Le había soltado toda la historia sin demasiado orden. En ciertas partes del relato sintió que Lucas se encogía y se quedaba casi sin respiración, incrédulo ante tales revelaciones. Ya casi al final, cuando empezó a justificarse por su comportamiento hacia Orión en la playa y articuló la palabra «escudo», él se apartó y le tapó los labios con el dedo índice.

—No me cuentes más —murmuró. Enseguida entendió que, cuando Helena se alejaba de Orión, cualquier esperanza de rescatar su plan para vencer a los dioses corría peligro—. Ni siquiera lo pienses aquí. Debes volver con Orión de inmediato.

—No pienso ir a ningún sitio sin ti.

—Tienes que volver, Helena —dijo con determinación. Pero en lugar de empujarla, la abrazó con más fuerza—. Debo quedarme aquí. He hecho un juramento. —Se atragantó al pronunciar la última palabra. Ahora se daba cuenta del tremendo error que había cometido.

—Pero, Lucas, los dioses están utilizando tu ausencia para decir que estás muerto y que, en realidad, no ganaste el duelo. Esto no solo se trata de nosotros. Tienes que venir y demostrarles que estás vivo. Si no lo haces, enviarán al ejército de Tántalo a por mí.

—Mi hermano pequeño enviará a su ejército a por ti hagas lo que hagas, sobrina. Si Lucas regresa al campo de batalla y demuestra que sigue con vida, Zeus encontrará otro motivo para atacar —dijo Hades con tristeza.

Helena se deslizó del regazo de Lucas y los dos se levantaron con las manos entrelazadas. Hades subió las escaleras.

—¿Lo sabías? —le preguntó Helena—. ¿Sabías qué tramaba Dafne? ¿Sabías qué estaba haciendo?



—Veo muchas cosas, pero no lo veo todo —respondió Hades, sacudiendo la cabeza—. Nadie es omnisciente. Incluso las parcas tienen a Némesis, que les impide verlo todo.

—Le necesito —susurró, apretando con fuerza la mano de Lucas.

—Yo mismo se lo dije, y varias veces, pero no me escuchó —contestó Hades, que prefirió mirar hacia otro lado—. Por mucho que os aprecie, no puedo liberarle. Él ha hecho una promesa que también me incluye a mí.

—Pero no era él quien debía hacer esa promesa. No es tu sucesor apropiado.
—Helena se separó de Lucas y alzó la voz—. Invoco a las euménides para que sean testigos de mi alegación. Lucas no es el vástago adecuado para gobernar el Reino de los Muertos.

—Chica lista —farfulló Hades con tono divertido, como si no hubiera pensado en la táctica que estaba utilizando Helena.

Las tres niñas que solían ser las furias aparecieron de entre las sombras que se escondían detrás del trono. Hades sonrió a Helena. Estaba orgulloso de ella. Las tres antiguas furias, ahora conocidas como las euménides, o «las benévolas», eran una especie de abogadas defensoras del Submundo. Tenían una deuda con Helena. Y una bien grande.

Se colocaron a la derecha del trono de Lucas, y Hades decidió ponerse a la izquierda. La más pequeña sonrió a Helena, y esta le devolvió el gesto, conteniendo las ganas de jugar con ella. Después, adoptó un tono serio y severo, y apartó los ojos de ella. Aunque las euménides le debían su libertad, después del sufrimiento al que habían estado sometidas siendo las furias, Helena se percató de que harían lo que consideraran correcto, sin dejarse influir.

—Que entren los muertos y juzguen —dijeron las tres al mismo tiempo.

Se oyeron varios suspiros fantasmagóricos. Unas presencias invisibles empezaron a rodear a Helena y Lucas. En cuestión de segundos, el vestíbulo del palacio de Hades se había llenado de cientos, miles y, finalmente, billones de almas que se agolpaban en forma de sombras negras hasta la bóveda y el último rincón.

—Que las cualidades del candidato sean pronunciadas —anunció una de las euménides, que dio un paso hacia delante y señaló a Lucas con un brazo pálido—. Primero, y más importante, es inteligente. Como prueba de ello podemos decir que es el único aspirante que ha ofrecido al Señor de los



Muertos aquello que el dios realmente anhela: ser reemplazado. En términos de inteligencia, entonces, es el mejor candidato que jamás hemos visto.

Helena se mordió el labio y arrugó la frente. Lucas era la persona más lista que había conocido; lo bastante como para encargarse de reinar un lugar tan confuso como el Submundo.

—Controla las sombras y, además, puede hacerse invisible siempre que quiera. Puede inmiscuirse entre los vivos sin ser visto, como Hades —añadió la niña que Helena siempre había considerado la más llorona.

Una vez más, no podía refutar ese argumento. El aire empezó a crujir suavemente, como el sonido de las hojas al quemarse. Los muertos estaban consultando.

—Es un descubremientiras y puede juzgar los corazones, igual que el Señor de los Muertos —agregó la más pequeña de las euménides. A Helena le pareció escuchar cierto arrepentimiento en su voz—. Y es inmortal.

—No lo es —objetó ella de inmediato.

—No puedo caer enfermo ni envejecer. No puede morir a causa de algún elemento natural o arma humana —recordó la líder al jurado de los muertos, como si fuera el moderador de un debate—. Lleva la luz de la inmortalidad. Los espíritus pueden verla.

Helena oyó un grito ahogado de Lucas y, por el rabillo del ojo, le vio girándose para someterla a un largo interrogatorio. Extendió la mano para impedir que dijera una sola palabra y continuó.

—Lo entiendo. Y tenéis toda la razón. No puede morir a causa de una fuerza externa —aceptó Helena—, pero, con todo y con eso, puede morir. Y así se demostró cuando Hécate le permitió entrar en el círculo de arena para luchar con Matt. No podría haberse enfrentado a él si fuera inmortal.

—Helena dice la verdad —anunció Hades. La imparcialidad del dios la impresionó. Sin embargo, sabía que la justicia era una de sus mayores preocupaciones—. Hécate jamás dejaría que un inmortal desafiara a un mortal a un reto de muerte. Debe haber algo que pueda matar a Lucas.

Las euménides conversaron en voz baja entre ellas. Por fin, la más llorona de todas alzó la voz.



—Si se trata de un ardid, y solo puede morir si le hiere algo inconcebible, como una espada hecha de un metal desconocido, le consideraremos inmortal.

—Exigimos saber qué puede quitarle la vida —ordenó la líder.

—Su propia voluntad —respondió Helena—. Si quiere dejar de vivir, morirá. Es su elección. Nunca le quité eso. —Se giró hacia Lucas para asegurarse de que estaba bien, pero su mirada era indescifrable. Echó un vistazo a la muchedumbre de espíritus y continuó—: Si desea morir, lo hará, y si le nombráis Señor de los Muertos, ¿quién os asegura que algún día no pueda hartarse y decida por sí mismo morir, dejándoos así sin nadie que gobierne este reino?

Los muertos se movían alrededor de Lucas y Helena, agitados. Ella vio que la más pequeña de las tres hermanas ladeó la cabeza, como si estuviera escuchando a alguien que le hablaba al oído.

—Los muertos consideran que es demasiado honorable como para romper su palabra. Ahora o nunca —dijo—. Hades ha visto en su corazón el compromiso de lo espíritus necesitan, y confían en que el candidato no morirá ni los abandonará.

—Pero ¿cómo podéis estar tan seguros? Esto no es lo que quiere —suplicó Helena.

—Hades tampoco lo quería. Pero el candidato lo escogió, que ya es más de lo que hizo Hades —rebatía la líder de las euménides. Durante un instante, miró a Helena con compasión y, con estoicismo, continuó—: El candidato no fue coaccionado ni sobornado. Hades hizo todo lo que estuvo en sus manos para hacerle cambiar de opinión, pero él estaba convencido. Por voluntad propia y a sabiendas de las consecuencias, escogió se la Mano de la Oscuridad. ¿O el candidato lo niega?

—No —aceptó Lucas, con la cabeza agachada—. No lo niego.

Helena sabía que Lucas jamás diría que le habían engañado, que no conocía toda la verdad. Su honor le impedía eludir cualquier responsabilidad. Entonces se acordó del día en que la había llevado hasta el límite del espacio. Habían resuelto su terrible discusión en el balcón de su casa. Le había preguntado si Cástor había sido el único que le había aconsejado que se alejara de ella, pero Lucas era incapaz de culpar a su padre. Tan solo dijo que había sido su elección.

Le encantaba que tuviera ese sentido de la responsabilidad. Y fue precisamente eso lo que la empujó a decir las peores barbaridades de él. Tenía la esperanza de que lo que Perséfone había dicho la noche de Halloween fuera cierto.

—Es inteligente y leal, y cree firmemente en la justicia. Tiene todos los talentos de Hades, pero le falta la cualidad más importante —dijo Helena en voz alta, para que hasta la última alma congregada allí pudiera escucharla—. Orión y yo fuimos los únicos que pasamos la prueba de las furias. La liberamos por compasión, y los muertos consideraron que éramos los más apropiados para reinar en su mundo. Lucas jamás ha pasado ese tipo de prueba. —Hizo una pausa e inspiró hondamente, porque sabía que aquello que se disponía a decir no solo haría daño a Lucas, sino que cambiaría su opinión sobre ella. Pero se había quedado sin alternativas y tenía que hacerlo—. Lucas no es el adecuado para erigirse como Señor de los Muertos porque nunca ha demostrado ser un hombre compasivo.

Lucas se giró hacia ella, sorprendido. Helena prefirió no mirarle, aunque sentía sus ojos clavados en ella. Las euménides se tomaron unos segundos para debatir entre ellas. Lucas no apartaba la mirada.

—Se sacrificó por su primo —refutó la líder de las hermanas—. Es un acto de compasión.

—No, fue un acto de culpabilidad —comentó Helena, girándose hacia Hades para que pudiera leer la verdad en ella—. Cuando Héctor murió, observé culpabilidad, dolor y resignación en el corazón de Lucas. Fueron esas emociones las que le animaron a ofrecerse por su primo. No la compasión. Y si es precisamente esa cualidad la que los espíritus más valoran, Lucas no puede ser el más apropiado.

Los muertos se reunieron. Los murmullos y crujidos de sus voces evocaban el mismo sonido del viento al soplar sobre un campo de hierba. Helena no se atrevía a mirar a Lucas. Tan solo albergaba la esperanza de que, algún día, la perdonara. Miró a Hades y descubrió que el dios la estaba observando con una pequeña sonrisa. Deseada pedirle perdón por el numerito que estaba montando, pero sabía que no era necesario. Podía ver arrepentimiento en su corazón.

La líder de las euménides inclinó la cabeza, escuchando con atención el veredicto de los muertos.



—Se considera al candidato indigno del título —dijo. Helena casi se cae de espaldas. Sin embargo, las euménides no habían acabado—. No obstante, debe cumplir su palabra.

—¿Qué significa eso? —preguntó Helena a los espíritus que abarrotaban el vestíbulo.

—Significa que, algún día, la Mano de la Oscuridad debe reemplazar a Hades —explicó la más pequeña de las euménides—. No podrá gobernar este reino hasta que los muertos le consideren merecedor de tal honor, pero algún día deberá ofrecerse para que los muertos le evalúen y, si pasa la prueba, deberá tomar el lugar de Hades en el Submundo.

Helena no podía hablar. Se estrujó el cerebro pensando en algo que objetar, algo que pudiera romper el juramento de Lucas, pero no se le ocurrió nada.

—Helena —le susurró Lucas al oído—. Déjalo. Está bien.

—¡No lo está! —exclamó—. Significa que cualquier día pueden convocarte. Nunca sabremos cuándo o cómo, pero algún día los muertos marcarán tu número de teléfono y tendrás que acudir junto a Hades.

Lucas rio en voz baja y sacudió la cabeza.

—Así es la vida, Helena. Así vive todo el mundo. Solo significa que tendré que vivir cada día como si fuera el último sobre la faz de la Tierra. Creo que puedo hacerlo. —Miró a Hades, y Helena apreció esa luz interior que hacía semanas que se había apagado—. Gracias.

—Debéis iros. Ahora —respondió Hades con tono grave—. Los dos tenéis que regresar a Tierra. Ah, y Helena: no dejes que Zeus gane. Haz todo lo que esté en tu mano para detenerle.

Ella suspiró y asintió. Sabía a qué se refería, pero no estaba tan segura de si sería lo bastante fuerte para hacerlo ahora que Lucas tendría que servir en el Hades algún día. ¿Podría afrontar el futuro a sabiendas de que si quería estar con Lucas tendría que vivir en el Hades? ¿Acabaría como Perséfone?

—Gracias otra vez, tío —dijo—. Mándale todo mi cariño a tu reina.



Capítulo 16

Helena y Lucas aparecieron en la playa. Con la esperanza de hallarse cerca de Orión, ella imaginó que el mejor lugar para regresar sería en el campo de batalla improvisado donde se habían celebrado los duelos. Esperaba encontrar las líneas de combate igual que cuando se había marchado. Así enseguida sabría cómo encontrar a Orión. Pero no podía haber estado más equivocada.

Cuando salieron del círculo de escarcha, descubrieron que estaban en el medio de un extenso campamento militar por donde desfilaban miles de soldados. Vástagos, mirmidones y mortales se estaban preparando para una guerra.

—Mal nacido —dijo Helena, al ver la ciudad de tiendas que habían construido en la playa.

De repente vio al señor Tanis, el de la ferretería; estaba afilando una espada con una piedra redonda. Tenía la mirada inexpresiva. Justo cuando estaba a punto de comprobar que estuviera bien, notó que Lucas le tiraba del brazo.

—¡Arriba! —gruñó con tono temeroso, y la lanzó hacia el aire. Mientras se desprendía de su gravidez, Lucas pasó volando junto a ella y la cogió de la mano para guiarla hacia el centro de la isla—. ¡Dirección equivocada! —gritó.

Desde el aire, Helena pudo ver claramente los dos campamentos militares, pero no podía dar crédito al tamaño que habían alcanzado. Los dos se quedaron suspendidos en el aire unos instantes para poder estudiar el nuevo mapa que se había dibujado en la playa oeste de la isla de Nantucket. Desde Siasconset hasta Sesachcacha Pond, la línea de la costa estaba abarrotada de tiendas pertenecientes al ejército de Tántalo. Orión y sus soldados se habían situado tras las dunas, apiñados. Era evidente que Tántalo los superaba en número. Helena escuchaba a Lucas susurrar, como si estuviera memorizando una lista de cosas para más tarde.

—Pero si acabamos de irnos —murmuró Helena, con incredulidad. Había demasiada gente, demasiadas tiendas—. ¿Cómo ha ocurrido tan rápido?



—Hefesto tiene muchos brazos bajo el monte del Olimpo para poner un arma en las manos de cada hombre, mujer y niño del mundo —respondió Lucas, que parecía distraído. Movía los ojos de un lado a otro, contando las tiendas y las líneas de suministros.

De repente, una serie de flechas pasaron zumbando junto a ellos. Algunas rebotaron al toparse con Helena y, de forma instintiva, Lucas la empujó para apartarla de la lluvia de flechas. La infantería de mirmidones los había avistado, y otro cargamento de flechas inundó el aire.

—Estoy bien —dijo, esquivando varias flechas a la vez. Palpó el corazón dorado que llevaba alrededor del cuello para recordarle a Lucas que tenía la mitad del cesto que la protegía de cualquier arma—. Me escuecen, pero no pueden matarme. Y a ti tampoco.

Lucas estaba atónito. Observaba cómo las flechas, en vez de atravesarle, rebotaban al rozar su piel. Helena se fijó en su corazón y advirtió una docena de emociones distintas.

—¿Estás enfadado conmigo? —le preguntó. Parecía arrepentida. Lucas la miró. Tenía una mirada tan salvaje que Helena no pudo intuir qué le estaba pasando por la cabeza—. Sé que te hice casi inmortal sin tan siquiera preguntártelo, pero sigue dependiendo de ti. Si quieres morir, puedes. Espero que no desees morir ahora mismo, pero algún día, en un futuro muy lejano espero, sabes que, si quieres, puedes.

Lucas estaba demasiado confuso.

Una bola de fuego salió catapultada hacia ellos, pero no le prestaron atención. Otra nube de flechas oscureció el cielo que los rodeaba, pero solo era un sonido de fondo que podían ignorar fácilmente. Por fin Helena tenía la oportunidad de contarle toda la historia a Lucas.

—Y cómo olvidar mi discurso para demostrar que no eras una persona compasiva —continuó Helena, con los ojos llenos de lágrimas—. Quiero que sepas que, en realidad, no pienso eso sobre ti. Solo lo dije porque las furias no te habían sometido a la prueba que pasamos Orión y yo. Fue lo único que se me ocurrió para que los muertos rechazaran tu candidatura en ese juicio.

Lucas seguía mirándola, inexpresivo. Helena supuso que esa reacción estaba relacionada con todo lo que había dicho de él durante el juicio. Ahora la veía de un modo distinto, lo que había temido desde el principio. Había dejado de quererla, y todo por intentar salvarle.

Helena lloraba desconsoladamente.

—Ahora me odias, ¿verdad? Pero, entiéndeme, tenía que destacar tu mayor defecto, aunque eso cambiara tus sentimientos por mí. Lo hice para que pudieras volver a casa, aunque eso significara perderte.

—Nunca podrías perderme, Helena. Por mucho que lo intentaras —la tranquilizó él, y después la abrazó—. Y que conste que estoy de acuerdo contigo. Debería ser más compasivo. Nunca esperé que creyeras que soy perfecto, porque sé que no lo soy.

—Para mí sí.

—Eso es lo que me importa —dijo Lucas en voz baja—, mi «no prima».

Y, por un solo instante, a Helena le asustó que no fuera así. Se había ilusionado y decepcionado tantas veces que empezaba a dudar de él. Pero entonces Lucas enterró las manos entre su cabello, la acercó suavemente y la besó.

El cielo estaba lleno de flechas en llamas y gigantescos proyectiles que olían a asfalto derretido. Se estaban produciendo un sinfín de explosiones a su alrededor, pero a Helena le importaba bien poco. Estaba en casa, y no quería volver a salir de allí.

La rodeó con los brazos, desesperado, y el beso fue más apasionado. La lluvia de flechas fue perdiendo intensidad a medida que los soldados de Orión tomaban represalias contra los mirmidones. Al ver que estaban en mitad de un fuego cruzado, Lucas separó los labios, pero no la soltó.

—Acabaremos esto más tarde —le prometió, y seguidamente presionó la frente contra la de ella para calmarse.

Entonces se dio media vuelta y, sin soltarla de la mano, se dirigió hacia la playa.

Volaron a una velocidad supersónica y, tras esquivar el ataque armado de la mejor forma que pudieron, aterrizaron en su bando de la línea de combate. Los arqueros tensaban el arco. Las armaduras chasqueaban y el cuero crujía. Un ejército de vástagos se estaba enfrentando a la primera oleada de soldados de Tántalo, con treinta y tres mirmidones que los esperaban tras una línea de arena, y con Tántalo en la retaguardia. Helena oyó a Tántalo dar algunas órdenes a su ejército y decidió que se ocuparía de él. Había sido una bestia negra desde hacía varios meses, y no era ningún cobarde.

En cuanto a Helena y Lucas pusieron un pie en el suelo, Orión y Cástor corrieron hacia ellos.



—¿Cómo has... ? —preguntó Orión mientras Castor abrazaba a su hijo.

—Te lo contaré después —le interrumpió Helena.

—¿Dónde está Héctor? —preguntó Lucas.

—En mi tienda —respondió Orión, que enseguida los condujo hacia allí—. Cree que va a luchar en esta guerra.

—No lo creo, estoy convencido —dijo Héctor como un cascarrabias desde el interior de la tienda.

—Héctor, si vuelves a morir, cuando reemplace a Hades te enviaré una buena temporada al Tártaro —bromeó Lucas.

Al entrar, lo primero que llamó la atención de Helena fueron las seis armaduras que colgaban de la pared, como seis soldados fantasma que custodiaran la habitación.

«Bronce para Héctor, blanca para Orión, plateada para Cástor, roja para Jasón y negra para Lucas», pensó Helena. Además, también había una dorada. Su tamaño y forma hacían suponer que pertenecía a una mujer. «Es la mía», se dijo.

Junto a las armaduras, Jasón estaba envolviendo el pecho de Héctor con gasas. Estaba pálido y le temblaba todo el cuerpo después de tantas horas curando a su hermano.

—¡Lucas! —gritó Casandra, y se lanzó hacia su hermano, que la atrapó en el aire y la abrazó con ternura.

Toda la familia le saludó, le abrazó y le dio fuertes palmadas en la espalda como gesto de bienvenida. Pero a pesar de lo felices que estaban por tenerle de nuevo en casa, estaban preocupados por lo que había dicho.

—¿A qué te refieres con «cuando reemplace a Hades»? —preguntó Casandra.

—¿Qué ocurrió? —acusó Cástor a Helena, como si no hubiera acabado el trabajo.

—Papá, escúchame. No hay forma de deshacer mi promesa. Pero, gracias a Helena, no tengo que sacrificarme ahora mismo. Centrémonos en la guerra que tenemos entre manos. —Lucas apretó el hombro de su padre y después se giró hacia Héctor—. Helena y yo hemos visto las líneas de combate enemigas desde el aire. ¿Dónde hay un mapa?

Sonaba como si hubiera planeado una guerra millones de veces.



Cassandra guió a los hombres hacia una mesa situada en una esquina y, de inmediato, Lucas empezó a desglosar la organización del enemigo. Justo cuando Helena estaba a punto de acercarse, oyó una voz familiar. Sonaba distante y débil, y gritaba desde el páramo que separaba ambos bandos.

—¡Ayuda! —gritaba Claire.

Estaba herida.

—¿Risitas? —llamó Helena, y salió corriendo de la tienda hacia la línea de combate.

El humo de las bolas de fuego que los mirmidones habían arrojado a Helena y Lucas le empañaba la visión. Toda la playa estaba cubierta de gigantescas nubes de humo negro.

—¡Aquí! —chilló Claire, en algún lugar detrás de la humareda,

—¡Helena, no! —exclamó Orión, pero ella no quiso escucharle.

Le daba lo mismo que Claire hubiera escogido a Matt. Oír a su mejor amiga sufriendo alejaba cualquier reproche.

Se adentró en el páramo. El ejército de Tántalo arrojó una nueva avalancha de lanzas en cuanto Helena cruzó la línea de combate.

—¡Lennie! —aulló Claire, con la voz llena de dolor.

Estaba escondida entre las dunas, pero Helena no podía verla. Caían demasiadas lanzas y el fuego había empezado a quemar todo rastro de vegetación.

Desesperada por encontrar a Claire, de repente notó una gigantesca oleada de poder. Pasaron varias cosas al mismo tiempo. Los fuegos que ardían en cada arbusto se extinguieron enseguida gracias a un bufido de hielo y vapor. Un viento casi huracanado se había llevado por delante el humo negro de los cañones, dejando al descubierto a Claire y a Dafne, que estaban acurrucadas en la arena. Y un centenar de flechas habían quedado petrificadas en el aire, con las puntas de bronce temblando al rozar el borde del campo magnético que había creado. El mundo se paró durante un instante.

Con el corazón en la garganta, Helena vio que, aunque Dafne había protegido a Claire de las llamas con su propio cuerpo, las dos tenían varias heridas de flechas.



Claire estaba sangrando.

Helena corrió hacia ellas, asustada. No se había dado cuenta de que, al entrar en tierra de nadie, se había colocado en pleno campo de batalla. Sin querer, había dado a entender a los mirmidones que podían hacer lo mismo.

Tras ella, oyó los gritos de guerra de Lucas, Orión y Héctor para convocar a sus soldados. Como si fuera un solo hombre, todo el ejército se incorporó al combate que, de forma involuntaria, Helena había iniciado. Lo único que vio fue a Risitas, llorando y agarrándose a la lanza que tenía clavada en el pecho.

—¡Apartaos de ella! —gritó Helena. Se lo ordenaba a las lanzas que tenía Claire clavadas en todo el cuerpo, lo cual no tenía sentido. Pero como por arte de magia, todas obedecieron y salieron de su cuerpo, lo cual empeoró aún más las cosas. Del cuerpecillo de Claire empezaron a manar ríos de sangre.

Helena llegó al rincón donde Dafne y Claire estaban escondidas, antes de que los dos ejércitos se encontraran. Las sujetó con fuerza y salió como un cohete hacia el cielo. Al despegar distinguió el inconfundible sonido de espadas y escudos. La batalla había empezado.

Mientras sobrevolaba el campo de batalla para llevar a Claire y Dafne junto a Jasón, echó un vistazo abajo. Avistó a Cástor, Héctor, Orión y Lucas abriéndose camino entre los mirmidones, sin su armadura. Lucas iba delante y esquivaba a las criaturas. Al verlo apartar decenas de espadas con las manos desprotegidas, sintió un escalofrío. Pero sabía que no había lanza o flecha alguna que pudieran matarle, así que, aliviada, se concentró en volar.

En cuestión de segundos, llegó a la tienda.

—Estoy bien —insistió Dafne, que avanzó cojeando hacia la mesa y las sillas.

Helena colocó el cuerpecillo de Claire delante de Jasón y Casandra. Él reaccionó de inmediato. Con las manos iluminadas de azul, se acercó a la chica para intentar detener la hemorragia. Helena advirtió un dolor infinito en su corazón.

—¡Jasón, espera! —rogó Claire.

—Claire, por una maldita vez en tu vida, ¿puedes cerrar el pico? —espetó Jasón, furioso.



Helena volvió a echar un vistazo a su corazón, amarillo y magullado. Estaba tan dolido por la traición de Claire que ni siquiera podía mirarla a los ojos.

—Palas no aceptará luchar contra ti o contra Héctor —jadeó. Era demasiado cabezota, así que continuó—: Dédalo se niega a enfrentarse a su propio hijo, y los dioses han perdido el apoyo de la mayoría de los vástagos que se pusieron de su lado porque están hipnotizando a los mortales.

Empezó a sangrar por la boca.

Era el único poder que no tenía, pero por el que pagaría cualquier precio: la habilidad de curar a los seres queridos cuando sufrían.

—¡Haz algo! —le gritó Helena a Jasón.

—Tiene el pulmón perforado —informó mientras Claire se retorció entre sus manos—. Tengo que anestésicarla.

—Claire, por favor, cálmate —trató de tranquilizar Casandra—. Deja que Jasón haga su trabajo.

—¡No! —contestó Claire, que apartó las manos de Jasón. Intentó incorporarse. Le seguía saliendo sangre de la boca, pero consiguió dar el mensaje—: Solo quedan unos cuantos: Tántalo, un puñado de los Cien Primos y los mirmidones —dijo, atragantándose con su propia sangre—. Tántalo es quien los dirige. Es el cerebro de esta guerra, pero utiliza a los mirmidones como escudo.

—Intenta quedarte quieta —insistió Casandra.

—Lo siento mucho. —Claire tosió—. Ari y yo pensábamos que hacíamos lo correcto.

—Lo sé —contestó Jasón. La amargura de color mostaza que Helena había observado en su corazón se transformó en una hermosa nube roja y dorada—. Hablo en serio, Claire, cierra esa boca —susurró con cariño.

Pasó una mano por la cabeza de la chica, que perdió el conocimiento. Helena se quedó mirando durante unos instantes cómo las heridas empezaban a cicatrizar. Con el esfuerzo que suponía curarla, Jasón perdió todo rastro de color de la cara. Después, se giró hacia su madre.

—Gracias —dijo a regañadientes—. Por ir a buscarla.

Dafne asintió y echó un vistazo a la herida que tenía en el muslo.



—No estoy en posición de pedirte nada a cambio. Pero, por favor, déjame a Tántalo para mí.

—Es todo tuyo —aceptó Helena.

Salió de la tienda y sobrevoló el campo de batalla para encontrar a sus hombres. Primero avistó a Lucas. Estaba luchando junto a su padre. Estaba segura de que no le pasaría nada, y podría proteger a Cástor. Buscó a Orión. Una serie de flechas pasaron silbando junto a ella en cuanto los mirmidones de las primeras líneas de combate vaciaron sus aljabas. Al ver que las flechas rebotaban, sin causarle daño alguno, enseguida levantaron los arcos, señalando y gritando que aquello era imposible.

Desde el aire, Helena encontró a Orión y a Héctor. Estaban rodeados de un círculo de seis mirmidones. Se acercó a ellos y, cuando estuvo lo suficiente cerca, les arrebató las espadas a las seis criaturas. Salieron disparadas hacia el aire, como si la fuerza de un imán las atrajera, y se quedaron allí suspendidas mientras Helena aterrizaba junto a Héctor y Orión.

Su llegada no tuvo el efecto que había esperado. En vez de huir despavoridos, los mirmidones se acercaron todavía más.

—El Tirano —corearon todos a la vez mientras se aproximaban como una masa de odio—. Matar al Tirano.

—No ha sido tu mejor táctica, princesa —la regañó Héctor. Señaló a Orión con el dedo y gritó—: ¡Sácala del campo de batalla!

Antes de que Helena pudiera comprender por qué Héctor se había enfadado tanto, Orión la agarró, la colocó sobre un hombro y empezó a correr hacia la tienda. Incómoda y dando brincos sobre su espalda, Helena levantó la cabeza y alcanzó a ver a toda la infantería de mirmidones abandonar sus contiendas personales para matarla. Y entonces lo comprendió. Aunque la reina sea la pieza más versátil del ajedrez, si la derriban, la partida no se acaba. Tan solo se considera jaque mate cuando se acorrala al rey. Había tardado demasiado en darse cuenta de que, en aquella partida, ella era el rey, no la reina.

Se fijó en que alguien correteaba por el campo de batalla con una armadura dorada, con su armadura dorada.

—¡Espera! —le gritó Helena a la chica que se estaba haciendo pasar por ella—. ¡Es un suicidio!



Pero la jovencita desapareció entre el humo, la niebla y la multitud de soldados sin detenerse.

Cuando los vástagos de la casta de Atenas cerraron filas detrás de Orión para hacer frente a los mirmidones que les pisaban los talones, Helena reparó en que aquella muchacha ataviada con su armadura tan solo podía ser una persona: su madre.

Dafne esperó a que Jasón se quedara sin fuerzas después de sanar las heridas de Claire. No sacó la armadura dorada de la percha hasta que Casandra se marchó a buscarle algo de comida y agua. Se vistió en un periquete y, con la apariencia de su propia hija, se adentró en el campo de batalla.

Sabía que no lograría salir con vida de esa guerra, pero, por primera vez, le importaba bien poco. Había perdido a Áyax para siempre.

Por fin, después de tantos años, lo había aceptado. Solo le quedaba una cosa que hacer. Una promesa que debía cumplir.

Debía cruzar la línea de combate mientras los soldados de Tántalo estaban ocupados luchando contra los vástagos. Entonces podría acercarse a él y matarlo a sangre fría.

Hacia meses que había entregado su corazón a cambio de eso, a cambio de la ayuda de Hécate para arrebatarse la vida de un hombre. Todas las precauciones que tomara Tántalo serían en vano. Hécate, la guardiana de todos los cruces y umbrales, había prometido a Dafne que abriría cualquier portal.

Mientras atravesaba el páramo, donde se estaba librando la batalla, una parte de ella esperaba que Helena confiara en ella y creyera que lo hacía para ayudarla. Y la otra parte deseaba que fuera cierto. Pero sabía que no era así. Lo hacía por venganza. El hecho de que, además, estuviera echando una mano a su hija era un incentivo más.

Los mirmidones estaban distraídos persiguiendo a la verdadera Helena. Orión cargaba con ella y estaba corriendo hacia las últimas líneas de combate. Era vergonzoso, pero Dafne sabía que lo mejor era que saliera de allí lo antes posible. A pesar de todos los poderes que acumulaba, su hija no era una luchadora nata. Orión era un chico sensato, por eso la estaba alejando de allí.

Sin embargo, a diferencia de Helena, una persona compasiva y un tanto despistada, Dafne había protagonizado muchísimas batallas y sabía cómo



utilizar una espada. Las heridas que tenía en el muslo se habían cicatrizado rápido, así que arrasó con varios miembros de los Cien Primos para abrirse camino hacia la línea enemiga.

Dafne se movía en círculo para machacar al mayor número de soldados y distraer así al enemigo de Héctor, Lucas y Cástor. Ninguno de los hombres de Helena llevaba armadura, y debían reagruparse. Solo había un modo de conseguirlo. Dafne tenía que ganar espacio en el campo de batalla y hacer retroceder al enemigo. Mientras los mirmidones estuvieran ocupados siguiendo el rastro de Helena por el páramo, podría cruzar las líneas y alcanzar su verdadero objetivo. Mató a tres hombres y, al electrocutar a un cuarto, sus relámpagos captaron la atención de Cástor.

—¡Helena! —gritó. Al ver que cada vez la rodeaban más y más soldados, acudió a su rescate.

—¡Atrás, Caz! —chilló Dafne, que utilizó su viejo apodo a propósito.

Era un tipo inteligente, así que enseguida entendió que la chica de la armadura dorada no era Helena, aunque fuera clavada.

Cástor levantó un brazo para impedir que Lucas se acercara volando a ella y rápidamente le explicó la situación. Los dos volvieron a concentrarse en la batalla contra los Cien Primos. Unos instantes más tarde, Dafne ya había matado a los soldados que la tenían acorralada.

Deslizándose entre líneas enemigas, apartó a algunos mortales hipnotizados de una patada. Todos los vástagos y mirmidones estaban en el campo de batalla, así que las reservas mortales todavía no se habían desplegado. No quería utilizar su espada para matar a mortales, así que la guardó en su vaina; se centraría en un combate cuerpo a cuerpo que, en ningún caso, causaría una muerte.

Estaba desarmada, pero eso no le impidió que se deshiciera de todos los mortales en cuestión de segundos. Después, se dirigió hacia un grupo de tiendas para reclamar su desafío.

—¡Tántalo! ¡Acabemos con esto ahora mismo! —chilló Dafne, disfrazada todavía de Helena—. ¡Una vida a cambio de mil! —La muchedumbre empezó a murmurar la palabra «Tirano» al ver a Dafne. Se lo estaban creyendo—. Tu vida o la mía. Acabemos esta guerra antes de que empiece.

Tántalo se asomó por la portezuela de su tienda. Iba vestido con una resistente armadura. Dafne dejó caer el visor y retorció el pomo de su espada con ambas manos.



—Pero no puedo reproducir relámpagos. Ni invocar terremotos. Y no puedo volar —dijo Tántalo. Levantó ambas manos y caminó hacia ella, como si no tuviera nada que esconder.

—Espada contra espada —replicó Dafne, que seguía con la misma apariencia de Helena—. Prohibido utilizar ningún talento. Tan solo tu espada contra la mía.

Los presentes susurraron su aprobación, excepto uno.

—¡Helena, no lo hagas! —chilló Ariadna. Su padre la estaba sujetando para evitar que corriera hacia Dafne—. Es demasiado bueno.

—¿Sin talentos, sin trampas? —preguntó Tántalo, algo dubitativo. No se atrevía a enfrentarse a ella a menos que supiera que podría ganar.

—Nada —respondió Dafne sin pensárselo. Todavía no había empezado el duelo, pero sabía que había pagado esa mentira con todo su corazón.

—Dejemos que Hécate decida —propuso Tántalo. Empezaba a gustarle la idea de convertirse en un héroe que había ganado una guerra en tan solo un duelo—. ¡Ofrenda!

Palas dio un paso hacia delante y arrojó un puñado de azafrán al aire, entre Tántalo y Dafne. De repente emergieron unas enormes llamaradas naranjas que formaron un óvalo perfecto sobre la arena. Los dos vástagos se adentraron en el improvisado cuadrilátero sin problemas. Tántalo desenvainó su espada lentamente, con una horripilante sonrisa dibujada en la boca.

—Palas me ha dicho que eres un espadachín terrible —murmuró con una sonrisa helada.

Durante un breve instante, Dafne asumió su apariencia para que Tántalo supiera con quién se estaba batiendo en duelo. La reconoció enseguida y se quedó paralizado. Entonces volvió a adoptar la versión más juvenil del Rostro y le devolvió la sonrisa.

—Ya verás por ti mismo cuánto he mejorado —dijo.

Los dioses se congregaron para no perderse la pugna. Evidentemente, ocuparon los lugares más codiciados, al límite de la arena. Tántalo se dio media vuelta para protestar. No le parecía justo que su contrincante fuera Dafne, en vez de Helena. Pero al intentar cruzar el borde del cuadrilátero se



topó con una pared de fuego. Al darse cuenta de que ya no había marcha atrás, sonrió para sí mismo y asintió.

—Todas las cosas horribles y detestables que he hecho, las he hecho porque te quiero —dijo Tántalo lo bastante alto como para que Dafne le escuchara—. Tú, sobre todo tú, deberías entenderlo.

—Así es —respondió ella en voz baja—, y te odio por habérmelo enseñado.

Tántalo caminó hacia un extremo del cuadrilátero, y Dafne hacia el otro. Al poner tanta distancia entre ellos, dejaron claro que optaban por un duelo a un solo golpe. No iba a ser una pugna larga y dolorosa, adornada con ágiles filigranas y un distinguido y elegante esgrima. Al igual que los caballeros medievales que se batían en justas, o como los pistoleros del Oeste. Los dos preferían matar, o morir, con un golpe certero y mortífero. Tántalo había utilizado la misma estrategia con Áyax. Vio a Tántalo pasar junto a ella y, un instante más tarde, le golpeó con la barrera de fuego. La mirada del vástago era salvaje.

Por fin todo había acabado. Dafne se derrumbó sobre sus rodillas y, unos segundos más tarde, oyó su propio cuerpo desplomándose en la arena, a lo lejos. Le había cortado la cabeza. Se hizo un silencio absoluto, seguido por un sonido agudo. Dafne sintió un frío que le resultaba familiar. Había un charco de sangre a su alrededor. Trató de coger aire, pero inhaló una especie de líquido salado, como si respirara lágrimas.

Entonces pensó en un verso de *Macbeth*: «Los dormidos y los muertos no son sino pinturas».

A Áyax le encantaba dibujarla mientras dormía. Era un artista tan maravilloso...

Orión dejó a Helena al lado de Jasón, que estaba durmiendo, o inconsciente, sobre el suelo, junto a Claire. Estaba tan furioso que Helena dudó de si debía intentar calmarle. Se aventuró a disculparse.

—Orión, lo sien... —empezó.

—¡Chis! —dijo Orión para silenciarla. Respiró hondamente para recuperar el control antes de volver a empezar—. ¿En qué demonios estabas pensando?



—Es mi desafío, no el tuyo. Ni el de Lucas. Ni tampoco el de Héctor. Es mío —respondió Helena, que no dudó en levantarse para mirarle a la cara—. Quería luchar por mí misma.

—Te das cuenta de que las cosas no se hacen así, ¿verdad? Escogemos campeones por una razón; porque si tú mueres, nosotros perdemos. Pensé que lo habías entendido.

—Y lo entiendo. Helena de Troya no tuvo más opción que quedarse de brazos cruzados mientras los demás morían por ella, y tú y yo sabemos muy bien cómo acabó la historia —replicó.

Orión no sabía qué decir, y se giró hacia el arsenal de armas.

—Me sacas de quicio, Helena —reconoció. Se desabrochó el cinturón y se quitó la ropa para poder entrar en su armadura.

Ella se acercó para echarle una mano.

—Ya lo sé —respondió después de coger la blanca coraza pectoral—. Porque soy una gallina y no me atrevo a hacer lo que tengo que hacer.

—¿Y qué es? —preguntó él, que extendió los brazos para que Helena le atara la coraza a los lados. Casandra apareció de repente. El tintineo de la pulsera que le había hecho Orión era más que agradable—. Gatita, ¿qué haces todavía aquí? —le preguntó un tanto impaciente, como si acabara de percatarse de su presencia.

—Yo... —empezó.

—Vuelve a casa con Noel y Kate. Este sitio es demasiado peligroso para ti —reprendió.

Cassandra titubeó y, justo cuando estaba a punto de dejar los guanteletes en el suelo, Helena la detuvo.

—Casandra está aquí porque debe estar a tu lado. Así no podría visualizar ninguna profecía —recordó Helena. Con torpeza agarró las cuerdas y hebillas y dijo—: Y también debe estar contigo para vestirte. No tengo ni idea de cómo se atan estas malditas cosas.

Helena se hizo a un lado y dejó que Casandra hiciera lo que estaba deseando hacer. Tocar a Orión. Pero él ni siquiera la miró.



—Bueno, continúa. Me muero por escuchar qué es eso que te hace comportarte como una gallina —dijo Orión. La miró con dudas. No se acababa de creer que a Helena le asustara algo.

—Hacerme inmortal —contestó, con la voz entrecortada—. Y no me refiero a una inmortalidad con condiciones, sino a ser realmente inmortal, con todo lo que eso conlleva, hasta que las estrellas se apaguen. Así podré enfrentarme a Zeus. Pero no quiero ser inmortal. —Helena sintió que se le agolpaban las lágrimas en los ojos—. Me aterroriza la eternidad.

Orión se apartó de Casandra y, como si no estuviera allí, abrazó a Helena.

—Ya, eso también me asustaría a mí —dijo. La sostenía con mucha delicadeza para no oprimirla con su armadura.

Al abrir los ojos, Helena reparó en que Casandra los observaba fijamente, con los ojos abiertos y llenos de dolor. Acto seguido se apartó de él para poner algo de distancia. ¿Cómo podía ser tan insensible con Casandra?

¿Acaso no sentía cierto aprecio o cariño hacia ella? Helena estaba segura de que la quería. Estaba muy orgulloso de su «gatita», pero era incapaz de verla como a una mujer. Sí, debía reconocer que era un poquito joven para él, pero le extrañaba que no pudiera ver su corazón. «Igual que las furias, solo que ellas no pueden verle a él», pensó. Eneas era hijo de Afrodita, pero jamás sospechó que Casandra de Troya le amaba.

Fue entonces cuando entendió que, a ojos de Orión, las furias mantenían escondida a Casandra, igual que Némesis podía ocultar a Orión.

—Para empezar, ¿por qué debes hacerte inmortal?

La pregunta cortó su hilo de pensamiento y la devolvió al presente.

—Para poder desafiarle. Así debería haber sido desde el principio —farfulló. Estaba nerviosa y no paraba de frotarse las palmas de las manos con los vaqueros.

Oyeron una serie de ruidos fuera de la tienda. El ejército estaba de vuelta. Helena escuchó a varios vástagos de la casta de Roma diciendo:

—¡Está muerto! ¡Tántalo está muerto! ¡A los dioses no les quedan campeones!

Pero Helena sabía que a los dioses no se les ganaba tan fácilmente. Antes de dejar que Helena saliera victoriosa de esa guerra, arrojarían todas las tormentas, terremotos y marejadas que tuvieran a su disposición.



—¿Quién le ha matado? —exclamó Orión, dirigiéndose hacia la entrada de la tienda. Parecía feliz.

—Mi madre —contestó Helena, que seguía en la tienda. Corrió hacia él y le agarró por los hombros antes de que se uniera a la celebración de sus hombres—. Orión. No permitas que Poseidón destruya esta isla. Controla sus terremotos e intenta dominar las marejadas que invocará. ¿Eres lo bastante fuerte como para encargarte de él?

—Lo intentaré —prometió, con la cara pálida—. ¿Crees que veremos tales desastres naturales en esta guerra?

—Sí —entonó Casandra.

Helena sintió un escalofrío al oír a la pequeña, como si alguien le hubiera vertido un chorro de agua helada por la espalda.

Helena y Orión se giraron hacia el oráculo. De pronto, el aire de su alrededor empezó a brillar y la pequeña se puso a convulsionar, como si alguien la estuviera pegando por dentro. Sin embargo, no cambió el rostro ni la voz.

—Los Doce inmortales no pueden enfrentarse en un combate abierto. Tirano, desatarán sus armas más oscuras para apalearte, hasta que decidas desafiar a Zeus. No te retrases. Uno de vosotros debe ir al Tártaro para completar el ciclo.

—Eso ya lo veremos —dijo Helena.

El cuerpo frágil de Casandra se sacudía con fuerza. Daba la sensación de que la estuvieran electrocutando. Y entonces se le empezó a arrugar la cara y los ojos se le llenaron de cataratas. La más aterradora de las parcas, Átropos, la que corta la hebra de la vida, estaba poseyendo al oráculo.

—El velo de Némesis no siempre funciona con aquellos que ya están cegados —anunció Átropos, asomando un dedo por el ojo de la pequeña.

—¡Orión! —gritó Helena.

De inmediato, salió disparado hacia Casandra para poner punto final a la violenta profecía que la haría pedazos. Pero la anciana se alejó de él.

—No volverás a robarnos el velo —cacareó Átropos entre risas. Balanceaba las caderas de Casandra de una forma sugerente, intentando seducirle—. Poseidón está despertando a sus mascotas más terribles del fondo del mar. ¡Esta vez vendrá el Kraken a matarte!



Orión envolvió a Casandra con los brazos y la pequeña se desvaneció. Por fin las parcas se habían marchado. Con sumo cuidado, como si se tratara de una muñeca, la levantó del suelo y la posó sobre su regazo.

—¿Gatita? —llamó con cariño, acariciándole la mejilla. Pero no respondía—. Vamos, despiértate. —La zarandeó varias veces. El miedo le estaba poniendo furioso—. ¡Casandra! —ordenó, pero la pequeña ni siquiera se movió.

Helena vio un destello de luz en el interior de Orión y, antes de que él pudiera esconder la emoción, la reconoció.

Era un destello de amor.

De repente, desde el campo de batalla, empezaron a oírse gritos de pánico. Lucas, Héctor y Cástor entraron deprisa y corriendo en la tienda, con la tez pálida y con cara de asombro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Helena, que temía lo peor, pero los tres estaban demasiado aturcidos como para hablar.

Desde la parte trasera de la tienda, distinguió la voz de sirena de Andy. Estaba ordenando a los soldados que mantuvieran la línea. Un segundo más tarde, asomó la cabeza por debajo de la lona y se arrastró por el suelo para entrar.

—¡Hay cosas saliendo del agua! —chilló Andy, que estaba avergonzada a la par que histérica—. Una especie de hombres pez y mujeres cangrejo, y... — Se quedó callada, meneando los dedos y con una expresión de horror en el rostro—. ¡Son viscosos! Soy mitad sirena. Creedme, he visto a los bichos más asquerosos que os podáis imaginar en el fondo del océano, ¡pero esos monstruos son repugnantes!

El nerviosismo de Andy despertó a Jasón. Se levantó y se acercó a trompicones. Sanar a Claire le había consumido tanto que estaba cadavérico. Señaló a Casandra y se dejó caer sobre el regazo de Orión.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz ronca.

—Ha dictado una profecía —respondió Orión—. No se despertará.

—¿Y qué ha dicho? —quiso saber Lucas.

—Que debo saber algo, porque, de lo contrario, los dioses, y no puedo creer que esté diciendo esto, liberarán al Kraken. —Helena seguía sin entender que pudieran hacer tal cosa—. ¿El Kraken es griego? —farfulló.



Cástor fue el primero en reaccionar. Después apresuró a los demás a vestirse con su armadura.

—¡Chicos! —los llamó con tono grave—. Ayudad al resto con la armadura. ¡Rápido!

Helena se quedó petrificada, mientras los demás se desnudaban para ponerse la armadura. Podía escuchar el latido de su propio corazón en sus oídos. ¿Cómo era capaz de ver morir a las personas a las que más quería?

—¿Os apetece dar una vuelta por Omnópolis? —gritó, con la voz temblorosa.

Todos se quedaron quietos, atónitos ante la aparentemente ridícula oferta que les estaba haciendo Helena.

—¿Helena? —dijo Lucas, con tono serio—. ¿Estás planteándote hacer a todo el mundo inmortal?

—No —contestó—. Si lo hago, perderé contra Zeus y no tendré más remedio que encerrarlos a todos en el Tártaro para siempre. No hay otro modo de eliminar a un inmortal. No puedo hacerlos eso. —Estaba resollando. Le costaba coger aire. Cuando volvió a hablar, su voz sonó demasiado aguda—. Pero ¿qué os parecería si os convirtiera en seres casi inmortales, como Lucas?

Un ruido ensordecedor retumbó en el cielo y sacudió el suelo. Helena perdió el equilibrio y se cayó de bruces. Notó que Lucas se le echaba encima para taponarle los oídos. Los gritos de pánico fueron ahogados por un único bramido. Aquello solo podía significar una cosa.

El Kraken se estaba levantando.



Capítulo 17

Lucas ayudó a Helena a levantarse del suelo. Después, corrieron hacia la portezuela de la tienda, donde se unieron a Orión y Héctor, para echar un vistazo al escenario apocalíptico que tenían delante.

La gigantesca cúpula que salía del fondo marino tapaba todo el sol y la mayor parte del cielo. Una silueta alargada, similar a una sogá y tan ancha como un edificio, se alzó sobre la playa y empezó a aplastar a mortales, vástagos y mirmidones a discreción. El Kraken era una criatura tan enorme que la punta de su tentáculo abarcaba todo el camino desde las profundidades del océano, donde la cabeza del monstruoso calamar asomaba en la superficie, hasta alcanzar el campamento militar de Helena. Era de un color rojo encendido y contenía multitud de venas tan gruesas como troncos de árbol. Además, el único tentáculo estaba cubierto de ventosas.

Los soldados clavaban sus espadas en el tentáculo del Kraken mientras este se deslizaba por la arena. Como represalia, agarró a uno de sus asaltantes, lo enroscó como una serpiente y apretó con fuerza. Al ver la espantosa muerte que había sufrido el soldado, Lucas empujó a Helena hacia el interior de la tienda. Aunque no lo vio con sus propios ojos, le oyó gritar hasta el último aliento.

Al girarse, Helena se encontró con caras de asombro y horror. No tenían ni idea de cómo abordar a una criatura de tales dimensiones. Miró de reojo a Claire y Casandra, que seguían inconscientes sobre el suelo. Había que tomar una decisión.

—¿Quién está conmigo? —preguntó.

Héctor miró a Andy, con todos sus sentimientos a flor de piel, lo cual no era nada habitual en él.

—Solo si tú vienes —dijo.

—De acuerdo —murmuró la sirena, y le cogió de la mano.

De inmediato, Héctor la abrazó y, mirando a Helena, asintió con la cabeza.



—¿Y qué hay de Claire? —preguntó Jasón, ansioso.

—Cógela —ordenó Helena—. Orión, tú coge a Cassandra. —Orión no parecía estar seguro de si era muy buena idea, así que desvió la mirada hacia el corazón de Helena para leerlo. Parecía preocupado—. Confía en mí —insistió—. ¿Cástor?—preguntó.

—Lo siento, Helena. Llevo toda la vida soñando con Atlantis. Pero no puedo ir contigo —respondió con tristeza—. No sin Noel.

—Papá —discutió Lucas, pero este levantó una mano para explicarse.

—He vivido suficiente como para darme cuenta de que no quiero vivir más años de los que me tocan —continuó, con firmeza—. Eso no significa que me rinda. Sigo apoyándote, Helena.

—Si no vienes con nosotros, no podrás librar esta guerra —añadió Lucas—. Es demasiado peligroso.

—No, no lo es —espetó Helena. Se le acababa de ocurrir una idea. Se quitó el collar con colgante de corazón que había llevado desde que era un bebé y se lo entregó a Cástor—. No sé si podrás utilizarlo o no.

Cástor asintió y desenvainó su puñal.

—Es posible que solo las hijas de la casta de Atreo puedan utilizar esta reliquia —dijo, cómplice.

Ofreció su puñal a Helena y se subió la manga de la camiseta. En sus ojos no se apreciaba ni una pizca de miedo. Sin perder un solo segundo, Helena pasó el filo del cuchillo por su piel. No le cortó ni un centímetro.

—Pero no dejes que el Kraken te alcance —avisó Helena. Se sintió aliviada al ver que no le había hecho daño—. El cesto solo te protegerá de las armas, no de las fuerzas de la naturaleza.

—Lo tendré en cuenta —prometió Cástor mientras se ponía el collar.

En cuanto cerró el broche, el colgante cambió de forma, pero, antes de que los demás pudieran ver qué aspecto tomaba, lo guardó bajo la armadura.

—Gracias —murmuró Cástor. Después abrazó fuertemente a Helena y añadió—: Y ahora daos prisa.

—Cogeos de las manos —dijo Helena.



Orión levantó a Casandra del suelo, y Jasón hizo lo mismo con Claire. Helena pensó en todos aquellos que no iba a llevar a su reino.

Pensó en su padre, en Kate, en Ariadna y, sí, también en Matt. Había tenido que dejar atrás a mucha gente para poder llegar hasta allí, pero sabía que no tenía alternativa. Si no hacía algo rápido, todos morirían ese mismo día.

—Volveremos enseguida —prometió.

Escuchó al Kraken producir de nuevo ese espeluznante sonido y, de repente, se hizo el silencio.

Ahora solo podía oír la brisa soplar sobre flores silvestres. El sol se sentía cálido y agradable, y las montañas que bordeaban el valle por la zona noroeste estaban manchadas de nieve. Hacia el este brillaba el ecléctico horizonte de la ciudad. Por una parte moderno, con edificios de vidrio y acero; por otra antiguo, con una ciudadela de piedra. En el sur de su mundo, se intuía el olor del océano.

—Es hermoso —musitó Andy. Estaba anonadada. Justo entonces pasó volando una mariposa iridiscente a pocos centímetros de su rostro.

—Ni que lo digas —murmuró Héctor, que miraba asombrado a Andy, y no a la mariposa.

Casandra abrió los ojos, todavía adormecida, y se acurrucó entre los brazos de Orión como un gatito. Él la contemplaba ensimismado, pero seguía con esa mirada de preocupación. Helena percibió una mezcla de cariño y miedo en su interior.

—¿Recuerdas aquella conversación que tuvimos en la playa, aquella noche? —le preguntó. Orión asintió y Helena señaló a Casandra con la barbilla—. Confía en mí, ella siente eso por ti —dijo.

Mientras Orión trataba de encajar aquella información, Claire inspiró hondamente. Por fin había recuperado el conocimiento y, sin querer, le dio una fuerte bofetada a Jasón.

—Gracias —comentó él con cierto sarcasmo mientras la dejaba en el suelo.

—¡Lo siento! —se disculpó Claire, avergonzada. Después le acarició la barbilla, justo donde le había golpeado. En voz baja, pero sin apartar las manos, añadió—: ¿Me perdonas?

Aquella pregunta no solo se refería al tortazo por accidente. Jasón asintió y la abrazó.



—¿Dónde estamos? —preguntó Casandra, un poco atontada.

—En Omnipolis —comentó Lucas, y le dedicó una sonrisa que la hizo estremecer—. El mundo de Helena.

Lucas se agachó y arrancó una flor silvestre de color blanca. Después sacó la cartera del bolsillo trasero de sus pantalones y la guardó dentro. Miró a Helena y volvió a sonreírle. Ella creía deshacerse.

Todos estaban sanos y salvos, sin heridas ni contusiones. Todos sus sentidos se habían agudizado, como si alguien hubiera arrancado una copa de su piel. Ahora, el mundo entero les parecía más brillante. Cada sensación, desde el frescor del aire en las mejillas o la calidez del sol al acariciar su piel, era como un torrente de placer. Mientras su familia se acostumbraba a su reino, Helena aprovechó el momento de silencio para tomar la decisión más difícil de su vida.

—¿Helena? —la llamó Lucas, que, como siempre, era capaz de detectar las travesuras que se le pasaban por la cabeza—. ¿Qué estás tramando?

—Ya está hecho. —Helena sonrió y sacudió la cabeza. Prefería no contárselo—. Aquí el tiempo no se detiene. Tenemos que regresar a la Tierra.

—¿Qué está hecho? —susurró Claire a Jasón.

—Ah... —empezó, y después miró a Helena, suplicándole que se lo explicara.

—Te he convertido en un ser casi inmortal, Risitas —dijo—. A todos vosotros. Solo podréis morir si decidís que no queréis seguir viviendo.

Claire se quedó mirando a su amiga de la infancia, incrédula.

—Así que no os preocupéis por morir en el campo de batalla. Limitaos a agachar la cabeza y apartaos del camino. Todos, las manos —urgió Helena.

Al unir las manos, miró el círculo. Todos ellos podrían vivir tantos años como quisieran. No podía estar más agradecida por la compañía que tenía, aunque quizá no pudieran estar junto a ella para siempre.

Por último, miró a Lucas. Observó aquellos ojos azules; tenían más fuerza que cualquier océano. Pensó que, algún día, tendría que cumplir su promesa y tomar el lugar de Hades. Helena sabía que, cuando ese día llegara, iría con él. El Infierno era estar sin Lucas. Jamás volverían a separarse, por muy larga que pudiera parecer la eternidad.



A menos, por supuesto, que Zeus venciera y la enviara al Tártaro. Esa eternidad tendría que sufrirla en soledad.

En el campo de batalla dominaba el hedor de un humo negro y acre. En cuanto Helena y el resto del grupo aparecieron en la Tierra, diversos cuerpos se abalanzaron hacia ellos. Un mirmidón con la tez carmesí mate embistió contra Helena, haciendo girar la espada sobre su cabeza. Cuando la criatura bajó el arma, ella la atrapó y se la arrebató de las manos. Dio media vuelta y le asestó un fuerte puñetazo en la espalda.

Seguía con la espada en la mano. No sabía utilizarla, así que decidió entregársela a Jasón. Y, en cuanto levantó la mirada para buscarle, distinguió a Lucas, Orión, Héctor y Jasón, que habían formado su propia línea de defensa con Andy, Claire y Casandra detrás. Aunque eran casi inmortales, ninguna de las tres chicas poseían la fuerza de un vástago y, a decir verdad, eran incluso peores guerreras que la propia Helena.

Ella oyó a Casandra chillar de una forma desgarradora. De inmediato, Orión se puso delante de la pequeña y cortó la cabeza de uno de los monstruos marinos de Poseidón. Sin embargo, la criatura siguió arremetiendo contra Casandra, como si no necesitara la cabeza.

—¡Profeta! —siseó la criatura por uno de los distintos agujeros.

Orión hizo girar de nuevo la espada y partió el caparazón de aquella langosta. Había matado al monstruo, pero era demasiado tarde.

Al notar su presencia, una oleada de criaturas deformes empezó a avanzar hacia Casandra. Se movían como pesadillas renqueantes; no estaban acostumbradas a deslizarse por tierra firme, así que se acercaban a trompicones al preciado y valioso oráculo.

—¡Zeus la necesita! ¡Apolo tiene sed de ella! ¡Poseidón quiere que la capturemos para los olímpicos! —balbuceaban mientras trataban de alcanzar a Casandra.

Aquellas criaturas apestaban a pescado podrido. La pequeña gritó aterrorizada cuando la mayor de las bestias la agarró por el brazo con una de sus pinzas y, en un abrir y cerrar de ojos, la arrastró bajo su armazón.



—¡No! —aulló Orión. Acto seguido saltó sobre el lomo del cangrejo que había encarcelado a Cassandra y le arrancó la concha blindada con las manos.

El Kraken volvió a dejarse oír. Aquel estrépito estremeció a Helena. Era un ruido insoportable que obligaba a cualquiera a taparse los oídos y a dejarse caer al suelo. Una sombra negra oscureció el cielo. Estiró el cuello y atisbó uno de los tentáculos del Kraken. Iba directamente a por ella.

—¡Basta! —gritó Helena.

El brazo del Kraken aterrizó sobre ella, pero, igual que había hecho con la espada del mirmidón segundos antes, lo agarró con la mano. Cada músculo de su cuerpo se retorció ante el peso del golpe del Kraken, pero Helena no se quebró. En lugar de rendirse, arrojó a un lado aquel tentáculo gomoso y se lanzó hacia el aire.

Invocó nubes de tormenta y un cúmulo de relámpagos. Levantó una tremenda ventolera que aullaba a su paso. Detuvo el balanceo de las olas y convirtió el océano Atlántico en un espejo acuoso. Alteró el campo magnético de la Tierra de tal forma que la aurora boreal se inclinó e iluminó a Helena con una luz trémula.

—¡Desafío a Zeus! —anunció. Su voz resonó en cada rincón de su querida isla y más allá del vasto océano—. ¡Acepta el reto o perderás el Olimpo!

Pero no ocurrió nada. Helena no había pensado en un pequeño detalle. No tenía ninguna ofrenda que regalar a Hécate para hacer oficial el duelo.

De repente se le ocurrió el número tres y, por alguna extraña razón, pensó en deseos. No tenía la menor idea de si los inmortales solían utilizar el trueque como moneda de cambio, pero en ese momento lo único que podía ofrecer era su palabra.

—Titán Hécate. Te ofrezco tres favores a cambio de que custodies los límites. —Helena se mordió el labio y trató de no pensar en nada demasiado comprometedor, por si las furias la estaban escuchando—. Siempre y cuando protejas todos los límites. Haz esto por mí, te lo suplico, y te concederé tres deseos en el futuro.

De repente surgió una bola de fuego que envolvió a Helena y la transportó hacia un campo de combate aéreo. Un jovencuelo con el pecho desnudo atravesó las llamas y se quedó suspendido delante de ella. Zeus era hermoso e implacable. Le resultaba tan despiadado que ni siquiera podía aguantarle la mirada.



Allí estaban completamente solos. No había ningún espectador. Tan solo Hécate. Aquella batalla no era para el divertimento de los olímpicos. La Tierra, Omnípolis y el Olimpo estaban en la balanza, pero era tan privado que a Helena le deba la sensación de haber entrado en su habitación.

—Hola, hija —ronroneó Zeus.

Notaba la influencia que el dios ejercía sobre ella. Aunque sabía que tenía que derrotarlo, Helena no era inmune a la presencia medio animal, medio divina que le acompañaba. Era cautivadora.

—Qué poderosa eres —dijo, acercándose un poco más—. Las nubes cobran color al rozarte, pero comparadas con tu belleza siguen siendo pálidas. Llorarían de celos si las hicieras llover.

—No soy tu hija —replicó en voz baja—. Mi padre es tendero. Es un padre soltero que tuvo que criarme solo, sin ayuda. Trabajaba doce horas al día seis días a la semana para que tuviéramos un techo bajo el que cobijarnos. Mi padre es diez veces mejor que tú y, seguramente, mejor que yo. Así que no te atrevas a decir que eres mi padre. No te lo has ganado.

—Está despierto, ya lo sabes —dijo Zeus, con cierta descortesía—. Entrégame Omnípolis, y dejaré a Jerry y a su mujer, Kate, en paz. Después de enviarte al Tártaro, por supuesto.

Helena le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Los dejarás en paz si te doy Omnípolis?

—Lo juro ante el río Estigia —prometió. Y entonces el cielo se enroscó a su alrededor, como una sábana azotada por el viento—. No tengo un interés particular en castigar a los mortales que no me han ofendido. Jamás lo he tenido.

Helena sabía que era cierto. Zeus nunca guardaba rencor a los mortales. Era su esposa, Hera, quien solía tener tal resentimiento.

—¿Y qué hay de mi familia casi inmortal? —preguntó Helena—. Lucas, Héctor, Orión, Casandra, Jasón, Claire, Andy... ¿También los dejarás en paz?

—Sí, sí. A ellos también —farfulló Zeus, que parecía aburrido—. ¿Por qué no? No querrán vivir eternamente sin ti. Tras unos siglos optarán por una muerte tranquila.



—Sí —dijo con cierto recato. Lo miró a través de las pestañas y añadió—: Con la condición de que te entregue Omnópolis, no los maldecirás, ni a ellos ni a Ariadna, ¿verdad?

—Ante el río Estigia —juró y alargó la mano para acariciarle la mejilla—. Te preocupas mucho por aquellos a quienes amas. Pero has comprendido que deberás pasar el resto de tus días en el Tártaro, ¿no?

—Ya he estado allí —respondió ella—. Supongo que pasar una eternidad atrapada en un único lugar, aunque sea un paraíso, se convierte en un infierno después de cierto tiempo. De aquí a mil años, apuesto a que incluso un campo de flores silvestres puede parecer una ciénaga putrefacta.

—Qué razón tienes —murmuró Zeus. De pronto, sus ojos cambiaron. Se tornaron más salvajes, como si recordara algo espeluznante—. Demasiado tiempo.

—¿Y qué pasa con el resto del Olimpo? ¿Tomarán represalias contra mis amigos y mi familia si decido aceptar el trato? —preguntó de forma inocente.

—Juro ante el río Estigia que los olímpicos no acecharán a tu grupito —aseguró Zeus.

Helena fingió reflexionar sobre la proposición del dios. Se mordió el labio y se retorció las manos. Por fin, asintió con la cabeza, como si quisiera terminar con aquel asunto lo antes posible.

—Hécate no permitirá que te echés atrás una vez que aceptes el trato —le recordó Zeus, señalando el lugar sagrado que los rodeaba, cincelado en mitad del aire.

—Lo sé —dijo Helena. Por un momento se entristeció. Le dolía tener que regalarle el mundo que había ideado. Lo sentía en su interior. Cada lago, cada árbol, cada palen de vidrio de su preciosa ciudad formaba parte de ella, una parte que debía abandonar para siempre si quería salvar a su familia. Al volver a hablar, su voz destiló un profundo dolor—: Te daré Omnópolis.

—Júralo ante Hécate.

—Juro ante Hécate que te entrego Omnópolis a cambio de la seguridad de mis amigos y mi familia.

Zeus sonrió.



—Afrodita me aseguró que estarías dispuesta a todo para proteger a tus seres más queridos. Dijo que era la cualidad que más le gustaba de ti. Es cierto que, gracias a eso, salvarás muchas vidas. Por el momento.

Helena agachó la mirada. No quería que Zeus se percatara del entusiasmo y el arrepentimiento que sentía en ese momento.

—Y bien, ¿cómo funciona esto? ¿Vamos primero a Omnópolis?

—Sí. Cuando lleguemos, solo tienes que crear una nueva norma: que Omnópolis responda únicamente a mí —dijo Zeus. Le colocó un mechón de cabello tras la oreja, como si se preocupara por ella—. Y después te llevaré al Tártaro.

Lucas vio a Helena tirar el tentáculo del Kraken hacia un lado. Después salió propulsada hacia el aire. Quería seguirla, pero entonces vio a Orión subido a lomos de un gigantesco cangrejo en forma de herradura mientras gritaba el nombre de Casandra a pleno pulmón.

Su hermana pequeña era casi inmortal, pero eso no significaba que los olímpicos no pudieran capturarla y utilizarla como su propio oráculo hasta que deseara morir.

Después de presenciar cómo se las había arreglado con el Kraken, Lucas decidió confiar en Helena. Podía cuidarse solita, así que corrió para ayudar a Orión a recuperar a Casandra. La bestia era gigantesca y tenía el caparazón recubierto de púas. Además, en lugar de cola, lucía un apéndice en forma de espada que utilizaba para rasgar a cualquiera que se acercara a ella. Tras esquivar la afilada cola, Lucas se deslizó hasta la parte frontal, se agachó e intentó dar la vuelta a la criatura. Pero, justo cuando estaba debajo de aquel monstruo, descubrió que tenía una docena de patas peludas en cuyo extremo había un par de pinzas. Oyó a su hermana, que gritaba escondida entre las patas.

—¡Luke, sujeta a este maldito cangrejo para que no pueda volver al agua! —gritó Orión, que se resbaló hacia un costado del caparazón.

Lucas agarró al monstruo para que no se moviera y, mientras tanto, Orión se coló entre el bosque de apéndices. Los dos podían oír a Casandra, que, frenética, sollozaba el nombre de Orión; por fin, atisbaron su rostro y una



diminuta mano entre las cerdas asfixiantes. Orión le cogió la mano y tiró de ella. Al salir de aquel tumulto de patas, Lucas giró al monstruo boca arriba.

—¿Cómo se mata a una criatura así? —preguntó Lucas, que no tenía ni idea de dónde clavarle la espada.

—Ni idea —contestó Orión, estupefacto.

—¡Pero si eres hijo de un dios marino! —gritó.

—¡No tiene corazón ni cerebro! —replicó Orión—. ¿Y si la hervimos?

—Hijo de... —maldijo Lucas, y se apartó de un brinco de la bestia.

Quería resolver ese misterio, pero no sabía cómo hacerlo. Se escabulló y centró toda su atención en su hermana pequeña.

—¡Orión! —exclamó llorando Casandra.

—Ya ha pasado, gatita —le tranquilizó el muchacho. Le palpó varias veces la espalda para asegurarse de que no tenía nada roto.

El oráculo se calmó y él comprobó que todas las costillas y articulaciones estuvieran en perfecto estado. Después, la pequeña le acarició el pelo y acercó sus labios hacia los de Orión, como una tímida flor que se abre por primera vez. Aturdido, la besó.

Sin tan siquiera darse cuenta de que estaba furioso, Lucas pateó a Orión.

—¡No es más que una niña! —gruñó. Acto seguido, se abalanzó sobre él y le golpeó con todas sus fuerzas.

—¡No lo soy! —protestó Casandra.

Lucas ni se había fijado en que Casandra le estaba arañando la cara para intentar apartarlo de Orión. No dejaba de repetir que le amaba, pero eso no parecía importarle a su hermano mayor. Casandra estaba actuando como una verdadera gatita.

Los arañazos le escocían, pero no le hacían mucho daño.

—¡Ya lo sé! —gritó Orión—. No debería haber... ¡Lo siento!

El chico le sujetaba los brazos para protegerse, pero en ningún momento arremetió contra él.

—Es mejor que me mates, Lucas, porque no pienso alejarme de ella. No puedo. —A Orión se le quebró la voz.



—¿Qué diablos estáis haciendo, par de tarados? —aulló Héctor, que separó a los dos chicos.

Antes de que Lucas pudiera explicar a su primo lo que acababa de suceder, la voz de Helena resonó en toda la isla. Había desafiado a Zeus. Lucas sabía que, al ser completamente inmortal, podría enfrentarse a él en un único combate. Así, ninguno de sus campeones mortales podía inmiscuirse, ni siquiera él. «Chica lista», pensó. «La estrangularía ahora mismo.»

Todos alzaron la vista. Los rayos iluminaban unos nubarrones de tormenta que se acababan de formar. Las olas se quedaron quietas, como si el tiempo se hubiera detenido, y apareció la aurora boreal, que arrojó unos rayos de colores neón en el cielo.

La caótica batalla sobre la playa se detuvo durante un instante. Todo hombre y criatura inclinaron la cabeza para observar aquel imposible espectáculo.

Empezó a tronar. Emergieron unas llamaradas naranjas, lo cual indicaba que Hécate había establecido el campo de batalla en el cielo. Lucas se planteó la idea de volar hacia Helena.

—Puede ocuparse ella solita, Luke —avisó Héctor—. Te necesito aquí.

Los mirmidones aprovecharon ese momento para reagruparse en su falange precisa, con los escudos al frente y encima de sus cabezas. Volvían a ser una unidad sólida. Entonces empezaron a avanzar, como si se tratara de una antigua máquina de guerra.

—¡Formad filas! —ordenó Héctor, alzando una espada manchada de sangre.

Lucas, Orión y Jasón reaccionaron de inmediato, como si tuvieran un chip integrado en la cabeza que les hacía obedecer de forma automática a su general. Se esparcieron por la primera línea de combate y asumieron un batallón. Poco después, la infantería formó filas a sus espaldas.

Los mirmidones cargaron contra ellos.

Helena y Zeus aparecieron en mitad del campo de flores silvestres. Zeus echó un vistazo a su alrededor. Escudriñó las montañas púrpura y observó atónito la metrópolis moderna y la vez antigua que contrarrestaba el paisaje



alpino que se distinguía a los lejos. Se fijó en cada flor, en cada gusano, en cada ráfaga de viento, evaluándolos, midiéndolos.

—Buen trabajo —dijo, con aprobación—. Es un reino vivo. Hades te enseñó mucho sobre la vida al hacerte sudar tinta por su mundo estéril y yermo, ¿verdad?

—Así es. Por muy duro que fuera, le admiro y le aprecio por todo lo que me enseñó. Gracias a él, puedo ver con más claridad.

Zeus inspiró profundamente. Ladeó la cabeza con satisfacción para apreciar cada matiz del reino de Helena, como un amante de la buena mesa ante un vino de calidad.

—Has aprendido. Lo cierto es que tienes mucho talento, bomboncito. Es una lástima que no puedas hacer nada más. Omnópolis todavía no está acabada.

—Sí, sí lo está. Ha cumplido su propósito —murmuró Helena—. Y te regalo mi mundo sin reservas. Eres el único capaz de gobernar Omnópolis.

Zeus comprobó el mandamiento de Helena y, con el poder de su mente, tiñó de color rojo una flor blanca.

—Gracias —murmuró con una amplia sonrisa. Entonces extendió una mano con gallardía—. ¿Me acompañas al Tártaro?

Helena clavó la mirada en su mano y lentamente negó con la cabeza.

—Si haces un poco de memoria, ese no era exactamente nuestro acuerdo —dijo—. Acepté entregarte Omnópolis a cambio de la seguridad de mi familia. Nunca acepté que me enviaras al Tártaro.

Zeus suspiró, como si se arrepintiera de la decisión de Helena.

—De verdad quería evitar una pelea. Sabes que no me dejas otra opción que destruirte, ¿no? —soltó a regañadientes.

—¿Cómo? —preguntó Helena, que empezó a alejarse de él—. Te acabo de dar Omnópolis. Es mi regalo. Pero no estoy dispuesta a entregarte sus fronteras. Los límites de mi antiguo reino me los quedo para mí.

Zeus empezó a mirar a todos lados, asustado. Helena sabía que intentaba abrir un portal para largarse de allí lo antes posible. Lo presentía. Pero el dios no lo consiguió. Mientras ella siguiera con vida, los límites de aquel reino le pertenecerían, y él jamás podría irse.



—Bienvenido a mi caballo de Troya —anunció con una sonrisa reprimida—. Disfruta. Vas a estar aquí atrapado toda una eternidad.

A Zeus se le congeló el rostro. Estaba horrorizado. Y entonces Helena le abandonó, encerrándole para siempre en su cárcel paradisiaca.

Helena emergió de nuevo en el campo de batalla y, desesperada, miró a su alrededor. Una parte de ella esperaba encontrar a Zeus a su espalda, desternillándose por su ridículo intento de encarcelarlo. Después de mucho buscar, por fin se cercioró de que no estaba allí. Se concentró al máximo y le visualizó en Omnípolis, gritando a pleno pulmón al hermoso cielo azul. Estaba atrapado. Helena se permitió el lujo de soltar una carcajada que sonó un tanto histérica, y después echó a correr.

Se deslizó por la arena, tratando de pasar desapercibida entre la confusión de humo, gritos y combatientes corriendo hacia un lado y otro de la playa. El Kraken seguía deslizándose por la playa con sus tentáculos, matando de forma indiscriminada a todo aquel que se cruzaba en su camino.

Guerreros de ambos bandos correteaban por las dunas desesperados; tan solo trataban de huir de aquel infierno. De repente, Helena dio un traspies y se cayó de bruces. Miró hacia atrás y descubrió que se había tropezado con el cadáver de un mirmidón. Notó que algo se movía debajo de ella y, al comprobar de qué se trataba, se dio cuenta de que había aterrizado sobre otro mirmidón. Aunque estaba moribundo, la reconoció.

—Tirano —siseó, y la agarró de las muñecas.

Helena logró zafarse de él y se puso de pie. Y justo cuando levantó la mirada del suelo, advirtió a más de una docena de cuerpos vástagos, mirmidones y monstruos marinos muy extraños. Sus cadáveres estaban esparcidos por toda la playa y, a juzgar por las heridas, intuyó que se había producido una escaramuza más que salvaje. Salió como un rayo hacia la tienda. Por suerte, allí encontró a su familia, tal y como esperaba.

Todavía quedaban algunos soldados vivos. Se habían congregado alrededor de la mesa para estudiar el mapa. Habían arrastrado la mesa hasta la parte frontal de la tienda para que hubiera suficiente espacio para todos.

Lucas fue el primero en darse cuenta de la presencia de Helena y, de inmediato, corrió hacia ella.



—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mientras la abrazaba con fuerza—. Te oímos desafiar a Zeus.

Helena se apartó para poder mirarle a los ojos.

—Le he vencido —murmuró. Todavía no podía creérselo.

Los demás vástagos se acercaron a ella, dejando escapar gritos ahogados.

—Le engañé y le encerré en Omnópolis. Mientras siga con vida, no podrá salir de allí. ¿Qué ha pasado con los mirmidones? —preguntó.

—Creemos que todavía quedan tres con vida —respondió Cástor—. Telamón les ha ordenado que se retiren. Han acabado, al menos por hoy.

—Todavía tenemos que ocuparnos del Kraken —le recordó Héctor, con expresión adusta.

Helena asintió y se dirigió a Orión.

—¿Poseidón controla al Kraken? —preguntó.

—Más o menos —contestó el chico—. Puede liberarlo y ordenarle que regrese al mar, pero, una vez libre, esa criatura hace lo que le viene en gana —puntualizó y señaló la carnicería que había en la arena.

—De acuerdo —dijo Helena, con decisión—. Supongo que Poseidón es el siguiente.

—¿Helena? ¿Estás segura de que es lo más inteligente...? —empezó Jasón, pero ella no le dejó acabar.

—¡Desafío! ¡Desafío a Poseidón! —gritó, hacia el océano.

Pero no sucedió nada.

—¡Maldita sea! —exclamó Helena. Se giró hacia el grupo y preguntó—: ¿Alguien tiene una calabaza?

Cassandra se dirigió hacia una de las hogueras y sacó una olla del fuego. Vertió el líquido en la arena y regresó a toda prisa a la portezuela de la tienda. Después, colocó la olla. Helena la observó con cierto escepticismo.

—Caldera —susurró Cassandra encogiendo los hombros, como si la palabra lo explicara todo.



De repente, la olla desapareció y unas llamaradas naranjas se encendieron en forma de círculo. Era la señal que indicaba que Hécate aceptaba la ofrenda.

Poseidón apareció al otro lado de la playa, flanqueado por sus queridos olímpicos. Se detuvo justo en el borde del ovalo de fuego, resistiéndose a entrar. Hermes estaba a su lado. Parecía hablarle con cierta urgencia.

—¿Qué ha hecho qué? —comentó Poseidón. Estaba tan sorprendido que se olvidó de no alterar el tono de voz. Miró de reojo a Atena, que enseguida asintió para confirmar lo que Hades le había dicho.

—Ha derrotado a Zeus —anunció Atena.

Helena habría jurado haber visto una minúscula sonrisa en los preciosos labios de Afrodita.

—Poseidón. Te he retado. Entra en el cuadrilátero —ordenó Helena. Procurando ignorar el hecho de que era idéntico a Lucas.

—¿Y por qué tendría que hacer tal cosa? —respondió Poseidón con desdén—. ¿Para que me envíes directo al Tártaro? No soy un creador de mundos, así que no puedo controlar los portales, como tú.

—Es cierto. Puedo controlar los portales, a diferencia de todos vosotros. Os aconsejo que no olvidéis ese detalle —exclamó. Estaba furiosa, y tenía las mejillas sonrojadas. De sus dedos se desprendían unas chispas eléctricas y, desde lejos, parecía que estuviera arrojando estrellas en la arena—. Y si cualquiera de vosotros se atreve a tocar a un mortal, os prometo que os perseguiré hasta encerraros en el Tártaro. Ahora, entra en el círculo, Poseidón. O retírate de esta guerra y llévate a todos tus monstruos pestilentes y aléjate de mi familia de una vez por todas.

Poseidón dio un paso hacia delante y atravesó a Helena con la mirada. Atena le estaba murmurando algo al oído. Por fin, Poseidón pareció calmarse, pero sus ojos estaban llenos de rencor.

—¡Abandono! —exclamó el dios.

Helena sintió que le temblaban las rodillas de alivio, pero no estaba dispuesta a achantarse todavía.

—¿Alguien más? —dijo, mirando a cada olímpico a los ojos—. ¿Alguien más se atreve a enfrentarse a mí? —Todos agacharon la mirada—. ¡Bien! Ahora



encierra a ese gigantesco y putrefacto calamar o lo enviaré, junto a uno de vosotros, al Tártaro.

Helena se quedó un buen rato mirando a Apolo, dándole a entender que él sería escogido para acompañar al Kraken al Tártaro si se daba el caso.

Desde el otro lado del círculo de fuego, Helena sintió la mirada de Poseidón perforándola. Respiraba con furia y resignación. Helena le miró a los ojos y no se acobardó. Tenía todas las cartas. Ni siquiera podía echarle una maldición y, por lo visto, él era consciente de ello. Tras un momento muy tenso, Poseidón alzó una mano, se concentró y el Kraken empezó a retroceder. Sonó una serie de trompetas y el resto del ejército de las criaturas marinas se retiró de forma automática, deslizándose hacia el agua.

—Para siempre es mucho tiempo, Helena —avisó Poseidón mientras su ejército se batía en retirada—. Nos veremos.

—Y nosotros os estaremos vigilando —alertó ella, refiriéndose a su grupo de vástagos.

A menos que encerrara a todos los dioses en el Tártaro, no podría impedir que deambularan a sus anchas por la Tierra. Lo único que podía hacer era asegurarse de que los olímpicos no hicieran daño a nadie. Intercambió una mirada con Héctor y vio reflejado su temor. Quizá los vástagos habían ganado la guerra, pero eso no significaba que la amenaza hubiera desaparecido.

Poseidón se dio media vuelta y caminó hacia la orilla de la playa. Tras unos instantes, el dios desapareció entre las olas. Mientras el resto de los olímpicos se dispersaba, algunos con expresión de resentimiento, y otros transmitiendo respeto, Afrodita se acercó a Helena y envolvió sus manos entre las suyas.

—Hermana —dijo. La besó en la mejilla, como si acabaran de encontrarse para almorzar. Helena soltó una carcajada y meneó la cabeza. Afrodita siempre había odiado cualquier tipo de confrontación y fingía ignorar que estaba en mitad de una guerra—. Ven a visitarme pronto. Con Lucas. En cuanto me establezca en algún sitio, te informaré, pero creo que pasaré el invierno en Chipre.

—Nos veremos pronto —prometió Helena.

Aunque Afrodita le había causado casi los mismos problemas que Zeus, Helena era incapaz de seguir enfadada con ella. Al igual que ocurría con



Claire, sabía que, hiciera lo que hiciese, acabaría perdonándola en cuestión de segundos. Así ocurría con las hermanas.

Afrodita se apartó ligeramente de Helena y le acarició la cara.

—Qué rostro tan hermoso —murmuró, y después se marchó volando en un halo de luz dorada.

Helena se giró hacia la multitud de vástagos y mortales que se había agrupado detrás de ella. A quien primero vio fue a su padre. Jerry se apoyaba en Kate y en Noel. Estaba pálido y delgado, pero lograba mantenerse en pie casi por sí mismo.

—¡Papá! —exclamó, sorprendida.

—Eh, Len —saludó él. Hizo un gesto con la mano. Parecía extrañado y algo confuso. Su propia hija le asustaba.

—¿Vas a estar siempre así de raro conmigo? —preguntó, sin andarse por las ramas.

—No —respondió de inmediato.

—Eso espero —dijo, y le dio un abrazo.

Jerry tardó un segundo en relajarse, y le devolvió el abrazo. Fue en ese instante cuando Helena se dio cuenta de que, con un poco de tiempo, las cosas podrían volver a ser igual que antes.

Después de separarse de su padre, todos la felicitaron por su hazaña y le dieron palmaditas en la espalda. Todos excepto Lucas. Por mucho que le buscara, no lograba encontrarle entre el gentío.

Helena oyó a Héctor dando órdenes a todo el mundo. Los instaba a que se pusieran en marcha y desmontaran el campamento militar. Les mandó guiar a todos los mortales que habían sobrevivido hacia el pueblo, para alejarlos de aquella multitud de extraños cadáveres antes de que se despertaran de la influencia de Hipnos.

Vio a Palas y a Dédalo tratando de explicarse ante Cástor, quien los escuchaba sin articular palabra. También se fijó en Jasón y Ariadna, que no tardaron en ayudar a los heridos más graves. Y distinguió a Orión y Casandra. Se habían distanciado del grupo y charlaban entre susurros. Pero no había ni rastro de Lucas.



Helena se dio media vuelta, con el corazón encogido. Le encontró a tan solo unos pasos de distancia, esperando pacientemente a que le descubriera allí.

—¿Me ha llegado el turno? —preguntó con una sonrisita.

Helena asintió. Le asombraba lo parecidos que eran Poseidón y Lucas y, si bien Poseidón le ponía los pelos de punta, Lucas le hacía sentir mariposas en el estómago.

—Creo que nos toca —dijo, y caminó hacia sus brazos.

—Por fin —dijo él tras lanzar un suspiro, y la besó sin culpa, ni vergüenza, ni preocupación por lo que pudiera significar en el futuro. La besó delante de todo el mundo y, por primera vez, no tenían nada que esconder, ni un motivo que les impidiera hacer lo que sentían.

En cierto modo, era como si se besaran por primera vez.



Epílogo

Aquella noche ganaron los Patriots, así que Jerry estaba de muy buen humor. Kate había preparado una succulenta cena para todos. Lucas y Helena se habían atiborrado, pero Kate insistía en que, puesto que la Navidad estaba a la vuelta de la esquina, no tenía sentido que intentaran seguir una dieta equilibrada al menos hasta Año Nuevo. Todavía no se había mudado de forma oficial, pero estaba en casa casi cada día. Jerry y Kate preferían esperar a mayo, mes en el que se celebraría la boda, para vivir juntos. Para Helena era la «perfecta cena con el novio», aquella que pensó que jamás tendría. Incluso discutieron un poco sobre política.

Se quedaron charlando hasta bien entrada la madrugada. Ninguno de los dos tenía clase al día siguiente, y no porque estuvieran reconstruyendo la escuela (lo cual era cierto), sino porque estaban de vacaciones. A pesar de que el instituto estaba medio derribado, los alumnos habían seguido acudiendo a clases. Se vestían con prendas de abrigo para soportar el frío que hacía en las aulas. Se negaban a perder clases; eran muy testarudos. Incluso el club de teatro había empezado a ensayar *Sueño de una noche de verano* otra vez, aunque tuviera que hacerlo en el aparcamiento, a una temperatura bajo cero, porque el auditorio había desaparecido. El espectáculo debía continuar. Hergie habría estado orgulloso de ellos.

Todavía había mucha confusión acerca de lo ocurrido. Durante el último mes y medio, todos los ciudadanos de Nantucket habían estado dándole vueltas al «maremoto» que había destrozado la playa, había matado a doce personas y habían herido a más de un centenar, justo después de los disturbios de Halloween. Era el único tema de conversación, tanto en la tienda de Jerry como en la pastelería de Kate. Cada vez que un cliente le preguntaba a Helena qué recordaba de aquel día, ella siempre contestaba lo mismo: que, por suerte, estaba demasiado lejos como para ver el maremoto.

Había quienes se acordaban del Kraken, pero, después de varios días, se convencieron de que no eran más que alucinaciones. Cuando alguien se ponía algo agresivo, la familia Delos se aseguraba de que Andy los visitara para tener una pequeña «charla». Sus poderes como sirena resultaban muy útiles, sobre todo para cerciorarse de que nadie entrara en pánico y vendiera



la historia a la prensa. De hecho, hacía semanas que varios periodistas merodeaban por la isla. Helena había encomendado a Hipnos la tarea de rehabilitar a los casos más graves. El dios los hipnotizaba para hacerles creer que sus recuerdos eran, en realidad, otros muy distintos. Funcionó en casi todos los casos, pero de vez en cuando se oían anécdotas de un calamar gigante que había atacado la isla de Nantucket. Había nacido un nuevo mito, y Helena se preguntaba si así era como la mayoría de las leyendas habían empezado.

Al igual que Hipnos, los demás dioses parecían ansiosos por unirse al bando de Helena. Sabían que se habían equivocado al apoyar al Olimpo, y estaban dispuestos a hacer cualquier cosa que ella les pidiera para satisfacerla, empezando por poner orden al caos que la batalla había dejado y colaborando para mantener oculta la verdad sobre el maremoto. Helena no podía devolverles la vida; le alegraba que las pérdidas mortales hubieran sido tan pocas.

Sin embargo, los vástagos no habían corrido la misma suerte. Todas las castas habían sufrido grandes pérdidas; en particular la casta de Tebas.

Cástor era ahora el Heredero; había muchos partidarios que consideraban que debería haberlo sido desde el principio, sin tener en cuenta quién nació primero. Dédalo había sido derrocado. Había dado un gran discurso y había aceptado compartir el liderazgo de su casta con Orión. Y su casta le había perdonado.

Todas las castas volverían a construirse, como también el ejército de criaturas marinas de Poseidón, desafortunadamente. Helena sabía que, un día u otro, los vástagos tendrían que enfrentarse de nuevo a esa amenaza. Poseidón y los demás olímpicos no habían condenado a sus amigos ni a su familia, pero encontrarían el modo de hacerles la vida imposible. Los vástagos tendrían que estar siempre atentos.

Igual que Helena debería estar atenta para otorgar los tres deseos que prometió a Hécate. Tenía la esperanza de que el titán no le pidiera hacer algo inmoral. Pero, aunque lo hiciera, algún día Hécate reclamaría su deuda, y Helena tendría que pagársela. Pero eso le preocupaba más a Lucas que a Helena.

Los dos eran plenamente conscientes de que Lucas podría ser convocado para ir al Submundo en cualquier momento. Él insistía en que Helena se quedara en la Tierra mientras él gobernara el Hades, pero ella lo consideraba una idea ridícula. Sabía que se avecinaría una discusión en cuanto hablaran del tema, pero estaba bastante segura de que esta vez ganaría. Se negaba a



vivir una vida sin él. Además, sabía que Lucas sentía lo mismo. Imaginaba que, pasado un siglo o dos, él se rendiría.

A diferencia de los mirmidones. Solo quedaban tres con vida, de lo cual Helena se alegraba. Sabía que la perseguirían hasta los confines de la Tierra, tratando de encontrar el modo de deshacerse de ella. Héctor vigilaba a su familia como un halcón. Helena tenía la sospecha de que le gustaba estar alerta. Parecía más feliz cuando alguien necesitaba su protección.

La única persona que Héctor no podía salvar era Ariadna. Estaba desbastada por la muerte de Matt y había empezado a alejarse de la familia. Helena iba a verla cada día, pero sabía que no había solución.

Ariadna siempre le echaría de menos. Al menos Helena y ella tenían eso en común.

Las cosas todavía estaban un tanto delicadas entre Lucas y Orión, y eso que este no se atrevía a hacer nada más que coger la mano de Casandra. Helena sabía, por experiencia propia, que Orión esperaría el tiempo que hiciera falta hasta que la pequeña estuviera preparada para ir más allá. Sin embargo, Lucas no le quitaba ojo. Helena suponía que un hermano mayor era precisamente eso: un hermano mayor; sobre todo cuando el tipo que sale con su hermana pequeña es un Adonis, como Orión. Al final, Lucas acabaría por aceptar a Orión. Casandra y él eran polos opuestos, pero resultaba evidente que se adoraban cada día más. Helena no podía pensar en dos personas que merecieran ser más felices que ellos.

Quizá Dafne.

Sabía que su madre había hecho cosas horribles; la mayoría contra su propia hija, pero Helena no podía enfadarse. Cada vez que pensaba en ella, sentía una profunda tristeza. Esperaba que Hades por fin le concediera el deseo de reunirse con su querido Áyax en los Campos Elíseos. Después de todo, se lo había ganado. Al final, la bruja retorcida de su madre se había convertido en una especie de heroína.

Zeus era el último de la lista interminable de sus preocupaciones. Todavía podía sentirle en Omnipolis cada vez que se concentraba, lo cual sucedía varias veces al día, solo para asegurarse de que seguía allí. Todavía le dolía haber perdido su reino. Ahora no podía ni siquiera poner un pie en el mundo que ella misma había creado.

Había cogido a Zeus por sorpresa, pero no quería pensar en lo que podía ocurrir si intentaba regresar. El dios estaría preparado para recibirla y la



enviaría directa al Tártaro en un abrir y cerrar de ojos. Pero eso no impedía a Helena soñar con su reino cada noche. Cada vez que cerraba los ojos, notaba el aroma de las flores silvestres y oía la brisa.

—Helena —murmuró él, y la despertó. Tenía la cabeza apoyada en su regazo, y le estaba acariciando el pelo—. Tengo que irme.

La joven se incorporó en el sofá y asintió; se frotó la frente para alejar las imágenes del sueño. Lucas la miró con los ojos entrecerrados, como si estuviera estudiándola.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Otra vez Omnópolis?

—Siempre —admitió ella. Y agachó la mirada.

—¡Helena! ¡Arriba ahora mismo! —ordenó su padre con cierta impaciencia—. Ya va siendo hora de que Lucas vaya a casa.

Helena y Lucas se sonrieron y se pusieron de pie. A los dos les encantaba que Jerry se pusiera así de sobreprotector con ella.

—Volveré enseguida —le susurró al oído, rozándole la mandíbula con los labios.

—No me provoques —murmuró mientras él se dirigía hacia la puerta.

—Buenas noches, señor Hamilton —dijo al salir.

—Buenas noches, Lucas —respondió Jerry.

Una hora más tarde, Helena oyó un golpecito en la ventana que el señor Tanis por fin había arreglado hacia cuestión de una semana, y corrió a abrirla. Lucas entró volando a su habitación, en silencio y manchado de copos de nieve. Ella empezó a besarle antes de que aterrizara y guio su cuerpo ingrávido hacia la cama.

—Espera un segundo —dijo con una cálida sonrisa. Lucas le entregó un regalo—. No podía esperar hasta Navidad.

Helena lo desenvolvió tratando de hacer el menos ruido posible. Los dos oyeron a Jerry despertarse. Cuando por fin quitó todo el papel, descubrió una flor blanca enmarcada. Se acercó un poco más y descubrió que se trataba de una flor silvestre seca, aplastada tras un cristal.

De inmediato se le llenaron los ojos de lágrimas. Era lo único que tenía de su mundo, el único recuerdo que poseía de Omnópolis.



—Gracias —murmuró, y se apretó el marco contra el pecho.

Lucas asintió con la cabeza y le secó las lágrimas. Le quitó el marco de las manos y lo colocó sobre la mesita de noche.

—¿Dónde tienes el traje de baño? —preguntó emocionado, mientras se frotaba las manos.

—¿Por..., por qué? —contestó ella, algo confundida. Fuera hacía muchísimo frío. Y nevaba. Era inmortal, pero no había perdido la cabeza.

—Porque vas a necesitarlo cuando llegemos a Puerto Rico. Todavía queda mucho por delante, pero podemos nadar, ver el amanecer y estar de vuelta antes de que tu padre se levante.

Helena salió de la cama de un brinco y corrió hacia el armario. Sacó un diminuto bikini de lunares rojos y lo ondeó como si de una bandera se tratara. Después cogió el abrigo y se guardó el bikini en el bolsillo.

Antes de saltar por la ventana, pronunció el que era su nuevo lema:

—Vivamos cada día como si fuera el último...

—Sí, por siempre jamás —añadió Lucas, que la siguió, entusiasmado.



Agradecimientos

Esto es difícil. Hace falta un milagro para poder publicar una trilogía, y hay mucha gente que ha trabajado día y noche para hacer que ese milagro se cumpla. Estoy convencida de que me olvidaré de la mitad de ellos. Pero hay dos personas de las que no puedo dejar de acordarme, básicamente porque me llaman o me envían mensajes y correos electrónicos cada diez minutos. Se trata de mi maravillosa agente, Mollie Glick, y de mi intrépida mánager, Rachel Miller. Han sido mi guía, mis animadoras y mis defensoras durante todo el camino, y me considero una afortunada por tenerlas en mi vida. Stephanie Abou, Rachel Hetch y Kathleen Hamblin han sido de gran ayuda siempre que me he encontrado con algo desconocido o confuso, y no puedo agradecerles lo suficiente se pericia y apoyo. Heather Toth, la rectora, ha demostrado tener una paciencia infinita al responder a todas mis preguntas absurdas y seguir los pasos de una vida tan alocada como la mía. Mi siempre comprensiva editora, Barbara Lalicki, y su asistente ninja, Alyssa Miele, han colaborado a moldear mi historia y guiarla por los senderos del mundo editorial. Muchas gracias a las dos. Quiero enviar todo mi cariño a mis lectores *beta* y a mis queridos autores «de merienda», Amy Plum y Tara Hudson, por sus ánimos y apoyo. Los últimos dos años han sido como un viaje, y ha sido un placer compartirlo con todos ellos. Mis amigos y mi familia ya lo saben, pero, por si acaso, quiero enviarles todo mi amor. Y, por último, quiero darle las gracias a mi marido, Albert. Sencillamente, sin él no habría existido la trilogía de El Despertar.



Sobre la autora

Josephine Angelini



Josephine Angelini nació en Massachusetts, es la menor de ocho hermanos e hija de un granjero.

Se graduó en la facultad Tisch de Artes Escénicas de la Universidad de Nueva York, especializándose en los clásicos.

Ahora vive en Los Ángeles con su marido guionista y sigue siendo capaz de conducir un tractor.





TMOTB

